



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

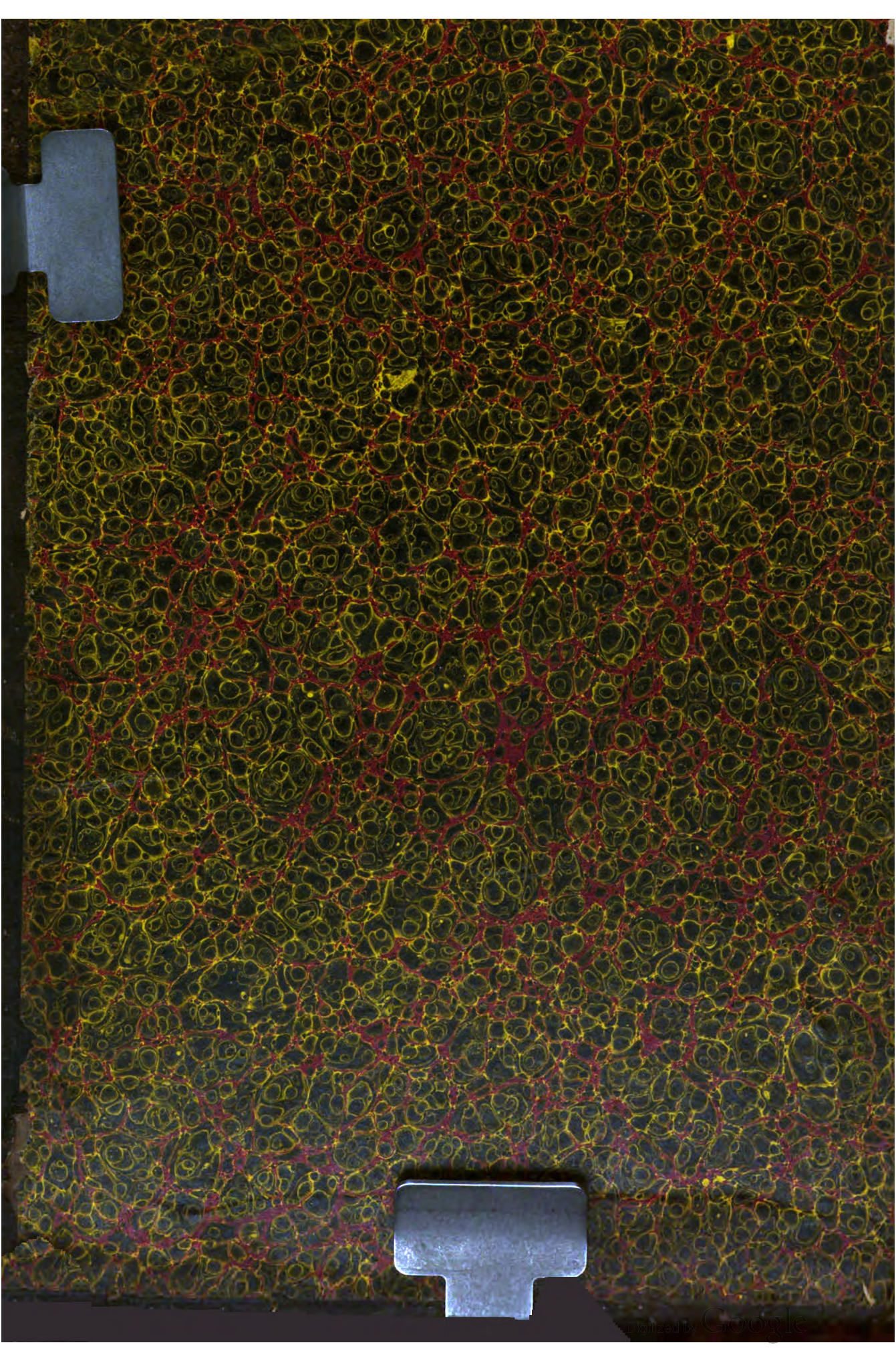
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





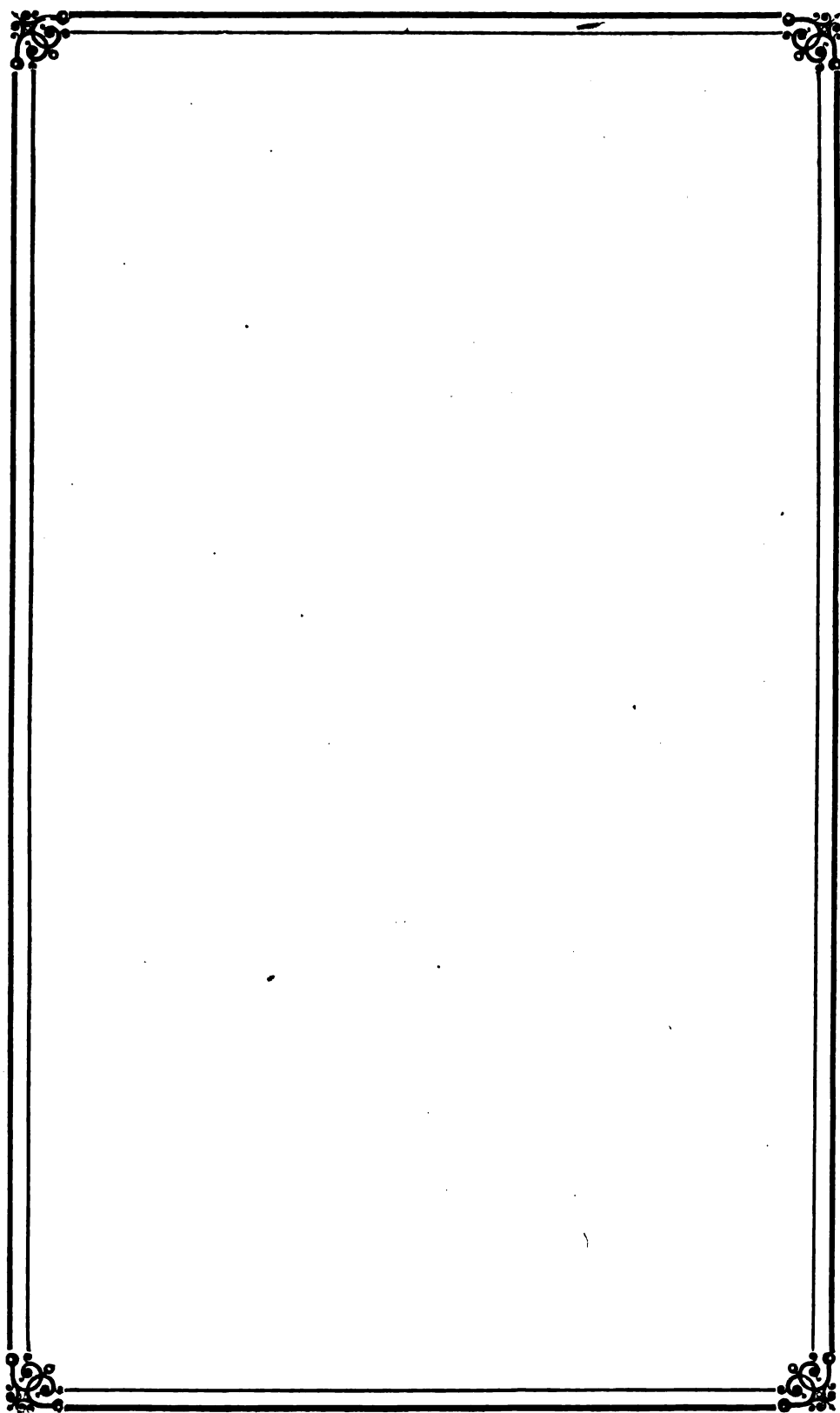


LA VIDA
DE
N. S. JESUCRISTO.

Ex-libris



**Archiepiscopi
Gregorii Modrego et Casás**





Est. de J. DONON Madrid.

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

LA VIDA
DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO,

—
POR
LUIS VEUILLOT,
—
TRADUCIDA
POR D. ANTONIO JUAN DE VILDÓSOLA.

—
CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

Sic Deus dilexit mundum.

—
2.^a EDICION.

tomada de la 6.^a francesa.
—



MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL, EDITOR,
calle del Pez, núm. 6, principal.

—
1865.

R. 48.524

Es propiedad del editor.

DICTAMEN

DEL

CENSOR ECLESIASTICO EN LA PRIMERA EDICION.

En cumplimiento de la atenta disposicion de V. S. I., comunicada en su oficio de 7 de julio próximo pasado, y en los mismos términos que en ella se me previene, he revisado y examinado con toda detencion la obra titulada VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, escrita en francés por M. Luis Veuillot, traducida al castellano por D. Antonio Juan de Vildósola, y publicada por D. Antonio Perez Dubrull, de esta vecindad, editor.

Para comprender de cuánta utilidad moral puede ser, á juicio del que suscribe, la version á nuestra lengua de este libro, permitido será hacer alguna ligera reflexion acerca del original.

Publicada frente á frente de otra VIDA DE JESUS, obra insigne-mente impía, en la que el espíritu del mal se propuso hacer girones la divinidad adorable del Salvador, la VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, de Veuillot, ha venido á satisfacer, acaso á remediar una de las apremiantes necesidades del corazon católico. hambriento de fe, y á enjugar algunas de las muchísimas lágrimas que hacen hoy derramar á la Iglesia sus perseguidores y enemigos.

¿Qué puede, Illmo. Sr., qué puede efectivamente decirse de una obra religiosa que lleva al frente, en su primera página, el símbolo de los Apóstoles, que en su continuacion se acoge y atiende á una de las versiones mas sanas y mas autorizadas de los libros santos, que concluye con la palabra *Creo*, y cuyo juicio de censura ha sido formado y emitido por el Supremo Pastor de los Pastores, por el mismo Pio IX, en el autógrafo con que ha recompensado los trabajos religiosos y literarios del autor?

Pues si el original francés ha venido á remediar algunas necesidades de nuestro siglo, la traduccion no dudamos que ha venido asimismo á remediar no pocas de las de nuestra España, tan católica siempre, pero en la que por desdicha nuestra dejan sentir sus influencias perniciosas por la prensa, y de una manera harto lamentable, el error y la impiedad.

Vertida sencillamente al castellano, pero con la posible exac-

titud, pone al alcance de todos los hechos misteriosos y divinos de Nuestro Señor Jesucristo, da á conocer el modo admirable de sentir en ellos de los Santos Padres, y deja comprender tambien hasta dónde alcanza la inteligencia del hombre hermanada con la fe, contribuyendo todo esto entre nosotros á la instruccion cristiana y á la conservacion del sentimiento religioso.

Por estas reflexiones, pues, y por no resultar del exámen verificado que en esta obra se contenga cosa alguna contraria al dogma y á la sana moral, el que suscribe cree que puede circular sin ningun inconveniente.

Tal es su parecer, *salvo meliori*. V. S. I., sin embargo, dispondrá lo que fuere de su mayor agrado.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Madrid 13 de setiembre de 1864.—*Licenciado*, FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO, *presbítero*.

LICENCIA DEL ORDINARIO PARA LA PRIMERA EDICION.

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS,
PRESBITERO, DIRECTOR DEL REAL MONTE DE PIEDAD, CONSEJERO
REAL DE INSTRUCCION PÚBLICA Y VICARIO ECLESIASTICO DE ÉSTA
M. H. VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, escrita en francés por M. Luis Veuillot, y traducida al castellano por D. Antonio Juan de Vildósola, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid catorce de setiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

DR. LORENZO.

Por mandado de S. S.,
LDO. JUAN MORENO GONZALEZ

CARTA
DE
SU SANTIDAD PIO IX
AL AUTOR.

PIO PAPA IX.

Amado hijo, salud y apostólica bendición.

Nos congratulamos con vos, amado hijo, de que, á pesar de haber sido separado de la palestra, en que con tanto vigor y utilidad peleábais por la verdad y la justicia, no habeis escondido en la tierra el talento que se os ha confiado; antes por el contrario, habeis continuado con resolucion sirviendo y prestando nuevos auxilios á la misma causa que defendíais. Dan testimonio de esto vuestros recientes escritos, y lo confirma el último que me habeis dedicado de LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, publicada en vindicacion de la Divinidad ofendida. Porque de lo poco que entre la multitud de nuestros cuidados hemos podido ver en ella, hemos juzgado que el método que habeis elegido es el mas acomodado al fin que os habeis propuesto, y que en el tratar la materia os habeis mostrado igual á vos mismo. Además, este vuestro trabajo se Nos ha ofrecido adornado de un peculiar esplendor estrínseco, por la índole de las desgracias á que estais espuesto; como que en estas contrarias circunstancias manifestais la antigua hambre y sed de justicia, y la misma disposicion y firmeza de ánimo en proseguir la pelea en otro tiempo comenzada. De aquí es que, si bien Nos nos sentimos conmovidos por vuestros padecimientos, é inclinados á condolernos de vuestra suerte, sin embargo, nos parece inoportuna esta manifestacion de dolor, cuando dice el Apóstol: "Bienaventurado el varon que sufre con paciencia la tribulacion; y

tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones." Así que, como vuestra constancia demuestra que la prueba de vuestra fe realmente produce en vos aquella paciencia que perfecciona la obra, Nos nos movemos mas bien á la felicitacion y á escitaros á la alegría. Y para que lo consigais mas fácilmente, os deseamos y pedimos con ahinco á Dios el incremento de la gracia cada día mas abundante; y en señal de este don celestial, y en prenda de nuestra especial benevolencia y de nuestro ánimo reconocido, os damos con todo afecto á vos y á vuestra familia la bendicion apostólica.

Dado en Roma en San Pedro á 9 de julio de 1864.—Año XIX de nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

A NUESTRO AMADO HIJO LUIS VEUILLOT.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

El traductor de esta obra, cuya publicacion es muy reciente, no molestará á los lectores de ella con anotaciones y esplicaciones que no se reconoce con títulos ni con derecho para añadirla, y que, por otra parte, juzga innecesarias ó imprudentes: lo que el autor no ha dicho, ó no hacia falta que se dijera, ó presentaba inconvenientes para decirlo; y no toca al traductor el suplir ese silencio ni el medir el valor de esos inconvenientes, dado que los inconvenientes se le alcancen ó que distinga dónde peca el autor por su silencio.

Tampoco dirá nada el traductor sobre el método de traduccion que ha seguido: en esta traduccion, por el asunto de la obra, asunto que está sobre todas las cosas del mundo, y por otras circunstancias de que no debe hablarse, espresada esa, el traductor ha puesto toda su inteligencia, todo el detenimiento y esmero de que es capaz, y solo pide que, si la traduccion está mal hecha, se arguya contra sus conocimientos, se le acuse de impericia, pero no de indiferencia ni de negligencia;—con lo cual reconoce desde luego lo fundado de los cargos que por el primer concepto puedan hacerle los lectores.

Por último, y solo para satisfaccion propia, el traductor advierte que en manera alguna habria emprendido la traduccion de esta obra, á no contar, como cuenta, con un editor que hubiera estado dispuesto á publicarla con todas las condiciones que moral y materialmente exige y que así, en efecto, la ha publicado: moralmente, con abstraccion completa de todo cálculo aritmético; materialmente, con toda la perfeccion tipográfica posible.

PREFACIO.

Los testigos de Jesus que habiéndole visto vivo, moribundo y muerto, que habiéndole separado de la Cruz y llevádole á la tumba, le vieron con sus propios ojos vivo despues de la tumba, le tocaron con sus propias manos, presenciaron su ascension á los cielos; esos testigos irrecusables de Jesus publicaron en aquel mismo tiempo su historia. En alta voz, en presencia de la multitud que habia visto lo que ellos vieran, en presencia de los hombres malvados y poderosos que habian crucificado á su Maestro, los testigos dijeron: «Era el Hijo de Dios: ha hablado como Dios: ha obrado como Dios: ha resucitado, vive, está sentado á la diestra de Dios.» Asi hablaron los testigos hasta en los tormentos y el cadalso, y desde su época hasta hoy, siempre, el milagro de la misma verdad ha recibido testimonio del milagro del mismo martirio.

Esa primera historia de la vida de Jesus ha llegado hasta nosotros intacta en su forma, forma tan divina como la vida que narra: llámasela á esa historia el *Símbolo de los Apóstoles*; pero la fe la ha dado un nombre mas profundo y magnífico: la ha llamado el *Credo*.

«Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo

» y de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro
 » Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo, y nació
 » de la Virgen María, padeció bajo Poncio-Pilato, fue
 » crucificado, muerto y sepultado, descendió á los infier-
 » nos, al tercero día resucitó de entre los muertos, subió
 » á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre,
 » de donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.
 » Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la
 » comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la re-
 » surrección de la carne y la vida perdurable.»

Esta es la primera historia de Jesus que se dió al mundo; esta es la palabra compendiada, doctrina á la vez que historia, que ha vencido al error arraigado en el corazón del hombre. Nada se ha dicho hasta ahora, nada se dirá en adelante que no se halle contenido en el *Credo*. Todas las verdades surgen y manan de él, y fuera de él no hay verdad ninguna; todo error viene á chocar con él y en él se rompe. Doce pescadores de Judea recibieron de Dios ese sol resplandeciente, y el hombre salió por él de las tinieblas de la noche.

Diez y nueve siglos hace que el símbolo de los Apóstoles, repetido y afirmado por la Iglesia Católica, impide que el mundo vuelva á verse envuelto en las tinieblas en que vivía; y diez y nueve siglos hace también que se levanta una voz infatigable á negar la existencia de ese sol resplandeciente.

La negación es uno de los nombres que tiene la muerte; la negación quiere separar del mundo á Jesucristo, Hijo único de Dios, cuya misericordia se dignó revestirse de nuestra vida mortal para comunicarnos su vida eterna. Innumerables sofistas se han esforzado en quitar á Jesus, verdadero Dios y verdadero Hombre, unas veces su hu-

manidad, otras veces su divinidad: han negado en Él á Dios, han negado en Él al Hombre, y han llegado á negar hasta la existencia de la persona de Jesus, diciendo que Jesus era un producto de la imaginacion popular. ¡Y la pobre razon del hombre ha podido suministrar su contingente de sectarios á tamaña locura, que es por otra parte la espresion mas lógica de la negacion, porque es mas fácil negar la existencia de la persona de Jesus que negar, admitiendo su existencia, la divinidad que en ella fulgura!

Pero la lógica del absurdo ha dejado muy al descubierto el absurdo; se ha preferido la inconsecuencia á la lógica, y todos los esfuerzos de este tiempo se dirigen contra la Divinidad. Dícese que el Dios que se hizo hombre es simplemente un hombre de quien la ignorancia ha hecho un Dios; hombre dotado, eso sí, de genio y de bondad; hombre bueno, amable, casi sincero; pero hombre al fin, y hombre en quien se dejaba descubrir la fragilidad, la pasion, la mentira del hombre. Y para justificar esto, los sofistas que eso dicen, inventan una doctrina inaudita, segun la cual las inteligencias escogidas tienen el derecho de mentir á la porcion vulgar del pobre género humano: de modo, dicen, que Jesus pudo mentir para acreditar una moral purísima. Por el mismo concepto le prodigan igualmente otros elogios que no son otra cosa que ultrajes refinados; esperan sin duda que, gracias á las perfecciones sospechosas que conceden al hombre, lograrán acabar con la idea de Dios.

Passus! Jesus ha sufrido, y, vivo siempre en la Iglesia, sufre todavía; esas injurias solo son uno de los rasgos de su pasion que aun continúa.

El odio estalla en medio de sus beneficios; en frente

de sus milagros se levanta la negacion; en el mismo banquete en que nos da su Cuerpo va á sentarse la traicion, y la mofa le persigue hasta en la Cruz. En el Evangelio es donde el género humano puede ver hasta qué punto pertenece á la muerte: se diria que por instinto rechaza la salvacion; se diria que no quiere su salvacion.

Nada hay que pueda compararse con la perseverante malignidad de los sectarios, sino la inclinacion del hombre á darles siempre crédito. San Pablo tiene que luchar con un calderero llamado Alejandro, y el gran Apóstol da testimonio del daño que le causaba aquel oscuro adversario. El Evangelio cuenta por millones sus mártires, sus confesores, sus apologistas, y sin embargo apenas bastan todos ellos para luchar con la perfidia que emprende la obra de seducir á la presuncion del hombre. Basta una palabra de un sofista para que el ignorante desdeñe con la mayor tranquilidad el testimonio de diez y nueve siglos. La ignorancia se ampara con un dicho cuya exactitud no puede comprobar, con una contradiccion aparente, con dos palabras traducidas de un libro cuyo nombre llega por primera vez á sus oidos, y todo eso le sirve de prueba contra Jesucristo. Para la ignorancia nada vale el testimonio de tantos hombres de todas las épocas, consumados en todas las ciencias, que, habiendo sido adeptos de todas las herejías, se han inclinado despues ante el Evangelio con menoscabo de sus intereses, de su amor propio, de las pasiones de su corazon y con riesgo de su misma vida. El ignorante ni siquiera se dice que esos hombres han debido buscar las objeciones lejos de huir de ellas, que han debido desear que las objeciones fueran insolubles, y que solo las han abandonado despues de haber descubierto su sinrazon, su vacío; no:

el ignorante se dice, por el contrario, que esos hombres fueron engañados ó quisieron engañar, y en tanto cree en la ciencia y en la buena fe del sofista, del calderero de Alejandría.

Pero no se crea que la ignorancia está segura de eso mismo que ella dice. Aun á los ojos de la ignorancia la ciencia y la probidad de la herejía son muy dudosas; son aun mas dudosas que la existencia y la divinidad de Jesus: lo que hay es que la herejía tiene de su parte la complicidad del corazon. Ahí está el fuego sombrío que arroja sombras sobre la evidencia. ¡Que Dios no sea lo que es, ó que no haya Dios! Tal es el deseo secreto, el arcano por el cual la incredulidad científica está siempre segura de provocar á la credulidad y de llevársela tras de sí.

No hay ciencia contra Jesucristo; no la ha habido nunca. La incredulidad científica no es otra cosa que la ignorancia que habla un lenguaje científico; no es mas que una máscara que la impiedad se pone para engañar á la conciencia humana y darla algunas razones absurdas con el fin de que no crea en Dios y se adore á sí misma. Cuando la conciencia ¡ay! quiere separarse de Jesucristo, no encuentra dificultades ni en cuanto al camino que debe seguir, ni en cuanto al guia que debe tomar: acepta todos los caminos; cree que el guia hipócrita tiene todas las virtudes que él quiere atribuirse, ó perdona al guia cínicco todos los vicios que en él llega á descubrir.

Lo que mas brilla en esos *sabios* adversarios de Jesucristo es la voluntad persistente de no creer: son impíos; no son verdaderamente incrédulos. ¡Cuánta aplicacion ponen en cerrar los ojos! ¡Qué de medios bajos emplean para hacer mas densas las tinieblas en que yacen envuel-

tos! Pero, por fin, cuando forzados por la evidencia, y para huir de ella, vomitan su negacion, su delirio equivale á los mas brillantes actos de fe. Oyese en el Evangelio gritar á los demonios: «¡Jesus, Hijo de Dios, márchate, déjanos!» porque el demonio es padre de la Gran Mentira, es decir, de la falsa ciencia; y aunque el demonio es padre tambien de la negacion, y aunque es muy sabio, es muy creyente; solo que, desgarrado por su orgullo eterno, aborrece, blasfema y niega.

La negacion, en cuantos terrenos ha elegido para el combate, ha salido siempre derrotada. Su última tentativa, anunciada con tanta pompa, ha caido en el mayor descrédito científico; y tal es ya el renombre de esa obra, que la vergüenza de haberla concebido solo puede compararse con la desgracia de haberla publicado. Esa obra está ya despreciada, y figura al lado de las de Fréret, Dupuis y Volney, hombres á quienes sucesivamente se ha proclamado invencibles y que sucesivamente han sido pulverizados.

Sin embargo, esa última obra ha tenido el mismo buen éxito que las anteriores, el mismo buen éxito que tendrán en adelante las obras todas del mismo género: tienen buen éxito porque el público es poco delicado, y porque las contestaciones que ellas inspiran son tan defectuosas bajo un punto de vista como victoriosas bajo de otro. Respóndese admirablemente á todo lo que dicen los impíos; pero no se piensa lo bastante en que, consistiendo, como consiste, su arte supremo en querer ignorar, lo esencial está en responder á lo que ellos no dicen.

El último impío que se ha hecho célebre ha tenido la habilidad de hablar de Nuestro Señor Jesucristo en cuatrocientas ó quinientas páginas, sin presentarle nunca,

huyendo perpetuamente de mostrarnos todo lo que en Él es Dios, y desnaturalizando en Él todo cuanto toca al hombre. Esta perfidia de su debilidad ha dado toda su fuerza á la obra y ha conseguido el triunfo de hacer entrar á la apologética en discusiones fútiles, en las que tambien el Hombre Dios desaparece. Un lector que tenga ánimo bastante para leer todas esas excelentes refutaciones, y que se contente con eso, sabrá que el impío es hombre de todo punto indigno de crédito; pero no sabrá mas de lo que antes de sus lecturas supiera, sobre lo que Jesucristo vino á hacer al mundo. Y siendo esto así, no es Jesucristo quien gana la batalla, como no la gana, pues no sale de dudas, el lector asiduo de tales refutaciones: quien la gana es, el impío desgraciado que se ha propuesto vender á Dios engañando á sus prójimos. Hé aquí la idea que ha inspirado este libro: los recientes ataques dirigidos contra Jesucristo le han dado ocasion, pero no forman su objeto directo.

La sabiduría clementísima de Jesucristo no ha dejado á merced de los sofistas ni las fuentes de la razon ni las bases de la fe: ha previsto todas las debilidades del corazon y del espíritu del hombre, y las ha dejado un apoyo siempre poderoso. No es necesario recorrer tantos paises, estudiar tantas lenguas muertas, tanta historia, tanta física y filosofía para conocer á Aquel que descendió al mundo por conquistar la fe y el amor de los humildes y pequeños de la tierra. El Pan de vida se encuentra tan fácilmente como el pan de trigo, y se encuentra con las mismas condiciones. Todo cristiano que haya estudiado el Catecismo, ó que haya oido algunas esplicaciones de Doctrina, puede dar cuenta de su fe mucho mejor que lo que esos *sabios*, que se precian de incrédulos, pueden dar cuenta de su incredulidad.

El Evangelio encierra las causas determinantes de la fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; con el Evangelio se destruye el sofisma sin tener que arrostrar el contacto de ciertos venenos repugnantes que manchan la mano, que la hacen temblar. ¿Qué importa que el sofista aglomere notas contra la sinceridad de los Evangelistas, si nosotros tenemos la prueba clara de que Aquel de quien los Evangelistas han escrito es Dios? Cuando uno se postra ante la Presencia Real, no corre el peligro de distraerse de su contemplacion por ir á considerar de cerca la asquerosa figura del blasfemo, y no se pone empeño en arrancarle confesiones espresas ó tácitas en las que no va envuelto el arrepentimiento.

Hay diferentes grados en la lucha intelectual, y la discusion no pasa de los grados inferiores: cuando se discute, el hombre se coloca siempre en frente del hombre, y la razon del uno parece que vale tanto como la del otro; cuando se espone, se presenta á Dios en frente del hombre.

Y esa esposicion de la luz debe hacerse con preferencia cuando se pone al mismo Dios en litigio de un modo absoluto y *personal*. En esas alturas, basta con que la voz del hombre se calle oportunamente; con que no discuta con lo que *nada* es, por miedo de que la imbécil razon del hombre llegue á creer que la *nada* puede responder y de que preste á la *nada* una voz que hiera el oido del Omnipotente: basta con eso para que la hermosura de la Verdad aparezca sola en frente de la fealdad absoluta de la Mentira.

Supóngase un hombre casi completamente ignorante en materias religiosas, sin odio, pero no sin preocupaciones; hombre poco seguro de la existencia de Dios, que

duda mucho de la divinidad de Jesucristo, y que, aunque mas dispuesto á no creer que á creer en ella, huye, sin embargo, de decidirse en pro ó en contra, por un simple sentimiento de honradez, porque sabe que no sabe nada. Ese hombre escucha á los impíos, duda de su rectitud, le parecen, cuando menos, frívolos, y, sin embargo, se pregunta si existe otro Dios que el Dios cómodo é impalpable del deísmo; se pregunta si Aquel que se ha proclamado Hijo de Dios, ese Jesus á quien la negacion quiere presentar con colores puramente humanos, es lo que Él dice ser, es Dios. Contra esta creencia subsisten en el hombre, cuyo retrato se ha bosquejado, fuertes impresiones, y para reconocer su verdad ó su falsedad parécenle necesarios largos estudios; piensa ademas que descubrir la falsedad de esa creencia seria cosa triste, porque el alma no se resuelve á perder á Dios, y que lograr descubrir su verdad seria cosa grave, porque esa verdad trae consigo, porque impone grandes privaciones... ¿Y qué sucede? Que, por lo general, los hombres de esa especie permanecen en la incertidumbre, en la duda, hasta tanto que la duda se convierta en indiferencia y hasta tanto que la indiferencia se convierta en olvido.

Pues bien; ese hombre dudoso, vacilante y que se resuelve á ser indiferente; ese hombre indiferente que no niega á Dios, que no quiere hacerle la guerra, pero que se decide con la mayor sangre fria á olvidarle, ignorando que Dios no le olvidará á él; ese hombre, en una palabra, que nunca ha pensado en Dios y que desea no pensar en Dios nunca, ese hombre fui yo en otro tiempo, yo que hoy escribo este libro y que lo he escrito para los hombres que así sean, para los hombres que se encuentren hoy en el caso en que yo llegué á encontrarme. Lo que yo no

hubiera oído sin provecho para mi inteligencia y mi alma hace veinticinco años, eso mismo es lo que yo he querido esponer ahora.

Hablo en la Introduccion del hombre considerado como prueba de la existencia de Dios, del objeto para el cual el hombre ha sido creado, de su caída y de la necesidad de un Mediador; y en este punto me ha parecido que bastaban algunos argumentos elementales para el público de buena fe, al que yo pertenezco y al que me dirijo. Hago en seguida una descripcion del mundo pagano, y presento el resultado de sus descubrimientos sobre el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. Despues de esto, paso á ocuparme de los Profetas que anunciaron la venida de Jesucristo, porque los Profetas como los Apóstoles son inseparables de Jesus, y es un engaño el pretender contar la historia de Jesus sin decir nada de esos heraldos de su divinidad que marchan, precediéndole desde el fondo mas lejano de los tiempos, que proclaman su mision y narran de antemano sus obras y su vida.

Entro por fin en la narracion de la vida mortal del Verbo encarnado, y para ello me atengo al Evangelio; no quiero otro guia, no quiero otro documento. No hago á Dios ni al lector la injuria de querer probar nada, porque esa prueba de la divinidad de Jesucristo, dada por Jesucristo mismo, pulveriza toda objecion; y así lo reconocen y lo confiesan aquellos mismos que caen en el inconcebible frenesí de escribir la historia de Jesus para demostrar que Jesus no es Dios. Tales hombres dicen que siguen el Evangelio; pero la verdad es que no hacen mas que falsificarlo.

Cierto es que el Evangelio nos presenta un espectáculo que no puede explicarse. Enloquecida por todo lo

que Dios ha hecho por ella y por lo poco que en cambio la exige, el alma, anonadada también ante la evidencia, se pregunta cómo podrá creer en lo que nunca alcanzará á comprender.

Es verdad que muy entre sombras, muy á lo lejos, llegamos á distinguir que hay una cosa que no comprendemos; es verdad que, creados por Dios, creados á su imagen, entramos en la vía de lo inaccesible, y presentimos que existen alturas á las que nunca hemos de llegar; pero ese misterio del amor divino, pero ese descendimiento de Dios hasta nuestras miserias, pero esa dulzura de sus palabras, esa paciencia de su bondad, esa amargura de su agonía, y aquellas injurias, aquellos azotes, aquella cruz, aquel sepulcro, sufrido por nosotros, por nosotros que sabemos lo que somos; todo eso nos confunde y nos anonada. ¿Cómo podremos explicarnos, y quién podrá explicarnos el exceso del amor de Dios? ¿Qué sentimos en nosotros mismos que nos ayude á comprenderlo? Tenemos que creer en él por la única razón de que ese pasmo de grandeza y de amor que de ningún modo se explica, es lo único que todo lo explica en el mundo y en el hombre.

Si nos negamos á creer que Dios ha amado al hombre hasta ese punto, no hay explicación posible ni de Dios, ni del mundo, ni del hombre. El Evangelio está lleno de realidades que se palpan; es evidentemente obra de testigos á quienes se ha ordenado que den testimonio de lo que han visto: *decid, esto es, esto no es*; el Evangelio es la verdad del Dios de verdad, es Dios mismo que quiere ponerse en nuestras manos, que se entrega á nuestros sentidos y á nuestra razón, y no hay cosa en el mundo que no presente de ello sublime testimonio.

Por otra parte, y prescindiendo de que el Evangelio es siempre joven por sí mismo, es ¡ay! en estos tiempos, y por culpa de ellos, muy *nuevo*: la ignorancia del Evangelio es por lo general absoluta en los incrédulos, y en muchos cristianos no suele ser menos completa. Se sabe el Evangelio de memoria, y no por eso se le conoce, porque no se le ha leído con atención y con orden; porque no se ha oído explicarle; porque no se ha meditado lo bastante sobre él. Todo aquel que solo atiende á la letra del Evangelio, no conoce ni aun la letra; y todo aquel que solo busca la parte moral del Evangelio, no encuentra la moral que él encierra. Ese Evangelio de la letra y de la moral estricta no es sino la corteza arrancada del verdadero Evangelio católico; corteza despojada de la hermosura que Dios quiso poner en ella para atraer nuestros corazones y unirlos á Jesucristo por las cadenas del amor.

Ha sido designio de Dios que el Evangelio fuera escrito, como lo ha sido, por cuatro autores y en cuatro partes distintas, partes que es preciso considerar aisladas para que luego puedan unirse unas á otras. De ese modo la autenticidad del libro divino está al abrigo de toda duda; de ese modo, si tal desórden provoca por una parte el espíritu de contradicción, estimula por otra el espíritu de fe para un estudio constante; y ahí tenemos el océano de la literatura sagrada que nos demuestra que nada hay mas propio para escitar y fecundar la inteligencia del hombre. La historia evangélica existe de antemano en la voluntad de Jesucristo, como existía en las profecías que esa historia vino á cumplir. Los primeros pasos del Salvador se dirigen por el camino del Calvario; marcha por él sabiendo dónde va y manteniendo

en la impotencia á sus enemigos y á la misma muerte, durante el tiempo que Él ha fijado; llega á la hora señalada desde la eternidad, y todo se consuma cuando todo debe consumarse.

Este milagro general es el testimonio de todos los demás milagros, y, como todos ellos, da igualmente testimonio del poder de Dios y del amor de Dios hácia los hombres.

La incredulidad niega los milagros, porque quiere rechazar el amor; los niega de dos maneras: ó valiéndose de una negacion brutal, ó sirviéndose de ciertas esplicaciones injuriosas, y declarando que los milagros no pueden aceptarse ni por la historia ni por la filosofía. Hostigados por la Palabra del Salvador que invoca Él mismo sus milagros, algunos *sabios* conceden que Jesus pudo creer que hacia cosas imposibles para el hombre; pero, añaden, no las hizo, no pudo hacerlas, porque no era Dios. Así, pues, porque Jesucristo, segun esos *sabios*, no es Dios, no ha hecho milagros, y porque, segun los mismos *sabios*, Jesucristo no ha hecho milagros, no es Dios.

La razon cree sin violencia ninguna en los milagros que refiere el Evangelio, y cree en ellos sin violencia ninguna, porque el Hombre-Dios podia hacer esos milagros, porque el Hombre-Dios debia hacerlos, porque el Hombre-Dios da testimonio de haberlos hecho. Era necesario que la Encarnacion prestara sus reflejos divinos á todos los actos del Salvador que solo presentan la señal ostensible de su humanidad, porque, si así no fuera, al ver á un Dios reducido á sufrir el hambre, la sed, la fatiga, la tristeza, á resguardarse de los peligros huyendo, á imponerse durante tres años la tarea de instruir á dis-

cíbulos poco aptos, á sufrir los golpes, las insolencias, el último suplicio, se correria el peligro de que la admiracion estraviase las inteligencias, llevándolas á la duda. Dios, en todas esas circunstancias, parece como que prescinde, por decirlo así, de su naturaleza divina, con la cual vuelve á mostrarse cuando manda á los elementos, cuando resucita los muertos, cuando instituye la incomprensible Eucaristía.

¿Puede comprenderse que Dios hubiera descendido á la tierra y no hubiera hecho milagros? Me atrevo á decir que Dios nos debia esos milagros y que debia entrar en su justicia el prodigárnoslos, para que de esa suerte, auxiliada así nuestra debilidad, pudiera recibir su Palabra, única cosa por la que podíamos ser salvos. Jesus vino á nosotros enfermo á fin de curar á los enfermos, y esa doble condicion le obligaba tambien á hacer milagros: los sordos necesitaban aquellos signos, los ciegos necesitaban aquellos contactos, los paralíticos necesitaban aquellas sacudidas. Si Jesus no se hubiera presentado como señor de la naturaleza, aquellos á quienes ofende hallar en la historia lo sobrenatural preguntarian qué es lo que hizo Jesus, que haya escedido al poder del hombre. Bergier decia á los filósofos de su tiempo: «Palpaos bien, y decidme despues si vuestros predecesores han podido ser vencidos sin los milagros.»

La objeccion contra los milagros que se funda en que los milagros no son hechos naturales, es una objeccion ridícula. Si los milagros fueran hechos naturales, no serian milagros; y precisamente los milagros son increíbles para que la fe crea en ellos y para que no pueda negarlos la razon. El hombre que pretendiera creer en Dios sin el auxilio de los milagros, pretenderia presentarse como un

Dios, y seria un loco, tan loco como lo es el que niega la existencia de Dios. El sentido comun acabará siempre por reirse de los filósofos y de los historiadores que separen de la historia y de la filosofía los actos divinos, bajo el pretexto de que Dios no *puede* intervenir en las cosas del mundo, y de que esa intervencion no es necesaria. Jesucristo nos ha hecho mas honor: no nos ha pedido que nos rindiéramos al hombre, sino á Dios, y se nos ha presentado Él mismo para que nuestro orgullo pudiera doblegarse noblemente. Por medio de los milagros, y con sus milagros, Jesucristo ha inutilizado para siempre las reglas de la filosofía que quiere oscurecer la Divinidad, y ha tratado con gran misericordia á los mismos sabios, advirtiéndoles que es mas sabio que ellos. Si su orgullo rechaza este beneficio, hacen mal; pero la clemencia de Jesus les presenta aun otros argumentos para convertirlos.

Jesus decia á los judíos: «Si no creéis en mi palabra, creed al menos en mis milagros;» y nosotros decimos hoy á los incrédulos: «Si no creéis en los milagros de Jesus, creed al menos en su Palabra.» Porque esa Palabra es tambien un milagro, es el milagro mas grande de todos, es un milagro que nadie puede negar.

La Palabra de Jesus ha creado el milagro para brillar en su centro; y esa Palabra, al brillar así, se hace accesible, permanece siempre viva y creadora. Esa Palabra es el milagro de los milagros, es el mismo Dios. Nosotros vamos á oir esa Palabra, y nuestros oidos, aunque obstruidos por el polvo de la tierra, no podrán desconocer esa voz cuyo eco ha vencido el corazon del hombre, cuya sabiduría ha descubierto al hombre lo que él era, cuya fecundidad ha creado un mundo nuevo.

«Las palabras de Jesucristo, dice Bossuet, espresan lo divino por su sencillez, por su profundidad, por la suave autoridad que encierran. *Jamás hombre ha hablado como ese hombre*, porque jamás hombre ha sido Dios como Él, ni ha tenido sobre todos los ánimos esa autoridad natural que pertenece á la verdad, y que hace que, sin esfuerzo y sin afectacion, influya tan suave é íntimamente sobre los corazones.»

Ahora bien: esa Palabra absolutamente divina, divina por su carácter propio, divina por sus efectos siempre subsistentes; esa Palabra, ¿de quién puede ser si no es de Jesucristo? ¿Quién puede ser el inventor de la sabiduría de Jesucristo? Despues de trascurridos dos mil años, la Palabra de Jesucristo permanece siendo la única verdadera luz del hombre en cuanto á Dios y sobre sí mismo; esa Palabra sostiene al mundo católico circundado de fanáticos enemigos; esa Palabra sostiene la ley natural sitiada y batida en brecha por un filosofismo insensato; esa Palabra sostiene la razon del hombre sujeta á vértigos y delirios. Y esa Palabra no solamente conserva y repara, sino que crea: crea sacerdotes y Santos, crea la fe, y de los corazones mas estériles y secos esa Palabra arranca tambien un grito de admiracion y los mayores actos de amor. ¿Quién ha podido inventar esa Palabra?

Ninguna objecion puede ser admitida en el tribunal de la razon humana, ninguna objecion será admitida en el tribunal de Dios contra la fuerza, el número, el brillo de los milagros atestiguados por tan gran número de testigos. Supongamos, sin embargo, que la duda encuentra un refugio en los hechos milagrosos; aun así, ¿cómo es posible darse cuenta de la invencion de la palabra, de la

creacion de la doctrina y del triunfo de esa doctrina? ¿Cómo puede sospecharse que esos testigos tan rectos y tan sencillos, ó no han visto, ó han visto mal lo que dicen que han visto? Y aunque eso se sospeche, ¿cómo cabe sospechar que no oyeran lo que repiten? No repiten cosas que todo el mundo puede decir ó que todo el mundo puede pensar; al contrario, lo que repiten es superior á todo y contrario á todo lo que el mundo conocia, y lo repiten, no en los mismos términos, sino con el mismo fondo de ideas inauditas, con el mismo colorido de estilo, colorido totalmente nuevo, con el mismo acento de autoridad soberana con que lo oyeron: todo en ello aparece lleno de luz, lleno de espíritu profético, fulgurante á la vez por un triple milagro que no se puede negar: el de la idea, el de la espresion y el de la profecía. Se ve que todo viene de la Divinidad y que todo vuelve á ella: los milagros vuelven á aparecer en la Palabra, y la Palabra nos lleva otra vez á los milagros.

Esos milagros, hechos para que en ellos se apoye la Palabra, se trasforman, se trasfiguran, y, á su vez, se convierten en Palabra. Debajo de su corteza tan odiosa para la *ciencia*, se halla encerrada la savia divina que brota al soplo del Espíritu Santo y nos da flores de belleza celestial; flores de las cuales, como de la misma Palabra, se desprenden abundantemente bálsamos vivificantes. Las imposibilidades físicas han llegado á ser la predicacion clarísima de las verdades morales mas benéficas. El género humano necesita esa predicacion, y vive ó muere segun que la escucha ó la desprecia. Los milagros son otras tantas parábolas en accion llenas de admirables significados. La mayor parte de ellos esplican las profecías, dan á la vez testimonio de su cumplimiento, y son, por último, una

profecía para el orden futuro. Esos milagros han curado los cuerpos y curarán eternamente las almas; han mostrado la omnipotencia y la bondad del Hijo del Hombre, y mostrarán para siempre la ciencia y la sabiduría infinitas del Hijo de Dios.

Que un médico de genio multiplique las curas maravillosas; que un taumaturgo resucite los muertos, cosas son que no influyen sobre las generales del mundo: solo se ve en ellas á unos enfermos curados por un sabio ó por un santo. No por eso el pecado interrumpe sus obras; no por eso las enfermedades dejan de existir; no por eso la tumba deja de abrirse, y muy luego esos hombres prodigiosos desaparecen sin dejar tras de sí mas que el olvido: olvido que para el sabio es instantáneo, y que para el taumaturgo, si Dios no quiere glorificar su sepulcro por la permanencia de los milagros, se halla próximo. De todos modos, esas cosas estrañas, maravillas de la ciencia y maravillas aun mayores de la santidad, quedan como hechos, ó absolutamente aislados, ó prontamente infecundos. Pero los milagros de Jesucristo se enlazan á todo y lo contienen todo: la historia parte de ellos y en ellos se resume y termina; gozan de una vida eterna y universal; son luminosos, refulgentes, y crean la perpetuidad de los milagros.

«Los milagros del Salvador, dice el Papa San Gregorio, son reales y sirven al mismo tiempo para enseñarnos alguna verdad: Dios, por esos actos de su poder, nos muestra ciertas cosas, como nos revela otras por los misterios que en los milagros se encierran.» Todos los hechos de la Santa Escritura admiten cuatro sentidos igualmente verdaderos, porque la profundidad de Dios es infinita. Además del sentido literal tienen el sentido alegórico por la

aplicacion de un hecho á otro hecho del que el primero es figura y profecía; el sentido tropológico, por su aplicacion á las necesidades del alma y á la correccion de las costumbres; el sentido anagógico, por su aplicacion á las alegorías de la patria celestial. Estos tres sentidos encierran el sentido espiritual ó místico que establece la armonía de los milagros en toda la historia de la Religion y en todo el misterio de la humanidad.

Este estudio de su sentido místico que pone á los milagros en armonía con toda la historia del Cristianismo y con el género humano, se halla há largo tiempo muy descuidado entre nosotros, despues de haber ocupado á los Padres de la Iglesia, que han recibido de él admirables inspiraciones. Sin descuidar en modo alguno la moral, los Padres cuidaron de dar todo su desarrollo al sentido místico, elevándose á alturas maravillosas, á las que nosotros nos admiramos de seguirles sin esfuerzo, porque hemos sido formados para vivir en ellas. Lo poco que yo he podido tomar de ellos bastará para mostrar que en ese estudio se encuentran tan buenos argumentos como hermosas enseñanzas. José de Maistre ha dicho que el cuerpo humano aparece mas maravilloso aun en el anfiteatro de diseccion que en la actitud mas bella de la vida; y así tambien la anatomía de los milagros nos los presenta á la vez mas reales y mas admirables, y la mano y la sabiduría de Dios se revelan en ellos con mayor evidencia.

Al llevar la narracion, en la Vida de Nuestro Señor, hasta fines del siglo, he podido delinear el último y el mas grande de sus milagros, aquel por el cual se hicieron todos los demas: el establecimiento de la Iglesia, prueba universal y permanente de la divinidad de Jesus y de su amor hácia los hombres.

En ese punto me he detenido: tenia que escribir otro capítulo, ó, por mejor decir, otro libro en que mostrara á Nuestro Señor actualmente vivo, actualmente Dios, actualmente visible y tal cual se presentó entre los hombres; pero para ver esto basta con abrir los ojos. Por la Iglesia y en la Iglesia, el Dios-Hombre permanece en el mundo con aquel mismo carácter de debilidad humana y de poder divino que espresa la union de las dos naturalezas; por la Iglesia y en la Iglesia, Jesucristo hace las mismas obras de hombre, hombre que sufre, y de Dios, Dios que triunfa. Se halla en Belen y en Samaria, en el Cenáculo y entre la multitud, en el Tabor y sobre el Calvario, y es escuchado y negado, glorificado é injuriado, seguido y vendido. Todos sus amigos le escuchan, y todos sus enemigos están tambien á su alrededor.

Tampoco falta aquel á quien la Escritura llama el *padre de la Mentira*, aquel de quien se ha dicho á otros: «¡Sois de él!» Pero esos otros dicen que no le conocen, que no existe. Existe, le conocen, y ellos hacen sus obras. Solo la existencia y la influencia de Satanás puede explicar ese fenómeno extraño, que es el mas propio para estraviar la inteligencia del hombre. Hace diez y nueve siglos que Jesus prodiga sus misericordias y que se ve siempre insultado, declarándosele reo de muerte, objeto, en fin, de odio, odiado, sí, *personalmente*. No puede negarse este espantoso prodigio; pero ¿de dónde procede? La *ciencia* no quiere decirlo; pero el Evangelio responde, y Satanás confirma la respuesta con sus perpetuas tentativas para arrojar sombras sobre la divinidad de Jesucristo Salvador. Esas tentativas son mas numerosas que variadas. San Agustin aplica á Porfirio estas palabras de la Escritura: «Los impíos van girando sobre sí mismos; porque ellos gi-

ran, en efecto, en el laberinto del error, pasando y repasando siempre por el mismo sitio. Porfirio, apóstata, pretendió honrar mucho á Jesucristo, y escribió un libro titulado *La filosofía por los oráculos*, libro muy del gusto de la *ciencia moderna* de aquel tiempo, en el cual citaba oráculos en que Jesucristo era llamado hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y en el que á los cristianos, al contrario, se les llamaba hombres impuros. De esa clase son precisamente los oráculos que hoy salen de las academias de ciertos sabios, y en verdad que es cosa notable el ver cómo nuestros incrédulos, ó copian las antiguas extravagancias de Porfirio, ó reciben exactamente la misma inspiracion del espíritu que siempre *va girando sobre sí mismo*. ¡Y todo para presentársenos como se hallan pintados en las Santas Escrituras; todo para dirigir el mismo grito contra Dios: «No queremos conocer tus caminos; no queremos la ciencia de tus mandamientos. *Scientiam viarum tuarum nolumus!*»

Pues bien; la ciencia de los caminos del Señor es el conocimiento de Jesucristo, y ese conocimiento es hoy mas necesario que nunca.

Yo he escrito este libro para indicar á las almas en qué lugar, en los tiempos desgraciados que se están anunciando, encontrarán toda la fuerza, todos los consuelos, todo el honor que queden en el mundo; porque estoy profundamente convencido de que esta conjuracion contra Jesucristo, cuyos efectos estamos sintiendo, es una gran conjuracion contra el género humano, una conjuracion para esclavizarlo y envilecerlo, y de que todo aquel que no conozca, que no sirva, que no ame á Jesucristo, sucumbirá bajo esa conjuracion y será esclavizado y envilecido por ella.

Pero sea que la sociedad se libre de este peligro, sea que perezca en él, los cristianos deben comprender desde hoy la obligacion en que se encuentran de hacerse mas y mas instruidos. No sabemos hasta qué punto Dios es Dios, es decir, hasta qué punto Dios es bueno, hermoso, grande. La sublimidad y la consistencia incomparables de la moral admiran acaso menos, arrebatan acaso menos en el cristianismo, que la consistencia y la sublimidad del dogma; del dogma que no solo hace posible, sino que hace fácil la inteligencia de esa moral tan elevada. En el dogma está lo vivificante, lo infinito, lo incommunicable. En los fulgores del misterio de Jesucristo vemos á Dios; el esplendor de esa claridad escede á toda espresion, nos presenta sin cesar á Dios, y somos culpables ante Dios por la negligencia que nos mantiene á tanta distancia de las maravillas de que nos ha circundado. Esa negligencia es una parte personal y considerable que nosotros tomamos en los crímenes de la negacion; porque si la negacion nos encontrara mas instruidos, si nos encontrara todo lo instruidos que debíamos estar, comprenderia que era necesario que estudiara ella mas, y tal vez esa mentida ciencia que hoy niega á Dios, al llegar á ser verdadera ciencia por el estudio que la falta, llegaria á convertirse.

Si consigo que mis lectores se decidan á estudiar mejor la Religion, á leer y meditar el Evangelio, habré conseguido mi objeto. Creo que encontraré muchos lectores que así lo hagan. Los *Actos de los Apóstoles* nos han conservado la tierna historia de aquel hombre de buena voluntad que se iba solo por los caminos desiertos leyendo un capítulo de Isaías que no podia entender. Jesus le envió un intérprete, y mientras el intérprete seguia hablando, como pasaran cerca de una fuente, el hombre de

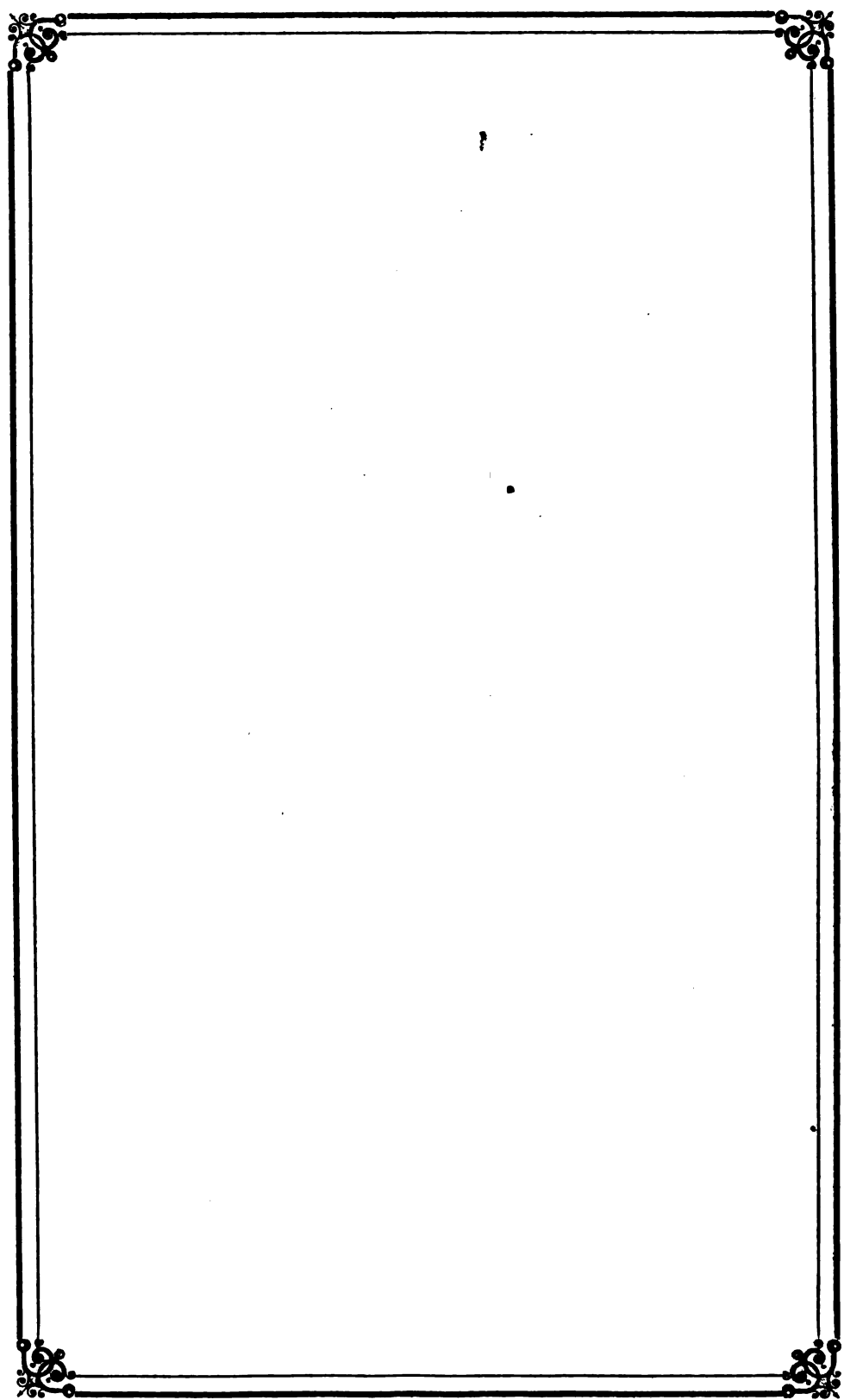
buena voluntad dijo: «Aquí hay agua: ¿existe algun inconveniente para que yo sea bautizado?» Los hombres de buena voluntad son numerosos en los caminos de este mundo, y Jesus se toma el cuidado de hacer que llegue á ellos la palabra que basta para su salvacion. Si esa palabra se encuentra en este libro, yo habré dado todo lo que he recibido.

No he querido cargar de notas estas páginas que la buena fe dirige á la buena fe. Cito con exactitud, aunque sin señalarlos, los textos de los Padres y de los demas intérpretes, textos de que me he servido ampliamente, y que á veces he reunido en una sola frase para mayor rapidez de diction. Pero no por eso se me acuse de querer ocultar mis plagios: al tratar de asunto tan elevado, hubiera temido hablar por mí mismo y presentar mis ideas, cuando tenia las de tantos hombres santos y grandes. He tomado, pues, las ideas, y con frecuencia tambien las palabras, hasta el punto de que dudo que en todo este volumen haya una sola página que yo pueda llamar mia.

En cuanto á cierto libro malo que caracteriza tristemente la época que atravesamos, he tenido que aludir á él dos ó tres veces, aunque mi deseo hubiera sido el de olvidarle por completo. Los sentimientos que me animaban despues de haber leído por primera vez ese libro, se han ido modificando á medida que he podido distinguir y apreciar la triste situacion de su autor. Habiendo encontrado en él la firme decision de ignorar, me complazco en creer que está lejos de haber perdido la fe. ¡De seguro no se atreve á mirar de frente un Crucifijo! ¡Temeraria llegar á ver que corria la sangre del Señor! De su conciencia sale un grito que le está llamando apóstata y traidor. ¡Podrá sobreponerse, podrá sofocar esa suprema inquietud!

tud de su alma que se deja descubrir en sus miradas tan obstinadamente desviadas de la luz? Lo ignoro; pero de todos modos es digno de compasion, y he dejado á un lado la obra que en el primer momento queria desgarrar. Censuramos á ese hombre, y detestamos su crimen; pero todo cristiano se consideraria feliz por poder decirle como Ananías á Saulo: «Hermano Saulo, el Señor Jesus *que se os ha aparecido en el camino que seguíais*, me ha enviado hácia vos á fin de que recobreis la vista.» En cuanto á mí, personalmente, debo agradecimiento á ese libro que me ha encadenado, por decirlo así, al Evangelio: contemplar á Jesucristo es la alegría de la inteligencia y del corazon. Mientras escribia este libro, Dios ha querido que sufriese alguna de las pruebas terribles de este mundo; se ha abierto una gran tumba delante de mí; el camino de mi vida se ha puesto mas sombrío, y, sin embargo, jamás alegría mas pura ha llenado mi corazon. He vuelto á leer hermosos libros harto descuidados, amigos tiernos que Dios me ha dado cuando perdía algunas de esas cosas humanas destinadas á perecer. He gustado del milagro del consuelo, del milagro de la fe, del milagro de la victoria. En el dintel de las iglesias he conocido que entraba verdaderamente en Belen, la *casa del pan*. He comprendido que el *Credo* que sale de los labios de los esclavos, de los pobres, de los niños, de las mujeres, es la espada que matará á Satanás. He trabajado con alegría, y, á pesar de que conozco lo pobre de mi obra, la presento con seguridad. Nunca sentiré haberla escrito, y no sentiré nada de lo que he escrito en ella, porque esta obra se encontrará en el platillo de la balanza de las buenas obras, será una parte de mi fortaleza cuando muera, será el consuelo de mis hijos, la esperanza de los amigos que

rueguen por mí. ¡Oh Cristo vivo! los que te niegan te verán. ¡Ojalá lleguen á verte antes del día de tu justicia! ¡Ojalá, en este momento de tu clemencia, anhelan el perdón que siempre les está ofrecido! ¡Ojalá aquellos mismos que están conspirando para separar á los otros de los caminos de la luz y del perdón, sean cogidos en los dulces lazos de la misericordia! Este es el deseo íntimo de mi alma, asustada ante su peligro. Yo no soy su juez, y no es ¡ay! necesario que nadie les acuse. ¿Qué acusador mas terrible y mas implacable que ellos mismos encontrarán esos hombres culpables en el tribunal de la Suprema Justicia?



INTRODUCCION.

I.

Dios y el hombre.

Hay dos personajes en el Evangelio, Dios y el hombre, y el lugar que el hombre ocupa en él no es menor que el que ocupa Dios. Por el hombre desciende Dios del cielo; por el hombre el Verbo Increado se reviste del peso de la carne; por el hombre el Infinito se circunscribe en esta cárcel; por el hombre el Omnipotente acepta esta enfermedad; por el hombre aquello que es la Pureza misma asume la ignominia del pecado; por el hombre el Inmortal recibe la muerte, y muerte de cruz. El hombre es el objeto de ese amor inconcebible; pero ¿qué es el hombre?

Segun la *ciencia novísima*, el hombre es un animal que ha inventado á Dios. «Tan pronto, dice un *sabio*, como el hombre *se distinguió del animal*, se hizo religioso,» y este rasgo científico forma la idea madre de un libro recientemente publicado para acabar con la fe en Jesucristo-Dios, medio seguro de acabar con la Religion y con la razon, y de hacer que el hombre sea lo que se quiere hacer creer que ha sido.

La *ciencia novísima* se equivoca. El hombre se distinguió siempre del animal, y no le costó mucho ni poco

hacerse religioso: lo fue desde su origen, porque desde su origen conoció al Dios que le había creado. Para hablar con propiedad, la *ciencia* debía decir que tan pronto como el hombre cesa de ser religioso, deja de distinguirse de un modo perceptible del animal. El rasgo distintivo del hombre que se convierte en animal, es el de no discernir las cosas de Dios.

Pero esa altísima cualidad de ser religioso por naturaleza, no basta para hacernos conocer perfectamente al hombre. ¿Por qué es el hombre religioso? ¿Cómo debe serlo? ¿Qué es lo que naturalmente conoce de Dios? Y aun mas: ¿qué sabe de sí mismo? Todo lo que llega á saber sobre todo eso y á fuerza de considerarse á sí propio y de considerar á los demas, no es mas que tinieblas, materia de duda, de vergüenza, de desesperacion. ¿Es solamente un átomo en los abismos del espacio? ¿Tiene la plena consciencia de lo que es? Sin embargo, siente que es grande, y ese sentimiento de su grandeza es justo; pero, ¿sabe siquiera de qué procede ese sentimiento de su grandeza?

El hombre sabe qué día ha entrado en la vida; pero no conoce el día en que verdaderamente empezó á vivir, como no conoce aquel en que ha de concluir su vida, y muere sin saber cómo ha vivido. Entre esas dos fechas, la del nacimiento y la de la muerte, en ese corto espacio de tiempo, ha nacido muchas veces, ha vivido, por decirlo así, muchas vidas diferentes, y, sin embargo, se ve obligado á preguntarse si ha vivido alguna vez.

El hombre marcha, habla, piensa, ejerce una accion en el mundo: sin embargo, ha muerto, y ha muerto muchas veces por muchas clases de muerte, y todo esto él lo siente muy bien, y siente ademas que nunca morirá.

El hombre es finito, y no puede dirigir una mirada sobre sí mismo sin comprenderlo; es finito hasta tal punto, es hasta tal punto limitado, que apenas sabe si es, si existe. Su pensamiento, ese instrumento dúctil y rápido que aun le sirve cuando todos los demas órganos le niegan su servicio, le falta en este punto; el pensamiento se asusta, duda de sí mismo, y hace que el hombre dude tambien de sí: solo es la nada dentro de la nada. Pero esta evidencia de la nada del hombre, que es el último refugio de su pensamiento, es la que prueba perfectamente su existencia. El pensamiento existe, porque no ha podido inventarse á sí propio, porque apenas puede conocerse á sí mismo.

Pero ese ser finito tan raquítico es obra del Infinito, y en la obra hay algo del Artista, algo del Infinito; y hé aquí que, solo con eso, el hombre es algo mas que todo un mundo. El hombre, limitado por todas partes, se halla en todas partes. La pesadez y la enfermedad de su cuerpo no detienen á su pensamiento, y con su pensamiento está donde quiera que él vaya, y á todas partes va su pensamiento. Los espacios le están abiertos, tiene á su disposicion los tiempos, y aun puede ir mas allá de los espacios y de los tiempos. Ese ser que dificilmente puede percibirse á sí mismo en el presente, que se palpa y se pregunta si existe; ese ser colocado entre dos minutos que uno y otro tampoco se perciben, vivia, sin embargo, por sus antecesores antes de que naciera, y vivirá despues de su muerte por sus descendientes, y, sobre todo, por sus obras, hijas innumerables nacidas en un instante y que no pueden perecer. Antes de él, todo se ha hecho por él, todo ha contribuido á formar la atmósfera, por decirlo así, en la cual debe vivir; y él entra por algo en todo lo que ha

de venir despues de él. El hombre, aunque cautivo, tiene alas siempre libres, y el ojo del águila no sondea los aires á la altura á que él puede volar; el hombre, aunque ciego, ve la claridad mas allá del sol, y ve por entre las tinieblas mas allá de la noche, y sus miradas dejan atras todos los horizontes. Polvo sin nombre ayer y sin recuerdo mañana, polvo imperceptible sobre esta tierra perdida ella misma en el polvo de los astros, el hombre solo posee un relámpago en la carrera del tiempo, relámpago que no es siquiera un relámpago en la duracion de la eternidad, y, sin embargo, el hombre, como vivo en el primer hombre, es de hecho tan antiguo como el tiempo y existirá cuando el tiempo no exista. Cuando Dios dijo: «Hagamos el hombre á nuestra imágen,» aquel dia nació el hombre. Y ¿es ese el dia de su verdadero nacimiento? No, no; tampoco es ese. Dios dijo esa palabra, y la realizó en el momento marcado en sus designios; pero esos designios existian en Él desde toda la eternidad.

Creado en el tiempo, pero concebido en la mente de Dios en la eternidad, el hombre ha sido creado para la eternidad; no morirá, él lo sabe, porque es obra de Dios, y las obras de Dios no son perecederas. La materia, á que no está unida el alma, nada es; nada son tampoco las formas, las apariencias: todo eso es respecto de la creacion lo que mi traje que se usa y se gasta es á mi cuerpo, y este cuerpo no es mio, porque es, por su parte, el traje que se gasta y se cambia. Yo he cambiado muchas veces de traje; yo he cambiado muchas veces de cuerpo, ¿Dónde está mi cuerpo de niño? ¿Dónde está la flor y la fuerza de mi juventud? Todo eso ha muerto, ha muerto como los perfumes y los sonidos que pasan por el espacio. No queda de ellos lo que queda del musgo de las piedras. Lo que

ha sido formado á *imagen de Dios*, es la verdadera creacion, la creacion eterna; eso es lo que ha recibido su perfeccion desde su origen; eso es lo que no perecerá.

Así, Dios, por su poder, ha puesto la inmortalidad en la muerte misma, ha puesto lo inmutable en lo mutable, ha puesto en lo finito una imagen de lo Infinito.

Hé aquí al hombre, pero no al hombre completo, ni tal siquiera como á él le es dado conocerse, puesto que no hablo de las vivas llamas de su corazon. ¡Y se quiere que ese ser solo haya sido, durante un período de tiempo indeterminado, un animal semejante á aquellos que fueron creados para servirle, á aquellos que no piensan! ¡Y se dice que el hombre ha permanecido entre esa multitud sin vida, hasta que ha aprendido á *distinguirse* de ella haciéndose religioso, es decir, inventando el pensamiento y creando á Dios!

Es una antigua superchería de la *ciencia* la de rebajar al hombre hasta ese extremo; se le pone en su punto de partida en la línea del animal, y aun mas abajo, y se escita en seguida su orgullo por la consideracion de lo que él ha sabido hacer para salir de ese estado, persuadiéndole de que solo á sí propio debe todas sus grandezas: «Mira hasta dónde has sabido subir,» le dice la *ciencia*; «no te detengas en ese camino; sigue rompiendo los lazos que aun te tienen en la infancia; sube, sube todavía; tú serás un Dios, tú serás el único Dios.» Esto es lo que se llama el espíritu moderno, pero que no data de hoy porque ese discurso es el discurso de Satanás, escrito en la primera página de la historia del hombre.

Es bueno recordar al hombre que la mano de Dios ha formado su cuerpo, como el aliento de Dios le ha infundido el alma.

Animal, en efecto, por la materia, y miserable si se juzga groseramente por las apariencias, el hombre nace, sin embargo, mas fuerte y mejor constituido que todos los animales. Se dice que es por largo tiempo débil, incapaz de ir donde la necesidad le llama, de conocer el peligro que le amenaza, de huir del peligro cuya existencia llega á comprender; pero los hombres que eso dicen del hombre son aquellos que no quieren comprender cómo ha formado Dios al hombre. El hombre se halla mas protegido que la tortuga, es mas fuerte que el leon, y tiene mas agilidad que el ciervo que corre, que el águila que vuela, que el delfin que nada. ¿Quereis dar á ese animal su verdadero nombre? Pues llamadle la *sociedad*. El hombre es así desde su cuna, y precisamente en su cuna es cuando mas goza de todas esas ventajas. El hombre solo llega á ser un individuo cuando puede ver el peligro, cuando puede prevenirle, cuando puede vencerle ó defenderse contra él: en la cuna tiene á su padre, tiene á su madre, tiene toda la vigilancia, toda la fuerza y toda la ciencia de la sociedad. La cuestion no está en saber lo que el hombre podria hacer si se viera solo: no está solo, y, por las leyes mismas de su naturaleza, no puede estar solo. El hombre viene al mundo con ese poder de la sociedad, poder que es tanto de él como son del leon sus músculos y del águila sus garras. Aun en el estado salvaje, el hombre es el rey de la creacion, y el estado salvaje no es su estado normal, porque su estado normal es la sociedad y este bosquejo del orden perfecto que llamamos la civilizacion. El hombre es lento para formarse; pero ¿qué importa, si todos los recursos de la sociedad se han de emplear en formarle? Y la sociedad le formará, le enseñará á dominar el aire y el fuego, á domar el agua y aun el rayo, á hacerse tra-

jes mas abrigados y finos que el vellon de los corderos y mas ligeros é impermeables que el plumaje de los pájaros, á construirse casas que desafien la tempestad, á sacar su alimento de una yerba de los campos, á rodearse de maravillas. Tal es ese débil animal, y puede decirse que todo eso no es nada, porque el hombre irá mas lejos: aprenderá á vivir en el pasado y en el porvenir, á permanecer sobre la tierra cuando ya no exista.

Y para que el hombre no caiga en la tentacion de rechazar esos dones y esas magnificencias que le esperan en su corto paso por la vida mortal; para que no se abisme en un aislamiento en que seria, en efecto, el mas miserable de los animales, se ve obligado, si ha de vivir, á permanecer en sociedad, es decir, en un estado que le hace superior á todas las criaturas. No puede escapar á la soberanía sino por la muerte, es decir, por lo que él llama muerte, puesto que, no habiendo sido creado para la muerte, no puede morir. En el bien como en el mal, el poder del hombre se limita á cambiar de vida.

Es cierto que la educacion del hombre es laboriosa; pero debe serlo para la ventaja general y para su propia ventaja. Ese rey necesita conocer su debilidad y su dependencia, y véanse la sabiduría y afecto de Dios en presencia de esa necesidad: niño y adolescente, el hombre se halla provisto de unos resortes que le permiten sostener, sin que quede encorvado y sin que siquiera se forme en él un pliegue, todos los yugos que le importa soportar. La juventud es una alegría interior que hace amar el trabajo, sufrir la sujecion, y las penas, y los desengaños, y, en fin, todo lo que se hace tan duro mas tarde, todo lo que le aplastaria si su peso fuera el mismo desde un principio. La juventud asume en sí los elementos de

todo; para ella el pasado no es nada, reina sobre el porvenir, y reina como soberana, sin contar para nada, sin cuidarse para nada de las horas que van huyendo. Las tumbas le detienen en su carrera; pero la juventud apenas se detiene en ellas, pasa por encima de ellas, y las olvida en el instante. En cuanto á la muerte, la juventud no piensa en ella, y ella nada puede sobre el jóven, porque no le puede quitar el porvenir, no le puede impedir el ser, el hacer, el tener todo cuanto quiera. Pero si la muerte se presenta al jóven diciéndole: «Á ti es á quien busco;»—«Soy tuyo,» dice el jóven sin vacilar. Y muere como hace otra cosa cualquiera. Esa vida llena de tantas ilusiones, en que el hombre jóven se veía dueño de todo, no es tampoco sino un juguete que deja á un lado sin echarle de menos.

Pero ¡cuántos inesplicables vacíos, cuántas lamentables miserias se encuentran en ese ser tan perfecto por la materia y por el espíritu! Hay dos secretos necesarios que él no posee, que él no puede adquirir, que es preciso que Dios le descubra. El hombre, entregado á sí mismo, siente una horrible incapacidad para conocer y para amar; las tinieblas circundan su espíritu, y un muro de bronce rodea su corazón. ¿De dónde viene y hácia dónde va? ¿Qué poder le ha arrojado en la vida para hallarse en guerra con los hombres? Porque en vano la sociedad le educa; en vano él la es útil y en vano ella le es indispensable: no hay naturalmente amor entre él y la sociedad. La sociedad no ama y no respeta al hombre, y el hombre no respeta y no ama á la sociedad. Por una y otra parte solo se ven servicios que la necesidad impone y que la fuerza regula; pero nada de respeto, nada de amor. ¡Y sin embargo el amor es la ardiente necesidad del hombre!

Hé aquí la inmensa miseria de esta criatura tan bella y formada con tanto esmero. El hombre no conoce á Dios y no ama al hombre, ¿qué digo no le ama? le aborrece con pasión, le oprime con deleite, y, á causa de ese frenesí, todos los encantos de la sociedad se cambian para él en amarguras, y todas sus ventajas en tormentos, porque encuentra en la sociedad el odio y la tiranía. Ese rey de la creación, ese vencedor de todos los seres terrestres, capaz de resistir á todos los males, que arroja á las fieras de los bosques, que construye sus ciudades sobre la lava de los volcanes; ese ser encuentra un enemigo que le humilla, le encadena y le mata, y ¡ese enemigo es el hombre! ¿Es esa la obra primitiva? ¿Ha sido creado el hombre de ese modo? No; sentimos que aquí hay un desórden, y ese desórden inmenso, irreparable por las fuerzas humanas, nos hace comprender que el hombre es una ruina.

¿De dónde nace ese desórden? ¿Por qué el hombre no es sino una ruina? ¿Qué responden á esto aquellos que dicen que el hombre, cuando se distinguió del animal, se hizo religioso, es decir, inventó á Dios; los que dicen, en una palabra, que Dios es una quimera forjada por el hombre, y que no hay Dios?

Lo que responden importa poco; no tenemos que ocuparnos aquí de ello, y debemos seguir el camino ya trazado. La existencia del hombre es la primera y decisiva prueba de la existencia de Dios. El hombre no se ha creado á sí mismo; y ¿quién ha podido crearle sino Dios? Si se quiere una definición de Dios, ahí la tenemos en el símbolo de los Apóstoles, definición desarrollada contra la locura de los impíos por el *Credo* de Nicea: *Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles*. Hé aquí en pocas palabras la concep-

cion clara de un poder y de una sabiduría sin límites: porque, ¿de qué ha creado Dios todas las cosas? De la nada, á menos de suponer á la materia preexistente á Dios ó co-eterna con Dios. Y aquellos que aseguran no poder comprender á este Dios que todo lo crea de la nada, ¿pueden acaso comprender á la materia, á la inerte materia, ó siendo eterna, ó siendo creadora primero de sí misma, y después del orden y de la inteligencia?

Si es imposible comprender que la materia haya creado el orden y la inteligencia, es imposible también comprender que Dios, la Inteligencia soberana y perfecta, haya creado al hombre por otra causa que por amor y para pedirle otra cosa que el amor. Toda explicación que no sea esta, solo consigue rebajar á Dios, hacerle inferior al mismo hombre por la justicia y la bondad, mostrarle impotente en medio de esta creación que es su obra. Pero rebajar á Dios es concluir con Dios en el pensamiento del hombre, que cesa entonces de adorarle, es decir, de conocerle; y por esta privación de Dios el pensamiento y el hombre mismo desaparecen, y solo queda un animal inteligente y perturbado, que aborrece y es aborrecido, que da y recibe el odio, que mata y sufre la muerte.

Dios es Amor, y el amor es la Vida. Una continua expansión del amor de Dios, que es la Vida increada, crea continuamente la vida. Toda vida creada por Dios es buena y perfecta en su orden, se halla dotada de belleza, y da algo de sí que sostiene otras vidas. Cuanto mas elevado es el ser, mas recibe y derrama la vida. La perfección de la vida es el conocimiento y el amor del Creador; la perfección del amor es la adoración.

Creado por amor para conocer perfectamente y para amar perfectamente según la gerarquía de su naturaleza;

creado por el Soberano Bien para subir hasta esa abundancia de la vida que es la adoracion, el hombre, obra ya sublime, ha recibido el sublime complemento de la libertad. Con la libertad el hombre combate, merece, pone alguna cosa de su parte para elevarse hasta el amor de Dios, para corresponder á Dios por haberle dado el ser. Por la libertad tambien, el hombre puede alejarse de Dios, separarse de Él, negarle: tiene esa eleccion, porque, como último signo de su omnipotencia, Dios ha dado al hombre la libertad de negarle.

Amante, el hombre debe obedecer, porque la obediencia es la ley y la forma del amor; libre, el hombre puede desobedecer, puede violar la ley, negar el amor.

Ya Dios ha visto que se le negaba la obediencia. Antes de la creacion visible, tuvo lugar un combate en el cielo; entre los innumerables ángeles se encontraron cohortes rebeldes, y una parte de aquellos espíritus puros, creados para adorar, dejaron nacer en ellos el orgullo, se separaron de Dios, perdieron el amor y la luz, y se convirtieron en demonios incapaces de arrepentimiento. Segun una altísima doctrina, la revelacion anticipada de la Encarnacion del Verbo por el cual habian sido creados, fue la causa de su sublevacion, porque se negaron de antemano á adorar aquel Verbo de Dios, Verbo-Dios, cuando fuera Jesus, es decir, cuando se revistiera de la inferioridad de una carne mortal. Aquel misterio del amor divino escedia á su inteligencia; y la condicion del hombre, aquella criatura nueva, por tantos títulos inferior á ellos, y á la cual, sin embargo, tendrian que adorar en Jesus, escitaba su envidia. Los ángeles rebeldes fueron precipitados del cielo, y desde entonces existe el

mal: existe, como mal, para siempre; pero como poder, solo por un tiempo. ¡Poder de seducción temible para el hombre, pero menos fuerte que el hombre, cuando el hombre quiere obedecer á Dios!

Tentado por el demonio, el hombre desobedeció, violó la ley del amor, negó el amor, prefirió el desorden y la muerte. Y si el hombre ha empezado alguna vez, no á confundirse con el animal, pero sí á distinguirse menos á sí mismo y á adquirir algunos de los rasgos degradantes del bruto, rasgos que la filosofía se complace en reconocer en él, rasgos que Dios no le habia dado, fue aquel día; el día en que el hombre desobedeció á Dios. Aquel día, avergonzado de su desnudez, se ciñó para ocultarla con una túnica formada de pieles de animales.

Á los ojos de la ciencia que niega á Dios y al hombre, ese día lamentable es la primera fecha del progreso, el primer paso del hombre hácia la creacion del sentimiento religioso: aquel día el hombre solo creó ¡ay! la muerte. Arrojado de las delicias del Paraíso y de la vida inocente, arrojado de la clara presencia de su Criador, el hombre entró en las tinieblas humanas. No empezó por hacerse religioso, sino que, por un efecto de la misericordia divina, no pudo dejar de serlo. Así como se dice que los últimos objetos que hieren los ojos de un hombre en los momentos en que recibe la muerte permanecen grabados en ellos sin borrarse, así en el dintel de las largas tinieblas en que iba á entrar por su falta, el hombre se llevó imperecedera la vision radiante del Paraíso, y su alma no cesó de repetir en pálidos ecos las grandes cosas que habia aprendido y las promesas que le hacian esperar un Redentor. Ya aquí, en ese origen lejano, aparece la gracia de Jesucristo; esa gracia que será reno-

vada en figuras innumerables hasta el día de la inefable realidad.

Pero sigamos.

No; si el hombre no hubiera sido libre, no habría pecado, Dios no se hubiera visto ofendido, porque la omnipotencia no podía exigir de una criatura sin libertad la plenitud del amor. Lo que constituye el don es el poder rechazarlo, y Dios no podía, ni engañarse hasta el punto de exigir de su criatura lo que no la hubiera permitido ofrecerle libremente, ni castigar en esa criatura un vicio de organización que de Él hubiese recibido. ¡Un error y una injusticia en Dios, un Dios imprevisor, un Dios impotente para hacer lo que ha querido, un Dios no solo sin misericordia, sino también injusto, son cosas que no se conciben, son absurdos monstruosos y palpables!

Si Dios hubiera amado menos al hombre pecador, no teniendo que destruirle como una obra mal formada, le hubiera deshecho como una obra rebelde.

Porque su obra es buena y conforme á sus planes, Dios la ha conservado; porque su obra es inteligente y libre, porque ha prevaricado voluntariamente, Dios la ha castigado; porque la amaba con amor eterno, Dios la ha regenerado.

En el sacrificio del altar, el sacerdote, después de verter en el cáliz el vino que ha de cambiarse en la Sangre preciosa de Jesucristo, mezcla con él algunas gotas de agua que representan la humanidad que revistió el Salvador, y pronuncia estas asombrosas palabras: «¡Oh Dios que habeis creado maravillosamente al hombre en un estado tan noble, y que mas maravillosamente todavía le habeis restablecido en su primitiva dignidad! concedednos por el misterio de este agua y de este vino que tengamos

un día parte de la divinidad de Aquel que se ha dignado revestirse de nuestra humanidad, Jesucristo vuestro Hijo, Señor Nuestro.»

Dios ha regenerado, pues, á su criatura degradada, y ha confiado la reparacion á aquel Verbo por el cual habia sido creada: aquel Verbo que «está en Él desde el principio, engendrado, no hecho, por quien todas las cosas han sido hechas, y sin el que nada de lo que ha sido hecho hubiera sido hecho.» Y esta reparacion ha sido una creacion nueva.

El Verbo ha encarnado, ha tomado la figura y el peso del pecado, ha sufrido la muerte, que era la pena del pecado, y así, por su sacrificio, satisfaccion á la vez á la justicia y al amor, ha restaurado la vida y ha abolido la muerte. «Y el Verbo era Dios,» porque, ¿quién otro que Dios podia reparar la obra de Dios, satisfacer á la justicia de Dios, cumplir soberanamente el objeto del amor de Dios?

El hombre ha conocido estas cosas que iluminan su razon, dándole la clave de su propio misterio; y las ha conocido, no por haberlas descubierto, sino porque le han sido dichas por el Verbo divino, y le han sido repetidas y esplicadas bajo la inspiracion del Verbo cuya voz no calla nunca. Hé aquí lo que escribia á fines del primer siglo de Jesucristo, hace ya mil ochocientos años, como profeta, como testigo y como historiador, un hombre que habia sido un pobre batelero del lago de Tiberiades, pero cuya cabeza habia descansado sobre el pecho de Jesus:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

• Él estaba en el principio en Dios.

»Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fue hecho, se ha hecho sin Él.

»En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres;

»Y la luz luce en las tinieblas, mas las tinieblas no le comprendieron.

»El Verbo es esa luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

»Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por Él y el mundo no le conoció.

»Vino á los suyos, y los suyos no le recibieron.

»Pero ha dado á todos aquellos que le han recibido el poder de ser hechos hijos de Dios: aquellos que creen en su nombre, que no han nacido de sangres, de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios.

»Y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Y nosotros hemos visto su gloria, que es la gloria del Hijo único del Padre.»

¡Qué página! ¡Qué trueno que arranca del cielo torren-
tes de claridad! ¡Qué puerta refulgente para entrar en la
luz de Dios! Bossuet dice, refiriéndose á otro pasaje del
mismo Evangelio: «Encuétranse en él cosas profundas
que hacen temblar;» pero aquí la misma evidencia es la
que brota del seno de las profundidades y la que acaba
con el enigma del hombre y de Dios, como la viva luz del
sol acaba con las tinieblas de la noche. El género humano
no se equivocó un instante; y ante aquella claridad divi-
na sintió que en sus ojos ya muertos renacia la vision
del Paraíso; reconoció en seguida al Dios que le habia
hablado en los dias de su inocencia, cuando aun vivia en
su cuna de flores; sabiendo tambien que el Redentor habia
venido, y que habia sido dado á los hombres el poder de

ser hechos hijos de Dios. Pero «la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron; y Aquel por quien el mundo ha sido hecho ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.» Y nosotros hablamos para contradecir al delirio homicida que aconseja á los hombres rechacen el poder de ser hechos hijos de Dios, que les dice que Jesucristo no es el Hijo de Dios ni el Redentor del mundo, y que Dios no tiene Hijo, y que el mundo no necesita redentor.

II.

Antes de Jesucristo.

Entre tanto el mundo esperaba; pero ¿en qué estado esperaba? El escritor moderno que cree que el hombre se hizo religioso, nos pinta tambien al género humano entregado á sus propias concepciones en materia religiosa, y solo ve durante millares de años, y en todas partes, altares estúpidos é infames, ídolos por dioses, magos y verdugos por sacerdotes, el ser humano por víctima. Tales son las religiones encontradas por el hombre. «Así es, añade el mismo escritor, que esa divina facultad de la religion pudo parecer durante largo tiempo un *cáncer* que era necesario estirpar en la especie humana, una causa de errores y de crímenes que los sabios debian tratar de suprimir.» ¡Un cáncer! No obstante, el mismo escritor observa que las brillantes civilizaciones de China, de Babilonia y de Egipto dieron á la religion ciertos progresos. ¿Qué progresos? «Las naciones mas ilustradas, si se separan de la revelacion, dice Bossuet, son las mas ciegas en materia religiosa. ¡Hasta tal punto es cierto que en esta

materia es preciso ser elevado por una gracia particular y por una sabiduría sobrehumana! »

Pero el mismo autor á quien hemos citado mas arriba reduce á bien poca cosa esos ciertos progresos. « La China, dice, adelantó poco; las religiones de Babilonia y de Siria, por no haberse podido desprender de un fondo de estraña sensualidad, fueron, hasta su estincion en el cuarto y quinto siglo de nuestra era, otras tantas escuelas de inmoralidad. » En otros términos (porque este escritor nada quiere decir de un modo claro, y su libro es tan hipócrita como poco cristiano): todas las religiones anteriores á Jesucristo, escepto la judáica, fueron satánicas, antisociales, deshonrosas para el hombre y para Dios.

Esta es la confesion de un enemigo de la Iglesia católica: tiene que reconocer un hecho, y ese hecho que reconoce basta para acabar con todo su sistema. No está en poder del hombre el olvidar de un modo absoluto todo lo que sabe, y rasgar de un solo golpe, en provecho de sus sistemas, toda la historia y toda la filosofía. En efecto: ¿en qué religion de la antigüedad dejan de encontrarse los groseros sortilegios, la idolatría, la abominacion de los sacrificios humanos? ¿Qué templo no era en cierto modo una escuela de inmoralidad? Y esos horrores marchaban á la par con las mas bellas creaciones de Atenas y de Roma. En esos mismos puntos, en esos centros de civilizacion, el sacrificio ritual se mantuvo siempre subsistente; y, por otra parte, no es necesario que una religion amontone cadáveres en torno de sus ídolos, como en Cartago y en Dahomey, para multiplicar los suplicios. En Roma, el Circo era un templo, y antes de empezar los juegos (¡aquellos *juegos* en que morian hasta treinta mil hombres!) se invocaba á los dioses, se quemaba incienso, y á veces corria

la sangre humana sobre el altar portátil, derramada, no por la mano de los gladiadores, sino por la de los sacerdotes.

En el circo, la religion mataba por el hierro de los histriones y por la garra de las fieras, y, en todo el imperio, con mas dolores para el alma humana, la religion mataba por la inmoralidad.

Nosotros, á quienes la clemencia de Jesucristo ha hecho hijos, esposos, padres, hombres, en fin, no podemos representarnos aquella civilizacion brillante, en la que la familia no existia para las tres cuartas partes de los hombres, en la que nadie gozaba de su plenitud sagrada. La palabra *padre de familia* significaba poseedor de esclavos, y en toda la Grecia, consagrada al culto del amor impúdico, el amor conyugal no tenia un solo templo.

Hé aquí, pues, el progreso del hombre al «hacerse religioso:» su religion era un cáncer, y el cáncer devoraba su carne. Pero ¿dónde se ve á los sabios que se propusieron estirpar el cáncer? Solo despues de Jesucristo, solo manifestándose contrarios á Jesucristo, ha conocido el mundo á tales sabios cuya existencia fue ignorada de la antigüedad, que por otra parte tampoco los hubiera soportado. Cuando el diablo consigue hacerse adorar, no suscita ni consiente el libre exámen, porque no teniendo por su parte la verdad, no tiene tampoco esa paciencia que es la tolerancia de Dios. Ni en Roma ni en Atenas se permitia poner en discusion á Júpiter y á Minerva, como no se permitia hace un siglo discutir sobre Calvino en Ginebra, como ahora no se permite discutir sobre Mahoma en Mequinez, sobre Lutero en Copenhague y sobre José Smith entre los mormones. Los cristianos negaron públicamente el incienso á los ídolos, mientras los paganos

ilustrados, aquellos que deseaban se les tuviera por sabios, pidieron que se restauraran los ídolos y que los cristianos fueran echados á los leones.

Por otra parte, ¿qué podían los sabios antes del cristianismo? ¿De qué bautismo recibían la luz? ¿De qué confirmación recibían la fuerza? ¿Con qué hubieran podido reemplazar á los dioses? La razón abandonada á sí misma, corrió al politeísmo por el precipitado camino que ahora está llevando hacia el delirio panteísta á todo aquello que se separa de Jesucristo. El politeísmo termina en los ídolos; el panteísmo llegará á ese punto, y los sabios, si es que no van á él por sí solos, serán arrastrados por el vulgo, al que en ese caso opondrán poca resistencia. El hombre ha sido formado para adorar, y es preciso que adore; y por eso allí donde Jesucristo no ha aparecido, reinan los ídolos, y por eso allí donde Jesucristo es expulsado, los ídolos vuelven á levantarse. La ciencia separada de Dios solo sirve para hacer constar la existencia de fenómenos que á su vez solo sirven para estraviar la facultad de la adoración; y como quedan en el mundo las pasiones, y como queda en el mundo la fuerza, los dioses surgen por sí mismos: se deifican las pasiones, se deifica la fuerza. No es eso todo: si se estudia al hombre prescindiendo de la Revelación, el hombre aparece como juguete de diversas potencias, la mayor parte de ellas crueles, todas inexorablemente ocultas, cuya voluntad contraria no se puede doblegar con certidumbre, cuyos caprichos brutales deben temerse á cada instante. Esos perpetuos terrores, de los que surgen los delirios de la superstición, constituyen todo el paganismo. ¿Hasta qué punto los sabios de la antigüedad podían salir de tal situación? No lo sabemos; pero lo que es seguro es que no intentaron tal

obra. La sabiduría pagana no se compromete nunca por amor á la verdad, y, aunque desprecie el error comun, le acompaña siempre hasta en sus mas viles altares. Moisés, animado del espíritu de Dios, es el único legislador de la antigüedad que se atreve á romper un ídolo popular, y Moisés solo tiene imitadores en su pueblo. En tanto Solon levanta en Atenas el templo de Vénus prostituida, y, aunque Sócrates, Platon, Ciceron y Séneca se hallen dispuestos á creer en la unidad y en la espiritualidad de Dios, Sócrates, al morir, sacrifica á Esculapio; Platon teme se le acuse de impiedad; Ciceron, ya sacerdote en el templo de la tierra, solicita y obtiene el cargo de agorero; Séneca observa los ritos paganos, y, sea cualquiera el pensamiento de esos filósofos, todos ellos se nos presentan como politeistas declarados. Los sabios de nuestros tiempos se toman mayores licencias: hacen una guerra activa á Jesucristo paciente y desarmado, hasta en nuestras escuelas oficiales, y nada se halla en Grecia ni en Roma que merezca la afrenta ó el honor de ser comparado con uno de esos sabios del dia.

No: para concluir con los simulacros paganos era necesario el brazo de los mártires, y para curar el cáncer se necesitaba su sangre generosa, purificada por el bautismo. Los filósofos y los libre-pensadores de la edad pagana han hecho lo que podian hacer aquellos oradores que el discípulo de Sócrates nos presenta en el banquete del poeta Agaton: al discurrir sobre la virtud y la verdad, algunas veces de un modo admirable, se han servido del don de Dios para corromper á la tierra. El genio de Platon, herido por algunas lejanas vibraciones del Sinaí, ha dado algunos ecos magníficos; pero ¿se cuidó de saber si estaba en ellos la verdad? En ese mismo

diálogo del *Banquete*, en que Sócrates parece presentir la idea cristiana, se glorifica la pasión mas abominable presentándola como el principio mas activo de la virtud; y Sócrates asegura haber recibido de una ramera las grandes ideas con que encanta á sus oyentes. Cuanta perversidad pudiera hoy reunirse en todos los establecimientos penales no podría producir, estraida su esencia, nada comparable á la corrupción del paganismo; y me atrevo á decir que, entre los mismos paganos, tal refinamiento de corrupción solo es propio de los sabios. Por eso San Agustín se reprende á sí mismo por haberlos alabado: «Platón y los suyos nos obligan á defender la doctrina cristiana contra sus grandes errores: no habían nacido para instruir á los pueblos y hacerlos marchar de la universal locura de los ídolos al verdadero culto del verdadero Dios.»

Pueden citarse hermosas máximas de los paganos, porque entre ellos abundaban las máximas como los templos; pero los templos no tuvieron santidad hasta que Jesucristo penetró en ellos, y las máximas no tuvieron eficacia hasta que las penetró el espíritu cristiano. «Observad la conducta de los sabios con relación á sus máximas, dice Bossuet, y vereis que no las entienden.» Nada mas admirable que el apólogo socrático sobre el carácter y el destino del verdadero justo puesto en presencia del hombre astuto que finge amar la justicia: «El verdadero amor á la justicia del primero le atrae un renombre de infamia; siempre virtuoso y siempre tenido por criminal, quiere perseverar hasta la muerte... Y el Justo será azotado, cargado de hierros, entregado á los tormentos, crucificado.» El espíritu cristiano se ha admirado por esa inspiración profética; pero, ¿qué es lo que en ella dejaba

Sócrates, qué es lo que en ella encontraba el mundo, antes de que el mundo hubiera visto el árbol del Calvario y gustado sus frutos? La conclusion que la sabiduría pagana sacaba de esa máxima era que el justo debía reconocer que no se trataba de ser justo, sino de aparentar amor á la justicia, y la de que, en definitiva, la suerte del hombre injusto es mas feliz que la del justo.

Los poetas romanos suelen á veces mostrar una moralidad irreprochable. Ovidio tiene gran número de sentencias morales, pero solo con nombrarle á él queda conocido el provecho que de ellas sacaba. Ovidio dice piadosamente: *Ninguna obra mortal es ignorada del cielo... Al suspiro de las súplicas cede la cólera de Dios.* Y Horacio, que tan tranquilamente despreciaba todo lo que no era la voluptuosidad; Horacio, duro como un fariseo, esclamaba: *Poca cosa es una muerte para la vestal impura.* Pero al mismo tiempo ese moralista rígido repite en todos los tonos: *Aprovecha el placer que los dioses te dejan.* Tenian tambien el famoso *Conócete á ti mismo*, palabras admirables, grabadas en el templo de Delfos y *del cielo descendidas*, segun Juvenal; pero no se habia encontrado aun el arte de conocerse, y mucho menos el arte de dominarse. *Hoc opus!* Pocos héroes trataban de conocerse y dominarse, y menor era aun el número de los que, habiendo tratado de eso, perseveraban en ello; contentándose todos con seguir el consejo de Horacio de no conmoverse por nada.

..... única cosa
que nos hace felices en la tierra.

Mas lejos oiremos decir á Pilatos, encogiéndose de hombros: *¿Qué es la verdad?* Y ese mismo Pilatos que ordenó que azotaran al Justo, y luego le hizo crucificar

para salir él del compromiso en que se le habia puesto, ese Pilatos que pronunció el *Ecce Homo*, no ignoraba sin duda el *Homo sum* de Terencio, y acaso lo murmuró entre sus labios al ver por primera vez al Hombre del dolor.

No despreciamos, sin embargo, los acentos estériles de la moral pagana, que atestiguan la formacion del alma humana; pero esos testimonios se parecen á la florescencia de las yerbas salvajes que atestigua la riqueza de un terreno abandonado.

Despues del advenimiento de Jesucristo, la vegetacion moral llega á ser mas abundante y á tomar un carácter mas augusto entre los paganos, sin que produzca por eso efectos mas benéficos. Perseo, muerto muy jóven, y Séneca y Juvenal, han recibido algo del aliento de los Apóstoles, cuya voz dominaba ya la tierra. Entre Calígula y Neron, Séneca pronuncia estas palabras admirables: *Res est sacra miser!* pero Séneca, adulador de Calígula y de Neron, que habia renunciado á la oratoria por no ofuscar la vanidad del primero, que se creia orador, volvió á ella para escusar en el segundo el asesinato de su madre. Juvenal tiene rasgos de vigor de un hombre honrado, rasgos en que parece verse la inspiracion de la Cruz: *No hay felicidad para el malvado.—Es vergonzoso amar menos el honor que la vida.—Quien el crimen proyecta, es ya un malvado.—Respetar, sobre todo, el candor de la infancia, etc., etc.* Estos pensamientos, tan fecundos en el Evangelio, no son en el paganismo sino otras tantas enfáticas declamaciones del estoicismo, rasgos de ingenio de un poeta. En último resultado Séneca se suicida, y Juvenal, como Séneca y otros ciento, suministra un ejemplo de la pérdida de la buena semilla

:

cuando cae en la ancha via de los cuidados temporales. «Pido un alma valerosa que, mirando de frente á la muerte, la considere como el último beneficio; un alma inaccesible á la cólera, superior á los malos deseos, capaz de preferir, á todas las voluptuosidades de Sardanápalo, los rudos trabajos de Hércules y todo lo que él ha sufrido.» ¡Nobles deseos! Pero ¿quién, en la época de Neron y de Adriano, pedia semejante gloria, y, sobre todo, quién llegó á obtenerla? Solo aquellos cuyo amor recompensaba así Jesus crucificado; aquellos que habian aprendido de Él á decir: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Y Juvenal, que vió los trabajos de esos hombres, trabajos infinitamente mas grandes que los de Hércules, no por eso llegó á convertirse.

Para acabar de conocer ese mundo pagano, en el que, segun se dice, Jesucristo no era necesario, atendamos por un momento á lo que el paganismo pensaba sobre el alma, cuestion agitadísima entre los filósofos, es decir, entre aquellos que formaban la cabeza y todo lo mas selecto de la sociedad antigua; porque, para hablar con propiedad, Atenas y Roma eran gobiernos de filósofos y literatos.

En este punto volvemos á encontrarnos con un aserto sorprendente del escritor moderno á quien ya hemos citado: «La Judea, dice, era *extraña á la teoría* de las recompensas individuales, teoría que salió de Grecia *con el nombre de inmortalidad del alma*.» ¿No descubre claramente tal modo de hablar que, á los ojos de ese escritor, la inmortalidad del alma, y acaso la misma alma, solo son otras tantas concepciones filosóficas de verdad algo dudosa? Á esa duda es, en efecto, á todo lo que pudo elevarse la antigüedad pagana; solo que los nobles esfuerzos hechos por el paganismo para elevarse hasta ese punto, los

hace hoy innoblemente el filosofismo, para que el género humano descienda de un punto muchísimo mas alto. La cuestion del alma se halla muy ligada con la cuestion de Jesucristo, y para que Jesucristo no sea reconocido como Dios, importa esencialísimamente que el alma no se considere responsable é inmortal.

Antes de examinar lo que la sabiduría antigua ha podido (acaso debería decirse ha querido) conocer en cuanto á la existencia y la inmortalidad del alma, veamos si la Judea era *extraña* á esta *teoría*. Hubo una secta en Jerusalen, y en sus últimos tiempos, la secta de los saduceos, secta muy enemiga de Jesus, la cual, con gran escándalo de los judíos, negaba la resurreccion; pero como solo era una secta, su existencia y su error prueban que la Judea conocia muy bien el dogma de la inmortalidad del alma. Respondíase á los saduceos oponiéndoles la Escritura y la tradicion: en los libros de Moisés, anteriores á toda historia, á toda literatura y á toda filosofia, Dios es llamado «Dios único, Señor de todo, que hiere y que cura, que mata y que *resucita*;» y multitud de pasajes de la Escritura establecen la misma verdad. Daniel dice: «Aquellos que *duermen* en el polvo se *despertarán* un dia, los unos para la vida *eterna*, los otros para un oprobio *sin fin*.» Tobías dice tambien: «Nosotros somos los hijos de Dios, y *esperamos la vida que debe dar á aquellos que no renuncian á la fe*.» Job, por su parte, habla de este modo: «Sé que mi Redentor está vivo, y que *resucitaré de la tierra el último dia*.» Hé aquí lo que la Judea sabia y creia respecto del alma, mucho antes de que hubiera griegos en el mundo. «Esos judíos, dice Tácito retratando á los romanos por el contraste de la pintura, creen que las almas son inmortales, se regocijan de ser padres, y no creen permi-

tido quitar la vida á ninguno de sus hijos.» Todo esto es tan conocido, que se necesita mucho valor para aparentar, como aparenta el escritor de quien hablamos, que no se conoce.

Volviendo á lo que el paganismo habia llegado á descubrir en cuanto al alma, ahí tenemos los numerosos sistemas de los antiguos filósofos sobre el alma ó sustancia pensadora, como la llaman, sistemas que prueban mejor que nada la pobreza de la razon del hombre. Segun esos sistemas, el alma es el corazon mismo;—cierta seccion del cerebro;—un aire sutil;—una armonía que resulta de la concordancia de las diversas partes del cuerpo;—una armonía que se produce por sí misma;—una porcion de materia distribuida en varias partes del cuerpo humano y que toma en cada una de ellas un carácter particular, razonable en la cabeza, irascible en el estómago, concupiscible en el bajo vientre. Esta última teoría es de Platon: para otros filósofos no existe el alma; para otros, como Galieno y Plinio el viejo, el alma es un principio activo, resultado de las combinaciones de la materia y que da lugar al fenómeno que se llama *vida y movimiento*, en tanto que Aristóteles imagina que el alma procede de la *entelequia* ó movimiento perpetuo, pero sin que sepa cuál es el objeto del alma.

En cuanto á si el alma es inmortal, se halla la misma variedad de opiniones y dudas que sobre la existencia del alma. El maestro de Pitágoras, Pherécides, fue el primero que espuso esa duda segun Ciceron, quien por su parte se nos presenta asaz embarazado para no creer en la inmortalidad del alma, y asaz contento porque no está seguro de ello. Muchos filósofos sostienen que el alma concluye con el cuerpo, aunque los estóicos creen que el

alma vive tanto tiempo como las cornejas. Pitágoras, que no conservó estrictamente la enseñanza de Pherécides, no hace al alma ni perecedera ni inmortal, y despues de infinitas é indeterminadas trasmigraciones, despues de hacerla pasar por los animales, y aun por los vegetales, la envia á unirse con el alma universal, á perderse en el gran todo. Aristóteles es ininteligible, por no decir mudo; Platon, siempre brillante é ingenioso, se contradice en este punto, y Panucio, observando que el alma está sujeta al sufrimiento, deduce de ahí que no puede hallarse dotada de inmortalidad. Por su parte, Plinio cree que la idea de la inmortalidad del alma es un cuento pueril, una muestra intolerable del orgullo humano, el colmo de la demencia; Marco Antonino es equívoco; Plutarco es hipotético; Epicteto se inclina á creer que no existe la inmortalidad; Séneca dice: «*Si es verdad* que el alma sobrevive al cuerpo para existir sin el cuerpo, la vida futura es preferible á la vida presente;» pero la conclusion de Séneca es esta: *Nada hay que sea algo mas allá de la muerte, que tampoco es nada.*

Una palabra humilde de Sócrates vale mas que todas las ideas especulativas de los otros y que las suyas propias. Ante el problema de la union del alma y del cuerpo, confesando la impotencia de la razon humana, invoca ALGUNA REVELACION DIVINA; pero así como despues de la luz del relámpago se hacen mas densas las tinieblas, así Sócrates, despues de decir eso, añade que no se atreve á afirmar la supervivencia de su alma á su cuerpo, y Platon por su parte piensa lo mismo. Este es tambien el fondo de la doctrina de Ciceron, á pesar de aquel rasgo, de todo punto sorprendente, que en el *Sueño de Escipion* nos le presenta casi en el dintel de la verdad. Habia, como es

sabido, en casa de los Escipiones un judío ilustre con quien ciertamente habló mucho Ciceron; pero fuera de ese rasgo, que no tiene igual en toda la filosofia antigua, Ciceron no se distingue del vulgo ininteligente: vacila, duda, retrocede, y Lactancio sospecha que retrocedió hasta la negacion. «Si el alma se destruye, ha dicho, no puede haber ventaja mas grande que la de escapar á tantas miserias para entrar en la dulzura del sueño eterno: en tanto que yo exista no sufriré, porque *nada tengo que echarme en cara*; pero cuando muera, tampoco experimentaré ningun dolor.» ¡Bien se conoce que el sentimiento de la responsabilidad futura no pesaba mucho sobre esos hombres; porque, si lo hubieran experimentado, no se habrian llamado justos con tanto orgullo, y porque, si hubieran creído sinceramente en su justificacion, no habrian admitido tan fácilmente esa idea de la nada, horror del pensamiento, abolida por el cristianismo! La verdad es que en el fondo esos hombres no se sentian justos, no querian serlo, y no eran tampoco felices. El acento de la desesperacion y del desprecio hácia sí mismos y hácia la vida se deja percibir hasta en el epicúreo Horacio; los estóicos dan al hombre el derecho de matarse, y casi le presentan como un deber el suicidio; todos consideran la ruina total como la felicidad mas segura. «¡Dormir sin soñar! esclama Sócrates. Si la muerte es eso, la llamo una grandísima ventaja.» ¡La ventaja de no existir! Pero esos gritos de la miseria humana comentan la palabra del Apóstol que proclama al mismo tiempo á Jesucristo y la revelacion que Sócrates esperaba: EN ÉL ESTABA LA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES. Y los hombres no tenian la vida, porque no tenian á Jesucristo.

«Entre los paganos, dice Lactancio, la sabiduría tie-

ne sus doctores que no enseñan el medio de aproximarse á los dioses, y la religion tiene sus ministros que no enseñan la sabiduría; de donde puede deducirse que esa no es ni la verdadera sabiduría, ni la verdadera religion.» Ciertó; pero debe decirse también que, de las aberraciones de la religion y de las aberraciones de la sabiduría salia una moral que solo era el desprecio hácia todo. Los mas lógicos de entre los sofistas llegaron á sostener que nada es justo ni injusto en sí mismo sino solo por la voluntad del legislador; y los demas sabios, sin decir tanto, hicieron ver que no creian otra cosa.

De la noble escuela de Sócrates y de Platon salieron los pirronianos y los cínicos, y esas delirantes é impuras sectas fueron muy luego todo lo que quedó de aquella escuela. Puede contarse el mismo espacio de tiempo, ó poco menos, entre el que media desde la época de Platon hasta la de Ciceron, y el que media entre la época de los Apóstoles y el primer Concilio de Nicea; cabe, pues, preguntar: ¿qué verdad esencial se habia adquirido é imperaba en el mundo en la época de Ciceron? Ciceron habla de la oscuridad en que se encuentran aquellas altas cuestiones que habian obligado á Sócrates á confesar su ignorancia, y que ya, antes de Sócrates, habian hecho decir á todos los antiguos filósofos que nada se puede conocer y nada se puede saber; que los sentidos son limitados, la mente débil, y la vida harto corta; que la verdad se halla profundamente oculta; que no hay sitio para ella en la tierra, obstruida por las convenciones y por las opiniones de los hombres; que, en una palabra, todo se halla cubierto por espesas tinieblas. «Por esto fue por lo que, añade Ciceron, Arcesilao sostenia contra Zenon que no puede saberse nada, y no ya que no se sabia nada,

que es en lo que se habia fijado Sócrates; porque no habiendo nada que se pueda ver ó comprender, nada hay que se tenga por seguro; y, aplicando estas máximas, Arcesilao argumentaba sobre todos los sistemas, aunque solo con el objeto de presentar razones en pro y en contra de cada uno de ellos, y lograr de ese modo la suspension del ánimo entre las afirmaciones contrarias. Esta fue la segunda academia, que se parecia mucho á la antigua, concluye diciendo Ciceron, puesto que en ella se comprende á Platon que no afirma nada, que presenta pruebas numerosas en apoyo de opiniones contrapuestas; que busca siempre la verdad, y nunca llega á descubrirla.» Hasta este punto habia podido llegar la sabiduria antigua algunos siglos despues de que Platon la hubiera elevado á su apogeo. Pues bien: en un espacio igual de tiempo, y al través de las herejías y de los martirios, la enseñanza de los Apóstoles resplandece en el *Credo* de Nicea, afirmacion soberana de las verdades que salvan el alma y que salvan al mundo. Los antiguos atenienses, al verse libres de la peste, habian levantado un altar al Dios desconocido, «á fin de ver, decia San Pablo á los descendientes de esos atenienses, si, al buscar á Dios *á ciegas*, lograban encontrarle.» Pero cuando el mismo San Pablo, al anunciar á Dios en el Areópago, trató de la justicia y de la resurreccion, aquellos sabios se echaron á reir y le despidieron. Ya no querian ni aun *buscar á ciegas*. Así, pues, todo el paganismo inteligente se espresa por la boca de Pilatos, al preguntar, en frente de Jesucristo: *Quid est veritas?*

Platon, segun San Agustin, escribió mas para halagar que para persuadir; y el gran Obispo se admira de que despues de Jesucristo aun se encuentren gentes seduci-

das por aquella antigua levadura pagana, gentes que, deseando ilustrar á los hombres, prefieren tener á Platon en los labios á tener á Jesucristo en el corazon. Esa casta de gente no ha concluido en el mundo, y aun hoy abunda entre aquellos mismos que hacen profesion de cristianismo.

Concedamos que puedan interpretarse favorablemente muchos puntos dudosos de la doctrina de Sócrates y Platon: no culpemos á esos sabios por haber creído en la metempsícosis, en la preexistencia y en la eternidad de la materia, en la destruccion del alma : aun así, no puede haber disculpa para ellos en cuanto á la moral y á las costumbres. Seria sin duda una injusticia el exigir de ellos la pureza cristiana, ni aun siquiera la lucha valerosa y constante contra el pecado, ni, en fin, esos suspiros profundos é interiores del alma á quien el pecado ha vencido; pero sus costumbres no eran simplemente malas costumbres segun lo que ahora entendemos por esas palabras, puesto que, no contentos con ceder á la naturaleza, la violentaban, y esto ni ellos lo niegan ni se avergüenzan al reconocerlo. En este punto Sócrates es un cícnico completo, y Platon es lo propio. Este último, en sus *Diálogos*, escritos en la edad madura, y que corrigió hasta sus últimos dias, presenta un hecho que constituye la *última infamia* como una cosa tan natural en sí y tan en uso, á pesar de las leyes contrarias, que es dudoso que esos sabios, esos teósofos, hayan visto mal ninguno en ella. Ahora bien: si á ese punto llegaba su ignorancia en moral, su moral queda juzgada; pero si su moral sabia distinguir el crimen, ellos se han juzgado á sí mismos, y á la vez á esa moral que tan poco respetaban. La moral cristiana puede ser con frecuencia impotente ante las

malas inclinaciones del hombre; pero, vencida un instante, despierta luego el arrepentimiento, enciende el fuego abrasador de la conciencia, y el pecador se acusa á sí propio; si no es así, si el pecador quiere justificar su crimen, se convierte en apóstata, y él mismo llega á confirmar la justicia del fallo que le condena.

Piénsese lo que se quiera del genio de Platon, siempre será cierto que la verdad se deshace en su mano, que juega con ella como juega tambien con el vicio; piénsese lo que se quiera de los altos presentimientos de Sócrates, de sus virtudes y de su muerte (que no fue el martirio), siempre será cierto que Sócrates no conoció sus faltas, ó no quiso condenarlas. Platon despreciaba á los filósofos á quienes podia comprender la gente del pueblo; Sócrates, despues de una vida de epicúreo, moria sin sentir siquiera el instinto del arrepentimiento; y por ese rasgo del mas grande, y por ese rasgo del mejor de los sabios paganos, puede verse qué precursores del cristianismo eran uno y otro.

La antigüedad nada tiene de cristiana, absolutamente nada: las doctrinas, las leyes, las costumbres, todo se aunaba en ella para abrumar á los pequeños, á los débiles, al niño, á la mujer, al pobre, al esclavo, al pueblo, y la prueba de todo eso se halla en esas legislaciones célebres en que se revela con tanta evidencia la inspiracion de «aquel que fue homicida desde el principio.» ¿Dónde hay nada mas diabólico y mas impuro que las leyes de Esparta y las de Dracon en Atenas, escritas con sangre, segun los mismos griegos? ¡Y sin embargo Platon insultó mas, si eso era posible, á la naturaleza humana! Las imaginarias leyes de Platon hacen comprender la inmensa debilidad del mortal que busca por sí solo la sa-

biduría, y la medida de su implacable orgullo cuando pretende haberla encontrado. El género humano solo es para Platon una materia inerte sobre la cual tiene el derecho de atreverse á todo, modelándola con el hacha, cortándola, desgarrándola á su gusto. El legislador Platon solo quiere cuerpos perfectos y almas hermosas, y en consecuencia los médicos deben dejar morir á los individuos mal formados, y los tribunales deben hacer matar á los hombres díscolos, abandonando á los niños raquíticos y á los hijos de los malvados. Sin concebir ni suspirar sino por la belleza y el vigor de la sangre, fija para la paternidad cierto número de años, y dispone que las mujeres sean comunes entre los guerreros, de suerte que los hijos no conozcan á sus padres, de suerte que, no pudiendo tampoco ser reconocidos por ellos, sean considerados como hijos de todos. El hombre libre que mate al esclavo, se purificará y será absuelto; el esclavo que aun en *defensa propia* mate á un hombre libre, debe sufrir la pena de los parricidas, mientras la ley absuelve tambien al hombre libre que haya muerto á su padre y á su madre. Así es cómo el mayor filósofo de la antigüedad, suponiéndose señor de un pueblo, queria darle la belleza y la virtud, desterrando en su austeridad hasta á los poetas. Platon habia criticado las leyes de Licurgo, que, decia, podian formar hombres valerosos, pero no hombres justos; y hay, en efecto, algunas ideas de justicia y dignidad en ese mundo utópico en el que se perciben vagamente algunos rasgos de la república de los hebreos. Pero Platon no tenia al Dios de Israel, y complaciéndose en las afeminaciones áticas, queria fundarlas sobre torrentes de sangre. La voluptuosidad no es nunca estéril; siempre procrea una hija: la ferocidad. El vo-

luptuoso Horacio pide que se haga morir dos veces á la vestal perjura; el voluptuoso Platon quiere suprimir el corazon de la madre y de la esposa, mata al esclavo, al anciano y al niño. ¡Oh Jesucristo! ¡Oh pureza! ¡Oh amor! apresuraos: ¡venid á instruir á la Samaritana, á regenerar á la pecadora, á colocar vuestras manos sobre la cabeza del niño!

Y no se nos diga que las leyes de Platon eran solo un juego de la imaginacion, una quimera, porque la Grecia, en ese género, habia visto ensayos, y mas que ensayos, que todo lo autorizaban, que todo lo permitian; ni Platon inventaba el infanticidio, ni la condicion del ilota en Esparta y la suerte del esclavo y del niño de Roma fueron mejores que lo que Platon proponia. Tertuliano decia á los magistrados del imperio: «¿Quién entre vosotros no ha muerto á sus propios hijos?» En el tercer siglo de la era cristiana, Plotino, filósofo que tenia celos del cristianismo, y que pretendia acabar con él merced á las luces y á los beneficios de la filosofía, quiso fundar una ciudad en que se observaran las leyes de Platon; á pesar del apoyo que encontró en el Emperador Galieno, Plotino no pudo lograr su objeto, porque ya en el tercer siglo era muy tarde; y, sin embargo, tan propias del hombre son tales cosas, que aun hoy no podria jurarse que algunos hombres no piensan en ellas.

Las creencias que se oponen á la razon producen inevitablemente acciones opuestas á la naturaleza, y, á despecho de los profundos gemidos de esta naturaleza que no podia desaparecer enteramente, el mundo pagano, al vivir bajo la razon de sus filósofos, llegó á formarse á imagen de sus dioses. Las inteligencias estaban oscurecidas, y las acciones debian ser desarregladas. Cójanse los

diez años que se quieran de la historia romana; siempre en la sociedad doméstica y en la sociedad civil se halla una úlcera que se desarrolla y se ahonda: el divorcio y las disoluciones concluyen con la familia, mientras las ambiciones concluyen con la paz y con el derecho. Cada día parece que la guerra extranjera es el único remedio para las discordias interiores, y de día en día esas guerras alimentan mas tales discordias; cada día los grandes aspiran con mayor ardor al despotismo, y de día en día la multitud se enfanga mas en la ignominia, hasta que se hace necesario embriagarla con sangre, y hasta que ella llega á lamer la mano que la da el brebaje, y se deja limar los dientes, y consiente en que se la sangre. La propiedad llega á ser mas precaria, la usura mas feroz, los deudores mas miserables, los esclavos mas bárbaramente oprimidos, á medida que la riqueza aumenta, las costumbres se afeminan y la literatura y las artes multiplican las maravillas. En todas partes solo se ven crueldades, iniquidades, venalidades, la mentira y el cinismo de la mentira: mentira cínica de la palabra, mentira cínica de los juramentos y de las sentencias, mentira cínica de los tratados. La fe púnica ha concluido con la fe romana; los aliados son unos enemigos con los que se acaba por la traicion, y trátase de los extranjeros ó de los conciudadanos, en la guerra no hay humanidad, en la alianza no hay seguridad, en la paz no hay tranquilidad. Tal es el mas grande de esos pueblos antiguos tan fuertes, tan sabios, y á los cuales la tenacidad de algunos falsos políticos ó la insensatez de una literatura pedante quieren pintarnos como tan dignos y tan libres. Su bajeza, como se ve, solo podia compararse con su corrupcion; la corrupcion y la bajeza siempre van juntas: son hija y madre.

Antes de Jesucristo, el hombre es presa del hombre; y en la hora en que Jesucristo va á manifestarse, la presa se halla sometida, y ya no resiste. No era que el hombre hubiera perdido su genio; al seguir el camino de las tinieblas conservaba aquella luz verdadera; pero no por eso dejaba de marchar fatalmente hácia la esclavitud.

La política, la ciencia, la literatura, el comercio, llegan á su apogeo; abundan las obras maestras del arte; sin hablar de Nínive, de Tiro, de Babilonia, que ya habían desaparecido, y de Memphis, que iba derruyéndose, se ven aquellas fascinadoras democracias griegas y aquel gran Senado romano, y á Homero y Platon, y á Fidias y Aristóteles, y á Ciceron y Virgilio, y á Alejandro y César. Legisladores, conquistadores, poetas, nada falta; pero ninguno de esos hombres, ninguna de esas obras enseña al hombre el amor de Dios y el respeto hácia el hombre, y todas ellas conducen á colocar al mundo bajo las garras de Roma, y á colocar á Roma bajo las plantas de Tiberio, hasta tanto que lleguen Neron y Calígula. Hé aquí el resultado supremo, hé ahí los nombres en que van á resumirse esos vastos trabajos del género humano y de los tiempos: ¡un hombre-dios que se llama Tiberio, y que luego se llamará Neron! Y todo esto parece una cosa regular y aun definitiva. El dios Tiberio se habia encerrado en Caprea, inventando voluptuosidades y suplicios, ya inquieto y con sus carnes casi corrompidas; y no es el cuidado de asegurar su divinidad lo que le inquieta, porque, al contrario, quisiera limitar el número de sus templos y la multitud de sus sacerdotes, y no pide incienso, antes bien le rechaza: lo que teme es la muerte, teme á Roma de rodillas, teme á sus ministros, á sus cómplices de libertinaje; teme, sobre todo, á su heredero, á aquel

Calígula á quien educa para vengarse del disgusto de ser tenido por un dios, y para legar á sus adoradores un monstruo capaz de hacer que le echen de menos. Y entre tanto diez mil pretorianos bastan á Sejano para tener sumisa á la gran Roma; y muy luego Roma sufrirá á Calígula el Loco, y despues á Claudio el Imbécil gobernado por Mesalina y Agripina, y, en fin, á Domicio-Neron constituido en cabeza política, en lazo, en árbitro de la dicha de la raza humana.

Redóblense del cielo las crueldades,
abísmense en el mar nuestras galeras,
reproduzca Farsalia las maldades
que regaron de sangre las praderas;
clame Perusa desolada, hambrienta...
Neron gobierna: Roma está contenta.

Esta es la última palabra del politeismo, su última expresión religiosa y civil; y Tiberio, Calígula, Neron y Heliogábalo son los amos y los dioses á quienes se dirige naturalmente el mundo.

Satanás, el negador, habia suscitado la herejía del politeismo contra el dogma de la unidad de Dios, y en la época en que el Hijo de Dios tomaba la naturaleza humana para revelar toda verdad é instaurar toda libertad, Satanás, por una infame parodia, quiso tener también su encarnación, entronizando á César sumo pontífice y vicario de todos los dioses; en hecho de verdad, César era único dios del politeismo. De modo que Tertuliano puede decir á los paganos que perjuran mas fácilmente cuando atestiguan con todos los dioses que cuando atestiguan con el César. Por otra parte, ese poder se ajusta tan perfectamente á la degradación del género humano, que dura tres siglos pasando de los malvados á los locos, de los locos á

las fieras, de las fieras á los monstruos, sin conseguir que se subleve la cobarde víctima cuyas venas chupa infiltrándole su propia infamia. Los paganos matan á los Emperadores, pero solo los cristianos acabarán con el imperio, y acabarán con él despreciando á sus dioses, dando su propia vida, muriendo por rescatar al mundo, en tanto que esos orgullosos romanos, esos filósofos, esos idólatras rechazan la verdad y no quieren ninguna libertad. Si matan al Emperador es para robar ó vender el imperio, no para libertarle, siendo fieles al compromiso que adquirieron con Tiberio: «Nuestra gloria ahora consiste en obedecer.» Los antiguos legisladores se habian propuesto instituir alguna forma de libertad, pero el mundo imperial no sueña ya con eso: bajo las plantas de César crecen los legistas que dan á ese pastor completo derecho sobre el rebaño humano, y César degüella y roba por derecho. *Quidquid principi placuit, legis habet vigorem.* Y el mundo, llevando al colmo su olvido hácia Dios y su odio hácia el hombre, adora abyectamente al ídolo de carne que le devora, y abyectamente se siente morir. ¡Y, sin embargo, son preferibles los caprichos de César á las leyes de Platon!

III.

Las profecías.

Un solo pueblo, libertándose de esa condicion general de ignominia, adoraba al verdadero Dios, poseia un sacerdocio legítimo, practicaba un culto santo, y ese pueblo era el pueblo de la inmortalidad del alma, el pueblo judío, reservado para que en él tomara carne el Verbo Eterno. A fuerza de castigos y de milagros, Dios habia arrancado

del corazón de los judíos el germen siempre renaciente de la idolatría, y aunque medianos observadores de su ley divina, y aunque inclinados á desconocer su espíritu, no por violarla renegaban de ella, antes bien la conservaban con celo, bastando esto para elevarlos moralmente muy por encima de todos los otros pueblos, sin esceptuar al romano, su dominador en los últimos tiempos. En Judea, á la sombra del templo, el hombre era un hombre, un hijo de Abraham, un súbdito del Altísimo: reglamentos equitativos protegían su libertad, garantían su dignidad, le mantenían en posesión de su patrimonio; y ceremonias, que eran á la vez religiosas y nacionales, le enseñaban al mismo tiempo la historia de sus padres y la de su religión. Si quería marchar por la vía de los mandamientos divinos, el fervor de su oración sagrada elevaba sin cesar su corazón, ofrecía sacrificios puros, hacía obras de penitencia y de justicia, y esperaba el cumplimiento de una promesa segura, sabiendo que nacería un Redentor de la raza de David, hijo de Abraham, y que vería al Dios de sus antepasados en la tierra de los vivos.

Ya hemos oído á Moisés decirnos algunos de los magníficos y refulgentes nombres de ese Dios de Abraham que debía enviar al Redentor: «Aquel que es el Señor de los señores, el Todopoderoso, el Justo protector del débil y del huérfano, que ha creado al mundo, que da la vida y que manda en la muerte.» El humilde aldeano de Judea, cuando se hallaba en Jerusalem, donde debía ir tres veces al año á las fiestas solemnes, y cuando en la sinagoga de su aldea oía leer los libros santos, era mas sabio que todos los sabios de Atenas, y mas rico que todos los ricos de Roma; porque ya, en cierto modo, conocía y poseía á Dios.

Á pesar de terribles vicisitudes, ocasionadas todas por sus transgresiones, anunciadas todas por sus Profetas, Israel, *el pueblo de Dios*, habia gozado largos periodos de tranquilidad; y las tradiciones de la edad de oro, colocadas en el origen vago de la historia de los otros pueblos, se refieren en la historia judáica á épocas seguras, y aun á épocas recientes. Desde la vuelta del cautiverio de Babilonia hasta la dominacion romana, la Judea, protegida y no esclavizada, señora de sus leyes y de su culto, enteramente desengañada de los ídolos y preservada de los falsos profetas, tuvo cuatro siglos de paz honrosísima; cuatro siglos durante los cuales la Grecia pasó de la guerra pérsica y de la derrota de Jerjes á la victoria del cónsul Mummio, que la redujo á provincia romana, Cartago vió llegar su último dia, y la historia de Roma quedó oculta bajo la sangre derramada desde Tarquino hasta Mario. La paz de la Judea, donde cada hombre, segun la risueña espresion de la Escritura, «vivía tranquilamente á la sombra de sus cepas y á la sombra de su higuera,» solo fue interrumpida de un modo notable por la corta y gloriosa guerra de los Macabeos, últimos héroes y casi últimos sacerdotes de ese pueblo, cuyo incomparable destino no ha terminado todavía.

¡Pueblo extraño y verdaderamente inmortal, fundado por Dios, instruido por Dios, conservado por Dios, que recibió casi directamente de Dios todas sus leyes y todos sus grandes hombres, y que, habiéndose alejado de Dios, ha perecido sin morir y sin desaparecer! Culpable de un crimen inaudito como sus privilegios, objeto de un castigo inaudito tambien como sus privilegios y su crimen, llevando una muerte viva bajo los brazos de la Cruz, de la que él colgó al Dios-Hombre, el judío va errante dentro

de la luz como otros van errantes dentro de las tinieblas, deslumbrado por la llama misma que debía guiarle. Pero las promesas inquebrantables que él se obstina en rechazar, le persiguen, le alcanzarán, y morirá para renacer engrandecido con toda la humanidad.

En el seno de este pueblo es donde va á realizarse, en el instante anunciado cinco siglos antes por uno de sus últimos Profetas, el acontecimiento mas importante que ha visto, no solamente la tierra, sino tambien el cielo. Trátase en la tierra de una reparacion de la creacion primitiva, reparacion que ha de valer tanto como una creacion nueva y mas perfecta, puesto que la criatura degradada ha de elevarse por encima de su primitivo estado; trátase en el cielo de lo que apenas nos atrevemos á llamar como una modificacion de lo Inmutable y un acrecentamiento de lo Infinito. El misterio de la Redencion, oculto de toda eternidad en Dios que ha creado todas las cosas, va á manifestarse á los ángeles y á los hombres para llegar á ser el objeto de la fe de los pueblos, la causa de su salvacion, la admiracion de los ángeles y, si cabe, la perfeccion de la gloria de Dios. Por este misterio, la tierra, á la que Dios va á descender, llega á formar parte del cielo, se convierte en un cielo nuevo en el cual habitará Dios de una manera divina; y el cielo, al que la naturaleza humana va á subir indisolublemente unida á la naturaleza divina en Nuestro Señor Jesucristo, se enriquece con una adoracion desconocida: el cielo tenia un Dios adorado, y tiene un Dios adorador, revestido de la humanidad como de un insigne atributo divino, y ve alrededor de ese Dios la comitiva de las almas santas, frutos terrenales que el Hijo del hombre ha recogido para que sean eternamente glorioso botin de su victoria y pompa triunfal de su amor.

Ese acontecimiento es la consumacion de la Religion definitiva, el rescate de la humanidad; y aunque Dios haya querido realizarlo de una manera que escede de un modo infinito á todo lo que la humanidad podia esperar, y aun comprender, sin embargo, el mismo mundo este-rior, todo el gentilismo, tuvo de él un presentimiento tan vivo como duradero. En el fondo de todas las tradiciones se encuentra el tipo mas ó menos desfigurado del Mesías, el dogma del rescate necesario que solo puede realizarse por un hombre inocente. La conciencia del género hu-mano rendia al menos este homenaje á la inocencia des-deñada y con frecuencia aborrecida. La esperanza del auxilio divino, la fe en los méritos superabundantes de la inocencia, forman el patrimonio universal y constitu-yen una admirable prueba de que la familia humana ha salido de la misma cuna.

Pero sobre ese fondo de verdad, y en la serie de los siglos, la imaginacion habia desvariado libremente. La pena por los bienes perdidos, la amargura de los despo-jos y de las dispersiones produjeron la abundante vege-tacion de las leyendas; y, coloreado por el carácter par-ticular de cada familia de pueblos, nacionalizado y mate-rializado por ellos, el Mesías legendario que se formaban ocultaba y materializaba al verdadero Mesías. En el fondo del alma habia un eco de la palabra de Moisés: «Escucha, Israel; el Señor, tu Dios, es uno;» pero así como esa idea de la unidad de Dios, siempre subsistente, permanecia, sin embargo, corrompida y abrumada bajo las fábulas del po-liteismo, así tambien la idea del Mesías era en todas partes confusa y se hallaba envuelta en densos errores. Era ne-cesario que el Mesías viniera y que no se le reconociese; era necesario que la redencion fuera un esfuerzo y una

conquista; era necesario que Jesucristo sufriese para entrar en su gloria, y que el inocente cargara con la pena de los culpables. Todo eso era necesario para que la libertad humana subsistiera incólume, no obstante las misericordiosas violencias de la gracia. Y todo esto estaba pronosticado.

Parece, sin embargo, que nada de lo que concerniera al Mesías podía llegar á ser oscuro entre los judíos. Depositarios de la promesa, no la insultaban con ninguna duda y con ningun olvido: creían á sus padres y á Moisés, á quien Dios habló en medio de los milagros; y desde Moisés, ni el espíritu de Dios ni los milagros habian estado mudos. La promesa renovada, afirmada, desarrollada casi sin cesar, se dejaba oír en todos los Profetas, vivía en todos los grandes hombres. El Mesías llena toda la Escritura Santa; las revelaciones le anuncian, los acontecimientos y los personajes históricos, también anunciados, le figuran; todos sus actos están descritos; está fijado el día de su advenimiento, y las circunstancias de su vida y de su muerte se hallan señaladas con minuciosos detalles. «Los judíos, dice un historiador de la Iglesia, poseían el retrato del Mesías que Dios empleó cuatro mil años en hacer; y, en fin, cuando apareció, las voces del cielo, de la tierra y del infierno, Juan Bautista y Pilatos, los ángeles y los demonios, los truenos y los milagros, exclamaron: *¡Héle ahí!*»

Los judíos (no todos ellos, sin embargo) le han desconocido y aun le desconocen; pero, al desconocerle, dan testimonio de que le esperaban; y su estraña desgracia, desgracia que ellos no pueden reparar, que el mundo no ha podido consumir, y que también ha sido predicha, atestigua que Aquel que ha venido es Aquel que debía

venir. Los incrédulos modernos, tan ingratos como los judíos, y menos ciegos que los judíos, se esfuerzan en hacer caso omiso de esa prueba brillante de su comun locura, y estrechados por el testimonio de los Profetas y de la historia hebráica, ó prescinden de esós grandes documentos, ó dicen con el mayor cinismo que son sueños interpretados por la imaginacion ó el engaño. Toda la existencia de un pueblo, y del pueblo que mas cuidadoso ha sido de sus anales, se pone en tela de juicio, despreciándose los monumentos mas conocidos que hay en el mundo, con el solo objeto de dejar en blanco la primera página de la historia que, contra la verdad y la evidencia, pretenden escribir algunos *sabios*. Pero ¡cuántas confesiones de fe encierra todo eso respecto de la Divinidad, de esa Divinidad que bajo tantos velos se quiere ocultar inútilmente!

Hablando con propiedad, debe decirse que la historia de Jesus no tiene principio y no tendrá fin. *En el principio era el Verbo.*—*Su reino no tendrá fin.* Pero aun en el orden de su manifestacion temporal, Jesus no empieza en el pesebre y no acaba en la cruz, sino que va desde la creacion del hombre hasta la consumacion de los destinos del hombre, hasta el juicio final. Jesucristo era, es, será. Cuando el limo de la tierra, preparado por las manos de Dios, recibe el aliento vital y llega á ser una carne viva unida á un alma inmortal, en ese momento empieza la vida de Jesus con la vida de su Iglesia, segun estas palabras de San Epifanio: «El principio de todas las cosas es la Santa Iglesia católica;» y hasta ahí debe remontarse el historiador, si no quiere hacer traicion á un tiempo mismo á Dios, que es la Verdad, y á los hombres, que necesitan la verdad. Todas las demostraciones evangélicas comprenden justamente esta historia del cristianismo antes

de Jesucristo. Escuchemos un breve compendio de ella.

Después de la caída, en el momento de ser arrojados del Paraíso, Adán y Eva, castigados, no maldecidos, oyen estas palabras que Dios dirige á la serpiente, órgano del espíritu de las tinieblas que ha aconsejado la desobediencia y que ha conseguido sus fines: «Estableceré enemistades entre la mujer y tú, entre su raza y la tuya, y su semilla te aplastará la cabeza.» Esto es lo que, según lo demuestra Bossuet, han aplicado al Mesías los antiguos judíos. «Por ese germen divino ó por la mujer que le produjera, según las diversas enseñanzas de ese pasaje, debía ser reparada la desgracia del género humano y quitado su poder al príncipe de la tierra.»

Abraham obedece á Dios humilde y lealmente: por obediencia abandona su país, su familia y la casa de su padre, dirigiéndose á la tierra que Dios debe mostrarle. Y Dios le dice: «De ti saldrá un gran pueblo; tu nombre será célebre; serás bendecido, y todos los pueblos serán bendecidos contigo.» Dios le somete luego á una nueva prueba: pídele el sacrificio de su hijo, único fruto de su ancianidad y de la larga esterilidad de Sara, y Abraham obedece también. La víctima está pronta, Abraham va á herir, Dios le detiene: «Porque has hecho esto, le dice el Señor; porque, por obedecerme, te hallabas dispuesto á sacrificar á tu hijo, á tu único hijo, yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas de las orillas del mar. *Y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en Aquel que ha de salir de ti.*»

En los mismos términos se renueva la promesa á Isaac, hijo de Abraham. Jacob, hijo de Isaac, ve en sueños la escala misteriosa, cuya base descansa en la tierra y cuyo extremo toca al cielo, «y los ángeles de Dios ba-

jaban y subian, » figura de la reconciliacion del cielo con la tierra por la Encarnacion del Verbo. Y el Señor le dice: «Yo soy el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; yo te daré á ti y á tu raza la tierra en que duermes... y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en ti y en *Aquel que saldrá de ti.* »

Jacob, próximo á morir, predice á sus hijos los destinos que han de tener. Hablaba de la tribu de Judá, y de pronto esclama: «El cetro no saldrá de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta la venida de *Aquel que debe ser enviado*: Él reunirá todos los pueblos.»

Despues de relatar estas promesas que podia conocer por la tradicion, entonces poco lejana, y por la revelacion divina, Moisés, lleno del Espíritu Santo, predice á su vez al Libertador, del cual es él, Moisés, una figura imponente. «El Señor me ha dicho: Les suscitaré de en medio de sus hermanos un Profeta *semejante á ti*. Pondré mis palabras en sus labios y les dirá todo lo que Yo le ordene; y si algunos no quieren oír las palabras que ese Profeta pronuncie en mi nombre, Yo me vengaré de ellos.» De todos los Profetas que aparecieron despues de Moisés, ninguno se le ha parecido, escepto Jesucristo, que le ha sobrepujado en todo, legislador mas grande, mas poderoso en milagros, mas instruido del porvenir, mas íntimamente unido con Dios.

Van apareciendo los Profetas y señalando con mas exactitud y mas detalles á «*Aquel que debe venir.*» Miqueas saluda á la humilde Belen, donde nacerá; David, ó le habla como si estuviera presente, ó habla de Él y no cesa de contemplarle; Habacuc se regocija en Jesus, Dios Salvador; Isaías anuncia que será de la raza de Jessé (padre de David), que nacerá de una vírgen, y que

será llamado *Emmanuel* (Dios con nosotros), llamándole también Cristo, Rey de Israel. El nombre de *Hijo de David* le es dado por Jeremías y por Ezequías; Isaías dice también cuál es el objeto de su misión, pinta su dulzura y su bondad, describe sus milagros, le ve sufriendo en las humillaciones, objeto del desprecio de todos. David caracteriza el estilo de su predicación.

Finalmente, de los Profetas puede sacarse la relación completa de la Pasión, tal cual ha sido escrita por los Evangelistas. Encuéntrase el consejo de los judíos, la traición de Judas, la agonía del monte Olivete, la fuga de los discípulos, los ultrajes ante el sumo pontífice, los treinta dineros dados al Iscariote, el camino del Calvario, la crucifixión, la túnica echada á suertes, la hiel y el vinagre, las injurias sufridas hasta en la cruz, la oración por los verdugos, el grito supremo: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habeis abandonado? Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.»

También se encuentra en los Profetas la reprobación de los judíos, la resurrección y el triunfo. Daniel dice: «Cristo será muerto, y el pueblo que renuncie á Él no será ya su pueblo.» David: «He dormido, y me he levantado.» Isaías dice: «En aquel tiempo el vástago de Jessé, elevado en signo de salvación ante todos los pueblos, será adorado por las naciones, y su sepulcro será glorioso.» David dice nuevamente: «La tierra en toda su extensión se acordará de todos esos milagros y se convertirá al Señor, y la inmensa familia de las naciones se prostrará ante Él... Porque se ha de declarar que las generaciones que nos sigan pertenecen al Señor, y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que debe renacer, al pueblo que el Señor ha formado.» Malaquías (el último de

los Profetas) esclama: «Desde donde se levanta el sol hasta donde se pone, mi nombre es grande entre las naciones; en todos los lugares se me presentan sacrificios, y se ofrece en mi nombre una oblacion purísima, porque mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor Dios de los ejércitos.» Y desde Malaquías los Profetas se callan hasta Juan Bautista, el Precursor, que muestra á Jesus vivo, diciendo: «Hé aquí el Cordero de Dios.»

Es tambien una profecía general, y no la menos notable, el ardor con el cual los Profetas claman por el Mesías: el amor nunca ha tenido acentos mas penetrantes, y ese carácter señala bien que Aquel por quien claman no es otro que Aquel que les inspira y pone en sus labios el grito de la caridad que le escita á que descienda á la tierra. «Señor, dice Jacob: yo viviré en la esperanza de vuestra salvacion.» «Señor, dice Moisés: os lo suplico, envid á Aquel á quien debeis enviar.» «Despertad vuestro poder, dice David, y venid y salvadnos. Inclinaid vuestros cielos; descended.» «Apresurad el tiempo, apresurad el fin, dice el *Eclesiástico*, y que los hombres cuenten vuestras maravillas.» «¡Cielos, esclama Isaías; derramad vuestro rocío; lloved al Justo, y que la tierra se abra y brote su Salvador!»

Los nombres que le dan y las imágenes bajo las cuales le representan espresan ese mismo amor, y son proféticas por sí mismas. El Patriarca Jacob le llama *El Deseado de los collados eternos*; el Profeta Ageo, *El Deseado de todas las naciones*; el Profeta Isaías, *Dios con nosotros*, *el Padre del siglo futuro*, *el Principe de la paz*. El mismo Isaías vuelve á compararle con el rocío, que es dulce, fecundante, que participa de la tierra y que se remonta al cielo. El Profeta Oseas dice que su principio se prepara como

el de la aurora; «porque (añade un intérprete despues de copiar estas palabras) así como la aurora cubre al sol y en cierto modo le crea, así la carne de Jesucristo cubria su divinidad circundándola y trayéndola hasta nosotros; y así como la aurora es una media luz que va aumentándose, así Jesus niño crece esteriormente en sabiduria y en gracia delante de Dios y delante de los hombres. Y porque la luz de la aurora es purísima, gratísima, dulcísima para los ojos de los hombres, cansados por las tinieblas de una larga noche, el nacimiento de Jesucristo es la dulcísima y preciosísima aurora que vino á despertar al género humano, abismado hacia cuatro mil años en las regiones de la muerte.»

Hé aquí, entre otros muchos, algunos rasgos de ese perfecto retrato del Mesías, marcado por Dios á los Profetas para que fuera conocido de Israel y del mundo. Sin duda todo lo que á Él se refiere no se halla igualmente claro, y solo de Él podia recibir una luz plena y perfecta; sin duda tambien todos los judíos, esparcidos en gran número en Roma y en todo el imperio, no comprendian del mismo modo y en el mismo grado lo que sobre Él podia entonces comprenderse: todos sabian, sin embargo, lo bastante para despertar las tradiciones dormidas en el fondo mas lejano de la historia, y para que, aun en el gentilismo, penetraran mas rayos de la verdad que los que sus sabios hubieran querido recibir. Ahora podemos conocer de dónde llegó á la mente de Sócrates aquella idea, en él tan estraña, del justo aborrecido y crucificado; ahora sabemos de dónde procedió todo lo que Platon y Ciceron concibieron respecto á la divinidad y respecto á la inmortalidad del alma; ahora sabemos de qué voces eran ecos aquellos presentimientos de los pueblos, aque-

llas sorprendentes predicciones de los poetas que anunciaban al Rey que saldría de Judea, al Niño maravilloso que debía cambiar el curso de las cosas y fundar un orden nuevo.

En cuanto á nosotros, que hemos venido en la sucesion de los tiempos, Dios nos ha dado la plenitud de esa maravilla, y podemos comparar el original con el retrato ejecutado anticipadamente, apareciéndonos el retrato con toda su perfeccion divina. Un escritor francés hace resaltar de un modo ingenioso el milagro de esa obra. «Figurémonos, dice, una escelente estatua formada de muchas piezas, trabajada por muchos obreros en épocas muy diversas. Uno empieza la cabeza en la primera época del mundo; el otro forma el cuerpo mil años mas tarde; viene otro despues y hace un brazo, otro un pie, otro una mano, sin que ninguno de ellos sepa nada sobre la obra que están haciendo sus compañeros; y, sin embargo, reuniendo todas esas piezas se ve que forman la verdadera figura del Mesías, y que esa figura, así formada mucho tiempo antes de su aparicion, la representa perfectamente y tal cual era cuando conversaba entre los hombres... Diríase que los Profetas habian vivido siempre con Él, y que obraron de concierto, no solamente consigo mismos, sino con los Evangelistas. ¡Tan perfecto es el acuerdo entre lo que estos cuentan como cosa pasada y lo que aquellos predicen como cosa que debia suceder!»

En efecto; se ha visto esta concordancia, y á fin de huir de ella, algunos *sabios* han acudido resueltamente al absurdo. Han dicho que varias profecías habian sido supuestas ó se habian cambiado de lugar y fecha; y como esta invencion no les permitia sacar gran partido, puesto que, aunque solo sea por la tradicion, el Antiguo Testa-

mento tiene siempre una fecha segura y anterior en muchos siglos á Jesucristo, otros sabios han explicado el misterio, indicando que el Evangelio se compuso ateniéndose á las profecías. Los últimos *historiadores* de Jesus giran, hasta donde se atreven, en torno de este sistema, y hasta ahí ha llegado la ciencia impía; pero tampoco este sistema obtiene grandes ventajas. Como muchas de las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento solo se han cumplido largo tiempo despues de la época mas próxima en que se puede fijar la redaccion de los Evangelios, tiene que reconocerse que los falsarios que formaron á Jesucristo siguiendo las profecías (lo cual seria un gran milagro), han sido ellos mismos otros tantos Profetas. No citemos en prueba de ello sino estas solas palabras, inspiradas por el Espíritu Santo á la Madre del Salvador: *Et Beati me dicent omnes generationes*. «Y todas las generaciones me llamarán *Bienaventurada*;» y preguntemos: ¿puede presentarse un decreto al cual hayan obedecido mas dócilmente todas las épocas, todos los tiempos y todos los hombres?

Dejemos á un lado esas cuestiones que nos sonrojan, y recordemos otra profecía inspirada por Dios para que la incredulidad tuviera que refugiarse miserablemente en la negacion brutal, pura y simple. Es esta la profecía de Daniel, quien, con quinientos años de antelacion, fija el año, y probablemente el dia, del advenimiento del Mesías.

Durante el cautiverio de Babilonia, Daniel vió, por su orden, diversas veces y con distintas figuras, cuatro monarquías bajo las cuales debian vivir los israelitas, señalándolas con sus caracteres propios. Vió pasar como un torrente el imperio de un Rey de los griegos, el de Alejandro, y por su caída vió establecerse un nuevo imperio,

menor que el primero, imperio debilitado por sus divisiones. Es ese imperio el de los generales que sucedieron á Alejandro, entre los cuales se señalan cuatro en la profecía... Vió sus guerras, sus rivalidades, sus alianzas engañosas; la dureza y la ambicion de los Reyes de Siria; el orgullo y las otras señales que designan á Antíoco el Ilustre, implacable enemigo del pueblo de Dios, la brevedad del reinado de este, y el pronto castigo de sus excesos; vió, por fin, empezar el reinado del *Hijo del hombre*, y en esta palabra se reconoce á Jesucristo, aunque el reinado del Hijo del hombre es tambien llamado el reinado de los *Santos del Altísimo*. Todos estos pueblos se hallan sometidos á aquel grande y pacífico reinado: la eternidad le está prometida, y debe ser el único cuyo poder no pase á otro imperio.

Dios descubre de un modo manifiesto á Daniel cuándo ha de venir aquel Hijo del hombre, aquel Cristo tan deseado, y cómo cumplirá su obra, es decir, la Redencion del género humano. Mientras Daniel se ocupaba del cativerio de su pueblo en Babilonia, y de los setenta años á que Dios habia querido reducirle; en medio de los votos que hacia por la libertad de sus hermanos, se sintió de pronto elevado al conocimiento de los misterios mas altos. Vió otro número de años y otra libertad mucho mas importante; en vez de los setenta años predichos por Jeremías, vió setenta semanas de años, á contar desde la orden de Artajerjes Longimano, el año veinte de su reinado, para reedificar la ciudad de Jerusalem; y vió que para el fin de esas semanas se hallaba señalada en términos precisos *la remision de los pecados, el reinado eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecías y el óleo del Santo de los Santos*. Cristo debe mostrarse como caudillo del pueblo

despues de sesenta y nueve semanas; y despues de sesenta y nueve semanas (porque el Profeta repite ese número) *Cristo debe ser muerto*, debe morir de muerte violenta, debe ser sacrificado para cumplir los misterios. Daniel señala una semana entre todas, la última, la setenta, en que Cristo será inmolado, *en que la alianza será confirmada, y durante la cual los sacrificios serán abolidos*, sin duda por la muerte de Cristo, porque este cambio se señala despues de la muerte de Cristo. *Despues de la muerte de Cristo* y de la abolicion de los sacrificios, Daniel solo ve horror y confusion: *ve la ruina de la Ciudad Santa y del santuario; un pueblo y un capitan que llegan para perderlo todo; la abominacion en el templo, la última é irremediable desolacion* de un pueblo ingrato hácia su Salvador.

Esas semanas reducidas á semanas de años, segun el cómputo de la Escritura, forman cuatrocientos noventa años, y nos llevan exactamente desde el año veinte de Artajerjes hasta la última semana, semana llena de misterios, en que Jesucristo, sacrificado, pone fin con su muerte á los sacrificios de la ley, cumpliendo sus figuras.

Los sabios forman diversos cálculos para hacer que todos esos tiempos cuadren exactamente. Nada de extraño habria en que se encontrara alguna incertidumbre en la fecha; pero el corto número de años sobre el cual puede disputarse en una cuenta de cuatrocientos noventa, no puede dar lugar á cuestion ninguna importante. Dios, ademas, ha cortado la dificultad por una decision que no consiente réplica: un acontecimiento evidente nos pone muy por encima de todas las susceptibilidades de los cronólogos: la ruina total de los judíos que siguió tan de cerca á la muerte de Nuestro Señor, hace comprender á los menos avisados el cumplimiento de la profecía.

Otra circunstancia debe tambien notarse.

Daniel nos descubre un nuevo misterio: el oráculo de Jacob solo nos habia enseñado que el reino de Judá habia de concluir con la venida del Mesías; pero no nos decia que su muerte habia de ser causa de la caída de su reino. Dios reveló ese secreto importante á Daniel, declarándole que la ruina de los judíos seria la consecuencia de la muerte de Jesucristo desconocido por ellos.

Las semanas de Daniel se aproximaban á su término, y ya la señal indicada por Jacob saltaba á los ojos de todos. El cetro habia salido de Judá: Herodes, extraño á la sangre real, y acaso á la misma sangre de Abraham, reinaba sobre el trono de David como tirano por gracia del pueblo de Roma. La política de Herodes se reducía á embellecer el templo y á deshonar al sacerdocio, poniendo en subasta el sumo pontificado. Alternativamente cambiado, instituido, destituido por el príncipe ó por el gobernador romano, el gran sacerdote solo era hechura efímera y juguete de aquellos poderes intrusos. La religion iba declinando en medio de la pompa de las ceremonias; las sectas se multiplicaban llenando con sus acres discusiones la ciudad, las escuelas y hasta el interior del templo.

Los saduceos, ricos, incrédulos y burlones, propagaban el desden hácia la Ley; los fariseos, llenos de orgullo y de dureza, la ultrajaban de otra manera, recargándola de prácticas insoportables, tan duras para la flaqueza como odiosas para la razon; los esenios, verdaderos cismáticos, se imponian reglas de vida austera y que condenaban la libertad legítima; pero, por una compensacion muy frecuente, hacian caso omiso de los preceptos, rechazando las tradiciones y pretendiendo honrar á Dios

sin ofrecerle sacrificios. Grandes desórdenes seguían á aquel desarreglo de los ánimos, siendo esta también una nueva señal que los doctos no ignoraban; porque en el corazón de los justos y de los sabios el presentimiento de una catástrofe se mezclaba con el de la esperanza de la redención.

Todos esperaban. Respecto del Mesías, no había incrédulos, pero al mismo tiempo se iba perdiendo más y más cada día la verdadera noción del enviado divino. Á esto contribuía el espíritu nacional no menos que el espíritu de secta: la dominación de los romanos, aunque relativamente moderada, indignaba á un pueblo que no dejaba de tener buenas razones para creerse superior á sus arrogantes señores, á quienes echaba en cara, además de su crueldad y su rapacidad, los sacrilegios. La insolencia de los romanos había violado muchas veces las prácticas religiosas, y se esperaba al Mesías considerándole sobre todo como á un vengador y habituándose los judíos á creer que el Deseado de las Naciones vendría, terrible y victorioso, á saciar su ambición y á sustituir con ellos á los señores del mundo. Así en aquellos corazones inclinados hácia la tierra, se estaban formando, cuando iba á nacer la luz, tinieblas más densas que lo que lo habían sido las de la noche. El Mesías dirá *bienaventurados los corazones puros*, y solo le verán aquellos que no le pidan el reinado propio, sino el de Dios.

La paz, sin embargo, reinaba en Judea como en todas partes. Augusto había domado en Roma todas las sediciones, y había reprimido en el mundo todas las sublevaciones. Las turbulencias doctrinales de Jerusalén, dominadas por la esperanza, no perturbaban en nada el estado general de tranquilidad. Tampoco había allí ningún partido

que políticamente fuera temible ; aquel era un momento raro en la historia. Roma poseía un templo , el mas hipócrita de todos cuantos habia levantado, el templo de la Paz , cuyas puertas dejaba abiertas durante la guerra en forma de oracion permanente para lograr la paz; pero desde Numa hasta Augusto, en siete siglos, el templo de la Paz solo se habia cerrado dos veces: la primera, segun se dice, por algunos años; la segunda, por algunos meses. Entre tanto, como para mostrar á qué precio único la fuerza puede producir la paz, dos veces la mano homicida de Augusto habia querido cerrar aquellas puertas formidables, ó mas bien Augusto las habia tapiado con los cadáveres de los ciudadanos. Aquellas puertas habian vuelto á abrirse, y habian vuelto nuevamente á cerrarse por la espada de Tiberio. Tiberio llega á ser el ejecutor de lo que pudiera llamarse el primer hecho evangélico: procuró el silencio de las armas en medio del cual pronunció Dios en voz baja la palabra de la paz verdadera y eterna. El imperio comienza á realizar los designios de Dios, y ya, que quiera que no quiera , el imperio no hará mas papel que ese. Los hechos de guerra son los únicos acontecimientos importantes de la antigüedad, y esos hechos callan entonces en todas partes, porque se ha dicho que la tierra estaria en paz en esa hora. ¡Hora de cánticos, hora de triunfos! En Roma, Virgilio y Horacio cantan á los pies de Augusto y de Tiberio victoriosos; en Judea, encima de un pesebre en que descansa un niño recién nacido, unas voces celestiales, solo oídas por algunos pastores, van á entonar el compendio del eterno Evangelio: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

La hora es solemne para toda la naturaleza. En el

vasto firmamento, los astros no se habian separado de su marcha; nada habia allí que reparar, ninguna perturbacion desviaba de la regularidad á aquellos reinos inviolables. Sin embargo, una circunstancia debia señalar en ellos el advenimiento del nuevo Adan, del nuevo Moisés, del nuevo Josué, del HOMBRE á quien los demonios y los ángeles, y los vientos y el mar, y las plantas y toda cosa creada, van á obedecer. Esta circunstancia fue el jubileo universal de los planetas: todos en aquel momento habian terminado sus revoluciones, y todos estaban dispuestos al trabajo ó á la tranquilidad: todos volvieron á partir obedientes para una carrera nueva, como el dia en que el mismo Verbo de Dios, al llamarlos por su nombre desde el fondo de la nada, cada uno de ellos respondió: « ¡Héme aquí! » y emprendió el camino que se le habia trazado.

Aquel que ha creado el mundo va á aparecérsenos vivo con nuestra vida, con la debilidad de nuestra carne. Buscamos á Dios, y el Hombre va á presentársenos; pero el Hombre solo se nos manifestará para que recibamos á Dios. Le reconoceremos sin ningun trabajo: pidámosle, sin embargo, la buena voluntad.

Ahora Jesus no está oculto ni disfrazado: ha pasado por la enfermedad y permanece en la gloria; pero hace diez y nueve siglos que ese sol cada vez mas brillante encuentra ciegos voluntarios que se obstinan en no verle. Tal es el misterio de la libertad humana: en frente de la misma evidencia, el hombre conserva el mérito de creer, tiene la formidable facultad de negar. Si no habiendo jurado permanecer en las tinieblas, no nos sentimos tampoco fuertes para salir de ellas, pidamos el socorro de la gracia. Nuestra razon está sujeta á perturbaciones que la inteligencia no puede ni formular, ni adivinar, ni apagar;

pero la oracion obtiene la gracia, y con la gracia viene la claridad. Pronunciemos las palabras poderosas que el Espíritu Santo nos ha sugerido para vencernos á nosotros mismos y vencer á Dios, como la madre sugiere al niño culpable la palabra que el padre exige antes de conceder su perdon. No nos obstinemos contra la misericordia; no rechacemos la salvacion. Siempre podemos decir: «Señor, haced que yo vea.» Siempre creemos lo bastante, y siempre creemos lo bastante poco, para tener justos motivos de repetir estas otras palabras dirigidas á Jesus: «Yo creo, Señor; fortaleced mi fe.»

VIDA DE N. S. JESUCRISTO.

LIBRO PRIMERO.

EL PRÓLOGO DEL EVANGELIO.

CAPITULO PRIMERO.

Nazareth.—Belen.—El Jordan.

El sacerdote Zacarías y su mujer Isabel, los dos justos y aceptables á los ojos de Dios, no tenían sucesion ni la esperaban á causa de su mucha edad y de que Isabel era estéril.

Un dia que Zacarías, designado por la suerte, estaba ejerciendo su ministerio en el templo, se le apareció el Ángel del Señor, y le dijo que su oracion habia sido escuchada, y que Isabel le daría un hijo que debia llamarse Juan, añadiendo que ese hijo seria grande, lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, y que marcharía delante del Señor, con la virtud del Profeta Elías, para preparar á los hombres á que recibieran la salvacion.

Zacarías no habia pedido sin duda un favor que no se atrevia á esperar, limitándose á orar por el advenimiento del Mesías: asustose, pues; no comprendió las palabras del Ángel, y no creyó en ellas; pero el Ángel le echó en cara su incredulidad, y le anunció que, en castigo de ella,

Dios le quitaria el uso de la lengua hasta el cumplimiento de las cosas predichas. En efecto; Zacarías salió del templo pálido y sin voz, y solo sus signos dieron á conocer que habia tenido una vision. Santa Isabel concibió, y, retirada, dió humildemente gracias á Dios, que la libertaba del oprobio de la esterilidad.

Seis meses despues, el ángel Gabriel, el mismo que habia aparecido á Zacarías, fue enviado por Dios á una vírgen de la descendencia de David que vivia en Nazareth, pueblo de Galilea. Aquella vírgen se llamaba María; habia sido educada en el templo, como huérfana que ya era, y hacia poco que el Sumo Sacerdote su tutor, ó, segun otros, los parientes que la quedaban y que pertenecian todos al Templo, la habian casado con José, hombre justo y recto, de mucha mas edad que ella, y vástago como ella de la raza de David, despues del milagro de la vara florida con que, segun la tradicion, el mismo Dios designó á José para esposo de su Madre. Los dos eran pobres; José ejercia la profesion de carpintero, y trabajaba para vivir; María tenia catorce años.

El Ángel se presentó delante de esta vírgen, y la dijo: «Dios te salve, María, llena de gracia; bendita eres entre todas las mujeres, y el Señor está contigo.» Anunciola en seguida á Aquel que naceria de ella, y la dijo que le llamara Jesus, es decir, *Salvador*.

Aunque ya, segun todas las apariencias, se hallaba acostumbrada á la vista de los ángeles, la humilde hija de David se turbó, cogida de improviso por la solemnidad de tal mensaje. No llegó á dudar como Zacarías; pero sí, en su prudente respuesta, dejó comprender la resolucion que abrigaba de permanecer siempre vírgen.

El Ángel, entonces, la hizo saber que llegaria á ser

madre por obra y gracia del Espíritu Santo, siendo esta la causa de que se llamara, al Santo que naciera de ella, Hijo de Dios; hízola saber tambien que su parienta Isabel, aquella á quien se llamaba *la estéril*, se hallaba en el sexto mes de su embarazo. Porque convenia que María conociera la primera el secreto de la milagrosa concepcion del Precursor.

María, habiendo oido aquel razonamiento, dijo: « Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra. » Y el Ángel se retiró.

« Hé aquí la esclava del Señor. » Al pronunciar esta palabra de humildad, que es la palabra de nuestra salvacion, María era el eco del Verbo. Por los labios de David, Él mismo, al predecir su venida á la tierra, se habia llamado, no el Hijo de la Virgen, sino el Hijo de la esclava: *Ego servus tuus et filius ancillæ tuæ*. Apenas María hubo consentido así en el designio de Dios, se realizó el misterio de la Encarnacion. « Y el Verbo se ha hecho carne, y habitó entre nosotros. »

Instruida por la revelacion del Ángel, y obediente á la inspiracion de Aquel que ya existia en ella, María fue presurosa al pais de las Montañas, á Ebron, donde vivia Isabel: Jesus queria santificar á su Precursor por su presencia oculta. Al entrar en la casa de Zacarías, María saludó á su parienta, y al momento el niño de Isabel se estremeció, y ella misma se vió llena del Espíritu Santo.

Isabel exclamó con grandes voces: « ¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas! ¿De dónde á mí el honor de que la madre de mi Señor me visite? Porque en el momento que he oido tu voz, mi hijo se ha estremecido de alegría en mi seno. Feliz

eres por haber creído, y las cosas que te han sido dichas de parte del Señor se cumplirán.»

María dijo entonces:

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

»Porque ha considerado la humildad de su esclava, hé aquí que todas las generaciones me llamarán *Bienaventurada*.

»Porque ha hecho para mí grandes cosas Aquel que es poderoso y su nombre es santo.

»Y su misericordia se estiende de generacion en generacion á todos aquellos que le temen.

»Ha desplegado la fuerza de su brazo; ha deshecho en los soberbios enorgullecidos los pensamientos de su corazón.

»Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

»Colmó de bienes á los hambrientos, y empobreció á los que se hallaban en la abundancia.

»Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

»Segun lo prometió á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad por los siglos.»

Habiendo llegado la época del parto de Isabel, dió esta á luz un hijo; y el día de la circuncision, como los parientes quisieran darle el nombre de su padre, Isabel quiso que se le llamara Juan, lo cual confirmó Zacarías, que seguía mudo, escribiendo: «Juan es su nombre.» Juan significa aquel *en quien está la gracia*. En el mismo instante quedó libre de su entorpecimiento la lengua de Zacarías, y profetizó, bendiciendo al Dios de Israel por haberse acordado de su misericordia hácia su pueblo, y por haber suscitado un Salvador de la Casa de David. Y dirigiéndose á

su hijo, le dijo que marcharía delante del Señor para prepararle los caminos, á fin de que se obtuviera la remisión de los pecados de aquel sol nuevo que venía á iluminar á los que se sentaban en las tinieblas y sombras de la muerte, y á dirigir nuestros pasos por el camino de la paz.

El rumor de todos estos acontecimientos se extendió por las montañas de la Judea, y todos se preguntaban: «¿qué pensais que llegará á ser ese niño?»

María, de vuelta á Nazareth, vivió en silencio, descansando del todo en Dios; y José, instruido en sueños por el Ángel del Señor, vivió con su esposa, de quien había querido separarse. Supo tambien que el Hijo de la Virgen debía ser llamado Jesus, porque seria el Salvador de Israel. José, hombre justo, piadoso y muy versado sin duda en las Escrituras, pudo entonces conocer que iba á cumplirse la profecía de Isaías: «Hé aquí que una virgen concebirá y dará á luz un Hijo.»

Quedaba otra profecía por realizar. Estaba escrito que el Mesías nacería en Belén de Judá, y una circunstancia apremiante obligó á José á salir de Galilea para ir á Belén con María, aunque esta se hallaba próxima al término de su embarazo. Siendo Belén el pueblo de David, su comun antepasado, debían hacerse inscribir allí, á causa del empadronamiento general ordenado por el Emperador Augusto. Fueron, pues, á Belén, punto al que afluía una gran multitud de extranjeros procedentes de Jerusalem, donde se estaba celebrando la *fiesta de las Luces*, y como no encontraran albergue alguno en las hospederías, se refugiaron en una gruta de los campos que servía de establo.

Allí, en medio de la noche, sin experimentar ninguna de las angustias ni dolores del parto, como el sol comu-

nica su luz y como la flor exhala su perfume, María dió á luz á su hijo único, á Aquel á quien San Juan llama «Hijo único del Padre,» y San Pablo «el Primogénito de Dios.»

Vistiole y le puso sobre un pesebre. La tradicion coloca al lado de su cuna un buey y un asno, cuyo aliento calentaba al recién nacido. Aquellos animales habian sido llevados por José: el asno, para que sobre él viajara María; el buey, para subvenir con el precio de su venta á los gastos del viaje. Isaías habia dicho: «El buey conoce aquel á quien pertenece, y el asno el establo de su amo.»

Los campos en que nacia Jesus eran propiedad del templo, y en ellos se cebaba á los animales destinados á los sacrificios, habiendo allí pastores que velaban toda la noche. De pronto aquellos hombres vieron aparecer á un Ángel circundado de viva luz, y el Ángel les dijo que no temieran, y que antes bien se regocijaran, porque iba á anunciarles una gran alegría. «Hoy, prosiguió, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador; es el Cristo Nuestro Señor, y hé aquí por qué signo le conoceréis: encontrareis al Niño en pañales recostado en un pesebre.» En el mismo instante, una tropa numerosa de la milicia celestial, uniéndose al Angel, dejó oír este cántico: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Y los pastores se dijeron unos á otros: «Vamos á Belén.» Fueron, en efecto, y encontraron á María, á José y al Niño acostado en un pesebre, y volvieron á sus rebaños dando gracias á Dios por todo lo que habian oído. María no perdía nada de todas aquellas cosas y las conservaba todas en su corazón. El Evangelista San Lucas es quien cuenta todos estos detalles, y nada impide creer que el Espíritu Santo se los reveló por los mismos labios de la Santa Virgen.

Algun tiempo despues, unos hombres que venian de Oriente, y á quienes se llamó Magos á causa de su ciencia, llegaron á Jerusalem. Decian que el Rey de los judíos habia nacido, que ellos habian visto su estrella, y preguntaban dónde le encontrarian, puesto que para adorarle habian venido. Su presencia conmovió á toda la ciudad, y Herodes, Rey de Judea, oyó hablar de ellos. Era Herodes un príncipe receloso, cruel, lleno de astucia, y, comprendiendo que se trataba de un competidor, se turbó é inquirió dónde debia nacer Cristo. Los principales de la nacion, los escribas y los sacerdotes, le dijeron que debia nacer en Belen de Judá. Con esto, Herodes envió allí á los Magos, despues de haberles dicho que le informaran cuando hubieran visto al Niño, á fin de que tambien él pudiera adorarle. Los Magos volvieron á seguir su camino alegres y confiados, y, habiéndoseles presentado de nuevo la estrella que los habia guiado hasta Jerusalem, llegaron al punto en que se hallaba Jesus. Encontrando, pues, al Niño y á su Madre, y habiéndole adorado, le ofrecieron oro, incienso y mirra; despues, advertidos por un sueño para que no vieran á Herodes, volvieron á su pais por otro camino.

La circuncision judáica tenia lugar ocho dias despues del nacimiento; el dia cuarenta se habia fijado para la doble ceremonia de la purificacion de la Madre y la presentacion del Hijo. Como todo varon primogénito era consagrado al Señor, se le rescataba á precio de dinero, en memoria de la libertad de Egipto. Los parientes de Jesus le llevaron al templo para cumplir con la ley, y en el mismo momento llegaba á aquel sitio por su parte, y guiado por la inspiracion del Espíritu Santo, un hombre justo que esperaba el consuelo de Israel. Aquel justo se llamaba

Simeon, y se le habia revelado que no moriria sin que saludara á Cristo.

Pues bien: habiendo visto Simeon al Niño Jesus, le tomó en sus brazos, y de pronto prorumpió en acciones de gracias. «Ahora es, Señor, dijo, cuando dejareis ir á vuestro siervo en paz, porque mis ojos han visto la salvacion que viene de Vos, la luz que se descubrirá á las naciones, la salvacion de Israel, vuestro pueblo.» Bendijo á María y á José, é iluminado divinamente, profetizó, pero solo dirigiéndose á María, diciéndola: «Este Niño ha venido al mundo para la ruina y la salvacion de muchos en Israel; y será un signo de contradiccion, á fin de descubrir lo que muchos guardan en el fondo de su alma: vos misma, vos, su Madre, vereis vuestra alma traspasada por una espada de dolor.»

Estaba tambien en el templo una profetisa llamada Ana, hija de Phanuel, que tenia ochenta y cuatro años, y que desde la muerte de su marido, con quien se casó siendo virgen, no salia del templo, pasando los dias y las noches en ayunos y oraciones. Ana vió á Jesus, y alabó al Señor, hablando de aquel Niño á todos cuantos esperaban la redencion de Israel.

Despues de todas esas cosas, cumplido ya todo lo que exigia la ley, el Ángel del Señor apareció en sueños á José, y le mandó que huyera á Egipto, porque Herodes buscaria al Niño para hacerle morir. José obedeció en el acto, al mismo tiempo que Herodes, al saber la marcha de los Magos, mandaba matar á cuantos niños varones de menos de dos años habia en el pais de Belen. Jeremías habia dicho: «Se ha oido una voz en Ramá; se han oido grandes gritos y grandes lamentos: Raquel llora á sus hijos, y no quiere ser consolada porque sus hijos ya no existen.»

Herodes murió algunos años despues de aquel crimen. Entonces, en virtud de una nueva advertencia del Ángel, recibida en sueños como la precedente, José volvió á llevar al Niño á Israel. Pero como Arquelao, hijo de Herodes, reinaba en Judea, no se atrevió á ir allí, y, siempre obediente á las advertencias divinas, estableció su morada en Nazareth de Galilea. Era aquella la voluntad de Dios, á fin de que se cumplieran estas palabras: « He llamado á mi Hijo de Egipto... Será llamado Nazareno. »

El Evangelio no narra sino un solo hecho de la infancia de Jesus. Cuando tenia doce años, edad en que obligaban los preceptos, sus padres le llevaron á Jerusalem para la celebracion de la Pascua. Pero, cuando regresaron, Jesus permaneció en la ciudad, y durante todo un dia ni María ni José se apercibieron de su ausencia, porque como los hombres y las mujeres marchaban en bandas separadas, cada uno de ellos creía que iba con el otro. Volvieron en fin á Jerusalem, y le buscaron inútilmente durante tres dias, encontrándole por último donde debia de estar : en el templo, sentado en medio de los doctores, á quienes escuchaba é interrogaba, descubriendo una sabiduría que les llenaba de admiracion. Su Madre le dijo: « Hijo mio, ¿ por qué hiciste esto con nosotros? Hace tres dias que te buscamos muy afligidos *tu padre* y yo. » Jesus respondió: « ¿ Por qué me buscábais? ¿ No sabeis que yo debo estar en las cosas que se refieren al servicio de *mi Padre*? » No comprendieron de qué servicio hablaba; pero su madre conservaba el recuerdo de todo. En seguida les siguió á Nazareth, y les estuvo muy obediente.

Y crecía en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres.

Entre tanto el hijo de Zacarías y de Isabel se había

retirado al desierto desde su infancia, donde vivia entre mortificaciones, vestido con un cilicio, ayunando y orando, tan desconocido en aquellas soledades como Jesus en la oscuridad de Nazareth; y así se mantuvo hasta la edad de treinta años, esperando la órden de Dios para el día de su manifestacion.

Por fin, el quinto año de Tiberio César, la palabra del Señor se hizo oír á Juan, hijo de Zacarias, segun lo que habia anunciado el Profeta: «Hé aquí que envio á mi ángel delante de vuestra faz, y que os prepara el camino.» Y en otra parte: «Voz que grita en el desierto: preparad el camino del Señor; abrid sus sendas.»

Juan empezó, pues, á predicar en el desierto de Judea y en la comarca del Jordan. Bautizaba y predicaba el bautismo de penitencia que debia disponer á los hombres á recibir la remision de los pecados. Decia: «Haced penitencia, porque se aproxima el reino de los cielos.» Trataba severamente la hipocresia de los fariseos y la impiedad de los saduceos mezclados con la multitud que acudia hácia él. Decíales: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la cólera próxima? Haced dignos frutos de penitencia. No os digais á vosotros mismos que teneis á Abraham por padre, porque yo os digo que de esas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abraham. Ya el hacha se halla en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.»

Aquellas exhortaciones, sostenidas por una vida tan santa y por el recuerdo del maravilloso nacimiento de Juan, producian honda impresion en Judea. De todas partes acudia la multitud al predicador de la penitencia, y aquella multitud conmovida confesaba sus pecados y queria saber de Juan qué debia hacer para recibir el bautis-

mo. Él daba á todos el precepto de la limosna: «Que aquel que tenga dos trajes vista al otro que no tenga ninguno, y que aquel que tenga con qué comer alimento al que nada tenga.» Á los publicanos y á los colectores del impuesto les decia tambien: «No exijais mas de lo que se os ha ordenado,» como decia á los soldados: «No hagais uso de la fuerza; no acuseis falsamente á nadie; contentaos con vuestra paga.»

El pueblo quiso persuadirse muy pronto de que Juan era Cristo; pero él dijo: «Os doy un bautismo de agua, á fin de que hagais penitencia; pero Aquel que va á venir despues de mí es mas poderoso que yo, y yo no soy digno de prosternarme ante Él y desatar sus sandalias. Él os dará el bautismo del Espíritu Santo y del fuego. La espiga está en sus manos; Él la limpiará, recogerá el trigo en su granero, y arrojará la paja al fuego que no se apaga.»

Jesus dejó á Nazareth para ser bautizado, y se mostró á los ojos de Juan á orillas del Jordan, entre la multitud de pecadores que abrazaban la penitencia. En ninguna parte se dice que Juan, que habitaba en el desierto desde su infancia, hubiera visto hasta aquel momento al Hijo de María. Sin embargo, le reconoció por una inspiracion divina que un signo visible iba muy luego á confirmar, y le dirigió la misma palabra que su madre Isabel habia dirigido á la Madre de Jesus: *Tu ad me!* No queria bautizarle, diciéndole: «Yo soy quien debia recibir de Ti el bautismo, ¿y Tú vienes á mí? Jesus le respondió: «Hazlo, sin embargo; conviene que cumplamos toda justicia.» Entonces Juan le bautizó.

Y en tanto que Jesus, al salir del agua, oraba, los cielos se abrieron, y el Espíritu Santo, bajo la figura de una paloma, descendió y se colocó sobre Él, mientras

una voz del cielo decia: «Tú eres mi Hijo muy amado.»

Despues Jesus se retiró al desierto, y permaneció en él cuarenta dias y cuarenta noches entre las fieras, y sufriendo que le tentara Satanás. Sea que la tentacion haya durado los cuarenta dias, sea que el Hijo de Dios no la permitiera hasta despues de aquel largo ayuno, el Evangelio solo da cuenta de tres asaltos.

Cuando Jesus quiso sufrir los ataques del hambre, Satanás le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se cambien en pan.» Jesus le respondió: «Está escrito que *el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*» Rechazado por esa expresion de la confianza absoluta que la Providencia quiere encontrar en el hombre, el enemigo malo quiso á su vez encontrar un arma en la Escritura y en la confianza en Dios, y, trasportando á Jesus al pináculo del templo, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, arrójate al suelo, porque escrito está: Ha encargado á los ángeles que tengan cuidado de Ti, y te llevarán entre sus manos para evitar que tus plantas se hieran contra la piedra.» Jesus respondió: «Tambien está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios.*» Vencido segunda vez, Satanás hizo el último esfuerzo; llevó á Jesus á una alta montaña, y por arte de magia le hizo ver todos los reinos del mundo y su gloria. «Te daré, le dijo, todo esto, todo el poder y la gloria de estos imperios, porque todo esto es mio y se lo doy á quien quiero; adórame, y todo es tuyo.» Jesus le respondió: «Vete, porque escrito está: *Adorarás al Señor tu Dios y le servirás á Él solo.*»

Despues de que Satanás hubo puesto de ese modo é inútilmente en juego todas las seducciones, se retiró, y los ángeles se aproximaron á Jesus y le sirvieron.

Juan continuaba predicando y bautizando, y su reputación, que no cesaba de aumentar, escitaba la envidia de los escribas y de los fariseos, que le enviaron ciertos agentes encargados de saber de sus labios quién era: esperaban sin duda obtener una respuesta de que pudieran servirse para perseguirle. Juan declaró terminantemente que no era Cristo. Le preguntaron si era Elías ó algun otro Profeta, y respondió: «No.» «¿Quién, pues, eres? le dijeron. ¿Qué dices de ti mismo?» Respondió, como ya lo habia hecho antes: «Soy la voz de que habla Isaías, que grita en el desierto: Preparad al Señor un camino recto.» Ellos insistieron, diciéndole: «Si no eres ni Cristo, ni Elías, ni Profeta, ¿por qué bautizas?» Juan respondió de nuevo: «Yo doy un bautismo de agua; pero hay un Hombre en medio de vosotros á quien vosotros no conoceis. Él es quien debe venir despues que yo; Él está antes que yo, y yo no soy digno de descalzarle.»

Los enviados de los judíos no preguntaron mas, y Juan nada añadió; pero el dia siguiente, viendo pasar á Jesus, dijo: «Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo... De Él es de quien he dicho: Viene despues de mí un Hombre que es antes que yo, porque es mas antiguo que yo; yo no le conocia; pero he venido á dar el bautismo de agua, á fin de que se le conozca en Israel.» Añadió tambien: «He visto al Espíritu descender del cielo bajo la figura de una paloma, y detenerse en Él; Yo no le conocia; pero Aquel que me ha enviado para dar el bautismo de agua, me dijo: Aquel sobre quien descienda y se detenga el Espíritu, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo he visto y doy testimonio de que es el Hijo de Dios.»

El dia siguiente, Juan, hallándose con dos de sus dis-

cípulos, vió de nuevo pasar á Jesus, y volvió á decir: «Hé ahí el Cordero de Dios.» Al momento los dos discípulos de Juan siguieron á Jesus, que se iba. Jesus se volvió, y les dijo: «¿Qué buscáis?» «Maestro, le respondieron: ¿dónde vives?» Él repuso: «Venid, y vedlo.» Fueron, y vivieron con Él. Uno de ellos era Juan, hijo del Zebedeo; el otro, Andrés, hermano de Simon; y Andrés dijo á su hermano: «Hemos encontrado al Mesías;» y le llevó á Jesus. Jesus, habiendo fijado su mirada sobre Simon, le dijo: «Tú eres Simon, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas, es decir, Pedro.»

Tal es el prólogo del Evangelio reducido á la desnudez del hecho, y nada puede concebirse que sea á un tiempo mismo mas humilde y mas esplendoroso. Dios, si es lícito hablar así, no podia, ni conceder menos al hombre, ni dar mas á Dios.

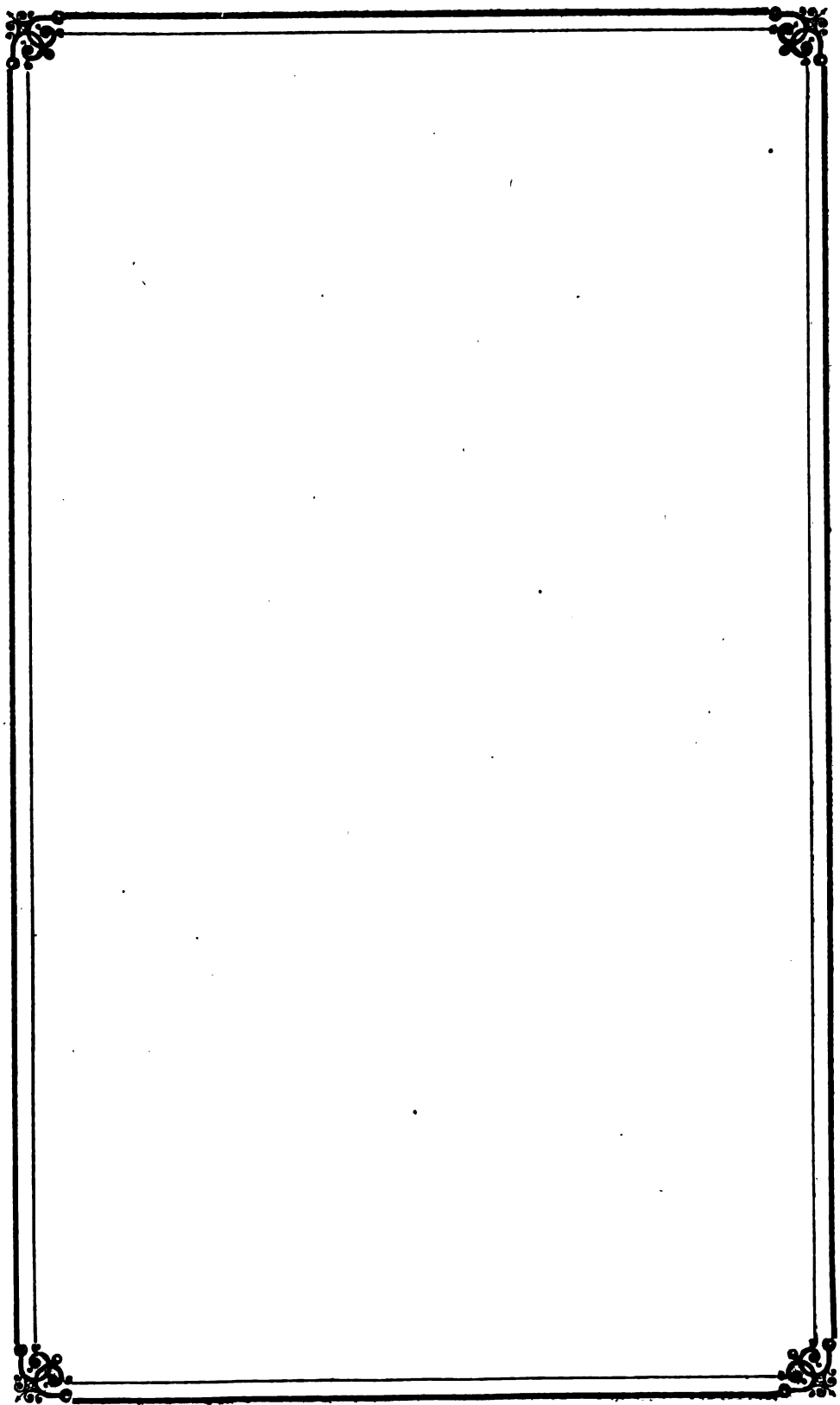
Dios puede hacer cosas humildes sin desprestigio de su naturaleza, en tanto que el hombre seria criminal al atribuirse lo sobrenatural y lo divino. Si un Rey obra como un soldado para la salvacion de todos, hace un acto de Rey; las cosas pequeñas que salvan al mundo son actos de Dios.

Ya habia en el mundo un Rey-dios, un dios del mundo, segun el espíritu del mundo: vivia en Roma, se llamaba Augusto, y ya se ha visto con qué piedras habia levantado su templo. Ese dios dejaba reinar á Herodes, á quien conocia bien, y educaba á Tiberio, á quien tenia ya juzgado. La historia va á llenarse de nombres horribles: las Mesalinas, las Herodiades, las Drusilas, las Agripinas, rodean á esos dioses de la tierra que tienen por ministros á los Narcisos y los Sejanos.

La corte de Dios hecho hombre se compone de per-

sonajes muy distintos. Algunos de entre ellos, Zacarías é Isabel, Simeon y Ana, parece que han sido preservados de la corrupcion para proclamar la entrada de Dios en el mundo, donde Jesus ha de aumentar el número de esos hombres, ó mas bien donde ha de crear de nuevo la especie de esos hombres, especie ya agotada. Esta es su obra, obra únicamente digna de Él. Antes de aparecer, cuando Él mismo se hallaba oculto en el seno de María, santifica á Juan en las entrañas de Isabel; y á Él le saludan palabras inmortales, diálogos sublimes entre los santos de la antigua y de la nueva Ley, que son igualmente sus santos, profecías de su reinado que cumplen las profecías de los tiempos pasados. Vuelve á soldarse la rota cadena del amor entre el cielo y la tierra; Belen ha vuelto á abrir las puertas del Eden, y celestiales cánticos anuncian el perdon, mientras se multiplican los milagros; y la naturaleza, por medio de una violencia divina, crea inauditas maravillas; todo es resurreccion y misericordia, todas las figuras se convierten en realidades, y todas esas realidades inmortales son otros tantos tipos de la humanidad que vuelve á florecer, otros tantos faros destinados á guiarla hácia el reino de Dios.

Aprendamos desde luego á leer el Evangelio de otro modo que aquellos que acuden á él como los judíos acudieron al Precursor y como vamos á ver que acuden á Jesus, es decir, para encontrar pretextos con los cuales le puedan condenar á muerte. Jesus, á quien ellos quitaron la vida, no ha muerto, y el Evangelio, del cual ellos blasfeman, les matará á ellos. Dejémosles realizar el asombroso prodigio de ir á encontrar la muerte en el manantial de la vida, y nosotros cojamos lo que se nos ofrece, bebamos la vida, por decirlo así, en ese manantial vivificante.



CAPÍTULO II.

Zacarías.—Isabel.—María.—Juan.—José.—Herodes.

El Evangelio no contiene nada que sea superfluo. San Lucas empieza por estas palabras, que pueden parecer indiferentes: «En el tiempo de Herodes, Rey de Judea;» y esas palabras hacen constar que se ha realizado la profecía de Jacob. Judá ha perdido la soberanía guerrera y temporal; se llega á los dias del Príncipe de la paz; va á verse aparecer á aquel *Deseado* de las naciones á quien esperaba el último instinto que á cerca de las cosas divinas habia quedado en la humanidad. Los Ángeles son enviados á los hombres: Zacarías, bajo cierto aspecto incrédulo y desconfiado, aunque justo, representa á su nacion agotada y su culto infecundo. Su justicia es premiada en mas de lo que esperaba: su incredulidad es castigada por el silencio. Israel no tiene ya profetas, y no tendrá sacerdocio hasta el dia en que, creado de nuevo por la fe, llegue á ser digno del sacerdocio verdadero y recobre la voz para alabar al Omnipotente.

El Ángel indica á Zacarías el nombre de su hijo: «Le llamarás Juan,» es decir, *aquel en quien está la gracia*: «marchará con el espíritu y la virtud de Elías... á fin de preparar al Señor un pueblo perfecto.» Porque la ley de Moisés no llevó ninguna cosa á su perfeccion, y la nacion judáica solo es el bosquejo del gran pueblo cristiano.

Zacarías es hijo de Abías, como Isabel es hija de

Aaron, flores de la raza sacerdotal, y convenia que Juan Bautista naciera de esa raza, á fin de anunciar con mas autoridad el nuevo sacerdocio. Las dos principales ramas de Israel, en Juan la sacerdotal, en Jesus, hijo de David, la soberana, se hallan unidas en la obra de su formacion.

Isabel es estéril: Sara, Rebeca, Raquel, esposas de los Patriarcas, tambien lo fueron, no por castigo, puesto que marchaban por los senderos de la justicia, sino para que su fecundidad diera causa á una manifestacion del poder de Dios. Isabel fue estéril, á fin de enseñar que Dios es Señor de todo: una vírgen puede dar á luz un niño, puesto que una estéril ha podido concebir.

Libre del oprobio de su larga esterilidad, Isabel da gracias, y su legítima alegría pone de relieve el carácter sagrado de María, que es la espresion mas alta de los méritos de la virginidad, que está resuelta, por seguir permaneciendo vírgen, á sacrificar el mayor honor á que podia aspirar una mujer en Israel.

El Ángel Gabriel (fortaleza de Dios) es enviado á la Vírgen, y tal debia ser el principio de la reparacion: la reparacion empieza con un Ángel enviado á la Vírgen por la bondad de Dios, porque el principio de la perdicion tuvo lugar cuando la serpiente habló á la mujer por la malicia del demonio. Y puesto que el Reparador divino debia nacer de nuestra carne, solo podia nacer de la virginidad, á fin de que no tuviera igual en la nati-
vidad: el Jefe cuyos miembros nacen de la Iglesia, vírgen segun el espíritu, debia nacer de María, vírgen segun el cuerpo.

María es al mismo tiempo vírgen y esposa; vírgen para recibir la gracia, esposa para librarse de sospechas injuriosas. El Señor no quiso que pudiese dudarse del honor

de su Madre; no quiso que pareciera que los judíos solo perseguían en Él á un fruto de vergüenza. La ley condenaba los nacimientos ilegítimos, y si hubiera parecido que Jesús llevaba aquella mancha, no hubiera podido decir que venía, «no á destruir la Ley, sino á cumplirla.» Por último, esa cualidad de esposa debía hacer mas fácil la fe en las palabras de María; porque, de haber sido madre sin ser casada, se hubiera podido decir que ocultaba una falta, en tanto que, siendo esposa, no tiene ningun motivo para mentir, puesto que la maternidad es el privilegio de la gracia del matrimonio.

El Ángel dice á María que Aquel que nazca de ella será llamado Hijo del Altísimo, y que el Señor le dará el trono de David, su padre. Cuando el Espíritu Santo recordaba estas palabras y se las dictaba al Evangelista para que resonaran en todo el mundo, Jesucristo no tenía mas trono que la cruz. El Ángel dice tambien: «Reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin.» En efecto, Jesucristo reina en la casa de Jacob; su soberanía sobre la tierra, la Iglesia visible, que durará tanto como dure el mundo, fue formada primero por aquellos de los hijos de Jacob que aceptaron la fe; y, por lo tanto, los otros, habiendo rechazado á Cristo, se han separado por su propia voluntad, y no forman ya el verdadero Israel. Los gentiles, llamados en su lugar, forman un mismo pueblo con la posteridad fiel. Jacob es el tronco comun de las ramas naturales y de las ramas ingertas, y por eso San Pablo representa al pueblo de Dios como á un gran árbol siempre subsistente, que pierde ramas podridas y adquiere ramas nuevas.

Isaías, al anunciar la Encarnacion del Verbo, habia exclamado: «¿Quién nos contará su generacion?» é ilumi-

nando á María, que hace presente su designio de permanecer virgen, el Ángel la dice: «El Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y por eso el santo que nazca de Ti será llamado Hijo de Dios.» Hé aquí ahora el comentario de Bossuet sobre estas palabras: «Dios mismo será vuestro esposo; el Purísimo solo se une con la pureza; concibe á su Hijo solo, sin compartir su concepcion con otro; no quiere compartirle, cuando le haga nacer en el tiempo, sino con una virgen. El Padre celestial estenderá en Vos su generacion eterna; producirá á su Hijo en vuestro seno, y compondrá en él un cuerpo tan puro, que solo el Espíritu Santo sea capaz de formarlo. Al mismo tiempo aquel Espíritu divino infundirá en ese cuerpo un alma que, no teniendo sino á Él por autor, sin el concurso de ninguna otra causa, solo puede ser santa... *Cosa santa* por su naturaleza; santa, no por una santidad derivada y accidental, sino sustancialmente; *SANCTUM*; lo cual solo puede convenir á Dios, única cosa que es santa por su naturaleza... Hé aquí, pues, una dignidad nueva creada en la tierra: la dignidad de Madre de Dios. Y tal es el premio de la virginidad: solo ella ha podido formar á la Madre de Dios.»

Una nueva hermosura y un nuevo encanto aparecen en el mundo con María: es la Virgen, la Madre, la Santa, la Mártir; es la amiga; es aun una cosa mas grande y mas profunda: es la perfeccion de la humildad. María atesoraba todas las virtudes unidas en ella en perfecta armonía, de tal suerte, dice San Ambrosio, «que la hermosura de su rostro solo era la espresion de su santidad visible para todos los ojos. El Espíritu de Dios profetiza á María en todas las Escrituras. Ella es la Puerta para siempre cerrada que vió Ezequiel, la puerta que solo daba

paso al Señor; el Templo de Salomon revestido por fuera del mármol blanco de la pureza, y por dentro del oro purísimo de la caridad; la Vara de Aaron, que, dejada en el tabernáculo, se cubrió maravillosamente de flores y de frutos; el Vellochino de Gedeon, único que recibe el rocío celestial, en tanto que toda la tierra queda seca á su alrededor; el Vaso de oro que contiene el maná; el Arca de la alianza que encierra, no ya las tablas de la Ley, sino al Autor de la Ley. Ella es la que fue anunciada á la serpiente, y la que la aplastará la cabeza; Ella es la nueva Eva, purísima é invencible, preservada del pecado y victoriosa del pecado; Ella tiene la misma parte en nuestra salvacion que Eva tuvo en nuestra pérdida; por Ella el nuevo Adán, Jesucristo, va á recibir una generacion semejante á la del primero, que solo era su figura; y como tiene al Verbo divino guardado en sus entrañas, Ella será el mas santo de los templos que haya visto la tierra. Pero ¡ay! el templo es el lugar del sacrificio. El Ángel dice á María que ha encontrado la gracia; es verdad, la encontró para devolvérsela al mundo. Lo que Eva ha perdido, María lo ha vuelto á encontrar; los hijos de Eva se lo piden y la Cruz se lo devolverá.

La dulce escena de la Visitacion, en la que Isabel, Juan Bautista y María profetizan bajo la inspiracion de Dios oculto, contiene, dice Bossuet, una revelacion profunda de la economía de la gracia y de la manera directa con que Jesus obra en las almas. Se halla oculto, y Él lo obra todo: vemos en Isabel la humilde admiracion del alma á quien Él se aproxima; vemos en Juan Bautista los ardientes trasportes del alma á quien Él atrae; vemos en María la inefable paz del alma que le posee.

Bajo la influencia de la gracia, Juan es ya el Precur-

ser, y sus movimientos advierten á su madre. « El hijo á quien llevo en mi seno se ha estremecido de alegría: » *de alegría*, es decir, con conocimiento. Y tal es la abundancia de la bendición y lo deslumbrador de la luz, que Santa Isabel repite á María la palabra del Ángel: « Bendita eres entre todas las mujeres. » Aun va mas lejos, y la llama *Madre de Dios*, y en seguida glorifica la fe en los mismos términos que mas tarde ha de emplear Jesus: « Bienaventurada eres por haber creído. » Esto dirá Jesus á Pedro, repitiéndoselo á Tomás despues de su resurrección. El Evangelio no tiene sino un lenguaje, que es el mismo la víspera de Belén que al día siguiente del Calvario.

Isabel dice tambien á María: « Bendito es el fruto de tus entrañas. » Ese fruto suave es aquel del que fue escrito: « El olor de mi hijo es semejante al de una tierra fecunda; » fruto destinado para alimentar las almas y para destruir en ellas los efectos del fruto fatal producido por la desobediencia de la primera Eva.

En todo el Evangelio solo se encuentran siete palabras de María, todas muy breves é impuestas por las circunstancias. María permanece muda cuando José se inclina á sospechar de ella, y permanece tambien muda en el Calvario. Una sola vez sale de su reserva, y canta el glorioso *Magnificat*, al que San Ambrosio llama el éxtasis de su humildad, que Bossuet no se atreve á comentar, y sobre el cual han dicho tanto aquellos que se han atrevido á hacerlo, que sus palabras no pueden ser compendiadas aquí. Atengámonos solo á esta palabra profética: *Todas las generaciones me llamarán BIENAVENTURADA*; palabra ante la cual se han inclinado diez y nueve siglos, y ante la cual se inclinarán todos los siglos, diciendo: *Amen*.

Tambien los judíos se inclinarán á su vez: desde el

origen, y hasta ahora, ellos son los únicos en el mundo que han aborrecido á la Madre de Jesus, siendo esta una de las maldiciones que gravitan sobre ellos, y no la menos pesada y sangrienta. Mahoma hace decir á Dios: «Porque los judíos no han creído en Jesus, *y porque han proferido grandes blasfemias contra María, les hemos maldecido;*» y la cimitarra musulmana está ejecutando hoy esta sentencia.

No está menos clara la inspiracion del Espíritu Santo en el cántico de Zacarías. El santo sacerdote, al alabar á Dios que ha visitado á su pueblo, señala el cumplimiento de las profecías de la antigua Ley, y profetiza las gracias de la Ley futura. Entre los objetos de la misericordia del Salvador nombra á Abraham, á David, á los padres de Israel que han muerto, porque Jesucristo, no solamente debe cumplir las promesas que ellos han recibido, sino que, además, su bendicion, al subir á las edades pasadas, al mismo tiempo que se estiende sobre las edades futuras, llevará la luz á aquellos que la esperan en el limbo, y penetrará en aquellos que permanecen sentados en las sombras de la muerte. Zacarías da á Jesus el nombre de *Oriente*, por el cual uno de los últimos Profetas le habia designado al decir: «Un hombre vendrá, y su nombre es el Oriente.» Así, sobre la cuna del Precursor, aquel sacerdote del templo atestigua que Dios ha enviado á Aquel que debe venir, y con la misma mirada profética ve la parte que debe tener su hijo en la gran obra de la salvacion. Ninguna voz humana ha pronunciado palabras mas solemnes que las dirigidas por Zacarías á su hijo que se hallaba en la cuna: «Y tú, niño, serás llamado el Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor preparando los caminos, á fin de dar á su pueblo la ciencia de la salvacion para la remision de los pecados.»

Los testigos del nacimiento de Juan se preguntan unos á otros: «¿Qué pensais que ha de ser este niño?» Y treinta años mas tarde, Jesucristo responde á esa pregunta: «Entre los hijos de mujer no ha nacido quien sea mas grande que Juan,» porque mas que los otros mortales Juan sacrificó su gloria al Hijo de Dios. La humanidad cristiana, que aprecia tan justamente el valor moral, honra la grandeza de aquel carácter por el cual San Juan Bautista es el imitador al mismo tiempo que el Precursor de Jesus. Su concepcion y su nacimiento, su vida asombrosa en el desierto, sus predicaciones y su bautismo, su persecucion, su encarcelamiento, su muerte, debian preparar á Jesucristo; y al mismo tiempo todo en Juan se conforma á esa augusta semejanza que él perfecciona por su fidelidad, llegando á ser el tipo admirable de todos los Santos. La benéfica audacia de su virtud obliga al mismo orgullo á ir á escuchar las duras palabras que le condenan, y propone la penitencia á la púrpura que se inclina ante sus harapos. Su humildad iguala á su valor. Cuando todo el mundo le cree señor, él proclama que solo es siervo; y así como la gloria no puede seducirle, la muerte no puede hacerle temblar. Juan Bautista dirá á Herodes: *Non licet*, y dirá á sus discípulos, mostrándoles á Jesus, aun desconocido: «Hé ahí el *Cordero de Dios*.»

Los discípulos que le siguen le hacen saber, con cierto sentimiento de celos, que la multitud y la fama se dirigen á aquel nuevo maestro, y él les responde: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya.» Tal es, despues de María, casi divina, la primera obra de la gracia de Jesus. Juan será la primera voz del Verbo que termine el árbol genealógico de los Patriarcas y empiece el árbol genealógico de los Apóstoles. Juan será el primero

que anuncie el reino de los cielos, el primero que vea á la Trinidad Santa manifestarse á los hombres en las aguas del Jordan, y él el primero nombrará á Aquel á quien los Profetas han predicho, siendo á la vez Mártir, Profeta, Patriarca, Solitario, testigo de Jesus.

Cuando María vuelve á Nazareth, se presenta otra persona: José, obra no menos maravillosa de la gracia de Jesus. El Evangelio solo tiene una palabra de alabanza para José; dice: «Era justo;» pero el ministerio con que fue honrado y la manera con que le llenó, dan á conocer la abundancia de aquella justificación. José recibió de Dios, respecto de María y de Jesus, el afecto, la vigilancia y la autoridad de esposo y de padre; fue formado por el modelo de María, siendo como Ella hijo de David, como Ella Virgen obediente, lleno de prudencia y de valor. José se parece al Patriarca José, pero sobrepujándole, tanto por la perfección de sus méritos, como por el carácter de su misión, siendo, no ya casto, sino virgen; no ya instruido, sino inspirado y dirigido por Dios. José, hijo de Jacob, reserva el trigo necesario para él y para el pueblo; José, esposo de María, recibe el pan vivo y lo guarda para él y para todo el género humano. Á José se le dice: «Coge al Niño;» como si Dios le dirigiera la palabra que el Profeta dirigió al mismo Dios: «Para ti el cuidado del pobre.» José es el tipo de los Apóstoles, y debe llevar el nombre de Jesucristo por todo el mundo. Así se espresan San Juan Damasceno, San Bernardo, San Hilario y otros Padres y Doctores. Un gran servidor de Dios que ha vivido en nuestros días profundiza mas este hermosísimo misterio. Cuando José, despues de María, se aproxima para adorar á Jesus en el establo, «representa, dice el P. Faber, la sombra del Padre Eterno que se detiene contemplando al

Niño;» de modo que el nacimiento temporal del Hijo de Dios se completa por esa figura de la natividad que no tiene principio ni fin. José, en frente de Jesús, ocupa visiblemente el puesto del Padre Eterno. Y por eso el alma humana de Jesús le consideró, no solo con el amor mas tierno, sino tambien con un respeto profundo y una sumision inefable; por eso tambien, á causa de esa sombra de identidad con el Padre, cuando contemplamos al humilde y dulce José, predomina en nosotros el sentimiento del respeto, y no podemos describir su santidad porque nos falta para ello término de comparacion. Esa santidad, mas elevada que la de los demas Santos de Dios, es tambien de género diferente. José ha sido en el mundo una aparicion del Padre no engendrado y Eterno; José es dulce y clemente, pobre y oscuro, amante y dócil; es, al mismo tiempo, la inespugnable fortaleza que protege el honor de María y la vida de Jesús. Oculto como Dios, viviendo con tranquilidad divina, justo, aunque su justicia aparece suavizada como la misericordia de Dios, José comunica con Dios durante su sueño, como si el sueño fuera el descanso místico de la contemplacion. Antes que nadie, aunque despues de María, José adoró á Jesús, y el Niño le santificó de nuevo, elevándole á una esfera mas eminente de santidad, á fin de que pudiera ser, por decirlo así, el superior oficial de su Dios.

¿Quién podrá pintar el momento del nacimiento de Jesús, cuando Jesús contempló por primera vez con sus ojos humanos el rostro de María? ¿Quién describirá la alegría y el respeto de sus miradas dirigidas hácia San José, el hombre elegido para ser llamado su padre, que debe merecer esa gloria, que debe merecer el vivir mas que otro hombre alguno en la intimidad de Dios, que mere-

cerá amarle mas que otro alguno? Jesus, María y José, tres reinos de Dios de los que Dios es el único Rey; tres creaciones, una de las cuales es el mismo Creador; tres, trinidad terrestre, y, sin embargo, unidad maravillosa por el amor.

En lugar tan miserable pero tan lleno de resplandores incomparables, Jesus, el recién nacido, da desde luego al mundo, á quien viene á instruir, una leccion, que ha de ser aquella en que mas insista en adelante. Es el pobre del Salmista, el Rey que mas tarde llevará la cruz sobre sus espaldas en señal de su soberanía; el hombre «que ha conocido desde su juventud el trabajo y el dolor.» Es tambien aquel Niño de que habla Isaías, que sabe rechazar el mal y escoger el bien. El bien que escogió fue el de nacer en aquel pesebre, primera reprobacion del afeminamiento que nos hace esclavos; primera prueba de su poder que quiere conquistarnos por el desden y el desvío hácia las cosas que apetecemos. Y hé aquí desde luego el incomparable misterio del Evangelio: viene á subyugar al hombre, restituyéndole las fuerzas que el pecado habia destruido, que él echaba de menos, y que sin embargo rechazaba. Así es cómo Jesus se presenta á los hombres; se les presenta con la debilidad que es despreciada, con la pobreza que es aborrecida; pero así es cómo nosotros hemos de amarle, y cómo, «separados de los apetitos de la tierra, seremos atraídos por el amor de las cosas invisibles.»

Sin embargo, su divinidad no está de tal modo oculta que nosotros no alcancemos á verla. Aquel sitio no es indiferente; no se ha señalado aquella noche al azar. Antes de que su nombre misterioso fuera revelado, Belén, *la casa del pan*, tenia ya muchos recuerdos: allí Jacob, al

volver de Mesopotamia, se detuvo para enterrar á su Raquel muy amada; allí David construyó su torre simbólica, que le era tan querida y que se veía grabada en sus monedas. Así, el Rey de Israel, nacia en los dominios de sus antepasados. En el lugar de su nacimiento se ve una tumba, una ruina, un pesebre; pero venia á restablecer lo que habia perecido, á resucitar lo que habia muerto y á traer la dignidad y la vida divinas á un mundo en que los hombres que se tenian por sabios envidiaban la suerte de los animales.

Nació en medio de la *fiesta de las Luces*, aniversario de la segunda Dedicacion del templo, que se celebraba durante ocho dias en memoria de un milagro que habia señalado aquella solemnidad. La *fiesta de las Luces* era tambien una fiesta de la naturaleza. Jesucristo, nuestro Salvador, *la luz del mundo*, nació en el momento en que la noche de la idolatría se condensaba mas profundamente; y el dia de aquella natividad, el 25 de diciembre, es aquel en que el sol material, en su lucha con las sombras, próximo á apagarse, se reanima y prepara su triunfo. «En aquel dia, dice San Gregorio de Niza, las tinieblas empiezan á disminuir, y, creciendo la luz, la noche es rechazada mas allá de sus fronteras.» Esto no sucede fortuitamente en la hora misma en que resplandeció Aquel que es la vida divina de la humanidad. La naturaleza, bajo ese símbolo, revela un arcano á aquellos que son capaces de comprenderlo. La falsa ciencia creyó haber conmovido fuertemente las bases de la Religion cristiana al hacer constar, entre los pueblos antiguos, la existencia de una fiesta del sol en el solsticio de invierno; porque parecía que una religion no podia pasar por divina desde el momento en que los usos de su culto ofrecieran alguna

analogía con los fenómenos de un mundo que, según la revelación, Dios solo ha creado para Cristo y para su Iglesia: nosotros, al contrario, encontramos la confirmación de nuestra fe en aquello mismo en que sus adversarios creyeron por un momento percibir su ruina.

Apenas nacido, el Rey llama en torno suyo á su pueblo, y un Ángel del cielo invita á los pastores á ir al establo. Los pastores son los llamados en primer lugar, porque el Señor ha venido «á causa del sufrimiento de los pobres y de los gemidos de los miserables,» y porque los pastores son sencillos. Platon se burlaba de los sabios que se dejaban comprender del pueblo; «pero el Señor ama la conversacion de los hombres sencillos.»

El Ángel les dice: «Os ha nacido en este día un Salvador:» el Ángel dice *Vobis*, á vosotros, por vosotros. «Encontrareis al Niño en un pesebre.» Van en efecto los pastores, y contemplan su gloriosa *debilidad*. Seguramente ni Jesús ni los suyos han emprendido la obra de engañar al mundo; pero esos pastores, esa gente de pueblo, nada habían leído que les cegara. Adoran, y se vuelven glorificando á Dios. ¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Simeon espera la salvación de Israel; se le ha encontrado digno de saber que no moriría sin que hubiera saludado al Salvador. Los doctos sabían que había llegado el tiempo, y los santos no dudaban de ello. Simeon se dirige al templo por inspiración divina; se apresura, y ve á Aquel á quien esperaba, y le ve entre los pobres. Pero ¿qué le importa? Su ciencia es la ciencia según Dios, y tiene la sencillez de los pastores. Coge al Niño en sus brazos, establece con Él aquella familiaridad que Dios viene á establecer entre Él y el justo; percibe el sabor anticipado

de la Eucaristía, y entona un cántico que resonará hasta el fin de los tiempos: «Ahora, Señor, dejadme morir en paz, puesto que mis ojos han visto al Salvador que viene de Vos.» Job vuelve así á aparecer en Simeon, porque él dijo: «Sé que mi Redentor está vivo.» El santo anciano añade que Jesus ha sido dado para ser la «luz de las naciones,» y como Zacarías y como Isabel, Simeon profetiza la vocacion de los gentiles: así el beneficio de la Redencion se estenderá al género humano; Juan Bautista va á hablar de las *piedras* de que Dios puede formar hijos de Abraham, y ya esos elegidos de Israel, rompiendo el estrecho círculo judáico, son católicos.

Ana la Profetisa se presenta á su vez; Zacarías el sacerdote, Simeon el justo y el sabio, Isabel la esposa, María la Virgen, han profetizado: hé aquí ahora á la viuda santa llena del mismo espíritu divino. Por eso estaba escrito: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.» Toda esa grandeza, toda esa pureza, todas esas virtudes se unen en el mismo trasporte, y todas esas voces inspiradas repiten con los Ángeles: «¡Gloria á Dios! ¡Paz á los hombres de buena voluntad!»

Hé aquí ahora á los Magos. Según la tradicion, los Magos eran sacerdotes, reyes y príncipes de su pueblo, descendientes de las tres grandes razas de Noé; y por su ciencia, su poder y su número, representan á todo el género humano que lleva á Jesucristo el homenaje del sacerdocio, del imperio y de la sabiduría de las naciones. Conjetúrase que procedian del pais de Balaam, donde habia quedado subsistente el recuerdo de la profecía: «Una estrella saldrá de Jacob, y el Hombre nacerá en Israel.» Los Magos tenian la estrella, buscaban al hombre,

al Hombre-Dios, al Hombre-Rey, y ellos son las primicias del gentilismo.

«¿Dónde ha nacido el Rey?» Esta pregunta de los Magos turba á Herodes y á todos los sabios de Israel que se turban porque son malos y que no oyen decir á Isaías: «Regocíjate, Jerusalem: hé aquí á tu Rey que viene hácia ti lleno de dulzura.» *Venit tibi mansuetus*. Los doctos responden á los Magos que «el Rey debe nacer en Belen,» y sin embargo ninguno de ellos va á Belen, semejantes á los obreros que construyeron el Arca y que no entraron en ella. *Mansuetus!* no era así el Rey que ellos esperaban. Las Escrituras les son inútiles, y solo saben mostrar á los gentiles lo que ellos no quieren ver.

¿Cómo los Magos reconocieron á aquel pobre Niño en aquella miserable mansion? Los Magos no se rebelaban contra los milagros; poseían la fe que sabe ver, el amor que aun ve mejor, y puesto que buscaban, debían encontrar; además de que allí estaba María: «Encontraron al Hijo con su Madre.» Un intérprete señala tras confesiones en estas palabras de los Magos: «¿Dónde ha nacido el Rey de los judíos? Nosotros venimos para adorarle.» Con esas palabras confiesan al Hombre, al Rey, al Dios: al Hombre, puesto que ha nacido; al Rey, puesto que así le llaman; á Dios, puesto que dicen que vienen á adorarle. Los presentes que le ofrecen significan lo mismo: al Rey el oro, á Dios el incienso, al Hombre, que debe morir, la mirra, perfume de las sepulturas. La Iglesia consagra esos hermosos símbolos, y nos ordena ofrezcamos á Jesus el oro de la caridad, el incienso de la oración y la mirra de la compasión.

¡La compasión! ¡Ah! se la debemos al Hijo y á la Madre, porque aquí acaban para Jesus las alegrías sin amar-

gura, y para María las alegrías sin alarma. Hé aquí ya la punta de la espada de que ha hablado Simeon, la espada que debe atravesar su pecho. José es advertido en un sueño de que Herodes busca al Niño para hacerle morir: José no pregunta por qué aquel Niño maravilloso, á quien se han prometido tan altos destinos, debe huir para librarse de la muerte. El Evangelio es una leccion de obediencia: María es Madre por obediencia; Jesus ha nacido para ser obediente hasta la Cruz; José obedece siempre. Nada indica que José llegara á conocer el misterio de aquella fuga; pero obedecer es saber, y se prepara al momento, y permanece sumiso sin quejarse. Parte, pues, para Egipto, tierra que no conoce, sin saber cuándo volverá á su patria, á su taller, á su pobre casa. La posesion de Jesus cuesta mucho; es preciso llevar parte de su cruz. Pero se dice: ¿por qué esas cruces? ¿No habia mas medio de salvar al Niño que aquella fuga precipitada? Dios no quiere hacer todo por milagro, y entra en los designios de la Providencia el seguir el curso ordinario de las cosas que le pertenecen á Él, del mismo modo que le pertenecen las vías estraordinarias. El Hijo de Dios ha venido á la tierra con la debilidad humana, y, para conformarse con su estado, se sujeta voluntariamente á las peripecias de la vida humana; por la misma consideracion que dió causa á que durante el tiempo de su ministerio se retirase y se ocultase para prevenir las tramas secretas de sus enemigos, se vió obligado en su niñez á buscar un asilo en Egipto.

La Escritura nada dice sobre el viaje y la estancia en Egipto: segun una tradicion, cuando la Santa Familia atravesó el desierto por donde habian vagado los hebreos, surgieron en aquella soledad árida toda clase de frutos y de flores. De todos modos Jesus, Él mismo, era la semi-

lla de estas flores y de esos frutos admirables que se verán germinar mas tarde, cuando sus siervos acudan al desierto.

Entre tanto, Herodes hizo matar á todos los niños de la comarca de Belen hasta la edad de dos años. Herodes era el Rey segun el mundo, y muchos rasgos de su crueldad y de su política igualan á ese rasgo: los tiranos, cuando tienen miedo, se vengan de quien se lo causa, y aquellos que todo lo pueden suelen ser los mismos á quienes todo causa espanto. Los Profetas habian dicho: «Se oirán en Ramá llantos y suspiros infinitos; Raquel llora á sus hijos, y no quiere consolarse porque sus hijos ya no existen.» Raquel estaba enterrada en Belen; el Espíritu Santo la atribuye esos gemidos de las madres, gemidos que resonaban aun en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando San Mateo publicó su Evangelio, y, fundándose en esto, Bossuet deja á un lado desdeñosamente á los críticos que quisieran, para afirmarse en la fe, que los historiadores profanos hubieran mencionado aquella crueldad de Herodes como mencionaron otras crueldades idénticas: nuestra fe no depende de lo que la negligencia ó la política hayan hecho decir ó callar á los historiadores del mundo. Solo el sentido comun hubiera bastado á San Mateo para no narrar un hecho de ese género si ese hecho no hubiera sido conocido de todos, pues que de otra suerte hubiese desacreditado su Evangelio. ¡Bienaventurados los niños que fueron sacrificados para conservar la vida de su Salvador! Jesus dirá mas tarde: «Dejad que los niños se acerquen á mí.» ¡A cuántas madres han consolado esas palabras! Si las madres de Belen hubieran conocido aquel misterio, en lugar de los gemidos y del llanto, solo se hubieran oido alabanzas y bendiciones: habrian sabi-

do que sus hijos no habian muerto; que, al contrario, el bautismo de su sangre les habia dado la vida eterna, y que allí donde Jesucristo llama á los niños, su misericordia quiere tambien llevar á las madres.

Muerto Herodes, José, advertido tambien por un sueño, y siempre obediente, salió de Egipto y se retiró á Nazareth. Estaba escrito: «Será llamado Nazareno;» y la palabra *Nazareno* encerraba un gran misterio. *Nazareno* quiere decir separado del mundo, consagrado á Dios y á la penitencia; y Pilatos debe realizar las profecías inscribiendo aquella palabra sobre el título de la cruz. Porque al mismo tiempo que Jesus es el cumplimiento de las profecías antiguas, toda su vida en este mundo y todas sus palabras son una profecía de las cosas futuras. ¿Por qué se veia perseguido? Para dejar esa enseñanza á la Iglesia. Herodes aborrece desde su nacimiento á aquel Rey *cuyo reino no es de este mundo*, y lega su odio á su dinastía; así se perpetuó de príncipe en príncipe el odio hácia la Iglesia naciente; así se ha levantado contra la Iglesia una doble persecucion que primero fue sangrienta, que ahora es mas sorda, pero que, sin embargo, la oprime. La tiranía no perderá de vista, no, aquellas huellas de Herodes.

Á los doce años, Jesus pronuncia las primeras palabras, primeras entre todas aquellas que nos ha conservado el Evangelio: las pronuncia en el templo, y esas palabras afirman su divinidad.

El Evangelista nos prepara para ello cuando dice que el Niño sentado entre los doctores les escuchaba y les interrogaba. Se hallaba *sentado* entre los maestros á pesar de su poca edad, probablemente porque despues de haberle oido, sorprendidos por su ciencia, ellos mismos quisieron

hacerle aquel honor. Para mostrar su humanidad, Jesus escucha humildemente; para mostrar su divinidad, interroga con inteligencia, y sus respuestas á las preguntas que se le dirigen, ó aquellas que Él mismo plantea, escitan la admiracion de todos los que le oyen. Su Madre, al encontrarle despues de tres dias de inquietud, le dice conmovida: «Hijo mio, te buscábamos muy afligidos *tu padre* y yo;» y Jesus responde con cierta severidad: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabeis que es preciso que yo me ocupe de las cosas que pertenecen á *mi Padre?*» María habla de José, Jesus habla de Dios, y la misma María no comprende. Si hubieran comprendido y oído; si hubieran sabido todo lo que era el Hijo de Dios, ¿cómo hubieran podido resistir aquella majestad? Era necesario que aquella majestad estuviera velada aun á los ojos de María; pero ya, y aun respecto de José, se deja conocer todo lo que se descubria de la divinidad á través de la naturaleza humana. En tanto María conservaba todo aquello en su memoria, y, como tambien está escrito, lo meditaba en su corazon: así iba aprendiendo tambien el sufrimiento, y aquel era el noviciado para el dia de la Cruz. Estas narraciones son de San Lucas, y es grato el representarse á San Lucas recibiendo todos esos detalles de los labios de la Santísima Virgen.

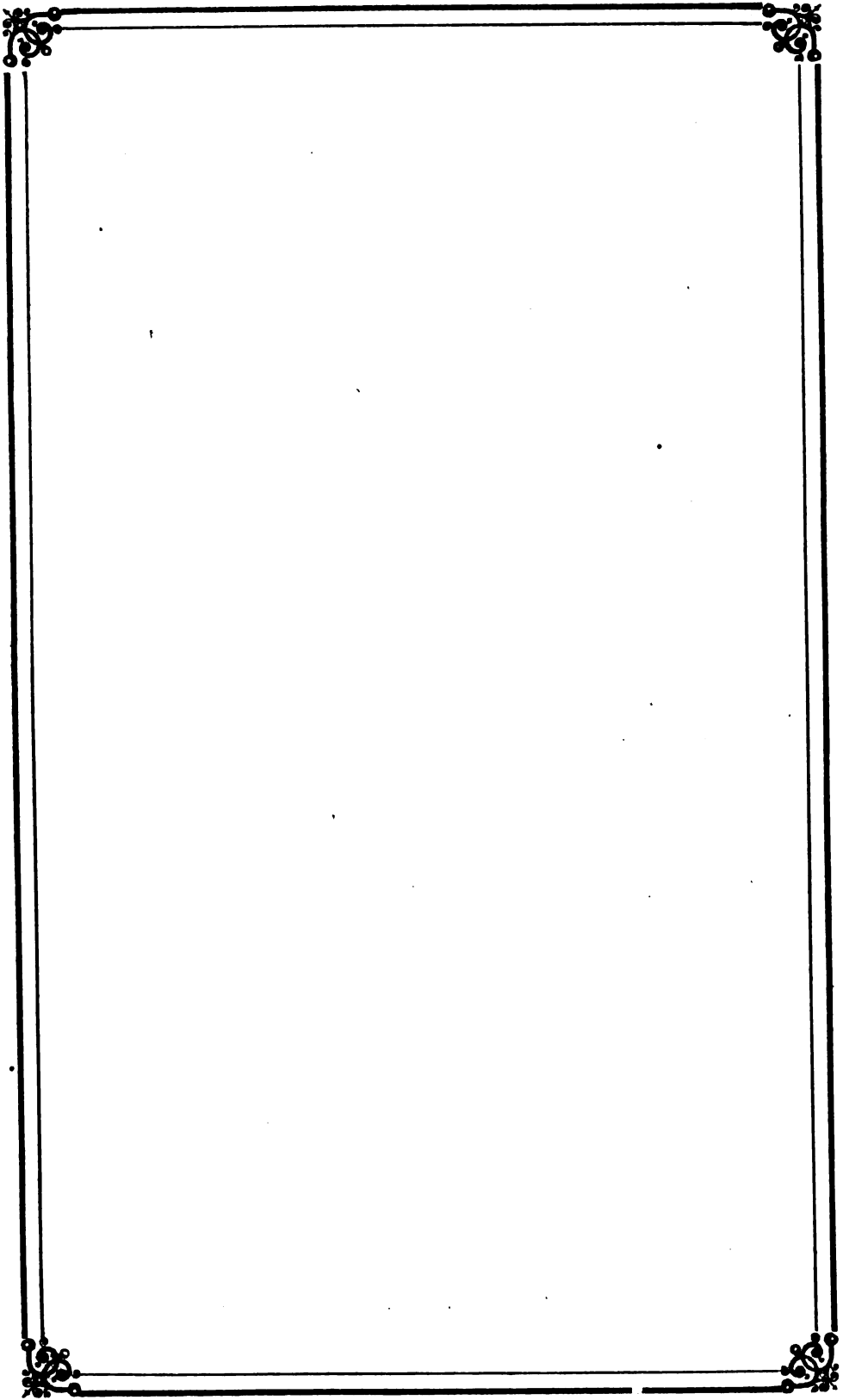
El Evangelio añade: «Jesus siguió con María y José, y les estaba sumiso.» *Subditus!* Esta es una de las palabras que sostienen la sociedad humana: sumiso á la autoridad paterna, sumiso en los mas humildes trabajos, sumiso á los treinta años.

Hasta la predicacion del hijo de Zacarías no sabemos mas de Jesus sino que permaneció con sus padres, y que les era obediente, ganando su vida con el trabajo de sus

manos. No ha viajado para instruirse en las famosas ciencias de los egipcios y de los griegos; y los judíos, admirados de su sabiduría, se preguntarán si no es Él á quien han visto entre ellos en la humilde condicion de artesano; si no es un carpintero, hijo tambien de carpintero. En tiempo de San Gerónimo se enseñaban aun en Palestina algunas lanzas de carro fabricadas por sus manos. Su pan celestial era el de cumplir la voluntad de su Padre, y ganaba el pan terrenal con el sudor de su frente. Esta es su predicacion mas larga, predicacion de obediencia, de humildad, de trabajo, que ha durado treinta años.

Hay en el Evangelio otra palabra que pasma: *Jesus autem proficiebat; Jesus crecia.* ¿Cómo puede ser que el Verbo Eterno, principio de toda gracia y sabiduría, creciera en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres? Muchos Padres de la Iglesia se han ocupado de esta cuestion, porque solo ellos han visto las altas dificultades del Evangelio. Segun San Gregorio, esas palabras pueden significar que la sabiduría, de que Jesus era la fuente, se derramaba con mayor abundancia sobre aquellos de que estaba rodeado, preparándoles para las luces de su doctrina. Segun Santo Tomás, Jesucristo no quiso manifestar desde su infancia la plenitud de la divinidad que se hallaba en Él, á fin de que se conociese bien que la naturaleza humana de que se habia revestido no era una apariencia, sino una realidad, puesto que se sometia á sus condiciones de debilidad y de desarrollo progresivo. San Buenaventura se atreve á dirigir una mirada sobre la casita de Nazareth en la que Jesus vivia sometido á su Madre y á su padre adoptivo. Aquí es dónde el orgullo humano encuentra la gran degradacion; aquí ve la vida del pobre con todas sus incomodidades, esa vida que

tan aborrecible le parece: ni predicacion, ni combates, ni milagro, nada hay en esas sombras, y la labor del dia produce el pan del dia. José, dice el gran Doctor, trabajaba en su profesion; Nuestra Señora con la aguja ó el lino en las manos subvenia por su parte á las necesidades de la casa, preparando los alimentos, sirviendo, en fin, á su esposo, á su hijo, y sirviéndose á sí misma, sin que tuviera á nadie para ayudarla. Pero ¿cómo decimos que no tenia á nadie para ayudarla? ¿No tenia acaso Aquel que ha venido para *servir*, segun su propia espresion? Jesus la servia y servia á José, sin que quepa duda sobre que el Hijo de Dios haya ayudado á su Madre, haya adoptado esas humildes tareas. Sí, sí; confesamos esto porque solo con ello la envidia ha podido apagarse en el corazon del pobre, solo por ello la humildad de toda condicion humana ha llegado á ser grande y gloriosa ante los ojos del cristiano.



CAPÍTULO III.

**La genealogía de Jesus.—La tentacion en el desierto.—
Los primeros discípulos.**

La leccion de humildad que hemos señalado continúa hasta el bautismo que Jesus va á pedir á Juan. «Por el bautismo de Jesus, dice el Crisóstomo, nos serán perdonados nuestros pecados. En el bautismo de Juan, los judíos prometían expiar sus faltas: el bautismo de Jesus es un don, en tanto que el de Juan es una obra de mortificacion.» Por esto Juan vacila delante de Jesus, y Jesus le dice «hazlo:» quiere someterse en todo á la penitencia como un pecador. Y este es el colmo de la justicia. Nuestro Señor Jesucristo cumple con toda justicia, haciendo lo que debe ser para el cristiano el manantial de toda justicia, es decir, recibiendo el bautismo, cuya necesidad nadie podrá ya negar. Y, por fin, al descender en medio de las aguas, arroja de ellas al demonio, las purifica, las santifica por el contacto de su carne sagrada, las da la fuerza de la regeneracion, el derecho del bautismo, *jus baptismi*, como dice San Bernardo, comunicándolas el privilegio que tenia el seno de María de no crear nada que no fuera puro. Hace con el bautismo lo que hará mas tarde con la Pascua: así como ha de comer del Cordero pascual, figura y recuerdo, y nos ha de dar su carne, prenda de la eterna felicidad, así tambien recibe el bautismo judío, ceremonia impotente, y

nos da el bautismo cristiano, verdadera fuente de gracia. En una palabra, al aceptar la Ley y al dar el Evangelio, recibe lo que es una sombra y añade á ella la verdad.

El Espíritu Santo aparece en aquella ceremonia bajo la forma de una paloma, porque era preciso que Juan pudiera verle. Invisible en la sustancia de su divinidad, el Espíritu Santo tomó esa forma, porque el bautismo nos quiere encontrar sencillos y dulces como la paloma, y quiere hacernos pacíficos como ella. La paloma es el símbolo de la reconciliacion, del perdon, de la paz; la paloma volvió al Arca, llevando la rama de olivo que anunciaba que las aguas de la cólera se habian retirado, y que la vida volvía á renacer sobre la tierra.

Conviene ocuparnos aquí de una observacion sobre las dos genealogías de Nuestro Señor, presentadas de diverso modo, y no en el mismo punto de la narracion, por San Mateo y por San Lucas. Sus divergencias y los diversos sistemas propuestos para concertarlas no entran en el objeto de este libro: basta observar que la genealogía dada por San Mateo, siendo propiamente la de San José, esposo de María, es del mismo modo la de la Santa Virgen, quien, segun la ley, solo podía casarse con un hombre de su raza; y que la genealogía dada por San Lucas la hace descender, como la otra, de David.

De las circunstancias y del lugar de cada una de esas genealogías se saca una enseñanza importante.

San Mateo, al empezar por la genealogía, antes de contar el nacimiento carnal, sigue el orden comun en la historia, y descende de los antecesores á los hijos, como el Verbo ha descendido al tomar carne. Empieza por Abraham, despues de haber nombrado, sin embargo, á David: «Libro de la generacion de Jesucristo, hijo de

David, hijo de Abraham. » Este es un eco del cuarto capítulo del *Génesis*, intitulado *Libro de la generacion de Adan*, y es una contraposicion de la generacion nueva, que viene á restablecerlo todo, con la antigua, que todo lo ha destruido. Recuérdase, uno despues de otro, á David y á Abraham, porque uno y otro han recibido una promesa particular. Dios habia dicho á Abraham: «Todas las naciones de la tierra serán bendecidas en tu descendencia;» y á David: «Haré que se siente sobre tu trono Aquel que nazca de ti.» Además, aquellos dos antepasados reunen las tres dignidades del Mesías: Abraham, sacerdote y Profeta; David, Rey.

San Lucas coloca la genealogía de Jesus despues del bautismo, y, partiendo de esta regeneracion, presenta otra serie de antepasados: se remonta de los hijos á los padres, omitiendo á los pecadores á quienes San Mateo habia nombrado, porque todo el que renace en Dios se hace estraño á sus antepasados culpables, siendo ya hijo de Dios.

En las dos genealogías, los nombres, por su significacion, profetizan al Salvador marcando algun rasgo de su carácter, de su vida ó de sus misterios, y, al mismo tiempo, muchos personajes son la figura de Cristo, como Abraham, que significa *padre de muchos pueblos*, é Isaac, *sonrisa*. «Porque así como Isaac fue dado á sus padres en la ancianidad para que fuera su alegría, así Jesucristo descendió á la tierra para ser la alegría del universo: el Uno nació de una vírgen; el otro de una estéril que habia llegado á la vejez: los dos violentaron el curso de la naturaleza. Abraham engendró á Isaac como la fe engendra la esperanza; Jacob, hijo de Isaac, expresa la caridad que abraza dos vidas diferentes, la vida activa por el

amor del prójimo, la vida contemplativa por el amor de Dios, y nace de Abraham y de Isaac, como de la fe y de la esperanza nace la caridad.» Esta interpretacion es de San Juan Crisóstomo, y otros muchos Padres de la Iglesia han meditado sobre ese carácter profético de la genealogía de Jesucristo, descubriendo en ella magníficos secretos. «Todas las cosas, dice San Pablo, sucedían al pueblo judío en figuras.» Y Bossuet añade: «No hay una página, no hay una palabra en la Escritura Santa que no esté llena de Jesus.»

San Mateo, al escribir para los judíos, se ha contentado con dejar establecido que Jesucristo desciende de David y de Abraham; pero San Lucas, al escribir para todos los pueblos como debía hacerlo el compañero y el discípulo del Apóstol de las naciones, se remonta hasta el primer hombre: pasa por Noé, constructor del Arca, figura de la Iglesia; por Enoch, que, habiendo sido sustraído á la muerte, prueba que Jesucristo hubiera podido dejar de morir y se ha entregado voluntariamente á la cruz, y llega así hasta Adán. Vese, pues, que la genealogía empieza por Jesucristo Hijo de Dios, y que termina en Adán hijo de Dios, en el sentido de que Adán fue formado por las manos de Dios. Adán, creado primero en figura, nace en seguida en verdad. Jesucristo, el Verbo por quien todo ha sido hecho, es verdaderamente el padre de Adán: Él es quien, revistiendo la humanidad, eleva á sus antepasados hasta Dios; por Él llegan á ser hijos de Dios, y de ese modo San Lucas nos demuestra que la cooperacion del hombre no entra para nada en la generacion de Jesucristo. Adán tiene un padre que le forma sin ningun germen, y no tiene madre; Jesus, como hombre, tiene una madre virgen, y no tiene padre.

Debe notarse otra particularidad muy importante. Entre los antecesores de Jesus, San Mateo nombra algunas mujeres; y todas aquellas á quienes nombra están señaladas por alguna mancha infamante: dos son idólatras, como Rahab, de la tierra de Canaán, y Ruth, moabita; tres son de mala vida, como Tamar, incestuosa; Rahab, que se cree haber sido la cortesana de Jericó que recibió en su casa á los espías de Israel y les despidió sanos y salvos, y Bethsabé, adúltera; siendo de notar que á esta no se la llama por su nombre, sino por su crimen: «la que fue de Urias.» Enciérranse en esto muchos y grandes misterios. Rahab y Ruth, hijas de pueblos infieles, que llegan á ser hijas de Jacob y antecesoras del Mesías, anuncian que los gentiles tendrán el derecho de entrar en la Iglesia. Rahab, casada, á pesar de su idolatría y á pesar de su ignominia, con Salmon, hijo del jefe de la tribu de Judá, se habia ella misma separado de los dioses de su pueblo; su nombre significa *hambre, estension, movimiento impetuoso*, y figura á la Iglesia de las naciones que, unida con el verdadero heredero de Judá, lavada de sus manchas, tendrá hambre y sed de justicia y cuyo reinado se extenderá por toda la tierra. En el Evangelio volvemos á encontrar á Rahab en la Samaritana y en Magdalena libertadas y purificadas, y en Saulo el vaso de eleccion: por eso el nombre del hijo de Israel, es decir, de Salmon, que se une con Rahab, significa *recibe este vaso*. Ruth, *aquella que se ve y que se apresura*, es otra figura de las almas llamadas, otra figura de la Iglesia. El hijo de Salmon y de Rahab, Booz, *aquel en quien se encuentra la fuerza*, contrae con aquella dulce hija de Moab una alianza que la ley prohíbe; pero á causa de sus virtudes la hace entrar en el seno de un pueblo que debia rechazarla como es-

tranjera. Ruth, la moabita, es la figura de la Cananea, tan perseverante y tan victoriosa en la oracion; es la del Centurion Cornelio; es la de todo aquel que habiendo visto á Dios por la pureza del corazon, se apresura á ir hácia Él.

En cuanto á las pecadoras Thamar y Bethsabé, su presencia nos hace comprender que Aquel que ha querido nacer de los pecadores quiere rescatar á los pecadores. Su bondad, que perdona nuestras faltas y se sujeta á las injurias, no desdeña la afrenta de un origen manchado. Y á fin, dice San Ambrosio, de quitarnos el orgullo del nacimiento, nos ha mostrado de qué modo el beneficio de su encarnacion se remontaba hasta tales antepasados, y empezaba por ellos. Sin embargo, no se llama á Bethsabé por su nombre, porque no solo fue adúltera, sino culpable de participacion en la muerte de su marido: el nombre de Urías que reemplaza al suyo recuerda el mayor crimen de David, y en ese recuerdo hay dos lecciones: la fragilidad humana, y el poder y la hermosura del arrepentimiento.

Jesus bautizado va al desierto: antes de tratar con los hombres se pone frente á frente y solo con Dios para fortificarse, para no buscar en sus relaciones con los hombres sino el servicio de Dios. La autoridad que Él viene á fundar sobre un principio nuevo, y á la que viene á imponer deberes hasta entonces por ella desconocidos, necesita aprender de Él esa práctica cuidadosamente observada en su Iglesia. Será tentado por el demonio, y no lo ignora; pero su fuerza se anticipa al peligro de que la debilidad humana debe huir, y va tambien allí para darnos un modelo de la resistencia que debe emplearse en el combate inevitable. «Si quieres servir á Dios, dice la Sabiduría, prepara tu alma para la tentacion.»

Permanece en el desierto durante cuarenta dias , porque cuarenta es el número de la esperanza, de la penitencia y de la preparacion: cuarenta siglos de esperanza median respecto del Mesías y cuarenta años de expiacion entre el Egipto y la tierra prometida; cuarenta dias de diluvio; cuarenta dias de purificacion y de mortificacion para preparar el alma á las alegrías de la Pascua.

Jesus está en el desierto con las fieras , y tiene hambre; está con los Ángeles, y pasa cuarenta dias sin comer: estos son rasgos de hombre y rasgos de Dios. El demonio solo confusamente conoce los secretos divinos; el misterio de la Encarnacion permanece oculto para él , y no sabiendo si Jesus es hombre ó es Dios, vacila; por fin se aproxima, y emplea contra el nuevo Adan los mismos medios que le sirvieron contra el primero, y que le sirven contra todos los hombres: apela sucesivamente á las tres grandes concupiscencias, la satisfaccion de los sentidos, del orgullo, de la ambicion, que bajo otra forma perdieron á Eva.

Satanás dijo á Eva: «¿Por qué no comes de esa fruta?» y dice á Jesus: «Manda que estas piedras se cambien en pan.» Satanás dijo á Eva: «Sereis como dioses;» y dice á Jesus: «Si eres el Hijo de Dios , arrójate al suelo.» Satanás dijo á Eva: «Conocereis el bien y el mal;» y dice á Jesus: «Te daré los reinos si, postrándote, me adoras.» Postrarse, rebajarse, hé ahí las sendas de la gloria humana con las que el rey de la nada ofrece saciar nuestro corazon. Así se conducen , notaba San Gregorio VII, los príncipes de la tierra que no están seguros de vivir un dia, y que se atreven á tentar al Vicario de Jesucristo, diciéndole: «Os daremos el poder , el honor y bienes de toda clase si reconocéis nuestra supremacía, si haceis

de nosotros vuestro Dios, si cayendo á nuestros pies nos adorais. »

Esos mismos discursos dirigió Satanás á Judas, á Mahoma, á Lutero y á tantos otros que le han escuchado; y así es cómo aun habla, y hablará hasta el fin de los tiempos, mientras muchos le escuchen y le adoren. Unos de estos, como Judas, solo deben recibir un vil salario, seguido muy pronto de la desesperacion y de una vergüenza eterna; otros, como Mahoma y Lutero, cogen en su mano la espada ó la tea, siendo otros tantos azotes de la humanidad; pero no se libran de la suerte de Judas, y la gloria que adquieren dura poco. ¿Qué queda ahora de la obra de Mahoma y de la de Lutero? Ellos mismos, ¿dónde están? Aun prescindiendo de la idea de las penas eternas, ¿qué queda de las lágrimas y de la sangre que han hecho derramar?

Jesus no muestra á Satanás ni la debilidad del hombre ni el poder de Dios. Con la sabiduría victoriosa del hombre instruido por Dios y fiel á Dios, le responde por tres breves sentencias de la Escritura, y lo derriba, como David mató á Goliath con tres piedrecitas de las cinco cogidas en el torrente.

Hemos visto que, cuando la venida de los Magos, los mismos judíos dieron una señal de su reprobacion: despues de la estancia de Jesucristo en el desierto, dan otra mas decisiva. Habiéndoles declarado Juan Bautista que no es ni Cristo ni Elías, añade: « Hay uno en medio de vosotros á quien no conoceis; » y los grandes, los ricos y los sabios oyen esa palabra, no piden mas informes, y Juan se calla; pero el dia siguiente, cuando solo está rodeado de los suyos, que son sencillos y rectos, les muestra á Jesus, y les dice sin que ellos le pregunten nada:

«Hé ahí el Cordero de Dios.» Y Juan y Andrés, sus discípulos, siguen á Aquel de quien se ha predicho que «los justos le amarán.» Así Jesus quiso hacer á su Precursor el honor de recibir de Él sus dos primeros discípulos.

Mas arriba se han oído las únicas palabras que dijo Jesus para que esos discípulos le siguieran: «Venid y ved.» No hubo mas, y ellos se quedaron con Él, señalándose en el Evangelio aquel momento «que era la hora décima,» es decir, hácia la tarde. «Á la tarde de la vida, aunque estemos cubiertos por la sombra del pecado, y ya heridos por el frio de la muerte, no digamos que es muy tarde; preguntemos á Jesus: ¿dónde moras? y Él nos conducirá á su morada, á la morada eterna.»

Jesus quiso esperar la señal de Juan Bautista. Al día siguiente de aquel en que Juan le nombra, Andrés le presenta á Simon, y Simon cumple el primer acto grande de fe, porque él no ha oído, como Andrés y Juan, la palabra llena de autoridad del Bautista. Ningun personaje del Evangelio ha creído tan firmemente ni con menor fundamento. Jesus le ha visto, *intuitus eum*, hasta el fondo, y le ha dicho: «Tú serás Pedro.» En seguida Felipe es llamado espontáneamente por estas solas palabras del Mesías: «Sígueme,» y Felipe obedece.

Felipe habla á Natanael; pero este es de otro carácter, y se burla; sin embargo, Felipe, hombre sencillo, poco instruido, no disputa. ¿Por qué habia de disputar? Se contenta, pues, con decir: «Ven á ver.» Y Jesus siente una suave compasion hácia el burlon, cuya mente estaba oscurecida, pero cuyo corazon era recto, y le atrae hácia sí: «Hé aquí un verdadero israelita, en quien no hay artificio ninguno.» Israel significa *sincero*, que *marcha rectamente delante de Dios*, y ese nombre fue dado á Jacob,

nombre que indica *engaño*, porque de Jacob debía nacer Aquel que es la verdad.

Natanael responde: «¿De dónde me conoces?» creyendo sin duda que Felipe había hablado de él, y Jesús se presta á esa debilidad y le da una señal: «Antes de que Felipe te llamara te he visto bajo la higuera.» Y entonces Natanael deja conocer que es muy sincero, y explica la condescendencia del Salvador para con él, cesando de resistir: «Maestro, le dice: Tú eres el Rey de Israel;» pero Nuestro Señor le responde entonces como mas tarde responderá á la confesion de Tomás: «Crees, porque te he visto bajo la higuera; tú verás otras cosas mas grandes.» Las palabras que Jesús añade se refieren al sueño profético de Jacob, cuyo recuerdo acaba de invocar, y al mismo tiempo ellas invitan á sus primeros discípulos á abrigar una esperanza mas alta que la de un Mesías temporal. «En verdad, en verdad, os digo, vereis abrirse el cielo por encima del *Hijo* del hombre, y vereis á los Ángeles subir y descender.»

Hé aquí cómo, porque eso es todo, le conocieron á Jesús los primeros Apóstoles: ningun discurso, ningun milagro, ninguna promesa sobre las cosas de la tierra. Basta á Jesús volverse hácia Juan y Andrés, mirar á Pedro, decir á Felipe: «Sígueme,» y á Natanael: «Te he visto:» con solo eso todos le siguen, todos le serán fieles hasta la muerte, y morirán por dar testimonio de su fe; todos verán abrirse el cielo. Esta primera promesa de Jesús profetiza el Thábor, la Ascension, el éstasis del primer mártir del Evangelio, del dulce Estéban, que, al caer apedreado, debe exclamar: «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre en pie á la diestra de Dios.»

Á pesar de la brevedad de este bosquejo, á pesar de

haber omitido muchas cosas al hacerlo, es difícil no ver en él la divinidad de Dios. ¡Y, sin embargo, apenas si Dios se ha mostrado! Pero ¿quién otro que Dios hubiera podido disponer así los tiempos, hacerse anunciar por tales heraldos, inspirarles semejante lenguaje, llenar de ese modo el presente y el porvenir? Todo el Evangelio se halla comprendido en este prólogo, como se hallan también todo el dogma, toda la moral, todos los combates, todas las glorias; en una palabra, toda la divinidad. El hombre obedece y sufre; Dios manda; y la fe es el fundamento de todo. No habrá, fuera de la Persona divina, milagro mas grande que el de la concepción y el de la vida de Juan, ni castidad mas perfecta que la de María y José, ni humildad mas profunda que el nacimiento en el establo y la vida en Nazareth, ni trabajo mas penoso que los cuarenta días del desierto. El Thábor no será mas hermoso que la noche de Belén y la glorificación de las orillas del Jordán; la Sabiduría increada no se dejará descubrir en acciones mas victoriosas, ni por palabras mas profundas; la profecía, esta toma de posesión de los tiempos futuros, no descubrirá mejor al Dueño y Señor de la eternidad. El Rey se halla con su corte, y el conquistador está á la cabeza de su ejército: marcha precedido de sus Profetas en la tierra y sobre los cielos; lleva su corona de mártires; está circundado de su comitiva de vírgenes y de santos que representan todas las condiciones, todas las edades, todos los caracteres de la vida cristiana y religiosa. María, José, Juan Bautista, Zacarías é Isabel, Simeón y Ana, ¡qué personajes! Su pueblo está ya formado: lo forman los pastores y los Magos, es decir, los sencillos á quienes la sencillez da la ciencia, y los sabios á quienes la ciencia devuelve la sencillez, y ha

mostrado con qué armas sabrá conquistar á todos los pueblos. Ha elegido tambien á sus principales capitanes: cuenta con Juan, ha dado nombre á Pedro. Por último tambien ha combatido: ha desbaratado con un sueño la política cruel de Herodes: ha derribado con su palabra el poder del Malo, sobre el cual debe cerrar un dia el eterno abismo, al mismo tiempo que llame á las claridades de la gloria á la feliz multitud de los creyentes. Y los cánticos de la victoria ¡Gloria! ¡Paz! resonarán para siempre, celebrando á Aquel que es por siempre el Rey de la Gloria y el Príncipe de la paz.

LIBRO II.

EL AÑO DULCE.

CAPÍTULO IV.

Las bodas de Caná.—La pesca milagrosa.

Tres dias despues de la promesa hecha á Natanael empieza aquella vida de enseñanza pública, cuya fecundidad es inesplicable para quien no ve en ella la influencia de la Divinidad.

El primer episodio de ella tiene lugar en Caná de Galilea, en una casa en que se celebraban unas bodas. La Virgen estaba allí, como parienta, y probablemente ella presidia el festin. Jesus se hallaba acompañado de sus primeros discípulos, y por las súplicas de María hizo un milagro, cuyo sentido profundo veremos dentro de un instante, porque su presencia en las bodas encierra otra enseñanza que debe conocerse en primer término. Allí, en efecto, renueva Jesus al hombre: así como habia entrado en el rio de la penitencia para santificar el agua que ha de ser la materia del sacramento de la regeneracion espiritual, así llega á aquella fiesta de las bodas y la glorifica con un milagro, para honrar por siempre el matrimonio, sacramento futuro que debe purificar la fuente de la vida.

El matrimonio era entonces, aun entre los judíos, el mas despreciado de los contratos. El historiador Josefo,

hombre grave y prudente, nos dice que se habia divorciado tres veces; las matronas romanas contaban los años por la rápida sucesion de sus maridos; el divorcio y el celibato acababan con la sociedad romana. Augusto buscaba un remedio para esos males : mandaba á su Senado que dictara leyes, y á sus poetas que escribieran versos; pero las leyes dadas llevaban el nombre de dos cónsules celibatarios, y no habia celibatarío mas decidido que Horacio, que era el poeta que mejores versos hacia contra el celibato. El Emperador encontraba la misma dificultad para hallar un rico que quisiera casarse, una matrona que no se divorciara, y una jóven que quisiera ser vestal. Pero Jesucristo da al matrimonio la majestad del sacramento y de la indisolubilidad, y forma un baluarte eterno con su presencia contra los enemigos de toda especie que pretendan sumirlo nuevamenté en su antiguo envilecimiento; á fin de que entre los fieles, por lo menos, el respeto hácia la union conyugal prevalezca contra toda corrupcion de doctrinas, de costumbres y de leyes. Así, pues, el matrimonio, es decir, la familia cristiana, es lo que Jesucristo empieza á fundar: en la base pone su recuerdo; con una palabra acaba el edificio, y la obra inmensa queda consumada.

Debemos notar, unavez por todas, que muchas de las palabras y acciones de Jesus no fueron inmediatamente comprendidas ni aun por los mismos discípulos y Apóstoles. Veian los milagros y debian tener el don del Espíritu Santo; pero esas cosas fueron dichas, y esas acciones fueron hechas para el mundo futuro, para nosotros que debíamos verlas en la serie de los tiempos, ya por los frutos que han producido, ya por las interpretaciones de la Iglesia, y este es el milagro perpetuo que regocija nues-

tros corazones, nuestros ánimos, nuestros ojos, y que regocijará hasta el fin á toda la posteridad de Adán. El maná que caía del cielo era siempre el mismo, y, sin embargo, variaba siempre segun los gustos de aquellos á quienes servia de alimento; el Evangelio da sus frutos de verdad, que siempre son los mismos y siempre son nuevos, segun las necesidades del mundo y de la época en que brotan. Los frutos anteriores van á formar parte del tesoro de la fe, y los nuevos frutos traen formadas de antemano las respuestas á las objeciones que aun no se han presentado, pero que el Espíritu Santo ha previsto. Así, el Evangelio, en el cual se cumplen todas las profecías, es por sí mismo una profecía permanente.

El milagro de Caná fue uno de aquellos actos proféticos en los cuales Jesucristo, al manifestarse, quiso tambien predecir sobre sí mismo y sobre su Iglesia.

Durante el festin, y como hubiera llegado á faltar el vino, María, por un impulso natural de su bondad, y sin duda alguna por una advertencia divina, se volvió hácia Jesus y le dirigió estas palabras, ó mas bien esta súplica misteriosa: «No tienen vino.» Jesus parece como que niega lo que su Madre le pide, y la dice: «Mujer, ¿qué hay de comun entre Tú y yo? Mi hora no ha llegado todavía.» Empero María se dirige á los criados, advirtiéndoles que hagan lo que Jesus les diga.

Habia allí seis ánforas ó urnas de piedra que servian para las purificaciones, y Jesus ordenó á los criados que las llenaran de agua, y que; cuando estuvieran completamente llenas, sacaran el contenido; hicieronlo así, encontrándose con que las seis ánforas, que eran bastante capaces, se hallaban llenas de un vino cuyo sabor excelente sorprendió á todos los convidados. El Evangelista

San Juan, testigo ocular de todo eso, añade: « Así fue cómo Jesus hizo en Caná de Galilea el primero de sus milagros, y sus discípulos creyeron en Él. »

El aumento de fe en los discípulos era la razon inmediata del milagro, y una razon suficiente, puesto que de su fe dependia su salvacion y la nuestra; pero Jesus nunca hace nada que se limite á la circunstancia, y en lo que acaba de oirse nada hay sin misterio y sin enseñanza. Su respuesta á la Virgen es una nuevá declaracion que hace de su divinidad; declaracion oportuna en el principio de su carrera pública. Al decirle que los convidados no tenian vino, María, como lo prueba lo que siguió á sus palabras, le pedia un milagro; dirigíase, pues, á la naturaleza divina, y la naturaleza divina fue la que la respondió: « Mujer, ¿qué hay de comun entre Tú y yo? » Porque bien que María sea la Madre del Hombre-Dios, y, á consecuencia de la indisolubilidad de las dos naturalezas, la Madre de Dios, no es, sin embargo, la Madre de la Divinidad, y no hay nada de comun entre ella y Dios cuya hora no ha llegado todavía. Algunas personas, por falta de reflexion, se admiran de lo que ellos llaman esta dureza de lenguaje, como si las enseñanzas que Jesus daba al mundo no fueran las mejores caricias para su Madre. Y ¿quién les dice, además, que al espresar sus pensamientos soberanos no se manifestó Jesus dulce y respetuoso?

María no manifiesta ninguna admiracion, ninguna inquietud por la respuesta de su Hijo, y, al contrario, advierte á los criados que hagan lo que Jesus les diga, porque conoce el poder de sus súplicas. Y, en efecto, Jesus se somete al momento, haciendo el milagro que Ella deseaba, y comentando anticipadamente de ese modo y por

sí mismo, en el primer acto público de su mision, la Palabra profunda que ha de decir desde lo alto de la cruz cuando su mision haya terminado: «Hombre, ahí tienes á tu Madre;» es decir, hombre, ahí tienes á la que rogará incesantemente por ti, á Aquella á quien yo obedeceré siempre, hasta el punto de cambiar el orden de la naturaleza y el curso de las cosas.

Por un completo cambio de sustancia, el agua se convierte en esquisito vino, y este milagro es efecto de la simple voluntad de Dios, de su palabra interior no articulada. La palabra del hombre se limita á significar un sentimiento, un deseo, una idea; la Palabra de Dios obra al mismo tiempo que significa, y crea al mismo tiempo que espresa: «La tierra no existia, el cielo no existia, la mar no existia; pero Dios habla, y esas cosas quedan hechas, y existen.» La misma Palabra que ha hecho todo lo que no existia, hace todo lo que vive, todo lo que muere, todo lo que se transforma, y puede hacer que una cosa se cambie ó se modifique. Segun la voluntad de Dios, toda materia y toda parte de la materia puede volver á ser la nada pura, puede descender un grado mas en su inconsistencia anterior, puede elevarse al grado de consistencia que Él quiera darla: Dios la suspende, la penetra, cambia sus cualidades; en una palabra, Él hace en ella lo que quiere, y ella solo es lo que Él la manda que sea. «Dios acostumbra,» dice San Ambrosio, á obrar por cambio de sustancia cuando quiere hacer ver que es el Autor de la naturaleza; y así la vara de Moisés se cambia en serpiente, de la de Aaron ya seca brotan flores y frutos, el agua de los rios se convierte en sangre, las olas divididas permanecen inmóviles formando murallas líquidas, el hierro sobrenada en la superficie de las fuentes, el pu-

fiado de harina y la gota de aceite no pueden consumirse, las aguas amargas se hacen potables. La Escritura está llena de semejantes maravillas, para que conozcamos que todo se halla en manos de Dios y que todo le obedece.

Al renovar en Caná aquel signo de su soberanía, Jesús se limita á hacer allí de un modo mas rápido lo que de un modo igualmente maravilloso, y sin que nosotros nos fijemos en ello, está haciendo todos los dias. Todos los dias el agua del cielo, destilada en las entrañas de la tierra, absorbida por las raices de la vid, y destilada nuevamente en aquel alambique por los rayos del sol, dilata el grano que, exprimido, produce el vino. Así, pues, la trasmutacion instantánea de Caná no es ni mas difícil ni mas misteriosa que esta otra trasmutacion: Aquel que ha creado de la nada las sustancias y los aparatos por medio de los cuales las sustancias se trasforman, puede trasformarlas sin emplear esos aparatos.

Al mismo tiempo, aquel cambio que Jesús obra en la naturaleza del agua, es la profecía y la figura del cambio que Él viene á realizar en la naturaleza humana. Las seis ánforas destinadas al agua de las purificaciones representan los seis períodos en los cuales se divide el tiempo que precedió á la venida del Mesías: desde Adán á Noé, desde Noé á Abraham, desde Abraham á Moisés, desde Moisés á David, desde David hasta el cautiverio, y desde el cautiverio hasta Jesucristo. Esos seis períodos han contenido la revelacion del futuro Mesías, espresada por el agua en el lenguaje de la Escritura; y sin aquella revelacion necesaria para la purificacion de los judíos, los tiempos anteriores hubieran sido estériles. Jesucristo se hallaba, pues, contenido en ellos, pero oculto, como en cierto

modo el agua contiene el vino, sin que se pueda descubrirlo. Por orden de Jesus, las seis ánforas se llenan hasta el borde, porque las profecías han recibido en Él su completo cumplimiento. Así, ese cambio del agua en vino, representa todos los misterios de la Redencion que anunciaron los Profetas y cuya realidad nos ha traído Jesucristo.

Los judíos han tenido esa agua que, para ellos, solo ha sido agua que ha servido de instrumento para una purificacion material incompleta, si no de todo punto vana, semejante á las repetidas abluciones de los fariseos; se lavaban sus manos y hacian obras estériles ó impuras; bebían de ella, y sus corazones no recibían ni calor, ni fuerza, ni alegría. Los libros de los Profetas, dice San Agustin, son insípidos y desagradables si no se les entiende; para entenderlos es preciso descubrir en ellos á Jesucristo; y porque los judíos no descubren á Jesucristo, los leen sin comprenderlos, y los interpretan desfigurándolos; y porque Jesucristo se nos aparece á nosotros en ellos, embriagan nuestras almas. Ahora comprendemos la misericordia del corazon de María, cuando dice á su Hijo: «No tienen vino,» lo cual era decir: «Señor, les falta la fuerza, les falta la alegría, les falta la luz; tened compasion de ellos; anticipad vuestro día; dadles el vino de la verdad.»

Y Jesus, al cambiar el agua en vino, despues de oír aquella súplica, promete que reemplazará el sentido literal por el sentido espiritual, la letra que mata por el espíritu que vivifica, la figura por la realidad. Jesus cambiará el agua en vino cuando dé á sus discípulos la verdadera inteligencia de la Escritura, y les llenará del espíritu de Dios con aquello mismo que antes les dejaba indife-

rentes y frios. «Sacad ahora.» Aquel vino milagroso será el instrumento de otra trasformacion, de otro milagro: por él los impuros serán castos, los soberbios se convertirán en humildes y dulces, y aquellos que tiemblan ante el mundo se verán llenos de valor para confesar á Dios. Porque aun debe verse una maravilla mas grande: el vino de Caná no es tampoco por su parte sino la figura de la gran trasformacion, figura en la cual, separando todo velo, se ve ya aparecer el misterio de los misterios, la Eucaristía. El primer acto de la vida pública de Jesus es, pues, la profecía de lo que constituye el objeto mismo de su mision, y Él prepara la fe en el sacramento, que debe coronar esa mision con el mas incomprensible é inmortal de los milagros. «Ha querido de ese modo, dice un Padre, darnos una prueba anticipada del poder por el cual debia mas tarde, en la institucion de la Eucaristía, cambiar el vino en su sangre, puesto que, en efecto, el vino que está consagrado es una verdadera sangre, como el agua cambiada en Caná fue en el instante un verdadero vino.»

Se ha escrito que ese vino del cáliz hace «germinar las virgenes,» porque su virtud, apagando toda llama terrenal, enciende en las almas el ardor inmortal del amor soberano; así tambien, aunque el vino de Caná solo fue la figura de ese vino, no por eso Jesucristo dejó de comunicarle su gracia, y no solamente aquellos á quienes la dió creyeron en Él, sino que la tradicion cuenta que muchos de ellos le siguieron. Esto es cierto cuando menos respecto al esposo, que fue luego el Apóstol San Simon, y se cree que la esposa, por su parte, se unió á la Virgen y vivió con ella. La presencia de Jesus y de María habia glorificado sus bodas y mostrado que se habian unido con

el afecto de dos corazones puros; pero prefirieron aquel otro amor mas alto que, dirigiendo hácia Dios los sentimientos humanos, sacrifica las delicias de esos sentimientos, dando en cambio un encanto eternamente duradero y sagrado.

Tal es el milagro de Caná, realizado el primer día de la manifestacion del Señor. Ese milagro representa lo que Jesucristo ha venido á hacer al mundo: la fe de los Apóstoles; el principio de la Iglesia; la intervencion de María; la Comunión de los Santos; el mejor vino para el fin de la comida, es decir, la doctrina perfecta para la última edad que debe durar hasta la consumacion de los siglos; el agua cambiada en vino; la Ley cambiada en el Evangelio; la figura en la verdad; la letra en el espíritu; el terror en el amor. Esta esposicion sacada de los libros de los Santos Padres muestra hasta qué punto aparece visible Jesus en el Evangelio para aquellos que quieren encontrarle sin acudir á las luces de la Iglesia, y por ella puede juzgarse tambien del respeto que guardan para con sus lectores y tienen para consigo mismos *ciertos historiadores* que se contentan con decir, á propósito de las bodas de Caná, que Jesus se complacia en la animacion de las fiestas privadas, y que hizo uno de los que se llaman sus milagros para alegrar las bodas de una aldea.

Jesus pasó de Caná á Cafarnaum, donde predicó la penitencia. Cafarnaum, cuyo nombre significa *aldea del consuelo, aldea abundante en frutos*, era, en efecto, una aldea opulenta, muy poblada y llena de animacion, situada en los confines de Zabulon y Nephtali, en el punto en que el Jordan desemboca en el lago de Genesareth. Aquella parte de la Galilea era llamada la *Galilea de los gentiles*, á causa de los paganos á quienes los galileos dejaban habi-

tar entre ellos, lo cual les habia conducido á una decadencia espiritual tan notable, que los judíos les despreciaban y les tenian por impuros. Allí fue donde Jesus vivió por mayor espacio de tiempo, cumpliendo lo que Isaías habia dicho: «¡Tierra de Zabulon y de Nephtali, que confinabas con el mar; pais que te hallas mas allá del Jordan; Galilea de las naciones: el pueblo que se hallaba sentado en las tinieblas ha visto una gran luz; la luz se ha levantado sobre aquellos que se hallaban sentados en la region de la sombra de la muerte!» Jesus era aquella luz, fue á aquellas sombras, y les decia: «El tiempo ha llegado, el reino de Dios se aproxima; haced penitencia, y creed en el Evangelio.»

Pero una obra mas importante aun que estas palabras iba á señalar su primera estancia en Cafarnaum. Su presencia en las bodas y la primera manifestacion de su poder, han santificado el matrimonio, fuente del género humano, y va á hacer el segundo milagro para dar testimonio del establecimiento de la Iglesia y para significar su mision.

Jesus pasaba por las orillas del mar, y vió á Simon y á Andrés que arrojaban las redes: eran pescadores, y despues de su primera entrevista con Jesus, ya contada mas arriba, habian vuelto á su profesion, con la cual vivian. Jesus les dijo: «Seguidme;» y habiendo avanzado un poco, vió en una barca á Santiago, hijo del Zebedeo, y á Juan, su hermano, tambien pescadores, que estaban componiendo sus redes, y les llamó igualmente. En aquel momento, el pueblo, que habia acudido para oirle, se agrupaba en torno suyo, y Jesus subió á una de las dos barcas, que era la de Simon Pedro, y habiéndole dicho que se alejara un poco de la orilla, se sentó y enseñó.

Cuando hubo acabado su discurso, dijo á Simon Pedro: «Llévanos rio arriba, y echa las redes.» «Maestro, respondió Simon: toda la noche hemos estado fatigándonos para no coger nada; pero, fiado en tu palabra, echaré la red.» Echola en efecto, y cogió tantos peces, que la red estuvo á punto de romperse, é hizo señal á sus compañeros de la otra barca para que vinieran á ayudarle, llenándose las barcas hasta tal punto, que faltó poco para que zozobrasen. Entonces Simon Pedro, arrojándose á las plantas de Jesus, le dijo: «Señor, aléjate de mí, porque soy un pecador.» Pedro y sus compañeros se hallaban asustados por aquel milagro; pero Jesus dijo á Simon: «No temais nada; en adelante sereis pescadores de hombres.» Y al momento, habiendo llevado las barcas á la orilla, lo dejaron todo y le siguieron.

La Iglesia queda así fundada y profetizada.

Segun los intérpretes, aquellos Apóstoles, los primeros elegidos, fueron pescadores, gentes que vivian con el trabajo de sus manos y no con los frutos de la iniquidad, para que de ese modo tuviera su vocacion dignidad perfecta. Fueron tambien sencillos é incultos: la ciencia les será dada mas tarde; pero era preciso primero que la fe de los fieles fuera efecto del poder divino, y no de la elocuencia humana. Son llamados, y obedecen al momento; los hijos del Zebedeo dejan á su padre, porque nada debe impedir que se siga á Jesucristo. Hay dos barcas: aquella en que sube Jesus para enseñar, es la de Pedro, y en ella se dicen las palabras que crean la fe. Desde aquella barca enseña Jesus á la multitud, y desde aquella barca instruirá á las naciones. Dice á Pedro que se aleje un poco de la orilla, porque es preciso predicar á los pueblos con prudencia, y, sin hacer que se apeguen á las cosas terres-

tres, no llevarles demasiado hácia las regiones del misterio; es preciso condescender con la debilidad de todos, para atraer á la paz al hombre que fluctúa entre las cosas movibles y amargas de esta vida.

En seguida Jesus dice: «Sube el rio;» y esto se lo dice á Pedro, porque Pedro debe visitar todas las orillas sin que nada tenga que temer de la profundidad de las controversias y de la furia de las tempestades. En la antigua Escritura la barca de Pedro está figurada por el Arca, que sube mas á medida que las aguas se multiplican y que arrecia el viento: *Multiplicatæ sunt aquæ, et elevaberunt Arcam in sublime*. «Echa tus redes.» Pedro se ha fatigado toda la noche sin coger nada, como se habian fatigado los Profetas en la oscuridad de la antigua Ley; pero no rechaza el trabajo, y por la Palabra del Maestro arroja la red del Evangelio, la ancha y dulce red formada de luz y de caridad, que no hiere á aquellos á quienes coge, y que desde el abismo en que estaban agitados les hace subir hácia el cielo.

Ha llegado el gran día de la gracia: la red se llena hasta romperse; y así, aquellos que por la Palabra del Maestro arrojan la red de la doctrina, reunirán á la multitud de las naciones. Hay dos barcas, porque la Iglesia única se divide en varias Iglesias, y las dos barcas, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente, están lleras; y cuando están llenas se hunden y parecen próximas á zozobrar, representándose con eso los tiempos peligrosos predichos por el Apóstol San Pablo, los tiempos en que «la Iglesia se sobrecargue de hombres que se amen á sí mismos, multitud carnal cuyas costumbres y orgullo la alejen de Jesucristo.»

Pedro se asusta humildemente ante el milagro, muy

lejos de atribuírselo, acordándose tan solo de que es un hombre frágil; pero Jesus le tranquiliza, y le dice: «No temas; en adelante serás pescador de hombres:» palabras dirigidas también á los demás, pero muy especialmente á Pedro, que es quien dirige la pesca, quien echa la red grande, quien llama á fin de que se le preste auxilio. ¡Tú serás pescador de hombres! Otras promesas igualmente magníficas serán hechas á Pedro, y esas otras promesas han de verse igualmente realizadas. San Ambrosio traduce así estas palabras: «¡Tú vivificarás á los hombres!»

Al conducir sus barcas á tierra, los pescadores lo dejan todo por seguir á Jesus; figura del fin de los tiempos, en que aquellos que hayan sido fieles á Jesucristo dejarán para siempre el mar de este mundo.

Un pueblo numeroso presenciaba aquellas realidades, recibía aquellas promesas y aquellos símbolos. Había sobre el lago centenares de barcas que se hallaban en constante ejercicio; la pesca evangélica se hacía á la luz del sol. Se ha observado que la comarca en que pasan los hechos evangélicos era, por la configuración del suelo y por sus habitantes, completamente simbólica. Al llegar cerca del mar Muerto, el Jordán solo avanza replegándose como si le asustara el légamo del lago sulfuroso; y como el instinto de los peces les hace subir el río para que la corriente no les lleve al abismo donde morirían, aquel sitio era el más frecuentado por los pescadores. Simón, Andrés, Juan y su hermano iban allí con frecuencia á echar las redes, imagen de lo que ha de sucederles cuando se conviertan en pescadores de hombres: en el extremo del río de la vida cogerán para el reino de Dios á aquellos á quienes asusta y hace retroceder la proximidad del abismo eterno. Jeremías había dicho: «Un día ha de venir

en el cual enviaré á muchos pescadores á pescar hombres. »

« Por el anzuelo de los pescadores, dice San Gerónimo, seremos arrebatados á los cielos como Elías. » Los pescadores son los cuatro ángeles de la primera iglesia edificada, las cuatro letras hebráicas del Nombre divino. Su ejemplo nos ordena obedecer al llamamiento de Dios, olvidar la multitud de los vicios, dejar la barca de nuestra vida primera y las delicias de la casa paterna, y ese tejido de los afectos del mundo, esa tela de araña en la que, cogidos como los insectos, por el apetito mas vil, somos innoblemente sacrificados.

CAPÍTULO V.

Nicodemus.—La Samaritana.

Despues de pasar algunos dias en Cafarnaum , Jesus volvió á Jerusalem, donde hizo otros milagros, y donde celebró la Pascua.

La costumbre y la tolerancia de los sacerdotes habian sido causa de que los mercaderes se establecieran bajo los pórticos del templo para hacer sus negocios; pero Jesus les arrojó, diciéndoles: «Haceis de la casa de mi Padre una cueva de ladrones;» y mas tarde todos se acordaron de que estaba escrito: *El celo por la casa de mi Padre me consumió*. Los mercaderes no resistieron á Jesus, aunque no llevaba armada su mano, y tampoco acudieron á los sacerdotes que habian tolerado su tráfico, intimidados indudablemente por la irritada majestad de su semblante. Despues de esto, algunos doctores le preguntaron con qué derecho habia obrado de aquel modo, intimándole hiciera un milagro, como prueba de su mision, y Jesus les respondió: «Destruid este templo, y yo lo reconstruiré en tres dias.» Aquellos hombres entendieron que hablaba de aquel templo de donde habia arrojado á los mercaderes, templo cuya ruina, que nunca debe reponerse, ha de profetizar muy luego; pero Él les hablaba del templo de su Cuerpo, templo en el que habitaba la plenitud de la Divinidad, y á la vez del milagro de su resurreccion tres dias despues de que le hubieran dado muerte, porque el Mesias era el templo vivo de Dios, segun lo decian los mis-

mos judíos. Mas tarde, muchos creyeron que el Mesías habia nacido cuando los romanos estaban destruyendo el templo. Segun San Márcos, Jesus pronunció aquellas palabras el dia en que todos debian comprar el Cordero pas-cual; y, segun el cálculo de algunos historiadores, aquel mismo dia, tres años mas tarde, Jesucristo resucitó de entre los muertos.

Cuando Jesus se ve interrogado ó solicitado por la incredulidad, la vana curiosidad y el orgullo, sus respuestas son por lo menos enigmáticas, dado que no las niegue; pero á los sencillos de corazon les habla claramente, y les concede las gracias que solicitan. Cualquiera que sea la palabra que salga de los labios, Jesus percibe la palabra interior; y aquellos que se callan, oyen que contesta á sus pensamientos. Jesus conoce á fondo á todos los hombres, y acomoda misericordiosamente sus palabras á la medida de su inteligencia y de su fe, sin darles mas de lo que pueden recibir. Muchos iban á Jesus que solo se hallaban asombrados por sus milagros, y Él los retiene ó los separa, y llama tambien á los que no van á Él. El publicano Leví estaba sentado detras de la mesa de la recaudacion, y Jesus pasa y le dice: «Sígueme.» Levántase el publicano, deja su oficina como Pedro y Juan han dejado sus redes, y llega á ser el Apóstol San Mateo. Algun tiempo despues se presenta un doctor de la Ley, y le dice: «Maestro, te seguiré donde quiera que vayas;» pero Jesus ve el corazon de aquel hombre, y le responde: «Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde descansar su cabeza;» con lo cual el doctor se retira. Solo queria adelantar en la ciencia sin aceptar las rudas labores del Evangelio; tipo de esos ladrones que se meten en la Iglesia para robarla los

conocimientos de que luego se valen contra ella. Por eso Jesus le rechaza, y, al contrario, habiendo llamado á otro que le pidió un plazo hasta que hubiera cerrado los ojos á su padre, Jesus le responde: «Deja que los muertos entierren á los muertos;» es decir, ven á hacer el trabajo de los vivos; sabe que el primer deber hácia los hombres es predicar el Evangelio, y que tu mismo padre es quien mas necesita que todo lo dejes para obedecer á la voz de Dios. Esta será una respuesta eterna á las objeciones de la falsa caridad. Jesus no impone á nadie la carga que se niega á tomar; no se quedará en la tierra para cerrar los ojos á su Madre.

En Jerusalem, entre aquellos que fueron á Jesus desde el principio, habia un senador llamado Nicodemus, de corazon recto, pero pusilánime, que tenia miedo á los judíos, asustándose al mismo tiempo de su cólera á Jesus ya declarada, y de sus burlas, aunque se le volverá á encontrar con mas ánimos en el Calvario. Jesus le declaró implícitamente su Divinidad, y en el discurso que le dirigió presentole todo el plan del cristianismo, señalando su muerte en la cruz y pronunciando esta Palabra que encierra la razon adorable de la Encarnacion: «Tanto amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo.» Descubriendo en seguida la razon de la incredulidad, añadió: «La luz ha venido al mundo, y los hombres han preferido las tinieblas, porque sus obras eran malas. Porque todo el que hace el mal aborrece la luz; pero el que es conducido por la verdad viene á la luz.» Aquí se ve ya al Juez que se anuncia para el dia final.

Habiendo así acogido con bondad al judío tímido, Jesus se dirige por sí mismo á encontrar á los samaritanos.

Los samaritanos eran un resto de aquellas colonias

formadas de diversos pueblos y establecidas por los asirios, que tenían la pretension de ser descendientes de Abraham, recibiendo por eso los libros de Moisés, si bien unian con ellos muchos de su antigua idolatría. Los judíos les trataban como extranjeros, existiendo entre ellos un odio recíproco; la Sinagoga prohibía toda relacion con aquellos cismáticos, salvo para comprar y vender; pero Jesus se dirigió á los samaritanos, sobreponiéndose á las enemistades nacionales y políticas, como muy luego debia sobreponerse á las prescripciones farisáicas respecto de la fiesta del sábado. Aquí puede verse ya la primera mision exterior.

Atravesando, pues, el territorio de Samaria para volver á Galilea, y encontrándose á las puertas de una ciudad llamada Sichem, Jesus se detuvo, sintiendo el cansancio del camino. «El camino, dice San Agustin, era la carne que habia tomado para venir á nuestra humanidad, y aquel cansancio que quiso experimentar nos hace comprender el trabajo de su apostolado.» Los discípulos entraron en la ciudad para comprar algunas viandas, porque Él desdenaba las comodidades de la vida hasta el punto de que habitualmente no llevaba ninguna provision, habiéndose olvidado una vez de llevar un pan, que era lo único que tenia.

Aquella ciudad de Sichem no era una ciudad sin recuerdos. Al volver Abraham de la Mesopotamia, levantó allí un altar al verdadero Dios, que le dió á conocer que aquel lugar le perteneceria. Allí fue donde Levi y Simeon mataron gran número de amorreos para vengar el ultraje hecho á su hermana Dinah; y habiendo comprado allí Jacob un terreno para su rebaño, se lo dió en herencia á José, que habia abierto un pozo, que aun se llamaba en

los tiempos de Jesus *el pozo de Jacob*. Así en aquel suelo extranjero, Jesus, Hijo de Dios é hijo de los Patriarcas, se hallaba por doble título en su casa propia; y habia ido allí á revelar al verdadero Dios, á llevar el perdon en vez de la venganza, á abrir la fuente de las verdaderas aguas vivas que brotan hasta la vida eterna.

Mientras Jesus, que se habia quedado solo, descansaba sentado en el brocal del pozo de Jacob, llegose á sacar agua una mujer de Sichem, mujer de malas costumbres y de mala fama, que representa la Iglesia no purificada aun, pero que va á serlo. Aquella mujer va á Jesus, saliendo de en medio de los extranjeros, como la Iglesia, estraña á la raza de los judíos, ha de ir de en medio de las naciones. El Evangelio dice que Jesus se detuvo allí á la hora sesta, al medio dia: el sol material, que habia llegado al punto culminante, empezaba á decrecer; pero el sol profetizado por Zacarías, el verdadero Oriente, se levantaba para iluminar á aquellos que estaban sentados á la sombra de la muerte y para dirigir sus pasos por la senda de la paz. La hora sesta será tambien la hora del sacrificio, la hora en que, dilacerado y ensangrentado, el Salvador descansará de sus fatigas, reclinándose sobre la cruz, y la hora en que de sus llagas vivas han de brotar las fuentes de la salvacion.

Jesus dice á la Samaritana: « Dame de beber: » como ha de decir en el Calvario: « Tengo sed, » espresando en uno y otro caso la misma sed. Pero la extranjera no puede saber esto, y responde con un acento de burla, frecuente en sus semejantes: « ¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? » Porque los judíos se negaban á servirse hasta de los vasos de los samaritanos.

:

Jesus repuso dulcemente: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: *Dame de beber*, tú de cierto le pidieras á Él, y Él te daría agua viva.»

La Samaritana, aun con acento de burla, pero admirada y mas respetuosa, le dice: «Señor, no tienes con qué sacar agua, y el pozo es hondo; ¿en dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo?» Ella no conoce mas agua viva que la que apaga la sed carnal; y aunque se halla bajo una impresion de respeto, contesta con ligereza al extranjero que habla de darla agua, en tanto que ella es la que tiene los medios de sacarla. Así hablará por largo tiempo el orgullo racionalista.

Jesus la responde: «Todo el que beba de esta agua volverá á tener sed; mas el que beba del agua que yo le dé, nunca jamás tendrá sed, porque el agua que yo le dé se ha de convertir en una fuente que manará hasta la vida eterna.» El agua del pozo es la voluptuosidad que habita en las profundidades tenebrosas; y el que se deja coger por la voluptuosidad de este mundo, el que bebe de ese agua, siempre tendrá sed. El agua viva de Jesus es el Espíritu Santo, que llena todos los deseos del alma y eleva al hombre á la vida eterna, siendo el principio de la resurreccion; de modo que el que tiene una fuente dentro de sí mismo, nunca tiene sed.

La Samaritana no le comprendió tampoco, y, siempre preocupada por la sed carnal, pero cada vez mas respetuosa, dijo á Jesus: «Señor, dame de ese agua, á fin de que no padezca sed y no tenga que venir á sacarla.» Aquel era el pais en que Elías, el gran Profeta, entre otros prodigios, vivió cuarenta dias sin comer ni beber; y, acordándose de la historia de Elías, la Samaritana creyó

que Aquel que la hablaba poseía y podía darla el secreto de Elías. Mas Jesús quería hacerla un regalo mas precioso, y la dijo: «Ve; llama á tu marido, y vuelve acá.»

Acaso por primera vez en su vida, como es fácil conjeturarlo por lo que va á verse, aquella mujer temió á un mismo tiempo mentir y ser sincera, respondiendo: «No tengo marido.» Mas Jesús repuso: «Bien has dicho, *no tengo marido*, porque cinco maridos has tenido, y el que hoy vive contigo no es tu marido.» Arrojada sucesivamente por cinco esposos, la pecadora vivía á la sazón con un adúltero. En el sentido místico de estas palabras ve un Padre los cinco sentidos, la dominación de la carne que pesa sobre todo hombre antes de que pueda servirse de su razón, y, por lo demás, también se ve que el error sigue siempre á la pasión de los sentidos, no como el marido, el guía legítimo, á su esposa, sino como el amante adúltero á su cómplice. Abandonad ese error, alejaos de ese adulterio que os corrompe, y preparad vuestra inteligencia para comprender la verdad.

La Samaritana hizo este noble esfuerzo: inclinóse ante la luz que se le aparecía, y confesó su pecado, diciendo: «Señor, veo que tú eres un Profeta;» y al momento, dejando á un lado toda cuestión temporal, pidió mas luz, proponiendo claramente el punto de doctrina que dividía á los samaritanos y á los judíos, y diciendo así: «Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar en donde es menester adorar.»

Jesús, sin responderla directamente sobre aquel punto que ya no podía tener importancia ni para los samaritanos ni para los judíos, la elevó á mayor altura de aquella á que creía subir. «Mujer, la dijo: créeme; el tiempo va á venir en que no adorarás al Padre, ni sobre esta monta-

ña, ni en Jerusalem, porque los sacrificios de los samaritanos, como los de los judíos, quedarán abolidos. Vosotros adorais lo que no conoceis, y nosotros adoramos lo que conocemos; pero llega la hora, ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que el Padre desea. Dios es Espíritu, y aquellos que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad. »

Estas palabras concluyen á la vez con las figuras de los judíos y con los ídolos de los samaritanos, que unos y otros descuidaban el alma, tratando por todos los medios de purificar el cuerpo. Jesucristo declara que Dios, que es Espíritu, se halla honrado por la pureza de todo lo que hay en nosotros de incorporeal, la pureza de la inteligencia que Él llama *espíritu*. La Iglesia adora en espíritu porque ofrece una víctima espiritual; y adora en verdad porque su sacrificio no es puramente figurativo, sino que da la verdad de la antigua Ley y de lo que sus propios signos representan.

La Samaritana dijo á Jesus: « Sé que el Mesías á quien se llama Cristo debe venir, y, cuando haya venido, Él nos instruirá de todas las cosas. » Bastaba á los samaritanos conocer los cinco libros de Moisés para esperar al Mesías: ¡hasta tal punto se conserva entre ellos la prediccion de su advenimiento! ¡hasta tal punto Jesucristo es el objeto de toda la antigua Escritura!

Y Jesus respondió: « El Mesías á quien esperas es quien te habla en este momento. Yo soy el Mesías. » Así se descubre el Hijo de Dios al corazon sencillo que le ha confesado su miseria; y, en cambio, solo en presencia de la Cruz obtendrán los judíos esas palabras terminantes que le piden, no para creer en Él, sino para negarle é insultarle.

En aquel momento volvieron los discípulos y se admiraron al ver que su Maestro conversaba con aquella mujer extranjera, porque tal acto era á sus ojos una especie de transgresion de la Ley, y al mismo tiempo una condescendencia muy ajena á la soberbia de los judíos: sin embargo, los discípulos nada le preguntaron, porque ya habian aprendido, dice un Padre, á conservar su inferioridad de discípulos, y le respetaban y le temian.

Por su parte la Samaritana, dejando el cántaro que habia llevado, volvió á la ciudad y publicó todo lo que habia visto, diciendo á todo el mundo: «Venid y vereis un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho: ¿si quizás será este Cristo?» Hé aquí un ejemplo admirable de la obra de Dios en los corazones. La conversion de la pecadora es, por decirlo así, instantánea, y, sin embargo, todos sus grados se hallan perfectamente señalados: pasa de una indiferencia burlona al respeto, y del respeto al deseo de los bienes que se le han prometido y que ella desconoce; reconoce á Jesus por Profeta, y al mismo tiempo confiesa que ha prevaricado; se instruye y es dócil, y tan pronto como recibe la luz se apresura á divulgarla. Dejando allí su cántaro, como los pescadores dejan sus redes, la Samaritana llena el papel de Evangelista, publicando, en honor de Aquel que la ha iluminado, las palabras que á ella misma la humillan. No se avergüenza de revelar aquella prueba. El alma que ha recibido el fuego divino no mira ya á nada de lo que existe en la tierra, ni á la gloria ni á la vergüenza: solo pertenece, dice San Juan Crisóstomo, á la llama que la vivifica. La Samaritana deja su cántaro, añade San Agustin: el cántaro es el amor del mundo, el deseo por el cual los hombres tratan de encontrar la voluptuosidad en el fondo de las tenebro-

sas profundidades de la vida terrenal, de las que el pozo es imagen.

En tanto que la Samaritana ponía empeño en dar á conocer el don de Dios, los discípulos escitaban á Jesus á que comiera; pero Él les dijo que tenía otro alimento que tomar, y ellos creyeron por esto que alguno le había traído de comer. Así, pues, Jesus no se negaba á recibir el alimento de la mano de los extranjeros, como hacen los pobres que nada tienen, á fin de que aquellos que le socorrian adquirieran ese mérito, y para que sus discípulos aprendieran á no avergonzarse de su pobreza. Pero Jesus quiso que no se detuvieran en eso sus ideas: «Mi alimento, les dijo, es cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado, y perfeccionar su obra.»

Perfeccionar la obra es trabajar por que se realice el designio de Aquel que la ha concebido y que manda. Si la obra de Dios es perfecta por Jesucristo, solo puede ser porque antes de Jesucristo no lo era. Pero, ¿qué podía faltar á la obra de Dios? Orígenes responde: «La perfeccion de la criatura razonable es la perfeccion de toda la naturaleza, y por la perfeccion de esta naturaleza, hasta entonces incompleta, el Verbo se ha hecho carne.» El hombre era perfecto en cierto modo; pero la transgresion le hizo imperfecto, y el Salvador fue enviado: primero, para cumplir la voluntad de Aquel que le había enviado; segundo, para perfeccionar la obra de Dios, no solamente volviendo al hombre á su primer estado, sino elevándole á su perfeccion, que consiste en alimentarse con el conocimiento de Dios. El Hijo de Dios cumple y perfecciona de dos maneras la obra del Padre: en el Hombre, cuando nos hace ver en su persona la naturaleza humana sin pecado, sin corrupcion, digna del amor divino; en la Ley,

porque Jesucristo *es el fin de la Ley*, porque llevó á su madurez todo lo que ella contenia y elevó al mundo del culto corporal al culto espiritual.

Esta fue la leccion que Jesus dió á sus discípulos cuando les dijo que cosecharian lo que otros habian sembrado, y que aquella cosecha, cosecha de frutos para la vida eterna, regocijaria á los que habian trabajado los primeros en la mies, es decir, á los Profetas. Aquello indicaba tambien el cumplimiento de la Ley, porque la obra de salvacion no es sino la misma obra de Dios emprendida desde el principio del mundo. Aun entonces los Apóstoles no lo comprendieron; pero se acordaron de ello mas tarde. Tambien ellos al cosechar debian sembrar, porque el misionero de Jesucristo cosecha y siembra al mismo tiempo, haciendo el doble trabajo del Profeta y del Apóstol; y como la Iglesia es una en la duracion del tiempo, al contrario de lo que sucede en el mundo, la alegría de aquel que cosecha á manos llenas es la recompensa y alegría de aquel que sembrara antes en el dolor y la esterilidad, sin que viese siquiera reverdecer los linderos del campo.

La Samaritana habia dicho á sus conciudadanos: «Venid y vereis: ¿será Cristo?» Y gran número de ellos, escuchando esta palabra, salieron de la ciudad, acudieron á Jesucristo, le vieron y le suplicaron que permaneciera en su compañía. Jesus permaneció, en efecto, dos dias, y despues de haberle oido hablar hubo muchos que creyeron en Él, y que decian á aquella mujer: «No es por tu testimonio por lo que creemos, sino porque le hemos oido nosotros mismos, y porque sabemos que es en verdad el Salvador del mundo.» De este modo afirman ellos lo que solo se les ha presentado como una duda, y,

sin embargo, no habian visto ningun milagro, convirtiéndose solo por la palabra. Así como han salido de su pueblo para oir la palabra, así al oir aquella palabra dejan todas las demas doctrinas. El Evangelista, segun la observacion de Orígenes, cuida de decir que los samaritanos suplicaron á Jesus, no que entrara en la ciudad, «sino que permaneciera entre ellos.» Pues bien: así Jesus permanece con aquellos que se lo suplican, sobre todo cuando salen de su ciudad y se dirigen hácia Él.

Tal es el gran episodio de la Samaritana que señala el advenimiento y el carácter de la Religion definitiva, y en el que vemos por nuestros propios ojos la forma y el milagro de la predicacion de Jesus. Todo en ese episodio tiene la sencillez de las cosas mas comunes de la vida, y todo es divino; parece que todo en él es efecto de la casualidad, y cuanto mas se le considera, mas cosas eternas se encuentran en la preparacion, en el hecho y en sus consecuencias, que duran siempre y que nunca tendrán fin.

Debe observarse tambien que aquel viaje á Samaria era la accion que mas podia comprometer á Jesus con los judíos, si Él hubiera buscado la popularidad, como lo ha dicho algun escritor *célebre* moderno. La aversion hácia los samaritanos era universal, y hacia que la opinion pública fuera mas de temer que las prohibiciones legales. Aquella ciudad de Sichem en que se atrevió á vivir, era llamada por los judíos *Sichar*, es decir, *dada al vino*. Jesus para nada tuvo en cuenta aquellas prevenciones: su inmensa condescendencia hácia las miserias humanas nunca ha lisonjeado un error, siendo una doble prueba de su divinidad el que no lo haya hecho y el que haya podido dejar de hacerlo.

CAPÍTULO VI.

**Los enfermos curados. — La tempestad apaciguada. —
Los demonios vencidos.**

Casi como un fugitivo atravesaba Jesus el territorio de Samaria. Herodes Antipas, Rey de Judea, acababa de encarcelar á Juan Bautista porque con la energíá de su predicacion, que continuaba atrayendo á la multitud, el Precursor irritaba á los fariseos. Herodes le respetaba, y le hubiera dejado de buen grado predicar la penitencia, si no hubiera tenido que echarle en cara otra cosa. Aquel tirano se habia unido incestuosamente con Herodías, su cuñada, y el varon de Dios le dijo: « No te es permitido tomar la mujer de tu hermano. » *Non licet!* Juan fue el primero que tuvo la gloria de pronunciar esta benéfica palabra que la Iglesia ha tenido que repetir con tanta frecuencia, y que casi siempre ha repetido como Juan, es decir, á costa de su libertad civil y de su sangre. Los príncipes piden á la Iglesia que predique el respeto á las leyes; pero cuando la Iglesia les niega á ellos mismos el derecho de infringirlas, la acusan de ser sediciosa, y la encadenan. El Evangelio es un cuadro completo de toda la historia del hombre.

Á los ojos de los fariseos, Jesus se habia hecho ya culpable, en aquel tiempo, de los crímenes de Juan Bautista. Aquellos hipócritas no ignoraban lo que decia de Jesus la Voz del desierto, y no podian tardar en presentarle tambien como sospechoso á los ojos del príncipe del

mundo. Pero la hora de Jesus no habia aun llegado, y Jesus se puso al abrigo, dando á la Iglesia el ejemplo de huir cuando la ocasion lo exija.

Al llegar á Galilea, Jesus continuó instruyendo y haciendo milagros, «y todos estaban asombrados por su doctrina y porque enseñaba como un hombre que tiene potestad, y no como lo hacian los escribas.» La potestad es tambien el carácter de sus milagros. Hallándose en Caná, llegose á Él un señor principal suplicándole que curara á su hijo que estaba muriéndose en Cafarnaum; y Jesus, que conocia su fe, imperfecta aun, le dijo: «Vosotros, si no veis milagros y cosas extraordinarias, no creéis.» El señor, preocupado por el peligro de su hijo, no trató de justificarse: «Señor, añadió: ven antes de que mi hijo muera;» pero Jesus le respondió: «Ve; tu hijo está lleno de vida.» El Evangelio añade que el príncipe «creyó en lo que Jesus le habia dicho, y que se fue.» ¡Creyó! La Palabra divina ha realizado un doble milagro, ha producido una doble gracia: el cuerpo del hijo queda sano, y se ha cambiado el corazon del padre: el uno recibe la salud, y el otro la fe.

En todas las obras muestra Jesus la misma potestad soberana: por una palabra cura á los ciegos, á los sordos, á los paralíticos, y arroja á los demonios de los cuerpos de los poseidos por ellos; y si algunas veces emplea ciertos signos, toca á los enfermos, les impone las manos, es porque quiere darnos una enseñanza particular, como lo veremos mas tarde, ó porque quiere mostrar, dice San Agustín, que su cuerpo es órgano de la Divinidad.

Lleváronle en Cafarnaum, donde habitaba en la pobre casa de Simon Pedro, circunstancia significativa, á todos los enfermos y á todos los poseidos del demonio, y en pre-

sencia de los habitantes reunidos delante de la puerta curó á los unos y á los otros, realizando aquella palabra del Profeta: «El mismo tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias.» Y los demonios, al salir del cuerpo de los poseídos, gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios:» pero Jesus les hacia callar, no permitiéndoles decir que sabían quién era.

Debe mencionarse con especialidad una de aquellas curas, porque fue una promesa para los judíos, con tanta frecuencia reprendidos y tan terriblemente castigados. La suegra de Simon Pedro, debilitada por la edad y atormentada por una fiebre violenta, se hallaba en grave peligro, y los discípulos rogaron á Jesus que la socorriese; Él mandó á la fiebre que se retirara, y al momento la enferma, no solo curada, sino tambien llena de fuerza, se levantó y les sirvió. Para ver y apreciar el sentido espiritual de este milagro, dicen los intérpretes; para comprender lo que representa la suegra de Pedro, recordemos que la esposa del Príncipe de los Apóstoles es la Iglesia, y que, por lo tanto, la suegra de Pedro es la Sinagoga, de la cual ha nacido la Iglesia. La Sinagoga es la pobre anciana devorada por la envidia, la avaricia, el odio y el cuidado de las cosas profanas; anciana que no morirá, y que, sin embargo, será resucitada, entrando en posesion de una vida que no ha conocido. El Salvador, que permanece en casa de Simon Pedro, estenderá hácia ella la mano, y ella se levantará para bendecirle y servirle.

Un día que Jesus se habia embarcado en el lago para gozar de alguna tranquilidad en un sitio solitario, sobrevino una gran tempestad; el agua, que entraba en las barcas, las amenazó con un próximo naufragio, y parecia que en tanto Jesus estaba durmiendo. Los discípulos, asus-

tados, gritaron: «¡Señor, sálvanos; porque perecemos!» Pero, dicen los Padres, está escrito que el guardador de Israel no se adormecerá ni dormirá jamás: Jesus dormia, como antes descansara en el pozo de Jacob, para mostrarnos que habia tomado un cuerpo semejante al nuestro; pero velaba con la Divinidad, y la Divinidad habia ordenado que estallara aquella tormenta, á fin de que tuviéramos una prueba del poder de Jesus, poder igual sobre los hombres y sobre los elementos. Despertose, pues, y dijo á los discípulos: «¿Por qué temeis, hombres de poca fe?» En seguida, levantándose, estendió la mano sobre el mar, diciéndole: «Cálmate;» y de pronto el mar quedó en gran calma. David habia cantado: *Las aguas os han visto, Señor; las aguas os han visto, y han temido. Vos sois quien manda á la fuerza del mar, quien modera sus olas y quien calma su furor.*

Por este milagro, dice San Gerónimo, debemos comprender que todas las cosas creadas reconocen á Jesucristo por su autor y obedecen su voz; no porque las cosas materiales tengan un alma y sentidos, como lo han creído ciertos herejes, sino porque tal es la majestad de Dios, que esas cosas insensibles para nosotros se hacen sensibles ante Él. Y los testigos, los discípulos y los demás que habian creído perecer, sobrecojidos ya por un temor de otra clase, se decian entre sí: «¿Quién es este que manda á los vientos y al mar, y á quien los vientos y el mar obedecen?» Ya Pedro no siente aquel temor hoy; la Iglesia, en cuyo favor se hizo el milagro, atestigua su renovacion, ó mas bien su permanencia, y saca de ella su invencible seguridad. ¡Cuántas veces ha visto que los vientos conmovian en el mar su navecilla! Pero conoce el poder de Dios, que vela cuando parece dormir,

le invoca, y sabe que, calme de pronto la tempestad ó déjela seguir su curso, la barca nunca zozobra. Al contrario, la misma tempestad la protege con frecuencia por los demas naufragios que multiplica y por las ruinas que acumula al querer sumergirla. Y Pedro en pie, en el lugar del Maestro, dirige su navecilla en los peligros con una firmeza que ningun terror quebranta.

Durante aquel viaje apostólico que estaba haciendo por Galilea, Jesus mostró de nuevo y públicamente su poder sobre el infierno. Un furioso, poseido por el demonio, se llegó á Él y le adoró, y al mismo tiempo los demonios que atormentaban á aquel hombre decian por sus labios: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesus, Hijo del Altísimo Dios?» Obligados á dejar su presa, suplicaron á Jesus que no les mandara ir al abismo, sino que les permitiera entrar en una piara de puercos que estaban pastando allí cerca, y Jesus consintió en ello, porque todo le pertenece, porque los propietarios de aquellos cerdos daban un escándalo, y porque quiso probar que el demonio nada puede ni sobre nosotros ni sobre nuestras cosas sino en cuanto Dios lo consiente. Apenas el endemoniado se vió libre, cuando los cerdos se precipitaron al lago, ahogándose en él. El poeta romano se alababa algunos años antes de ser «un cerdo del rebaño epicúreo:» ya se ve, por lo que acaba de decirse, de dónde procedian ese gusto y esa inspiracion; y por cierto que la especie de sabiduría que celebraba el poeta con ese verso ha conservado hasta nuestros dias las mismas simpatías hácia los cerdos, que tambien hoy se anegan en el fango (1).

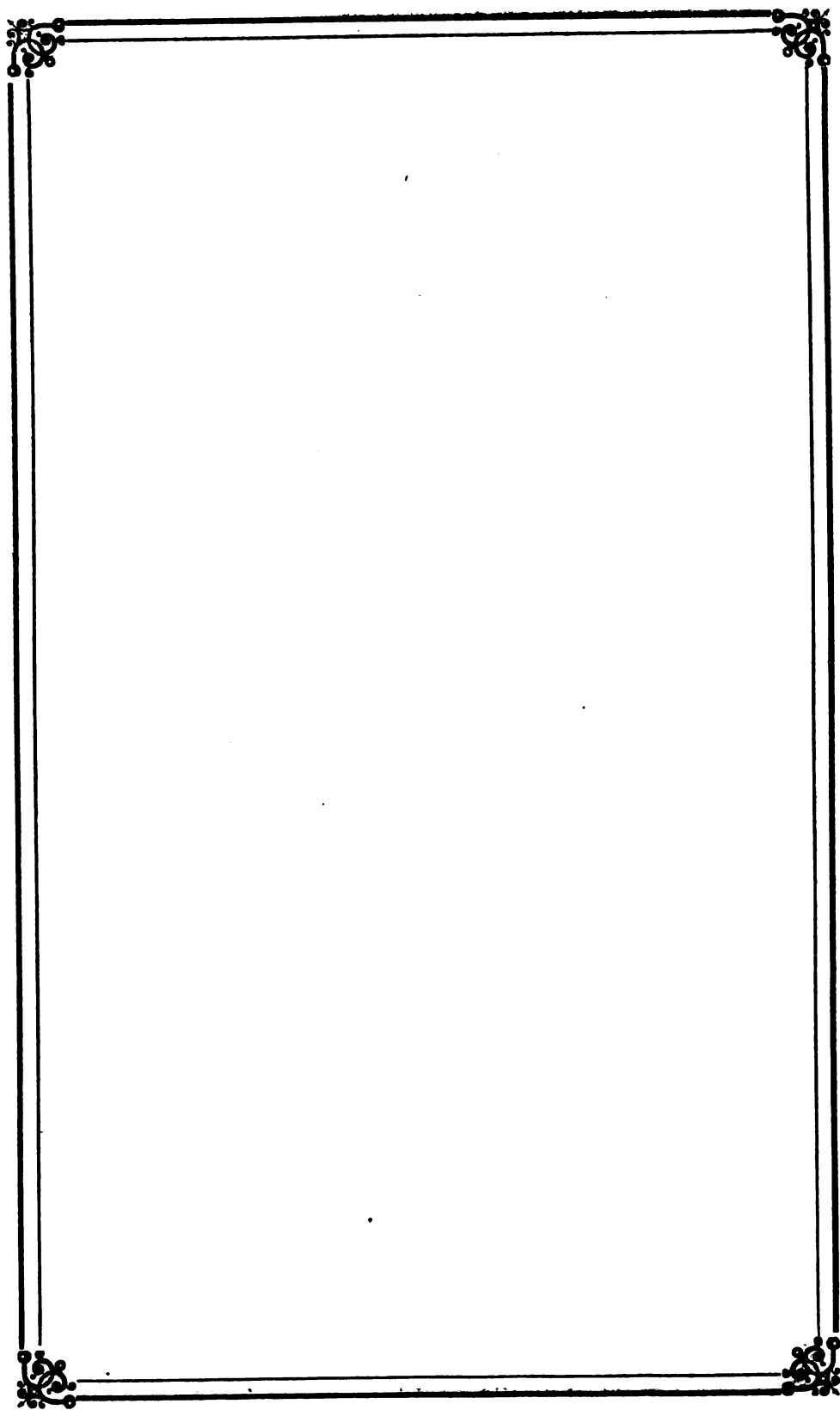
(1) Léase en prueba lo que un *sabio*, amigo de Renan, M. Taine, dice envidiando á los cerdos, en su obra *Viaje á los Pirineos*. (N. del T.)

Al volver Jesus á Cafarnaum se le presentó un paralítico con tanta fe y tanta caridad, que su alma se conmovió, y dijo tiernamente al enfermo: «Hijo mio, cobra ánimo; tus pecados te son perdonados.» Habia entre la multitud que le escuchaba algunos escribas y algunos fariseos, muy sanos sin duda, y muy persuadidos de su justificacion, como siempre; así es que se dijeron á sí propios: «Este hombre blasfema: ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios?» Pero Jesus, conociendo sus pensamientos, les habló así: «¿Qué cosa es mas fácil, decir á un paralítico: *Tus pecados te son perdonados*, ó decirle: *Levántate, coge tu camilla y anda?* Pues á fin de que sepais que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados, yo te lo mando (dijo al paralítico), levántate, coge tu camilla, y marcha á tu casa.» El hombre se levantó en aquel instante, cogió su camilla, y se marchó publicando las grandezas de Dios.

Entre aquellos fariseos murmuradores se contaban muchos que habian sido enviados de Jerusalem para espiar á Jesus, porque ya, á contar desde este momento, se ve crecer al odio farisáico que multiplica sus intrigas.

Hallábase Jesus comiendo en casa del publicano Leví, convertido ya en el Apóstol San Mateo, y que daba un festin para celebrar su conversion. Como de costumbre, se encontraban allí muchos publicanos y pecadores, gran número de los cuales le seguia siempre. Los fariseos se escandalizaron tambien por ello, y Jesus les respondió: «No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos; aprended con esto, añadió, lo que significa esta palabra del Profeta Oseas: *Yo quiero la misericordia y no el sacrificio*. Porque no he venido á llamar á la penitencia á los justos, sino á los pecadores.»

Por la ironía de aquel lenguaje, los fariseos comprendieron que Jesus no les miraba con la complacencia que ellos se miraban á sí propios, y con el designio de envolverle en dificultades, suscitaron á ciertos discípulos de Juan Bautista para que le dijeran: «¿De dónde procede que los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan con frecuencia y oran mucho, y los tuyos comen, beben y no ayunan?» Jesus respondió: «¿Por ventura podeis hacer que los hijos del Esposo ayunen en tanto que el Esposo está con ellos? Dias vendrán en que el Esposo les será quitado, y entonces ayunarán.» No contento con esto, Jesus amplió la idea en una comparacion, que es una leccion admirable sobre la dulzura que debe observarse en el principio de las conversiones para que no se desaliente la flaqueza por querer elevarla de pronto á la perfeccion. Al simbolizar en las bodas con su presencia la formacion de la Iglesia, Jesus la instruye para siempre, porque siempre tendrá enfermos que curar y pecadores que convertir; pero los fariseos no podian ver tan lejos, y ni aun eso vieron. En cuanto al mismo Jesus, la oracion, el ayuno y el trabajo apostólico eran su único alimento, segun sus palabras en otro lugar repetidas: «Mi alimento es cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado.»



CAPÍTULO VII.

La hemorroide.—La hija de Jairo.

Entre tanto, los mismos fariseos no perdian ocasion de recurrir al poder y á la bondad de Aquel á quien censuraban tenazmente. Es probable que Jairo, jefe de la sinagoga de Cafarnaum, formara parte de los fariseos; pero tenia una hija, niña de doce años, que cayó enferma, y que muy pronto estuvo en peligro de muerte. Jairo acudió á Jesus, que estaba enseñando entonces á orillas del mar de Tiberiades; se postró ante Él, y con una fe imperfecta le suplicó que fuera á curar á su hija moribunda, persuadido por una parte de que Jesus podria y querria hacer eso, y creyendo miserablemente por otra que para ello era necesario su presencia y la imposicion de sus manos: Jesus, sin dirigirle reconvencion alguna, se levantó y le siguió.

Entre la multitud que corria siempre detras de Él, habia una mujer de la ciudad de Cesárea, que sin duda habia ido á Cafarnaum á verle por lo que en todas partes se decia de Él. Doce años hacia que aquella mujer padecia flujos de sangre, sin que los médicos, que la habian arruinado, la procuraran ningun alivio. Aquella mujer seguia, pues, á Jesus, no atreviéndose á presentársele ni á pedirle nada; pero llena de fe, y mas iluminada aun por aquella luz sobrenatural que por todo otro testimonio, se decia á sí misma: «Si yo puedo tocar solamente la orla de su vestido, quedaré curada.» Llegó á tocarla, y, en

efecto, sintiose de repente sana, y de pronto tambien Jesus, volviendo la cabeza, preguntó quién habia tocado su traje.

Y como todos se disculparan, lo cual indica el respeto que no cesaba de inspirar, aun cuando dejaba que la multitud le cercase, Pedro le dijo: «Maestro, ves la gente que te rodea, ¿y preguntas quién te ha tocado?» pero Jesus continuó mirando á su alrededor, y repuso: «Alguno me ha tocado, porque una virtud ha salido de mí.»

Las influencias de Jesucristo son incorporeales y no salen materialmente de Él para ir á los otros como si le abandonaran, así como la ciencia no abandona á aquel que la enseña para ir á los que la aprenden. Por eso Jesus se vuelve y pregunta, á fin de mostrar que sabe que aquella mujer está curada y cómo se ha curado honrando su fe: «¿Quién me ha tocado?» Es decir, ¿quién me ha tocado por la fe y el pensamiento; porque esta multitud que me cerca no me toca, porque no se aproxima á mí ni por la fe ni por el pensamiento?

La hemorroide, asustada, se postró confesando lo que habia hecho, y Jesus la dijo: «Hija mia, ten confianza; tu fe te ha salvado; vete en paz.» Aquella mujer ha llegado á ser su hija cuando ha tenido fe; su fe la ha curado, y no el hallarse versada en las Escrituras, dice Tertuliano, siendo esta una leccion para los escribas. Y Jesus le ha pedido aquella confesion para dejarnos estas palabras y para que todos las oyéramos: *Confide, filia; fides tua te salvam fecit. Vade in pace.* ¡Á cuántas almas ha dado esta palabra la paz, la fuerza y la salvacion!

El primero cuya fe se acrecentó sin duda con ello fue Jairo, á quien en aquel momento se hizo saber que su hija habia espirado. Algunos le aconsejaban que no cansara

mas al Maestro; pero él dijo: «Señor, mi hija ha muerto; ven, tócala, y vivirá.» ¡Feliz padre! ¡Feliz sobre todo por haber hablado así! Unas palabras de Jesus fortalecieron su esperanza, y poco despues llegaron á la casa, donde se oian muchos gemidos y clamores. Empero Jesus dijo á las gentes que se lamentaban: «¿Por qué llorais? La jóven no está muerta; duerme.»

Aquellas gentes empezaron á burlarse, porque habian visto morir á la niña; pero Jesus hizo que se alejaran, lo mismo que los músicos que habian acudido, segun la costumbre de los funerales; y quedándose solo con el padre, la madre y tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, cogió la mano de la muerta, y dijo: «Hija mia (le llamó hija á causa de la fe de su padre), levántate.» La jóven se levantó y empezó á andar, y Jesus mandó que se la diera de comer, prohibiendo espresamente á los padres que divulgaran nada de lo que habian visto; pero le desobedecieron, como le desobedecian otros muchos que se hallaban en su caso. Jesus ordenó unas veces, y prohibió otras, que se publicaran sus milagros, por razones no todas conocidas, y entre las cuales la mas verosímil es la de que queria que sus discípulos aprendieran á ocultar, en cuanto les fuera posible, los dones que les hiciera, á fin de que se libranan del peligro de los aplausos. Pero ¿por qué ordenó que se ocultaran mas bien unos milagros que otros? No hay duda que lo quiso por motivos dignos de Él, y nosotros debemos saber ignorar lo que Él no ha creído oportuno darnos á conocer. Lo que entendemos basta; no necesitamos mas.

Los Santos Padres han notado y nos han hecho comprender la misteriosa connexion de esos dos milagros que se cuentan en la misma página del Evangelio, y que, sien-

do los dos igualmente proféticos, cumplen á la vez las antiguas profecías. En el primer milagro, la cura de la mujer que padecía la hemorragia, obrada por el simple contacto de la vestidura del Salvador (en lo cual Nuestro Señor ha justificado el culto de las santas reliquias), se señalan desde luego dos cosas: un recuerdo del sacerdocio de Aaron, promesa del sacerdocio de Cristo, Sacerdote verdadero, y una figura esplendente de la Encarnacion. Se ha dicho que el óleo esparcido sobre la cabeza de Aaron corria hasta el extremo de su túnica y conservaba, aun allí, su virtud. La mujer enferma comprendió aquel símbolo: mas sabía por su fe que todos los doctores judíos por todas sus investigaciones, sin detenerse en la debilidad aparente de la naturaleza visible, creyó que el Hombre de los milagros, que pasaba junto á ella rodeado y cercado por una multitud vulgar, era el mismo Dios, y que la virtud divina se desprendia de aquella vestidura de carne que tocaba á la tierra lo mismo que de la orla de su manto. Pues bien: la vestidura de Dios es su Encarnacion, por la cual el Verbo vistió nuestra humanidad, y las orlas de aquella vestidura son los dogmas de fe que se desprenden de la Encarnacion.

Y aquella enferma que estiende la mano para tocar el traje de Jesus antes de ser curada; aquella enferma que está perdiendo su sangre hace tantos años sin que los médicos que la han cuidado hayan hecho otra cosa que debilitarla y arruinarla; aquella enferma desesperada é impura es la Iglesia de los gentiles, entregada á la soberbia filosofía, á la falsa sabiduría, á la ciencia vana, á los crímenes, y que va á morir si no aparece Aquel que es la esperanza del mundo. En vano ella pregunta á los médicos; no hay médicos para su mal; y Platon, Júpiter y Cé-

sar solo tratan de quitarlas sus bienes. Por mucho que ellos la digan, por mas que ella haga, su sangre corre siempre: para los judíos, la pérdida de sangre, que no pueden y no quieren contener, la hace impura, y solo se ocupan de aquella mujer para escluir la del templo á causa de su impureza y para mandarla se abstenga de ofrecer sacrificios al Señor. Debe, pues, morir, y va á morir; pero entonces se muestra Jesus con toda su bondad, y ella se le anticipa con una fe sublime. No se dice al verle: *Acaso curaré*, sino que se dice: *Seguramente quedaré curada*. Le sigue entre la multitud de aquellos que le cercan y no le tocan, y que antes al contrario, como dice San Pedro, «le oprimen y le afligen,» porque su curiosidad le admira sin que sus corazones le pidan nada, y sobre todo le ofrezcan nada; le sigue, le toca para ser curada, y queda curada. Así la iglesia de los gentiles, dice San Leon, sin haber visto á Jesus en su carne mortal, pero habiéndole escuchado en sus Apóstoles, ha palpado, por decirlo así, el misterio de la Encarnacion; así la Iglesia, compuesta de nosotros los gentiles, dice tambien San Hilario, se apresuró á recoger el don del Espíritu Santo, el fruto, el adorable fruto de la Encarnacion del Verbo, don que descende de ella, como la orla descende del traje que remata. Y así como, curada sin ser vista, Jesus llamó á la enferma para que oyera confirmar el beneficio, recibiendo el dulce nombre de hija, así la Iglesia de las naciones, á la que Jesucristo curó por medio de los Apóstoles sin haberla visto con los ojos de su cuerpo, ha recibido de Él esta palabra de Padre: *Confide, filia*.

Debe notarse que cuando Jesus curó á la mujer de Cesárea no fue porque la buscara: ella le encontró en su camino por un decreto de la voluntad de Jesus, que ha

dispuesto todas las cosas para instruir á los hombres. Jesus iba á otra parte; *seguia* á Jairo, que habia ido á pedirle la vida de su hija moribunda.

El nombre de Jairo quiere decir *iluminado é iluminante*; y por aquel nombre y por su cualidad de jefe de la Sinagoga, Jairo representa á Moisés: la hija de Jairo tenia doce años, y la hija de Moisés, la Sinagoga, tenia doce siglos: así como la hemorroide estuvo enferma doce años, así el gentilismo estuvo enfermo doce siglos, y, mas y mas invadido por la idolatría, iba perdiendo en sí mismo las virtudes naturales, y vivia muriendo bajo el yugo de sus falsos maestros, á quienes pedia en vano la luz y la paz. La Iglesia, dice Rábano Mauro, estuvo enferma en tanto que la Sinagoga tuvo la lozanía de la vida; y cuando la Sinagoga se perdió por su infidelidad, empezó la salvacion de los gentiles.

Tambien á la Sinagoga moribunda le ofrecia Jesus la salvacion: no queria destruirla, sino cumplir lo que Moisés, su Profeta y su precursor, habia preparado. Él seguia su camino, y decia á los judíos: «Los libros de Moisés contienen la historia de mi vida:» *De me ille (Moyses) scripsit*; y en vez de establecer la Iglesia sobre la Sinagoga destruida, brindaba á la Sinagoga, engrandecida hasta adquirir las dimensiones del mundo, á que recibiera en su seno á todos los pueblos, y que ella misma se convirtiera en la Iglesia. Hasta esta época de la historia de Jesus, Jesus, segun observa San Gerónimo, habia hecho siete milagros, y el octavo, complemento del número misterioso que espresa la Ley nueva, es decir, la nueva creacion por la Redencion, debia ser la resurreccion de la hija de Jairo, la renovacion, por un segundo nacimiento, de la Sinagoga, hija de Moisés. Pero la Sinagoga no creia, no pedia

su curacion por la fe, y, con una prenda de fe, el humilde y fervoroso gentilismo ha de quitarla su puesto. La Iglesia, que es la última en pedir auxilios, es la primera que se ve satisfecha, y se halla sustituida á la Sinagoga. David habia anunciado que la negra Etiopía, es decir, el gentilismo cubierto con sus innumerables vicios, tendria el primero sus manos hácia el Señor, y el mismo Jesus dice á los fariseos que los publicanos y las mujeres de mala vida les precederán en el reino de los cielos. La salud destinada á la Sinagoga fue, pues, dada á la Iglesia, dice San Hilario; y así se realizó el misterio de la vocacion del gentilismo que le puso en posesion del beneficio prometido directamente á los judíos y rechazado por ellos.

Al reemplazar á la Sinagoga, el Hijo de Dios deja ver, sin embargo, que no la olvida: continúa su camino hácia la casa de Jairo, hácia la hija de Moisés, enseñándonos de antemano lo que San Pablo interpreta de un modo tan admirable en su epístola á los romanos: « ¿Ha rechazado Jesus á su pueblo? No, no... Dios ha permitido la ceguedad de una parte de los judíos, á fin de que la plenitud de las naciones entre en la Iglesia; pero entonces se salvará todo Israel. »

Todos los episodios del milagro confirman esta doctrina, bien que ademas se encuentren en él otros sentidos igualmente verdaderos y profundos, porque el carácter particularmente divino de la Escritura, y sobre todo del Evangelio, es una variedad inagotable en la unidad siempre subsistente de su enseñanza. Por esto es por lo que dicen los Padres que está figurado por los animales del Apocalipsis, animales cubiertos de ojos.

Al llegar á la casa de Jairo, el Salvador encontró á una multitud tumultuosa de curanderos y de tañedores de ins-

trumentos lúgubres: aquella era la *manada* estéril de los rabinos que cercaban á los judíos por todas partes. Les llamaban los doctores de Israel, y no eran sino unos pobres músicos de los funerales de su espirante reinado, de su sacerdocio muerto, de su templo próximo á arruinarse. Ni siquiera conocían el sentido de los cánticos, que habían llegado á ser incomprensibles para ellos, y que entonaban el día del sábado, que ha concluido como todo lo demás. Lo que ha muerto, muerto está, y ellos lo saben; pero no quieren saber que todo renacerá por la vida de Jesucristo, cuando Jesucristo traiga la vida. Jesus hace que callen aquellos parásitos, como impondrá silencio á los que llenen de vanas palabras los oídos del muerto, cual si quisieran impedir que penetraran en ellos las palabras que son el espíritu y la vida, y que devuelven la vida á los muertos.

En la casa hay otro tumulto, tumulto de gemidos y de gritos. El pueblo judío, observa San Gerónimo, no es un pueblo que cree, sino que es un pueblo que se mueve. Jesus dice en la casa con su tranquila majestad: «La jóven no está muerta; duerme:» y se burlan de esas palabras, cuya serenidad es ya un consuelo para las almas doloridas de los padres. Hé ahí á los hombres, dice San Hilario, cuya obra de conversión emprendió Jesus; hombres obstinados en no creer, dispuestos á burlarse de su doctrina; hombres á quienes tiene, en fin, que arrojar lejos de sí, porque se hacen indignos de ver por mas tiempo sus obras. Los judíos no asistieron á la resurrección de aquella que para ellos estaba muerta, y que para Jesus solo estaba dormida; porque ante Él, que es la vida eternamente victoriosa, la jóven no se hallaba mas muerta que Lázaro, de quien dirá muy luego: «Está dormido;»

aunque en aquel momento Lázaro estuviera dormido en el fondo de la tumba. Duerme, pero Yo vengo á despertarle; voy á sacarle de ese sueño, porque Yo mando sobre ese sueño, y ese sueño me obedece como me obedecen el mar y los vientos. Yo llamo á la muerte, y la muerte viene; Yo la alejo, y se va; Yo la pido lo que la he permitido tomar, y me lo devuelve: *Vobis mortua est; mihi dormit*. Este es el comentario de San Gerónimo sobre las palabras pronunciadas por Jesus en casa de Jairo. La fe de los cristianos triunfará del fantasma de la muerte, y San Pablo les dirá, en el lenguaje de Jesus, que no den á los que *duermen* sino el llanto que puede verter la esperanza, puesto que aquellos que *se han dormido* en Jesucristo resucitarán con Él. Y por eso la descendencia católica de Adán llamará *mansion del sueño* á los campos enriquecidos con las bendiciones, á esos campos en los que su polvo descansa para renacer formando otros tantos hijos inmortales protegidos por la Cruz.

Para obrar la resurreccion, Jesus mantiene á su lado al padre, á la madre y á sus tres discípulos, porque los judíos serán resucitados en virtud de la promesa hecha á Moisés, recibiendo la vida por la predicacion y la doctrina de los Apóstoles; coge tambien á la jóven por la mano, porque solo la mano de Jesus puede devolver la vida á los judíos, cuya mano le ha dado á Él la muerte. Y cuando la muerta se levanta y anda, ordena que se la dé de comer, es decir, que se la dé el alimento sagrado de los cristianos, la Eucaristía, y que la Sinagoga beba en la nueva copa en que beben ya juntos los gentiles y los samaritanos, á fin de que todos tengan la vida y la abundancia eterna de la vida.

Tal es el sentido profético de la resurreccion de la hija

de Jairo, resurrección que se halla en armonía con la cura de la suegra de Simon Pedro y con toda la obra de Jesus; pero tiene tambien otro sentido, como lo hemos de ver mas adelante.

Al salir de la casa de Jairo, Jesus encontró á dos ciegos que clamaban: «Hijo de David, ten misericordia de nosotros;» y aunque pareció que Jesus no les oia, ellos le siguieron hasta su morada. Al llegar allí, Jesus les preguntó si creian que Él podia hacer lo que ellos deseaban; y como le respondieran: «Sí, Señor,» tocoles los ojos con las manos, diciendo: «Hágase segun vuestra fe;» y sus ojos se abrieron en seguida. Presentáronle á un hombre que estaba mudo por el poder del demonio; y como aquel enfermo no tenia ya su libertad, le curó sin preguntarle nada; le curó como se administra el bautismo á los niños. El pueblo, lleno de admiracion, exclamaba: «¡Nunca se ha visto en Israel cosa semejante!» Los fariseos reconocian sus milagros, porque no les era dado negarlos, pero decian: «Por Belcebú príncipe de los demonios es cómo arroja los demonios;» y cuando los fariseos decian eso, Jesus habia curado las enfermedades, habia arrojado á los demonios, habia hecho retroceder á la muerte. Pero la impiedad del orgullo en nada creia.

CAPÍTULO VIII.

El Parálítico de la Piscina.—Magdalena.

Jesús, siempre enseñando y curando en su camino, se dirigió á Jerusalem para una fiesta solemne. Sabia que allí volveria á encontrarse con otros fariseos, tan enemigos suyos como los de Galilea, y mas poderosos que estos. Ya desde los milagros de Cafarnaum los fariseos formaban conjuraciones contra Él, no porque les hubiera atacado mucho todavía, sino porque predicaba otra penitencia, practicaba otras obras y llevaba otra vida que la que ellos hacian. Acusábanle de blasfemo, y su caridad les suministró motivo para imputarle otro crimen. El milagro cuya narracion va á leerse es uno de los mas notables de la vida del Salvador por su importancia y por el grave sentido de las circunstancias en que se realizó.

Existia en Jerusalem una Piscina célebre por las gracias que Dios concedia en ella: llamábase la *Piscina de Bethesda*, en griego Piscina *probática* ó de los corderos, y sin duda se la habia dado ese nombre porque los sacerdotes lavaban allí los corderos destinados al sacrificio. Por otra parte, Bethesda significa *casa de misericordia*. Era aquel un receptáculo de aguas pluviales rodeado de cinco galerías, bajo las cuales se reunia gran número de enfermos, ciegos, cojos y éticos que esperaban que las aguas se pusieran en movimiento (porque en ciertos momentos del año se agitaba repentinamente el agua por la accion

invisible de un ángel); y el enfermo que descendía el primero á la Piscina despues de aquel flujo de las aguas, se encontraba curado en el instante, cualquiera que fuese su enfermedad.

Semejante á aquellos enfermos que, reunidos bajo las cinco galerías de la Piscina, esperaban que el agua les devolviera la salud, el pueblo judío, separado de los demás pueblos y encerrado en los cinco libros de Moisés, esperaba al Redentor. Aquel pueblo habia tambien enfermado, y su Ley no le curaba: dada únicamente para señalar el pecado, la Ley acusaba al pecador sin que pudiera absolverle, aunque le tenia cerca de la Piscina, es decir, cerca de la salvacion. Aquella multitud de enfermos, animados por la fe y la esperanza, representan á la multitud de judíos fieles que quieren apresurar con sus votos la venida del Mesías, y por eso al especificar las enfermedades mas graves y de todo punto incurables, el Evangelio estiende las semejanzas al resto del género humano. Los gentiles estaban aun mas enfermos que los judíos; eran los ciegos que ignoraban las verdades mas fundamentales; eran los paralíticos que habian llegado á ser incapaces de practicar la ley natural, de la que no conservaban sino una vaga nocion; eran los éticos en quienes el ardor por las voluptuosidades habia muerto toda savia de amor divino. Los gentiles se veian, pues, radicalmente perdidos, y su salvacion solo podia obtenerse por un milagro; todos ellos constituian la humanidad enferma que yacia sobre la tierra, y para curar esa enfermedad, dice San Agustin, era preciso que el Gran Médico descendiera del cielo.

Ese Médico es Jesucristo, á quien los Profetas habian anunciado y de quien es una figura el ángel de la Pisci-

na. El ángel desciende invisible á la Piscina como el Verbo divino baja á la tierra cubierto con el velo de la humanidad; el ángel agita el agua como Jesucristo por su doctrina y por sus milagros agita las conciencias y las despega del torpe amor á las cosas de esta vida. El agua no será ya el agua estancada de los primeros tiempos, el fango mortífero en que el alma, afectada por la culpa original, moria viviendo: se despertará en ella una energía desconocida, y su vivo contacto acabará con la debilidad que, por sus bajos placeres, enervaba al hombre. Jesus trae al mundo tres cosas: la perturbacion, el fuego y la espada, y por esas tres cosas se instalará la paz en el mundo. «La paz sea con vosotros, os dejo mi paz»—esa paz que es el fruto excelente de la fuerza suprema, esa paz que escede á todo bien.

Cualquiera que fuese la enfermedad del primer hombre que se bañara en la agitada Piscina, desaparecia en el momento radicalmente, y en este rasgo los intérpretes reconocen dos grandes figuras: el bautismo y la Pasion del Salvador. Por la Pasion de Jesucristo, que fue y que será por siempre lo que mas agite al mundo, las aguas del bautismo recibieron la virtud de curar las almas, y, aunque la realidad escede á la figura en la infinita distancia que existe entre el entendimiento del hombre y el poder de Dios, la figura es, sin embargo, la espresion exacta de la realidad. El agua de la Piscina no tenia por sí misma ninguna virtud, como ninguna virtud tiene por sí misma el agua del bautismo: para que el agua de la Piscina tuviese virtud se necesitaba la bajada del ángel y el movimiento á que daba causa, como ha sido necesario que Jesucristo descendiera al Jordan para que el agua, con el contacto de su carne inmaculada, adquiriera lo

que San Bernardo llama *jus baptismi*, para que llegara á ser el agua del bautismo; y solo bautiza y solo borra el pecado cuando se agita, digámoslo así, por la invocacion de la Santísima Trinidad que une á ella la gracia del Espíritu Santo. La accion de meterse en la Piscina representaba de antemano la fe en la Pasion de Jesucristo: por el sacramento de la penitencia, que renueva en nosotros el esplendor del bautismo, descendemos á la Piscina en la que la sangre de Jesucristo, al lavar nuestras almas, cura nuestras enfermedades.

Aquella Piscina se llamaba, como se ha dicho, la *Piscina de los Corderos*, de modo que aquel lugar de misericordia llevaba un nombre en el que se concentra toda la dulzura del Evangelio. Lavábase allí á los corderos que debian ser ofrecidos en sacrificio, y esto era todo lo que sabia entonces el mundo; pero ahora vemos cuál es la profecía que encerraba el sacrificio ofrecido por medio de los corderos. Cuando Jesus aparece bajo aquellos pórticos, testigos de un milagro tan grande y tan constante, el nombre de la Piscina y el milagro, el pasado y el porvenir, todo se ilumina por una luz divina. Allí, en la Piscina de los corderos, se ve al Cordero de Dios, al Cordero que quita los pecados del mundo, al Cordero que dará su carne y su sangre, siendo al mismo tiempo el Pastor de la oveja perdida que va á buscarla á través de las espinas, la lleva sobre sus hombros, y la guarda en el redil eterno. Por eso un Profeta habia llamado á sus fieles las ovejas de los pastos de Dios; por eso Él dice á Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Así se nos presenta á orillas de la Piscina que figura los bienes que Él trae á la tierra; allí donde se lavan los corderos del sacrificio, se presenta Él, la verdadera Víctima, que querrá

ser lavada con su sangre cuando llegue la hora de morir por nosotros.

Y así como Jesus nos representa el sentido del lugar, así tambien nos representa el sentido del milagro. Aquel gran milagro que se renueva todos los años por siglos y siglos, recordaba á los judíos, bajo una forma vivísima, al mismo tiempo que la ineficacia de la ley para purificar al hombre del pecado, el poder del Mesías, Salvador de los hombres. Las curaciones de la Piscina comentaban los misterios anunciados en el templo, escitando la oracion, fortificando la esperanza, preparando la fe en el bautismo. Puesto que el agua podia curar todas las enfermedades del cuerpo, por la virtud del agua podian igualmente curarse las enfermedades del alma.

Pero, ¿por qué no habia mas que una curacion cada vez que el agua se agitaba? «Para significar la unidad, responde San Agustin: hay un solo Dios, hay un solo bautismo, y solo queda purificado de toda enfermedad espiritual el hombre que, en la unidad de la iglesia católica, participa de los misterios de Jesucristo.» Nunca el bautismo entre los herejes podrá ser un verdadero bautismo, porque no salvará á aquellos que, á sabiendas y voluntariamente, viven fuera de la unidad. La salvacion ha venido de uno solo, y reside en una sola Iglesia. Así, aquel enfermo único curado por las aguas de la Piscina, es la figura de todos los verdaderos cristianos que, lávados por el bautismo, forman el único pueblo cristiano, primero y último cuerpo místico de Jesucristo. Aquellos que en tiempos diversos y en puntos diferentes reciben el bautismo de la unidad, son los miembros de un mismo cuerpo divino que descienden al baño sagrado, saliendo de él como si fueran un solo hombre; los demas que no perte-

necen al cuerpo de la Iglesia, se asemejan á aquellos que entraban en las aguas despues del primero y que ya no obtenian resultado ninguno. Llegan muy tarde; reciben un bautismo borrado por la apostasia , y que nada les deja.

Así es cómo la Providencia sostenia la fe de los judíos y fortificaba é ilustraba de antemano la nuestra, dándola el fundamento del testimonio figurativo y el fundamento del testimonio apostólico, dos indestructibles bases en las que se levanta el divino edificio sobre la piedra angular, que es Jesucristo.

Debe saberse, dicho esto, que habia allí, echado en las galerías de la Piscina, un hombre que venia padeciendo una enfermedad durante treinta y ocho años. Jesus, que conocia la enfermedad y su fecha, le dijo: «¿Quieres ser curado?» El enfermo respondió: «Señor, no tengo un hombre que me baje á la Piscina cuando se agita el agua; y mientras yo me arrastro como puedo hácia ella, otros enfermos se me anticipan.» Jesus le dijo entonces: «Levántate, coge tu camilla, y vete.» Y en el instante aquel hombre se vió curado, ante cuyo espectáculo le dijeron los judíos que lo presenciaban: «Hoy es sábado, y no te es permitido llevar tu camilla.» Pero él respondió: «El que me ha curado me ha dicho que cogiera la camilla y que marchase.—¿Y quién, le preguntaron despues de oirle, quién es quien eso te ha dicho?» Á esto no pudo responder aquel hombre, porque no sabia quién era su bienhechor, ni podia señalarle habiéndose Jesus confundido entre la multitud.

¡Ah! En cuanto á nosotros, aun cuando no conociéramos al Médico, tanto su poder, cuanto su solícita bondad, nos revelarían su nombre. El enfermo, ya lo sabemos, era el género humano que venia sufriendo treinta y ocho años

hacia, número que no se ha fijado sin ulterior designio. Dos grandes intérpretes, San Agustín y el venerable Beda, han estudiado el misterio de ese número; ese número, dicen, se compone del número diez cuatro veces sumado, y señala la perfección de la ley en todas sus obras; y ese número es el símbolo de la vida santa y perfecta, porque el justo guarda cuidadosamente los diez mandamientos de la ley de Dios, repetidos en los cuatro libros del Evangelio. Pero como no se puede observar la ley divina sin la práctica de los dos preceptos de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y como allí donde no se halla ese doble deseo se pierde la perfección de la ley, aunque por otra parte el hombre la reconozca y tenga fe, por eso el número treinta y ocho (cuarenta menos dos) nos enseña que el enfermo de la Piscina es imagen del género humano enfermo y culpable. El género humano poseía el conocimiento de la ley de Dios, divinamente grabado en el corazón de todos los hombres; pero no poseía el doble amor por el cual puede únicamente cumplirse esa ley.

Tal es la explicación de San Agustín, desarrollada por Beda y por un eminente doctor de nuestros días, el P. Ventura. ¿Qué importa que el mundo haya perdido el hábito de entregarse á este género de estudios y se muestre poco dispuesto á creer en sus resultados? No por eso los hombres reflexivos y formales negarán que los treinta y ocho años del paralítico encierran un misterio, admitiendo la explicación que de él dan hombres como San Agustín, Beda y el P. Ventura.

Por lo demás, se comprende facilísimamente la preferencia que Jesús dió al paralítico sobre todos los demás enfermos á quienes pudo curar. Treinta y ocho años de espera y sufrimientos no pudieron vencer la fe de aquel

:

hombre que siempre esperaba, que siempre se esforzaba por adquirir la salud; y porque se anticipa á poner en práctica la leccion que el Señor dió mas tarde sobre la perseverancia en la oracion, se ve curado por un milagro mas grande aun que el que él esperaba.

Jesus le pregunta por de pronto si quiere ser curado, y en esa pregunta se ve al médico y al sacerdote. ¡Cuántos ¡ay! piden verse sanos, y, sin embargo, en el fondo no quieren ser curados, es decir, no hacen lo que deben hacer para curarse! Esa mala voluntad de huir de la salvacion se manifiesta sobre todo en las enfermedades espirituales. «Yo oraba, dice San Agustin, y, sin embargo, temia ver satisfecho mi deseo.»

Las palabras que el Señor dirige al paralítico nos advierten que apetezcamos nuestra salvacion, porque todas las palabras que salen de sus labios se dirigen á todo hombre nacido. Ademas, con esas palabras abre al paralítico la vía de la fe. Jesus no exige un acto de fe de aquel enfermo que no ha ido á Él, que nada le ha pedido, que no le conoce; pero quiere que sepa y nunca olvide que ha sido objeto de un milagro, á fin de que tambien su alma sea curada, y se salve por la fe.

El paralítico responde humildemente como hombre que ha sabido aprovecharse del dolor: no murmura, no acusa á la Providencia, no duda de la virtud del remedio divino. «Señor, dice: no tengo un hombre que me lleve á la Piscina, y, en tanto que yo me arrastro, los demas se me anticipan.» No hay en estas palabras una sola queja, y es de notar que todas las almas á las cuales se dirige Jesus muestran el mismo fondo de rectitud, de humildad y de grandeza, sin que haya en este punto escepcion ninguna. Á pesar de todas las degradaciones, á despecho de to-

das las manchas, queda el sello divino en la didracma perdida. Solo la vista de Dios puede reconocer ese sello; le reconoce, en efecto, y su mano va á buscar el alma estraviada en el fango en que yace. Por eso va á Samaria y á los confines de Tiro; por eso va á casa de los publicanos y de los fariseos; por eso va hasta los infiernos, donde le esperan los que, sorprendidos por el diluvio, elevaron sus ojos al cielo confesando que habian pecado. Y luego veremos cómo su gracia penetra, ora con la dulzura de la aurora, ora con la fuerza impetuosa del rayo, en los sitios que se han cerrado y fortificado para que no penetre; cómo llega al patíbulo del criminal, al gabinete del sabio incrédulo, hasta á los abyectos calabozos de los cautivos de la voluptuosidad: penetra donde quiera que una lágrima, un suspiro protestan contra las victorias de Satanás, y dicen: «No tengo un hombre que me ayude; venid, socorredme.»

Jesus, por su parte, dice al paralítico, despues de oirle: «Levántate;» y esas palabras son la salud; esas palabras crean la fuerza que le falta al enfermo. Añade á seguida: «Coge tu camilla y marcha.» De ese modo se dirigen al hombre curado dos mandamientos que dan testimonio del milagro, pueden convertir á los judíos y robustecen nuestra fe. Todo el género humano decia en la persona y por los labios del paralítico: «No tengo un hombre que me ayude.» Ahí está el hombre, y Pilatos ha de decir mas tarde: *Ecce homo*: hé aquí el hombre. La palabra del paralítico prepara la palabra de Pilatos, y esas dos palabras misteriosas se iluminan una á otra y la una por la otra en toda su profundidad. Al género humano es, como se ve, á quien dice Jesus: *Levántate*. Ahora puedes obrar y está en tu mano el quererlo, porque la Piscina queda por siempre abierta, el agua se verá siempre agi-

tada, y toda enfermedad del alma podrá curarse en ella. *Coge tu camilla*, le dice tambien, y la camilla es el cuerpo. Yacías en ese cuerpo corrompido, y debes separarle de la tierra, debes sustraerle así á la corrupcion. Tu alma, por la gracia de los Sacramentos, es señora de tu cuerpo y puede reducirle á servidumbre. *Marcha*, esa es su última palabra: aléjate de la atmósfera envenenada en que enfermaste; sube á las alturas saludables; sube hácia el cielo.

El paralítico obedece, pero se muestra la intervencion de los judíos, diciéndole: «¿Qué haces? ¿Estás violando la ley?» «Hago, responde, lo que me ha mandado quien me ha devuelto la salud.» Y los judíos insisten, para que se descubra mejor el espíritu del mundo; no interrogan al paralítico para saber quién le ha curado, sino para enterarse de quién es quien le ha dicho que coja su camilla y marche. Para nada se acuerdan del milagro, ni por el milagro es por lo que quieren conocer á su autor; lo único que ansian es saber quién ha ordenado lo que ellos consideran como una trasgresion de la ley. Y siempre han de mostrar los mismos sentimientos, tan consecuentes consigo mismos en el mal como lo es Jesucristo en el bien, tan perseverantes en el odio como Jesucristo es perseverante en la misericordia y en el amor.

El paralítico no puede responder á sus preguntas, porque no conoce á Jesus, y porque Jesus se ha retirado entre la multitud. La multitud distrae al mundo, dice un Santo Padre, y Jesus apetece ser conocido en secreto. Entre la multitud de los enfermos del alma, representados por aquellos enfermos del cuerpo; entre los pecadores y los malvados, nadie puede elevarse al conocimiento de Dios.

No obstante lo dicho, el paralítico supo quién le había curado, porque Jesús le halló en el templo; nuevo rasgo de la bondad de aquel hombre, que, al volver á recobrar sus fuerzas, no corrió á sumergirse en los negocios y placeres del mundo, sino que fue al templo, mereciendo por ello ver á su Salvador. Díjole Jesús: «En adelante no peques, no sea que te suceda alguna otra cosa peor.»

Así, pues, la enfermedad de aquel hombre había sido consecuencia de sus pecados; y debe notarse que, si bien no proceden del pecado todos los males corporales, el pecado, como dice el Crisóstomo, es la causa mas general de ellos. Dios castiga al cuerpo por las faltas del alma, á fin de que la enfermedad del cuerpo nos haga pensar en las del alma que desconocemos, ó sobre las cuales nos engañamos. Así es cómo la clemencia divina hace que la aflicción de la carne redunde en beneficio del espíritu. «Solo caemos enfermos, dice el venerable Beda, por una disposición de la Providencia, disposición con frecuencia oculta, pero siempre útil y jamás injusta, y nos curamos con mayor seguridad por la oración que por los remedios de los médicos, cuyas medidas mas prudentes tienen por otra parte, y al menos materialmente, el objeto de hacernos respetar la Ley de Dios. Esa Ley de Dios se ha dado lo mismo para el cuerpo que para el alma, y el cumplirla es tan útil para la una como para el otro: los vicios que se estirpan del cuerpo, robustecen su vida.»

La advertencia que Jesús dirige al paralítico es terrible: «No peques mas, no sea que te suceda otra cosa peor.» Aquel hombre, víctima del pecado, venía padeciendo durante treinta y ocho años, es decir, durante su vida entera, la enfermedad mas dolorosa: ¿qué otra cosa peor podía aun sucederle? En este mundo nada, pero en el otro

todo. Los Santos Padres entienden que aquella amenaza se referia á los castigos eternos, reservados para los pecadores recalcitrantes que solo dejan de pecar cuando dejan de vivir. Las mas duras aflicciones de esta vida nada son comparadas con los castigos eternos. ¡Burlaos, hombres de talento, dice el Crisóstomo; burlaos ahora de esa Justicia que, en vuestra opinion, no puede castigar el pecado de un instante con una eternidad de suplicios! ¿Acaso habia estado pecando el paralítico los treinta y ocho años que duró su castigo? No; habia cometido pecados de un instante cuyo castigo ya se ha visto. Dios juzga los pecados segun su naturaleza, y el mundo hace lo propio. El homicidio es crimen de un instante, y su pena es perpetua; pero, hablando del pecado, no se puede decir el pecado de un instante, porque si el acto es momentáneo, la intencion es irrevocable. El pecador quisiera vivir siempre para pecar siempre; le falta la ocasion para cometer el pecado, y no la voluntad de cometerlo. No se diga, pues, que aborrece el pecado, porque hay una diferencia inmensa entre aborrecer el pecado y arrepentirse de él por la salvacion. El arrepentimiento es una gracia que hace detestar el pecado, no solo como funesto y engañoso, sino tambien y sobre todo como una ofensa á Dios; pero esa gracia no penetra en los abismos eternos, porque requiere el principio de amor que es el que forma los penitentes, amor que es imposible al réprobo.

El pecado es una apostasía, una separacion voluntaria de Dios; y si el hombre muere en esa situacion, en que Dios no le ha puesto, en ella permanece, porque ya no tiene los medios de reconciliacion que solo se encuentran en la Iglesia, y que solo se encuentran durante la vida. La apostasía es irrevocable despues de la vida, y el hombre

permanece en ella eternamente. San Ireneo compara al réprobo con un hombre que por sí propio se arrancara los ojos, hombre loco que permanecería ciego por siempre, y no por la falta de la luz, sino por su propia falta, que le habia escitado á privarse del beneficio de la luz que debia á Dios. Tal es el formidable misterio del réprobo que quiere siempre arrepentirse y que detesta el arrepentimiento, irrevocablemente apegado por su voluntad á aquello mismo que su voluntad aborrece y sin que pueda imaginar una situacion que satisfaga sus deseos, sin que pueda concebir un estado peor que aquel en que se halla, pues que si aun en sueños pudiera concebir otra condicion mas horrible, se refugiaria en aquellos sueños, encontrándose feliz por ellos. Perpetua sublevacion, odio perpetuo, perpetua impotencia, perpetuo desgarramiento del alma, castigo perpetuo é inmortal para el pecado, que es tambien perpetuo é inmortal: esto debe ver el pecador delante de sus ojos.

Por lo demas, así como la gracia de la conducta y el hermoso carácter del pecador penitente y perdonado aparecen en el paralítico, así tambien el carácter de la reprobacion se manifiesta en los judíos que le rodean. El paralítico fue humilde, y marchó al templo, y, segun varios intérpretes, Jesus le dirigió aquellas severas palabras porque reconoció en él un alma llena de buena voluntad, palabras que él escuchó con respeto y á las cuales se mostró agradecido. Los judíos le preguntan quién le ha ordenado que lleve su camilla el dia del sábado, lo cual para ellos era violar la ley, única cosa que ellos querian saber; el paralítico no lo sabia; pero luego conoce á Jesus y va á decirles, no lo que ellos le preguntaban, á saber, quién le habia ordenado que llevara su camilla,

sino que debia la curacion á Jesus. En otros términos, y segun la significacion del nombre divino, va á decirles: «Quien me ha salvado es el SALVADOR.» Así, pues, se le pedia una denuncia, y él hace una pública confesion; no es lento, dice San Agustin, para evangelizar con lo que ha visto. Pero no por eso los judíos hacen caso del milagro ni del beneficio; no por eso dejan de pensar esclusivamente en la violacion de la fiesta del sábado, que consideraran como una infraccion de la Ley.

Los judíos veian que Jesus se mostraba en todo el mas escrupuloso observador de los preceptos de la Religion; pero no era aquella la religion que ellos se habian formado para su uso, en provecho de sus intereses, y conforme á sus instintos de soberbia. Desde entonces empezaron á pensar en darle muerte, y empezaron tambien á perseguirle, diciendo constantemente y en todas partes que Jesus de Nazareth violaba la Ley.

Jesus les respondió: «Hasta aquí mi Padre no ha cesado de obrar, y yo no ceso de obrar con Él.» Con estas palabras afirmaba su divinidad. Dios no descansó en el sétimo dia sino en el sentido de que dejó de crear, pero sin que cesara de obrar por la conservacion de las cosas creadas; y al decir de Dios que era su Padre, y al establecer su unidad de operacion con Él, Jesus afirmaba la unidad de naturaleza. Jesus no se llamaba solo Hijo por adopcion, á lo cual nada hubieran tenido que oponer los judíos, sino Hijo por generacion, presentándose con la naturaleza divina y en perfecta igualdad con Dios.

Así lo entendieron los judíos, y no cabe término medio: ó es preciso entenderlo como ellos, ó es preciso acusar á Jesus de impostura, y por lo tanto negar la mision divina al mismo tiempo que la divinidad. Porque si Je-

su cristiano no es Dios, ni siquiera es un hombre sincero ; y, por lo tanto, no puede ser el enviado de Dios. Y en este caso, ¿cómo prescindir de la prueba de los siglos? Y en este caso, ¿qué recurso queda á la razon humana, y qué alcanza ella á comprender del Evangelio, del cristianismo, de Dios, ni aun de sí misma? Pero véase en San Juan la narracion de la cura del paralítico y el discurso por medio del cual Jesus, al establecer la consustancialidad del Hijo con el Padre, da á los judíos los títulos supremos de su mision, y ante estas palabras asombrosas, la razon se inclina, y reconoce al Señor de la vida y de la muerte.

«En verdad, en verdad os lo digo : quien escucha mi palabra y cree en Aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en condenacion, sino que pasa de la muerte á la vida: en verdad, en verdad os lo digo; se aproxima el tiempo, ya ha llegado, en que los muertos han de oir la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la lleguen á oir recobrarán la vida. Porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, ha sido dado al Hijo el tener la vida en sí mismo, y el poder de juzgar porque es el Hijo del Hombre... Se aproxima el tiempo en que todos aquellos que están en la tumba oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que hayan hecho buenas obras resucitarán para vivir, en vez de que aquellos que hayan hecho malas obras resucitarán para ser condenados.»

Pero «los judíos insistian con esto mas y mas en hacerle morir, no solo porque violaba la fiesta del sábado, sino porque decia que Dios era su Padre y se hacia igual á Dios.»

Jesus, que odiaba los vicios y no las personas de los fariseos, aceptó una comida en casa de uno de ellos llamado Simon.

Mientras estaba en el convite, entró una mujer en la estancia, llevando un vaso de alabastro que contenia un bálsamo precioso. Nombrábase aquella mujer Magdalena, era pecadora, y toda la ciudad conocia sus escándalos. En presencia de los convidados, Magdalena se postró ante Jesus, le besó entre lágrimas los pies, y vertió sobre ellos el bálsamo mezclado con aquellas lágrimas, enjugándolos despues con sus cabellos.

El dueño de la casa, al ver la accion de Magdalena, se admiró de que Jesus la tolerara, diciendo para sí: «Si fuera Profeta, bien sabria quién y cuál es la mujer que le toca.»

Pero Jesus quiso mostrar al fariseo que conocia mejor que él á aquella mujer, y que tambien á él mismo le conocia, y así le dijo: «Simon, quiero decirte una cosa. Un acreedor tenia dos deudores, uno de los cuales le debia quinientos denarios, mientras el otro solo le debia cincuenta (1); pero como ni uno ni otro tenian con qué pagarle, perdonó á uno y á otro lo que le debian. ¿Cuál de los dos debia amarle mas?—Á mi juicio, respondió Simon, aquel á quien perdonó mas.—Rectamente juzgas, repuso Jesus.»

Entonces, volviéndose hácia la pecadora, aunque seguia hablando con el fariseo, añadió: «¿Ves á esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies, mas esta mujer los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No ungiste mi cabeza con óleo, y ella ha ungido mis pies con bálsamo. Por lo cual te digo que perdonados han de serla muchos pecados,

(1) Segun nuestra moneda, valor de unos seiscientos reales al primero, y de unos sesenta al segundo.

porque amó mucho. Pero aquel á quien se perdona menos, ama menos.»

El perfume del bálsamo de la Magdalena se ha extendido por la tierra durante los siglos, y, al ser aceptado por Jesus, se ha convertido en el olor mismo de Jesucristo, en el olor de la clemencia infinita que atrae al hombre hácia la vida eterna. Magdalena es la primera penitente del Salvador, la que le reconoció verdaderamente por Salvador, en el sentido de que debia «salvar á su pueblo de los pecados,» pidiéndole la verdadera cura, la de las llagas mortales del alma, dándole la verdadera satisfaccion, la de las lágrimas, y pagándole el verdadero tributo, el del amor. Jesus en cambio la da una gloria que no ha dado á ninguna otra, al decirla: «Ha amado mucho.» Por lo demas, estas palabras son de aquellas que aun no se habian pronunciado en el mundo y que el mundo nunca pudo imaginar se pronunciasen; esas palabras han sido siempre repetidas en el universo desde aquel momento; esas palabras han tenido mas poder sobre los corazones que todas las luces de la razon, todos los libros de la moral y todas las prescripciones de la ley.

Jesus dice, pues, á la gran pecadora, que será ya en adelante la gran penitente: «Tus pecados te son perdonados;» y los fariseos murmuran, como lo hicieron en Cafarnaum al oir el mismo lenguaje: «¿Quién es este, se dicen, que perdona los pecados?» Y es que el mundo, en tales casos, ó no permite que se condene, ó no consiente que se perdone, sin que sepa pasar de una indulgencia infame como no sea á un implacable rigor. Dios, al contrario, ve el arrepentimiento, perdona, y purifica.

Sin responder ya mas á los fariseos, Jesus dijo á Magdalena: «Tu fe te ha salvado; vete en paz;» y no añade

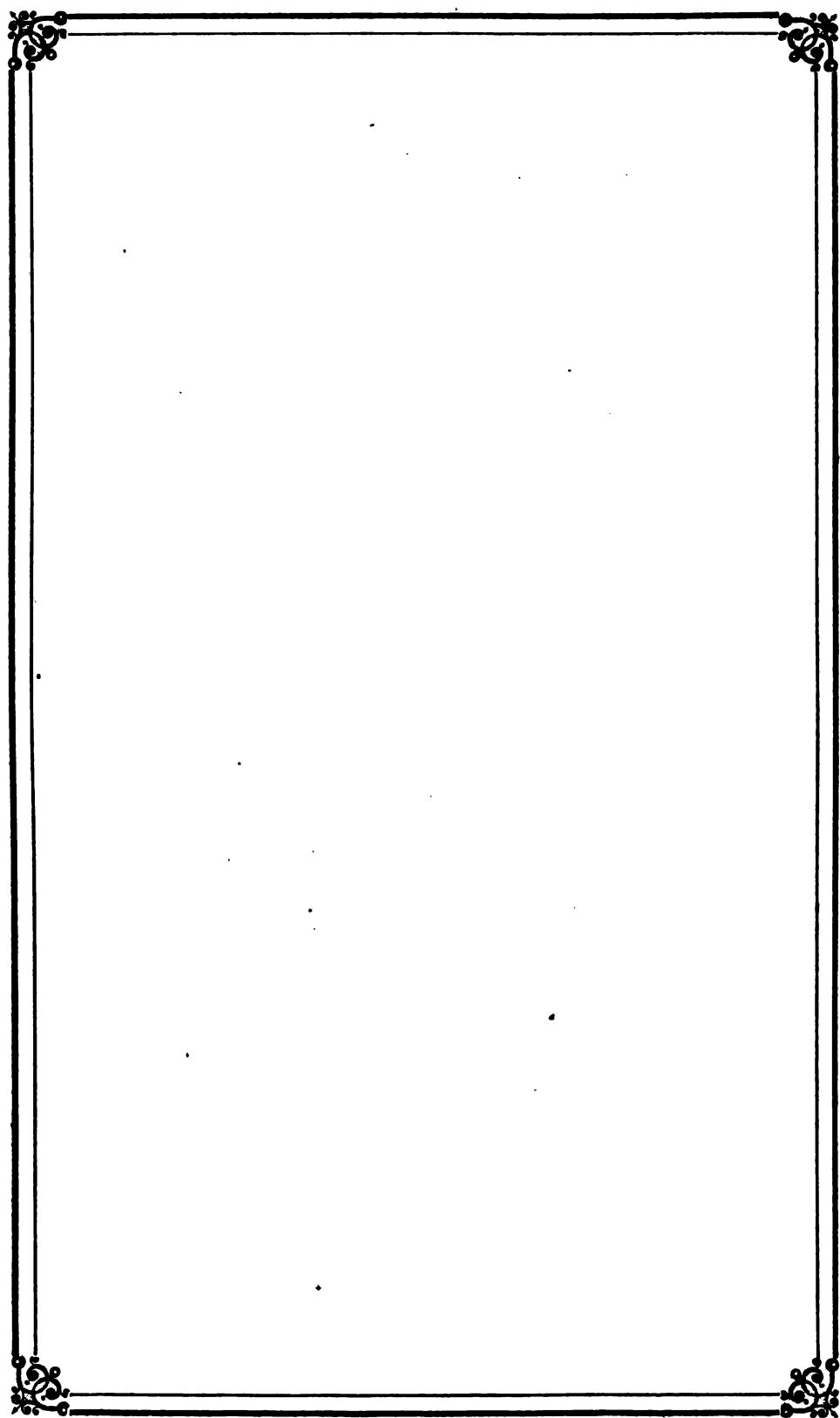
lo que había dicho al paralítico, y lo que mas tarde dirá á la mujer adúltera: «No peques mas,» porque Magdalena ama, y Jesus no tiene ya nada que decirle.

Aquella pecadora es la misma Magdalena de la cual se ha escrito en otro lugar que Nuestro Señor la habia libertado de siete demonios; la misma tambien que María Magdalena, hermana de Lázaro y de Marta, y de la que Jesus ha de decir que ha escogido el mejor puesto. Magdalena estará en el Calvario al lado de María y de Jesus, los dos vasos purísimos de la santa virginidad, y estará representando la realidad de las promesas de inmensa misericordia de que Tamar y Rahab, ascendientes del Mesías, eran la figura. Resucitada por la gracia, tendrá tambien la gloria de ser la primera entre los discípulos que vea á Jesus salir victorioso de la tumba, y por eso la Iglesia, instruida y dirigida por el Espíritu Santo, canta, en la fiesta de la Asuncion de la Santísima Virgen, el Evangelio en que se cuenta que María, sentada á los pies del Señor, solo pensaba en escucharle. Tal es esa mujer, tipo tiernísimo y sublime entre tantos otros tipos como Jesus ha creado y dado por siempre á la tierra, purificando con sus manos y su sangre el fango de la humanidad.

Hácia esa época termina el tiempo que San Gerónimo llama el año de paz, el año dulce de la vida de Nuestro Señor, porque, en efecto, encontró pocas contradicciones, y fue casi aceptado por todo el mundo. Los fariseos no habian organizado bien su resistencia, y el pueblo, abandonado á sí mismo, recibia con amor los beneficios de Dios.

No hay que admirar, pues, que estas primeras narraciones del Evangelio, á pesar de su austeridad, inspiren ciertas ideas de festejos divinos: diríase que se respiraba la dulce alegría de la aurora; parece que la naturaleza,

enriquecida con una parte de aquellas gracias, apareció en tan felices momentos mas risueña y como adornada con los reflejos del Eden. Habia, sin duda, alguna cierta cosa perfecta en aquellas noches que veian á Jesus orar, y en la limpidez de aquellas aguas sobre las cuales navegaba, y en la pureza de aquel aire que recibia su aliento. Si los perfumes de Magdalena embalsamaron toda la casa en que se vertieron, ¿qué perfume de vida no debia embalsamar todo aquel pais que estaba recibiendo el aliento de Jesucristo? Haced penitencia; el reino de Dios se aproxima. La dulce voz de Jesus repetia y confirmaba aquella exclamacion de Juan Bautista, y al repetirla esparcia la hermosura de la doctrina y la abundancia de los milagros. Jamás nada que se asemeje habian visto los ojos ni habia tocado el corazon de los hombres; nunca, en ninguna parte, se habia hablado antes de la proximidad del reino de los cielos. La edad de oro era un mito, y hé aquí que llega, que se aproxima, que está entre nosotros, y hé aquí que la penitencia es una lágrima del corazon, recompensada al momento por la plenitud del amor en la verdad de Dios.



LIBRO III.

LA LUCHA.

CAPÍTULO IX.

Conjuración de los judíos.—Milagros durante la fiesta del sábado.—Institución de los Apóstoles.

Después del banquete de Simon, los fariseos pusieron empeño en vigilar más cuidadosamente á Jesus, y siempre se les ve á su alrededor, fiscalizando sus acciones é interpretando sus palabras. Por eso, sin duda, es tan antigua la alianza de la herejía y del espionaje criminal conjurados contra la verdad.

Un día que Jesus pasaba por entre unos trigos, sus discípulos, hostigados por el hambre, arrancaron algunas espigas y comieron de ellas. Aquel día era un sábado; los fariseos estaban presentes, y reprendieron duramente á los discípulos, diciendo al Maestro: «Hé aquí que los tuyos hacen lo que no es permitido hacer el día de sábado.» Jesus les respondió que los sacerdotes que sirven en el templo violan el sábado sin ser culpables; les recordó nuevamente que Dios prefiere la misericordia al sacrificio, y, en fin, para darles la inteligencia de la Ley y afirmarles desde luego su propio poder, añadió: «El sábado

ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado, y por esto es por lo que el Hijo del Hombre es dueño también del sábado.» Los fariseos nada podían oponer á aquella alta sabiduría ; pero por eso mismo se enfurecían mas locamente. El Crisóstomo observa que en esa cuestion del sábado, Jesus no solo se justifica bajo el aspecto de su divinidad, sino también bajo el aspecto único de su humanidad. Ya de un modo, ya de otro, cuida de dejar establecidas su divinidad y su humanidad, queriendo que se aceptara igualmente el misterio de sus humillaciones y su dignidad divina.

Poco tiempo despues, y también en día de sábado, Jesus entró en la Sinagoga para enseñar, según su costumbre, y preguntáronle si creía permitido curar el día de sábado, porque habían resuelto entre ellos imputarle á pecado sus actos de misericordia. Esperaban su respuesta para decir que había escandalizado, ó ponerle en contradicción consigo mismo, según lo que dijera. Jesus conocía su pensamiento, é hizo desde luego que se levantara en medio de la Asamblea un hombre que se encontraba allí, y cuya mano derecha estaba seca; y dirigiéndose en seguida á los fariseos, les preguntó si era permitido en los días de sábado hacer bien ó hacer mal, salvar la vida ó quitarla, ó no salvarla cuando eso fuera posible. Los fariseos se callaron, y Jesus prosiguió diciendo: «¿Hay alguno entre vosotros que si no tuviera mas que una oveja, y se le cayera en un foso en el día del sábado, no la sacara del foso? ¿Y cuán superior no es el hombre á la oveja? Es, pues, permitido hacer bien el día del sábado.» Pero los fariseos continuaban guardando silencio, lívidos de despecho, y Jesus, afligido por el endurecimiento de sus corazones, les miró con indignación, y dijo al hombre

que tenia la mano seca: «Estiende tu mano;» y la estendió, en efecto, quedando sana como la otra. Aquel hombre representa al hombre del siglo: su mano izquierda, la mano de las obras carnales y del interes propio, está viva, activa y hábil; su mano derecha, la mano de las obras santas, permanece ociosa, árida, y se ha paralizado. Si tú quieres que tu mano se cure, estiéndela, dedícala á las obras de justicia, ábrela para los pobres, y haz que la caridad distribuya lo que la avaricia y el fraude han sabido atesorar.

Los fariseos salieron del templo, concertando con los herodianos los medios para perder á Jesus.

Aquellos herodianos eran los saduceos, incrédulos en religion, despóticos en política, partidarios de los romanos y del gobierno, hombres á quienes los fariseos detestaban; y así llegó á verse que los rigoristas y los corrompidos, hasta entonces enemigos, empezaron á concertarse contra el Justo. Esta es la historia futura de la Religion: siempre y en todas partes los sectarios y los impíos han acabado por entenderse para oprimir á la Iglesia. Pero era preciso encontrar el medio de hacerlo. Herodes no se habia aun atrevido á matar á Juan Bautista por temor al pueblo, y los fariseos querian encontrar un pretesto hipócrita para matar á Jesus. Jesus acaba de probar que es permitido hacer milagros en dia de sábado; pero para eso solo emplea su palabra: ¿estaba prohibido hablar el dia del sábado, ó era preciso esceptuar del número de las palabras permitidas aquellas que curaban á los enfermos?

Esta conjuracion, tan visiblemente formada, es un testimonio irrefragable de la veracidad de la historia evangélica. Las dos principales causas de acusacion contra Nuestro Señor, son el haberse llamado Hijo de Dios, igual

á Dios, y el haber violado el sábado. Pues bien: nunca ha violado el sábado sino haciendo milagros.

Pero la hora no habia llegado aun, y Jesus les dejó tiempo para deliberar contra Él, retirándose al mar, hácia donde le siguió la multitud de Jerusalem y de las diversas comarcas de Palestina. Tambien acudieron las gentes de Tiro y Sidon: los enfermos hacian que se les llevara á sus plantas, y los curaba á todos; los demonios que estaban en los poseidos se postraban ante Él clamando: «Tú eres el Hijo de Dios.» Él era, Él, y la profecía de Isaías recibia su cumplimiento á la plena luz del sol: «Hé aquí á mi siervo á quien he elegido, á mi bien amado. Derramaré mi Espíritu sobre él, y anunciará la justicia á las naciones. No disputará ni gritará, y nadie oirá sus clamores en las plazas públicas. No romperá la caña rajada; no apagará el fuego que aun humea, hasta que haga triunfar la justicia: en Él esperan los pueblos.»

Pero su tierna compasion hácia las miserias presentes y futuras que curaba, y la necesidad de justificar su mision, no eran las únicas causas que le hacian multiplicar los milagros: queria hacer inquebrantable la fe de sus discípulos, porque habia llegado el momento de instituir el colegio apostólico, que existia en gérmen desde la vocacion de Pedro. Jesus, aun solo, podia convertir al mundo; pero, despues de haberse unido á la naturaleza humana, no podia hacerle honor mas grande que el de asociarla á aquella obra de salvacion.

Habiendo pasado la noche en oracion, á fin de que la Iglesia comprendiera para siempre lo que la importa ser auxiliada por el Espíritu Santo en la eleccion de sus ministros, llamó á los discípulos, escogiendo á doce de entre ellos, con el designio de enviarles á predicar; y dándoles

con el nombre de Apóstoles, que significa *enviados*, el poder de curar las enfermedades y de arrojar á los demonios.

Hé aquí los nombres de los doce Apóstoles: Simon, á quien Jesus dió el nombre de Pedro; Santiago, hijo del Zebedeo; Juan, hermano de Santiago; Andrés, hermano de Pedro; Felipe; Bartolomé; Mateo, el Publicano; Tomás; Santiago el menor, hijo de Alfeo; Judas, su hermano, llamado Tadeo; Simon de Caná; Judas el Iscariote, que vendió á Jesus. Créese que Bartolomé es aquel mismo Natanael que aparece en la primera vocacion, atraído por Felipe; Santiago y Tadeo, hijos de Alfeo, lo son tambien de María, mujer de Alfeo ó Cleofás, y hermana de la Santísima Virgen.

Los Evangelistas no les dan á todos el mismo rango. San Mateo pone á Andrés inmediatamente despues de Pedro, y se pone á sí mismo detras de Tomás, en tanto que los otros Evangelistas le anteponen á Tomás; pero en todos ellos Pedro es siempre el primero, y Judas es siempre el último.

Los Santos Padres dan diferentes interpretaciones del nombre de cada Apóstol, refiriéndose á algun rasgo simbólico de su vocacion. El nombre de *hijos del trueno* puede significar la ambicion de los hijos del Zebedeo, que querian elevarse sobre los demas, y, aplicado á Juan, anuncia al autor futuro del Apocalipsis y del Evangelio del Verbo. Ademas, y á propósito de Pedro, los intérpretes recuerdan la palabra de San Pablo: «La piedra era Cristo.»

En cuanto al número de doce, se halla predicho y figurado diversas veces en los libros del Antiguo Testamento: «Si les consideramos como á los padres de los cristianos, dice Ludolfo, les encontramos en los doce Patriar-

cas padres del pueblo de Dios: cuando riegan el mundo con las aguas abundantes de la doctrina, se asemejan á las fuentes de agua viva que brotaron milagrosamente de la roca de Elim; cuando adornan á la Iglesia con el brillo de sus virtudes, son las doce piedras preciosas que adornaban el pectoral del gran sacerdote; cuando alimentan á las almas con el Verbo de la vida, son los doce panes consagrados que se colocaban ante el altar del Señor; cuando penetran los secretos divinos que comunicaban á los fieles, son los doce espías que Moisés envió á la tierra prometida, y que, á la vuelta de su viaje, hicieron al pueblo aquellas maravillosas revelaciones. Son tambien las doce piedras levantadas en las corrientes del Jordan, y contra las cuales vienen á romperse las olas del siglo; son los doce leones del trono de Salomon, las doce columnas del altar de Jehovah, los doce toros que sostenian el mar de bronce, figura del bautismo, en que se lava toda mancha; son las doce puertas de la Jerusalem celestial, los doce inquebrantables fundamentos de sus santas murallas, y son, sobre todo, aquellas estrellas brillantes que forman la corona eterna de la Esposa muy amada.»

El solo título de Apóstol recuerda el milagro de los milagros; y San Pablo, que le recibió de Jesucristo resucitado, insiste sobre la maravilla de que es él mismo el instrumento mas maravilloso: «¡Cosa admirable! Dios ha convertido al mundo, no por el arte de la sabiduría humana, sino por la manifestacion sencilla de su doctrina, que es espíritu y verdad... No se sirvió de los sabios segun la carne, ni de los poderosos, ni de los nobles para establecer su Evangelio, sino que escogió algunos hombres, los mas débiles, para confundir á los mas fuertes, sino que escogió lo que nada era, para destruir lo que

existia, á fin de que nadie se alabara de haber triunfado en empresa tan grande, y de que todo se atribuyera al poder de Dios. »

Los Apóstoles fueron, pues, pobres bateleros y pescadores: solo Judas era judío; los demas eran galileos. Un proverbio popular decia: «Los galileos aman el honor y los judíos el dinero.» Judas fue el encargado de la bolsa comun. Créese que Judas habia nacido en la aldea de Karioth, situada en los confines del mar Muerto, lugar miserable, cuyo nombre tiene varios siniestros significados. *Iscariote*, el hombre de Karioth, quiere decir el hombre del dinero, el hombre de la usura, el hombre del crimen, el traidor. ¿Por qué Nuestro Señor, instruido del presente y del porvenir, y que leia en el fondo de las almas, admitió á aquel desventurado entre sus discípulos? Hízolo por varias razones, todas de gran enseñanza. Nuestro Señor quiso darle una gracia sin quitarle la libertad de abusar de ella, y de hacerse mas culpable despreciándola. Solo por su voluntad llegó Judas á ser criminal en la posicion mas envidiable y mas á propósito para santificarse. Su caida nos enseña con cuánto temor y con cuánta vigilancia debe trabajar el hombre en su salvacion. Por otra parte, es seguro que Judas, cuando predicaba en virtud de la eleccion de Jesucristo, no debia ser menos escuchado que San Pedro; lo cual nos enseña que el ministerio es independiente del ministro, y que debemos respetar á los Pastores en el ejercicio de la mision que han recibido legítimamente, dejándoles que respondan ante Dios de su falta de dignidad personal. Judas, finalmente, es un gran testigo: con el crimen de su traicion, cumplió las profecías; con el crimen de su muerte, dió testimonio de la inocencia de Jesus. La impiedad ha com-

prendido esto perfectamente, y por eso ha insinuado que no creia en el suicidio de Judas ; pero es inútil semejante insinuacion. Si Judas hubiera tenido algun testimonio que producir contra su Maestro, hubiera vivido; y si hubiera vivido, lo sabríamos. Ni la Sinagoga le hubiera olvidado, ni la Iglesia le hubiera abandonado en su desesperacion: ó los fariseos le hubieran hecho escribir , ó los Apóstoles le hubieran hecho llorar su crimen.

San Agustin añade que el Señor, habiendo aceptado la fragilidad del hombre, no quiso rechazar el amargo destino de la tribulacion, humana tambien, de ser vendido por su Apóstol. No es solo durante el tiempo de su Pasion cuando quiere darnos el ejemplo de la paciencia en los dolores mas crueles: va á sufrir á Judas para que todo hombre aprenda á soportar con moderacion un juicio equivocado ó el desprecio de sus beneficios.

CAPÍTULO X.

El sermón de la montaña.—El leproso curado.—El hijo de la viuda.—Otros milagros.

Por el tiempo de la institución del apostolado, pocos días antes ó después, ó aquel mismo día, pronunció Jesús el sermón de la montaña, dirigiéndolo principalmente á sus discípulos; pero haciéndose entender de la multitud. Aquel discurso contiene toda la moral del cristianismo: el Salvador profetiza acerca del porvenir de la Iglesia, y, con rasgos llenos de majestad y de poder, toma posesión del mundo futuro. Basta que señalemos aquí lo que pertenece más principalmente á la historia y al carácter del Hombre-Dios.

Hé aquí lo que dice á aquellos hombres pobres, sin nombre, sin fortuna y sin ilustración, agrupados en torno suyo sobre una colina ignorada de una provincia tributaria del gran imperio del mundo. Proclama la bienaventuranza de los pobres, de los pacíficos, de los oprimidos, de los misericordiosos, y añade: «Sereis felices cuando por mi causa los hombres os carguen de oprobio, os persigan, digan de vosotros y contra la verdad todo género de maldades. Alegraos y manifestad vuestra alegría, porque la recompensa que os espera es grande. Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo.» Pero, ¿qué luz iban á llevar al mundo? Una ver-

dad que Jesus les revela, que escede á toda comprension, y que exige la fe. Y ¿qué sal deben derramar? Una moral que Jesus impone, moral incomparablemente mas severa que todos los deberes cuyo yugo encontraba ya harto pesado la generalidad de los hombres.

«Oisteis que fue dicho á vuestros padres: «No matarás...» Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio... Tambien fue dicho: «No cometerás adulterio...» Pues yo os digo que quien mira á mujer con ojos de concupiscencia, ha cometido ya el adulterio en su corazon. Se ha dicho: «Cualquiera que »despidiere á su esposa, dele carta de repudio.» Pero yo os digo que quien despide á su esposa, á no ser por causa de adulterio, la espone á cometer un adulterio, y que quien se casa con la mujer despedida por su esposo comete adulterio.»

Tres veces repite estas soberanas palabras: EGO AUTEM DICO VOBIS; PERO YO OS DIGO. La historia del cristianismo, desde la primera hasta la última página, no es mas que la historia del triunfo de esas palabras; y ese triunfo, por su carácter mismo, que participa con mas frecuencia de la naturaleza de la derrota que de la naturaleza de la victoria, presenta incesantemente con la aureola de la divinidad al Hombre que quiso imponerlo al mundo, y que supo que el mundo habia de sufrirlo. Si Jesus hubiera concluido en el Calvario, solo seria un insensato sublime, y la razon se preguntaria temblorosa y estupefacta cómo Aquel Hombre modelo de toda sabiduría, de toda justicia, de toda sinceridad, pudo creerse Dios.

En el sermon de la montaña enseñó, ó mas bien creó Jesus la oracion; porque pocos hombres habianorado hasta entonces de un modo verdadero, no teniendo cono-

cimiento exacto de lo que era Dios, de lo que era el hombre, ni de lo que podía el hombre pedir á Dios. Por eso de los labios del Hombre-Dios salió, para que resonara eternamente, la oracion comun del género humano, ese breve pero perfecto deseo, cuyas dos primeras palabras consagran la fraternidad de los hombres en la paternidad de Dios: PADRE NUESTRO...

Cuando Jesus descendia de la montaña, se llegó á Él un leproso, é hincándose de rodillas, le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme.» Jesus tuvo compasion de él; estendió la mano, le tocó, y le dijo: «Quiero; queda limpio.» Al momento desapareció la lepra de aquel hombre. El contacto con un leproso hacia impuro, y sin embargo Jesus le tocó, sobreponiéndose á las disposiciones legales, para mostrar que la caridad las abolia. Á cada momento le presentaban nuevos enfermos, y Él curaba á todos.

El leproso que se llega á Jesus, ó mas bien hácia quien Jesus *desciende*, es el género humano en el estado en que le encontró el Verbo divino cuando bajó del cielo, y es tambien el hombre que no ha recibido ó que ha perdido el don de Dios. La lepra, en el lenguaje de la Escritura, es la figura y el nombre mismo del pecado, que, cuando se trasmite por la sangre, es el pecado original, y que, cuando es contagiosa, es el pecado actual. Lepra que quema como la envidia, que enerva como la avaricia, que hincha como el orgullo, que destruye como la pereza, que corrompe, y derrama por donde quiera el contagio y el horror. Así, semejante al leproso, el hombre que es presa de todos los vicios se halla separado, no solo de Dios y de los Ángeles, sino tambien de los otros hombres que huyen de él, cuando no le encarcelan. Hoy los condenados por la justicia humana, como en

:

otro tiempo los leprosos, llevan un traje particular, y los presidios no son mas que los hospitales del pecado. La ley humana, impotente como la antigua ley, escomulga á esos miserables, encadena á los leprosos, no quiere curarles, declara incurables á muchos de ellos, y hay otros á quienes mata. Jesus, al contrario, se dirige hácia ellos, y muchos de ellos tambien le dicen: «Señor, si quieres, puedes curarme;» y lo quiere, y los cura, y á todos curaria si todos le invocasen.

Jesus buscaba la soledad para orar; pero la caridad le volvía á llevar siempre entre la multitud. Habiendo vuelto á Cafarnaum, los ancianos de la ciudad le suplicaron que fuera á la casa de un centurion que esperaba de Él la curacion de un siervo suyo que padecía una cruel enfermedad, y Jesus le respondió: «Iré y le curaré.» Púsose en camino Él, el Hijo de Dios, para ir á curar á un pobre enfermo que servía á un extranjero; pero advertido el centurion, le dijo: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas di una sola palabra, y será sano mi siervo.» Jesus, admirando aquel lenguaje, declaró que no habia encontrado tanta fe en Israel; anunciando la conversion de los gentiles y la reprobacion de los judíos con estas palabras: «Yo os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas.» En seguida dijo, volviéndose al centurion: «Ve, y como creiste, así te sea hecho.» Y fue sano el criado en aquella hora.

El Evangelio hace mencion de tres guerreros á quienes fue concedida la gracia de la fe: aquel á cuyo hijo curó Nuestro Señor, este de que acaba de hablarse, y el que presidia en el Calvario. Además, la tradicion dice que

se convirtió el soldado que atravesó al Salvador en la Cruz, y á ese soldado honra hoy la Iglesia bajo el nombre de *San Longinos*. Por fin el centurion Cornelio fue el primer gentil á quien Pedro recibió en la Iglesia, y se ve tambien que á la predicacion y al bautismo de Juan Bautista acudian muchos soldados. La profesion de las armas, profesion de obediencia, de fidelidad y de sacrificio, despierta en el corazon de los hombres ciertas disposiciones que les aproximan á Dios, y el cristianismo, al darla sentimientos de humanidad que antes desconocia, la ha dado tambien un honor que antes no tuvo, y que, sin el cristianismo, perderia muy pronto.

Jesus fue en seguida á una ciudad llamada Naim, y al aproximarse á sus puertas presenci6 el espectáculo de un gran dolor: se llevaba al sepulcro al hijo único de una viuda que estaba presente. Pero Jesus dijo á aquella mujer: «No llores;» y tocando el ataúd, dijo al muerto: «J6ven, Yo lo quiero, levántate:» el muerto se levant6, empezó á hablar, y Jesus se lo devolvi6 á su madre. Esta es la segunda resurreccion mencionada en el Evangelio, que aun mencionará otra tercera, teniendo cada una de ellas diferente significacion, como se esplicará mas adelante.

El rumor de aquellos milagros llenaba la tierra de Israel, y Juan Bautista oyó hablar de ellos en la cárcel en que le tenia Herodes Antipas, sin que por eso le impidiera el ver á algunos de sus discípulos; de modo que, aunque cautivo, continuaba anunciando al Mesías. Lo que iba sabiendo de Jesus no le permitia desconocerle; pero sus discípulos, como sucede con frecuencia, no comprendian bien ni sus lecciones ni su verdadera grandeza, y viendo que Jesus se elevaba tanto sobre su maestro Juan, concibieron

celos que les predisponian á la incredulidad. El Precursor quiso prudentemente que recibieran el testimonio por sus propios ojos, y envió á dos de los mas obstinados en busca de Jesus para que le preguntaran de su parte: «¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?»

La respuesta de Jesus fue divina: en aquel mismo momento curó á muchos enfermos y poseidos del demonio que le rodeaban, y luego, dirigiéndose á los discípulos de Juan Bautista, dijo: «Id, y contad á Juan lo que habeis oido y visto; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio. Y bienaventurado el que no se escandalizare en mí.» Estas palabras aluden claramente á las de Isaías, cuando anunció que en tiempo del Mesías los cojos saltarian como los ciervos, la lengua del mudo quedaria libre, y los oidos del sordo y los ojos del ciego se abririan. Así los discípulos de Juan recibieron una doble prueba: la de los milagros y la del cumplimiento de las profecías. Jesus hizo á continuacion el elogio de Juan, ensalzando su firmeza, su vida austera y su rango entre los Profetas: «Sí, ciertamente os digo que es mas que Profeta, porque este es de quien está escrito: «Hé aquí que Yo envio mi Ángel ante tu faz »que preparará tu camino.» Y en verdad os digo que entre los nacidos de mujeres no apareció otro mayor que Juan Bautista.»

Poco tiempo despues tuvo lugar la muerte del Precursor. Herodes, que le tenia encerrado en el castillo en que celebraba hacia un año su incestuoso enlace con la mujer de su hermano, dió su cabeza á una hija de aquella, Herodías, para recompensarla por haber bailado delante de él despues de un festin. Era moda en aquella

época entre las mujeres de alto rango bailar imitando á dos mímicas célebres, Pilades y Batila, á quienes Roma admiraba; y por esto se ve lo que eran los Reyes y los poderosos de la tierra en la época de Jesucristo.

En tanto Jesus iba por las ciudades y por los pueblos anunciando el reino de Dios, y los Doce le acompañaban, formándose á su ejemplo en el ministerio, aun para ellos desconocido, y que debian desempeñar mas tarde. Seguíanle tambien, segun la costumbre establecida, algunas mujeres, ó ya curadas de sus males, ó ya libres de los espíritus malignos: eran María Magdalena; Juana, mujer de Chusa, intendente de Herodes; Susana, y varias otras que le asistian con sus bienes. Jesus recibia tambien á los ricos entre sus discípulos; y el Evangelio, al señalar con frecuencia esta circunstancia, refuta el error de aquellos que quieren ver en Jesucristo una especie de nivelador y predicador de la igualdad de bienes y condiciones. Es verdad que aquellos ricos eran pobres de corazon; y debian serlo, porque es imposible servir á Dios y á Mammona (1); pero Jesus les enseñaba solo el buen uso de las riquezas, é imponia únicamente su pobreza á aquellos á quienes llamaba al ministerio del Evangelio.

Tambien los fariseos le seguian, y, mezclados con la multitud, trataban de corromper los buenos sentimientos de aquel pueblo que no podia oir á Jesus ni contemplar sus milagros sin reconocer en Él al enviado de Dios. Con frecuencia, cuando Jesus entraba en una casa para descansar, iba á ella tanta gente, que ni siquiera podia comer el pan, que era su alimento. Llevábanle enfermos, y los enfermos eran curados, y el pueblo exclamaba: «¿No

(1) Palabra siriaca, que significa las riquezas.

es este el Hijo de David?» Aquel entusiasmo popular exasperaba el odio de los fariseos, que, no pudiendo negar los milagros, volvian á decir que Jesus arrojaba los demonios por medio tambien de los demonios, mientras le pedian que hiciera prodigios en el cielo. Jesus les congregó un dia, y les mostró lo absurdo de aquella acusacion, porque el demonio no obra contra sí mismo, ni en nombre de Satanás se puede arrojar á Satanás; añadiendo: «Si por el espíritu de Dios arrojo al demonio, es que el reino de Dios ha venido.» Pero aquellos *sabios* no querian convertirse, y al ver su obstinacion, Jesus se dolió de ella, y la condenó. «Yo os lo digo: todo pecado y blasfemia serán perdonados á los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada; y todo el que dijese palabras contra el Hijo del Hombre, perdonadas le serán; mas al que las dijese contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.» Esto lo dijo Jesus, segun lo hace notar el Evangelio, «porque le acusaban de estar poseido del espíritu inmundo,» es decir, del espíritu de la mentira, cuyo nombre es Satanás. Aquel que tenga oídos, oiga.

Á los que le pedian un prodigio en el cielo, se lo negó, como se lo negó á Satanás, que se atrevió á tentarle en el desierto; y al mismo tiempo les anunció un prodigio que no pedian, mucho mas maravilloso: el de su resurreccion. «La generacion mala y adúltera pide una señal, mas no le será dada otra señal sino la de Jonás el Profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del Hombre tres dias y tres noches en las entrañas de la tierra.»

Cuando acababa de hablar, una mujer levantó la voz en medio de la multitud, diciendo: «Bendito el vientre

que te llevó y los pechos con que te alimentaste.» «Dí mas bien, repuso Jesús: ¡Bienaventurados aquellos que escuchan la palabra de Dios y la guardan!» Así es cómo la sabiduría de Nuestro Señor y la admiración pública confundían á los fariseos.

Sin embargo, aquellos hombres pérfidos habían conseguido ya sembrar los gérmenes de ignorante desconfianza y de brutal hostilidad que han de manifestarse con gritos de muerte delante de Pilatos en el día de la Cruz, y hasta algunos de los parientes de Jesús temían respecto de Él el efecto de aquellas levaduras del fariseísmo.

Un día, según San Mateo, su madre y sus hermanos, es decir, sus primos, á quienes, según el uso judaico, se llama *hermanos*, le hicieron llamar mientras estaba enseñando; pero Nuestro Señor respondió: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo la mano hacia los que le rodeaban, añadió: «Ved aquí mi madre y mis hermanos; porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.» Á los pastores de Belén, que representaban el género humano, el Ángel les había dicho: «Os ha nacido un Niño:» *vobis*, á vosotros, por vosotros, y Jesús ratifica una vez mas la promesa del Ángel: «Pertenece á los hombres mas que á sus parientes y á su Madre;» y esta armonía del Evangelio es la delicia y la luz del corazón.

Jesús salió en seguida de la casa para enseñar á la multitud, cada vez mas grande, proponiéndoles diversas parábolas, método de instrucción que debía poner por siempre las verdades mas sublimes al alcance de los hombres mas sencillos. También había dicho por el Profeta: *Hablaré en parábolas, y manifestaré cosas que están ocultas des-*

de la creacion. Y al cumplir así la profecía, Jesus daba profecías de un orden nuevo, mas claras, no menos profundas, cuyo cumplimiento, que todos los días se renueva, es siempre en su Iglesia un perpetuo foco de luz y de fe.

CAPITULO XI.

**El sembrador.—La zizaña.—El grano de mostaza.—
La red arrojada al mar.**

Las parábolas de aquel día conciernen á la salvacion y anuncian la Iglesia.

El sembrador ha sembrado ; pero cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino , y vinieron las aves del cielo y las comieron. Otras cayeron en lugares pedregosos, y nacieron porque no tenian tierra profunda; mas en saliendo el sol se quemaron porque no tenian raiz; otras cayeron entre las espinas, y crecieron las espinas y las ahogaron, y otras cayeron en tierra buena y produjeron fruto, una de ciento, otra de sesenta y otra de treinta por uno. La esplicacion dada por el mismo Jesus no deja nada por enseñar de las diversas disposiciones en que esa simiente , que es la palabra de Dios, ha de encontrar el corazon de los hombres. En aquellos que escuchan á la linde del camino sin querer dejar las vías del mundo, la palabra ni aun germina , porque en aquel camino seco y endurecido, por el que pasan todos los errores y todos los vicios , los demonios tienen su morada, y los vanos pensamientos y las pasiones brutales son pájaros voraces que devoran la buena simiente tan pronto como cae al suelo. Los puntos pedregosos son los corazones mas temerosos que amantes que, llenos de las preocupaciones é intereses miserables de la carne y de la vida , no tienen

:

fondo para echar la raíz. La palabra se recibe , germina: aparecen tambien algunas obras de penitencia; pero llega una pena, una tentacion, una persecucion, y aquel pobre gérmen sucumbe.

Las espinas que crecen son la invasion de las cosas humanas: en los corazones que representa ese terreno no falta fondo; pero las seducciones de la ambicion y de las riquezas ahogan en gérmen la planta divina , de modo que, entre los cuidados cada dia mas grandes del mundo, queda estéril.

Nadie, por lo demas, se separa del Verbo divino sino por algunos de los modos predichos aquí; los unos por negligencia en escuchar la palabra , los otros por cobardía ó debilidad, y los otros por entregarse bajamente á la voluptuosidad y al deseo desencadenado de los bienes de este mundo. Tal es el orden natural : un camino, piedras, espinas; y para andar por ese camino se necesita primero atencion, despues valor, y en fin desprecio de las cosas presentes. Esto es lo que el Señor expresa cuando añade: «El que cae en tierra buena es el que oye la palabra y la entiende y lleva fruto.» En efecto; los que están á lo largo del camino no retienen la palabra; los que están entre las piedras no sostienen con paciencia los asaltos de las tentaciones, y los que están entre las espinas no dan frutos. Así la semilla es la misma para todos; desciende de la mano de Dios dispuesta á germinar en todos los corazones, porque á todos se la da el divino labrador; pero, ¡desgraciado de aquel en quien solo se descubre una tierra estéril, una tierra pedregosa, una tierra de espinas, porque hay tierras en que no puede germinar la semilla del Señor!

La parábola de la zizania se enlaza con la de la simien-

te, y encierra una enseñanza mas especial. En tanto que los criados duermen, el enemigo viene y siembra zizania entre el grano que ha sembrado el padre de familias en su campo. Descúbrese la zizania, los siervos negligentes quieren arrancarla, pero el padre de familias responde: «No; porque podeis tambien arrancar el grano bueno. Dejad que crezcan uno y otro hasta la siega, y entonces diré yo á los segadores: Coged la zizania, atadla y arrojadla al fuego, y así el trigo entrará en el granero.»

El campo es el mundo; el padre de familias es Dios, el enemigo es el demonio, y la zizania es la simiente del cisma y de la herejía que el enemigo ha de arrojar al mundo cuando los sucesores de los Apóstoles, los Pastores de la Iglesia, seán descuidados. Nótese que no se trata de toda clase de simientes, sino de simiente de zizania, porque la simiente de zizania produce una espiga que se parece á la del trigo. Así, en los principios de su obra, los herejes ocultan su presencia, y cuando aumenta su libertad, cuando han adquirido partidarios, entonces, dice San Juan Crisóstomo, el fruto se muestra y la herejía derrama su veneno. Pero el padre de familias prohíbe que la zizania se arranque, no porque acepte esa zizania, puesto que está reservada para el fuego, sino porque no podría ser arrancada sin peligro de arrancar tambien el trigo.

Pero hay ademas para esto otra razon misericordiosa, divina: en la tierra fecunda del Evangelio la misma zizania puede convertirse en buen grano; y así como se deja á la zizania el tiempo de madurar, se deja á los pecadores, dice San Gerónimo, el tiempo de arrepentirse, previniéndonos que no hagamos desaparecer súbitamente á nuestro hermano. Quién hoy se halle pervertido por un error perverso,

so, puede convertirse mañana en un defensor de la verdad. «Por temor, dice el padre, de que arranqueis el trigo con la zizaña;» porqué podría ser, añade San Agustin, que al arrancar la zizaña se arrancase el trigo que está para nacer: por medio de una paciencia que os perfeccione á vosotros mismos, por la paciencia que hace producir treinta, sesenta, ciento por uno, soportad á los malos, á fin de que lleguen á ser buenos: al arrancarlos, arrancaríais acaso el grano en que la gracia de Dios y vuestra paciencia les hubieran cambiado; perjudicaríais á los mismos buenos, á los cuales les hubieran servido á su pesar. «Dejadles crecer hasta la siega,» es decir, hasta el juicio: aquel será el tiempo de arrancarla, cuando ya no quede un momento para cambiar de vida, y cuando el contraste de sus faltas no sea útil para estimular á los buenos á la virtud.

Este precepto parece contrario á aquel que ordena que hagamos desaparecer el mal de en medio de nosotros. No está prohibido, observa San Juan Crisóstomo, el oponerse á los herejes, castigarles, impedir sus reuniones y su propaganda, sino el destruirles y matarles. Fue primero opinion de San Agustin el no obligar á nadie á creer en la unidad de Jesucristo, procediendo solo por la discusion, y venciendo solo por la razon; porque temia que se formaran católicos hipócritas de los herejes decididos. Pero su opinion no solo era combatida, sino que era confundida por ejemplos contrarios, y pensaba en aquellas leyes terribles que ordenan servir al Señor con temblores. Muchos han dado gracias á Dios que les habia atraído por el temor y por la persecucion, y que, al violentarles así, les habia libertado de otra violencia mas dura y mas humillante: la violencia del error; deduciendo de todo que los Reyes deben servir á Jesucristo publicando leyes ema-

nadas de los preceptos de Jesucristo, porque el culto de Jesucristo está en la unidad. La casa de David no puede recobrar la paz sino con la pérdida del rebelde Absalon, aunque David recomendó que le conservaran sano y salvo, aunque solo esperó su arrepentimiento para perdonarle; y si bien lloró al culpable, se consoló con la idea de que habia devuelto la paz á su pueblo. Así es cómo la Iglesia católica, nuestra madre, cuando adquiere gran número de hijos por la pérdida de un número pequeño de los mismos, encuentra un consuelo para su dolor en la felicidad de las almas libertadas. Los herejes nos dicen: «¿Á quién obligó, á quién violentó Jesucristo?» ¿Á quién? Ahí tenemos al Apóstol San Pablo. Jesucristo le obligó, le violentó, le enseñó, le consoló, y es de notar que aquel que entró en la Iglesia impelido á ello por un castigo corporal, trabajó mas por el Evangelio que aquellos que habian sido llamados por solo la palabra. ¿Por qué la Iglesia no obligaria á volver á ella á aquellos que por su extravío han sido la perdicion de tantos otros?

¡Y desgraciados de aquellos que no dejándose conquistar, y no pudiendo ser violentados, no sufran cambio ninguno! Vendrá el tiempo de la siega, y los segadores, los ángeles terribles, entrarán en el campo, y hecha la separacion definitiva, la zizaña, reunida en haces, será arrojada al fuego. Debe notarse, dice un intérprete, que se anuncia el castigo á aquellos *que obran la iniquidad*, no á aquellos que antes la han obrado, porque solo serán entregados á los suplicios eternos aquellos que se obstinan en sus pecados, y de ningun modo los que hacen penitencia. Debe notarse tambien, segun otro intérprete, el amor de Dios hácia los hombres: en los beneficios, procede con rapidez; en los castigos, procede con lentitud; cuando

siembra, es por sí mismo, y cuando castiga, es por medio de otros, por los Ángeles que Él envía.

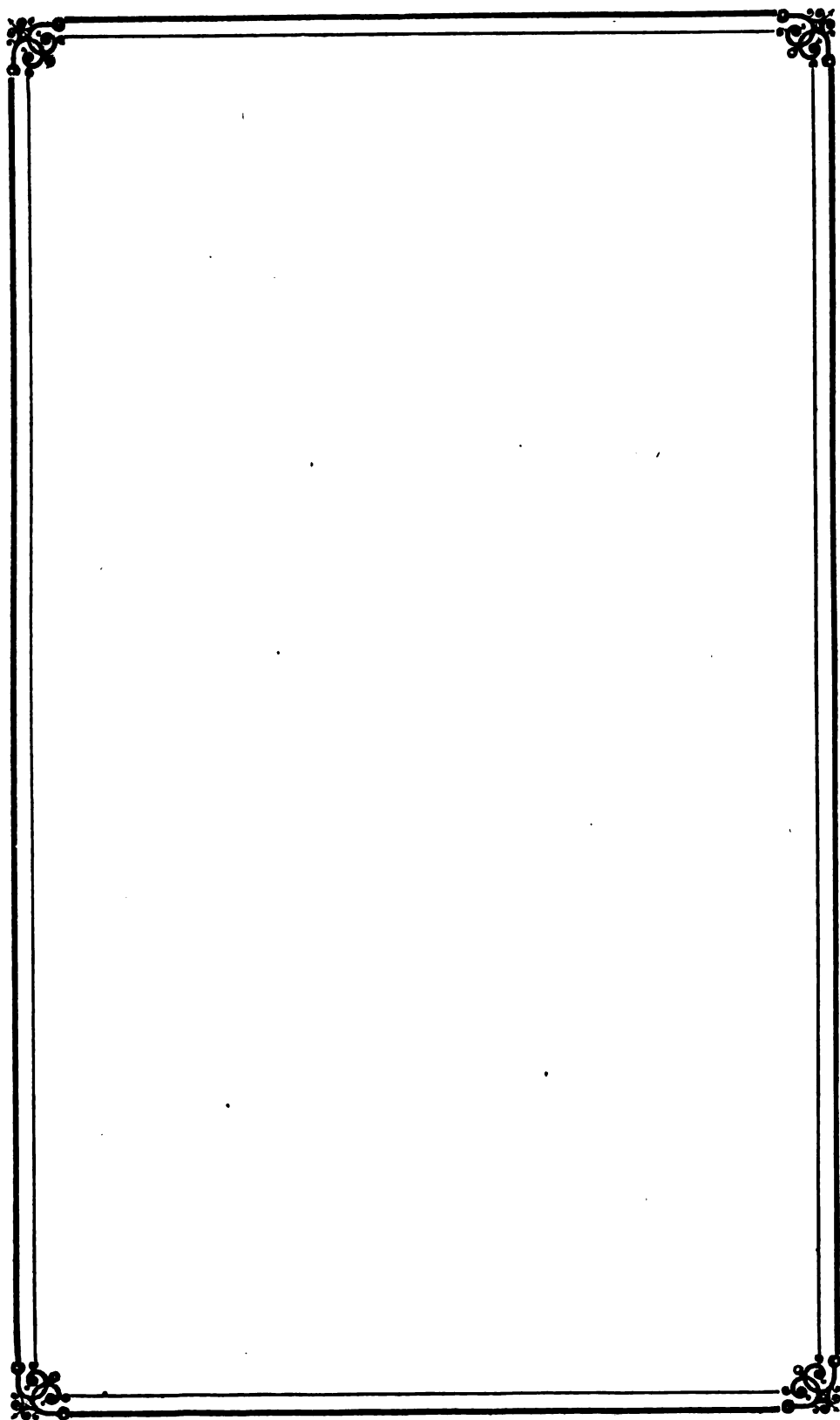
El grano de mostaza, ese grano que es el mas pequeño de todos los granos, y que se convierte en un árbol frondoso y corpulento, es tambien la Iglesia, es el mismo Jesucristo, es la fe en el corazon del cristiano. ¿Cómo aparecen á los ojos del mundo los doce Apóstoles, ó Jesucristo en la tumba? ¿Qué parece que es el hombre oscuro y desconocido en el alma del cual una humilde palabra ha sembrado el grano de mostaza, es decir, el gérmen de la fe? Pues bien : ya se sabe lo que ha salido del Sepulcro de Jesucristo y lo que han llegado á ser los Apóstoles: y el hombre que recibe la fe, guarda en sí mismo una cosa mas grande que la humanidad, haciéndose mas fuerte que el mundo entero. No importa que antes haya conocido todas las ciencias, ó haya caído en todos los errores, atormentado por la ambicion y juguete de todas las seducciones ; no importa que su alma fuera el centro de todos los malos instintos, y que su conciencia estuviera abrumada por toda clase de crímenes: la fe crece en él sobreponiéndose á todos los errores; le arma contra todas las seducciones; borra todos sus crímenes, y le hace mas fuerte que el mundo entero. Y si antes de adquirir la fe, su imaginacion y su corazon eran terrenos áridos, con la fe el árbol de abundantes ramas se desarrolla en ellos y da sazonados frutos.

Jesus dijo tambien: «La red arrojada al mar recoge toda clase de peces, y cuando está llena, los pescadores ponen á un lado los buenos y desechan los malos.» Lo mismo sucederá en la consumacion de los siglos: los Angeles sacarán á los malos de entre los justos y los arrojarán al fuego, y allí habrá llanto y crugir de dientes. La

Iglesia recoge peces de todas clases, porque llama para la remision de los pecados á todos los hombres, ricos y pobres, ignorantes y sabios, prudentes é insensatos; y cuando la red esté llena, se cerrará el libro del destino del hombre. Entonces se verá lo que contiene la red; entonces se hará la separacion.

En la parábola de la zizafia se trata de aquellos que perecen á causa de la maldad de los dogmas heréticos, porque no reconocieron la verdad: aquí se trata de aquellos que perecen á causa de la perversidad de su vida, aunque han sido cogidos en la red y aunque han recibido el conocimiento de Dios. En este punto, dice San Gregorio, no se puede comentar, solo se puede temblar; y los tormentos de los réprobos se anuncian en sus términos propios, á fin de que nadie pueda escusarse alegando ignorancia y apoyándose en la oscuridad del dogma de los suplicios eternos.

Al darles aquellas enseñanzas, Jesus hizo comprender á los Apóstoles que debian repetirlas por toda la tierra. «Nadie, despues de haber encendido una lámpara, les dijo, la cubre con un medio celemin ó la pone debajo del lecho, sino que la coloca en un candelero, á fin de que aquellos que entren vean la luz.» Esta recomendacion basta para que la palabra de Dios resuene siempre, aun cuando aquellos que deban repetirla se vean cargados de cadenas. Y á fin tambien de advertir á sus oyentes obligándoles á meditar en el misterio de las parábolas, Jesus decia frecuentemente y en alta voz: «Que aquel que tenga oidos, oiga.»



CAPÍTULO XII.

Incredulidad de Nazareth.—Primera multiplicacion de los panes.—Segunda tempestad apaciguada.—Anuncio de la Eucaristía.

Jesús dejó los lugares en que había enseñado aquellas doctrinas, y fue á Nazareth, su patria, entrando en la Sinagoga el día del sábado, con el fin de enseñar, según el derecho que, por otra parte, tenía todo hijo de Israel. Levantose para leer, y se le puso en las manos el libro de Isaías, que era la lectura litúrgica en aquella época del año. Jesús no cambiaba nada en la costumbre, y, al contrario, lo hacía todo según debía practicarse y con el mayor cuidado: abrió, pues, el libro, y encontró este pasaje: *El espíritu del Señor está conmigo; por esto es por lo que yo he recibido otro óleo para evangelizar á los pobres, curar á los que tienen el corazón desgarrado, anunciar la libertad á los cautivos y la luz á los ciegos, para publicar el año feliz del Señor y el día de la retribucion.* Leído este pasaje, Jesús cerró el libro, se lo devolvió al ministro de la Sinagoga, y se sentó. Todas las miradas estaban fijas en Él, y Él dijo: «Todas estas cosas de la Escritura han sido cumplidas hoy, cuando acabais de oírlas.»

Es tanto más notable la majestad de esta palabra, cuanto Nuestro Señor no desconocía las malas disposiciones que abrigaban sus oyentes. Se observan en ellos dos

impulsos, dos sentimientos contrarios: primero le admiran; pero muy luego la levadura de los fariseos se manifiesta y domina en ellos.

Aquella levadura debia fermentar en Nazareth mas fácilmente que en ninguna otra parte. Los nazarenos consideraban sin duda alguna el don de las profecías y el de los milagros como una fortuna; pero tuvieron celos porque aquel don lo hubiera obtenido un hombre de quien tan poco caso habian hecho, y por eso empezaron á decir: «¿No es ese el hijo del carpintero José, el hijo de María? ¿No conocemos á sus padres, que viven entre nosotros? ¿Cómo, pues, se atreve á decir eso?»

Jesus leyó en aquellos corazones miserables, y comprendió la pregunta injuriosa que le iban á dirigir; vió que, rebotando incredulidad, le pedirian milagros, como prueba de que era Dios. Los primeros que dijeron á Jesus «pruébanos que eres Dios,» grito que tanto se ha repetido despues, fueron los primeros testigos de la virtud divina, aquellos ante cuyos ojos habia Jesus resucitado á los muertos. Jesus les recordó que Elías habia sido enviado á la viuda de Sarepta, aunque no faltaban viudas en Israel, y que Eliseo no curó á los infinitos leprosos que habia en Israel, sino solo á Naaman, que era de Siria, queriendo con esto advertirles que se pusieran en las condiciones que se requieren para recibir la gracia, abjurando su incredulidad y su envidia; pero todos, lejos de hacer eso, se sublevaron contra Jesus, le arrojaron de la Sinagoga y le persiguieron hasta lo alto del monte á cuya falda estaba construida la ciudad, con el designio de precipitarle desde allí. La misericordia de Jesus les libró de intentar la consumacion de aquel crimen: «Jesus, pasando por medio de ellos, se marchó,» sea que se hubiera

hecho invisible á sus ojos, sea que hubiera paralizado sus manos.

Este fue casi el único milagro que Jesus hizo en Nazareth; pero este es el milagro con el cual todos los dias desbarata los ataques de la impiedad: se hace invisible, ata las manos de los furiosos, y con solo eso consigue que aborten sus planes mejor dispuestos. Jesus niega á los nazarenos los milagros que su insolencia exigia, pero hace otros milagros que su incredulidad no ve, y de que su alma no se aprovecha, aunque con esos milagros les libre de cometer un crimen. Sin embargo, la clemencia de Jesus hácia sus compatriotas no pudo permanecer inactiva; curó algunos enfermos, imponiéndoles las manos, y el testo sagrado añade: «que su incredulidad le asombraba.»

Dejó por fin á aquellos ingratos, y volvió á sus fecundos viajes, siguiendo las sendas que habian recorrido los Patriarcas y los Profetas, derramando por donde quiera la salud, la esperanza y la vida. Los pueblos acudian á oírle de todas partes, «y Él tuvo piedad de ellos, porque estaban abrumados por los males, y corrían de aquí para allí como las ovejas que no tienen pastor.» Habiendo, pues, reunido á los Apóstoles, les envió dos á dos en diversas direcciones, para que socorrieran á aquellos que no podían venir á Él.

Aquella primera mision no debia encontrar dificultades; solo era un fácil aprendizaje de los duros trabajos del apostolado, y sin embargo dió á sus enviados la instruccion eterna que debia mas tarde hacerles afrontar todos los peligros, y que, transmitida despues á sus sucesores, les hizo, como á ellos, triunfar hasta de la misma muerte. Jesus les impuso la obligacion de ser pobres,

sencillos, prudentes y dulces; de no llevar consigo ni dos pares de sandalias, ni dos capas, ni dinero; de no tener sino un cayado de viaje; de no resistir; de no defenderse. Dioles tambien pleno poder para arrojar á los demonios y curar todas las enfermedades, y les fortaleció contra las tentaciones de la carne y de la sangre: «Quien ame á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí. Quien no tome su cruz y no me siga, no es digno de mí. Quien salve su vida en daño de lo que me debe, la perderá, y quien la pierda por mí, la salvará.» Hé aquí á los conquistadores del mundo.

En aquel tiempo fue cuando el nombre de Jesus llegó á oídos del tetrarca Herodes, quien creyó que el Profeta de quien tan grandes cosas oía contar no era otro sino Juan Bautista resucitado. Deseaba verle por esta razon; pero Jesus se alejó, porque la enfermedad de Herodes no era de aquellas que Él iba espontáneamente á curar, y pasó á otro punto, en el que los Apóstoles fueron á darle cuenta de lo que habian hecho. El buen Maestro deseaba conducirles á algun lugar solitario para que gozaran de alguna tranquilidad, porque la multitud no les dejaba ni aun tiempo para comer. Entró, pues, con ellos en una barca, y se dirigieron hácia un desierto de Betsaida; pero tambien allí se les anticipó la multitud, de la cual Jesus se compadeció, como siempre. Llevó aquellas pobres gentes al monte, y habiéndose sentado en medio de sus discípulos, devolvió la salud á los enfermos y habló del reino de Dios.

El dia iba avanzando; los Doce previnieron al Señor que era hora de despedir á aquella multitud, á fin de que pudiera llegar á las casas y á las aldeas y comprar con qué comer, porque no tenian provisiones, y el sitio aquel

era desierto. Jesus les dijo: «Dadles vosotros qué comer;» por lo cual ellos le preguntaron si debian comprar doscientos denarios de pan; pero Jesus, como si no les oyera, consideró á la multitud, que llegaria á unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, diciendo despues á Felipe: «¿Con qué compraremos el pan que se necesita para alimentar á tanta gente?» Hablaba así á fin de probarle, porque ya sabia lo que debia hacer. Felipe respondió: «Ni con doscientos denarios compraríamos pan bastante para que á cada uno de estos tocara un poco.» Entonces Jesus les mandó se informaran de las provisiones que habia, y Andrés fue á decirle: «Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces:» añadiendo: «¿Qué vale esto?» Pero Jesus ordenó que hicieran sentarse á todos por bandas sobre la yerba, y en seguida, habiendo tomado los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, los bendijo, los partió, y se los dió á sus discípulos para que los distribuyesen entre los que estaban sentados. Diéronles, en efecto, tanto como quisieron; todos comieron y quedaron hartos, y con los pedazos de pan sobrantes se llenaron doce cestos. Así el Pan eucarístico sacia al mundo y nunca se agota; pero este no es el único sentido de este milagro, del que se volverá á hablar mas adelante.

La admiracion era grande en el pueblo, y se decia: «¿No es este el Profeta que debe venir? ¡Es preciso hacerle Rey!» Jesus les despidió, para evitar el que realizaran este designio, y para enseñar á sus sacerdotes que no deben correr tras de la gloria popular. En seguida, habiendo ordenado á los discípulos que se embarcaran y que fueran á esperarle al otro lado del lago, huyó Él mismo al monte, donde permaneció solo en oracion.

Entre tanto la barca en que iban los discípulos luchaba contra el viento, y hacía la cuarta vigilia de la noche (las tres de la mañana) no había aun andado sino muy poco trecho; pero Jesús, viendo que sus discípulos remaban con trabajo, se dirigió hacia ellos, marchando sobre las olas agitadas. Los discípulos le vieron andar como si quisiera dejarlos atrás, y creyéndole una fantasma, empezaron á dar gritos; pero Jesús les dijo: «Yo soy; nada temais.— Señor, exclamó Pedro; si sois Vos, mandad que yo ande sobre las aguas.» Jesús le dijo: «Ven.» Y Pedro, que salió de la barca, anduvo también sobre el mar; pero el viento era fuerte, tuvo miedo, y en el mismo instante empezó á hundirse. Véase cómo Pedro es el mismo hombre á quien su amor hacía Jesús llevará al pretorio, y á quien la voz de una criada le hará renegar de Jesús: no temió marchar sobre la profundidad del abismo, y se asustó por el fragor del viento.

Sin embargo, Pedro no ultrajó el corazón de su Maestro hasta el punto de dudar de su poder y de su bondad, y exclamó: «Señor, sálvame.» Jesús entonces le cogió por la mano, y le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» Si su fe hubiera sido firme, el viento no hubiera podido hacerle daño, y el mar hubiera permanecido sólido bajo sus plantas. No era Pedro el que marchaba sobre las aguas, dice San Gerónimo, sino la fe: Pedro tenía necesidad de saber esto, y Jesús se lo enseñó para siempre. Cogióle por la mano, y ¡oh Pastor! ¡oh Padre! como el águila que ve el peligro de su hijuelo y le ampara con sus alas y le lleva al nido, así obra Jesús. Jesús subió después con Pedro á la barca, y en el instante cesó el viento, é inmediatamente la barca se encontró en la orilla á que se dirigía.

Jesús había caminado sobre las aguas, había hecho seguir aquel camino á Pedro, había apaciguado la tempestad, y una distancia de muchas leguas fue recorrida en un momento. Los ojos de los discípulos no se habían abierto con la multiplicación de los panes; pero aquellos nuevos milagros, multiplicados para ellos solos, hicieron caer la venda de sus ojos. Adoraron á su Maestro, y le dijeron: «Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios.»

Toda la comarca supo inmediatamente la presencia de Jesús; y donde quiera que entraba, ciudad, pueblo ó aldea, acudían los enfermos, que, colocados en las plazas públicas, le suplicaban que les tocara con la punta de su manto, con lo cual, en efecto, quedaban curados.

Los hombres que habían querido proclamarle Rey seguían abrigando aquel designio, y después de haberle buscado á orillas del lago desde el día de la multiplicación de los panes, se encontraban todos reunidos en Cafarnaúm, cuando Jesús entró en la ciudad. Pero en el fondo de todo su celo no había, como lo probaron los hechos siguientes, sino el deseo de vivir en la abundancia de las cosas necesarias, sin que esperaran otra cosa del Mesías.

Había llegado el momento de darles una idea más alta, y de hacerles comprender qué pan traía el Mesías al mundo. Díjoles, pues, que le buscaban porque les había dado pan; pero que debían trabajar, no por el alimento que perece, sino por el que dura hasta en la vida eterna, y que aquel era el alimento que el Hijo del hombre les daría.

Le preguntaron qué obras les harían agradables á Dios, y Jesús les respondió: «La obra de Dios es que creáis en Aquel que Él ha enviado.» Dijo esto porque la fe produce la humildad, el deseo, el amor y todas las obras de la vida.

Pero el espíritu de los fariseos fermentaba en ellos, y negaron que los milagros de que habian sido testigos debieran obligarles á creer. Aludiendo á la multiplicacion de los panes, milagro que habia sido algunas horas antes el fundamento de sus esperanzas, dijeron que Moisés habia hecho mucho mas alimentando á sus padres en el desierto con el maná, segun lo que está escrito: *Les ha dado á comer pan celestial*; pero Jesus les respondió: «El verdadero pan celestial no es de Moisés, sino de mi Padre; porque el verdadero pan de Dios es aquel que viene del cielo y da la vida al mundo.» Y ellos le dijeron: «Señor, danos siempre de ese pan.»

Entonces Jesus, descubriéndoles las profundidades del misterio, les dijo: «Yo soy el pan de la vida; aquel que venga á Mí, nunca tendrá hambre, y aquel que crea en Mí, nunca tendrá sed... Es la voluntad de mi Padre que me ha enviado, que quien vea al Hijo y crea en Él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.»

Palabras verdaderas á la letra como en el espíritu, pero que los judíos no oyeron, ó no quisieron oír.

Como aquella vida eterna de que les hablaba Jesus está exenta de las miserias y de las necesidades de la vida presente, es verdad, es una verdad literal que, quien la posea, nunca tendrá hambre ni sed, sino que, al contrario, se verá saciado para siempre. Y aunque es cierto que la vida eterna no debe empezar hasta la resurreccion, tambien lo es que, aun desde esta vida, existe la saciedad en aquellos que se alimentan del pan vivo. Mezclado á la carne mortal, el pan eucarístico infunde en ella el germen inmaterial de la eterna vida, y la muerte natural no destruirá ese germen, que ha de conservarse en sus esqueletos descarnados: no, no se separará ese

gérmen del polvo que los esqueletos formen, durmiendo en el polvo hasta el día en que Dios mande que brote. Y en aquel instante la carne revivirá, ó mas bien florecerá, llena de gloria, revestida de inmortalidad, despojada de las concupiscencias que han sido causa de su corrupcion. Nada impuro quedará en ella á que pueda alcanzar la mano de la muerte: el contacto del Hijo de Dios habrá destruido y consumido todo principio impuro y mortal. Así, lo que la fe del hombre ha creído y ha deseado, lo ha querido y lo ha hecho el amor de Dios.

En vez de creer y de esperar la esplicacion de lo que no comprendian, aquellos judíos se pusieron á murmurar como los de Nazareth, muchos de los cuales estaban entre ellos: «¿No es este, decian nuevamente, Jesus, el hijo de José? ¿Cómo nos dice que ha descendido del cielo?»

Jesus les advirtió severamente que no murmuraran, y despues de algunas palabras divinas reservadas, por decirlo así, á la interpretacion de San Pablo y de la Iglesia, que debian divinizar mas tarde el misterio de la gracia, continuó sus discursos.

Poniendo el peso y el yugo de su autoridad divina sobre la razon ensoberbecida de aquellos hombres, Jesus les hizo saber que aquel pan misterioso que les anunciaba era El mismo, era su carne: «En verdad, en verdad os lo digo; Aquel que viene á mí, tiene la vida eterna. Yo soy el Pan de la Vida. Vuestros padres han comido el maná en el desierto y han muerto. Yo soy el pan descendido del cielo, á fin de que quien coma de él no muera nunca. Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. El que coma de ese pan vivirá eternamente, y el pan que yo le daré será mi carne.»

Al oír aquella palabra, redoblaron los murmullos:

:

«¿Cómo ese hombre puede darnos su carne á comer?»
¡Cómo!: esta es una palabra judáica, dice San Cirilo. Con el derecho de su divinidad, Jesus respondió con una nueva afirmacion: «En verdad, en verdad os lo digo; si no comeis la carne del Hijo del hombre y si no bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Aquel que coma mi carne y beba mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como mi Padre que tiene vida en sí mismo me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, así el que me coma vivirá tambien por mí. Yo soy el pan que ha descendido del cielo, y no sucede como con vuestros padres, que comieron el maná, y que han muerto: el que coma este pan vivirá eternamente.»

El hombre, dice Bossuet, razona siempre contra las bondades de Dios, y, por consecuencia, contra sí mismo. Aquellos hombres creyeron que Jesus les hablaba de la carne de un hombre semejante á los otros, de la carne del hijo de José, que seria una carne semejante á aquella con que los hombres alimentan su cuerpo, que seria, en fin, una carne que ellos consumieran al comerla. Jesus da tres respuestas á estos tres errores.—*Yo soy el pan vivo descendido del cielo*: luego la carne que promete no es la carne del hijo de José, sino la carne del Hijo de Dios, carne concebida por el Espíritu Santo y formada de la sangre de una virgen.—*La voluntad de mi Padre es que no pierda á ninguno de los que me ha dado, y que les resucite en el último dia...* Quien coma de este pan de mi carne, que yo daré por la vida del mundo, vivirá eternamente: luego la vida que su carne debe sostener no es esta vida comun y mortal,

sino la vida eterna, tanto del alma como del cuerpo, en que seremos cambiados y *semejantes á los ángeles de Dios*.— *Vereis al Hijo de Dios subir al cielo de donde ha descendido:* luego aun cuando dé su carne por alimento, Él permanecerá siempre vivo.

San Juan, que refiere estas cosas divinas, añade: «Esto dijo Jesus, enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum.» Convenia, en efecto, que se dijera desde entonces para preparar á los Apóstoles á la institucion de la santa Cena, y convenia que se dijera en la Sinagoga, á fin de que cuando los Apóstoles, únicos testigos de la institucion de la Eucaristía, tuvieran que proponer este sobre toda ponderacion portentoso y adorable misterio, pudieran invocar la palabra pública del Señor. En todo y por todas partes la misericordiosa sabiduría del Señor ha tenido cuidado de darnos armas contra nuestra propia incredulidad.

Sin embargo, la mayor parte de aquellos hombres, que podian creer en Él tan fácilmente á causa de los milagros que habian visto, no creyeron; hubo incrédulos hasta entre sus discípulos, «y varios de estos se retiraron.» ¡Pronto cumplimiento de la parábola profética de la simiente!

Jesus no se sorprendió. «Sabia como Dios desde el principio de toda eternidad,» y como hombre desde su concepcion, quiénes eran los que no creían y quién era el que habia de venderle. Sin embargo, dijo á los Doce: «Y vosotros, ¿no quereis tambien marcharos?» Pedro, en nombre de todos, no dudando que todos como él se hallaban llenos de una fe respetuosa, respondió: «Señor, ¿á quién iríamos? Tú tienes la palabra de la vida eterna. Hemos creído, y hemos reconocido que tú eres Cristo, el Hijo

de Dios.» Jesus respondió: «Yo os he escogido á los doce, y, sin embargo, hay uno entre vosotros que es un demonio.»

¡Oh cuánta sangre derramó aquel divino corazon antes de ser atravesado por la lanza!

LIBRO IV.

EDUCACION DE LOS APÓSTOLES.

CAPÍTULO XIII.

Falsa purificacion.—La Cananea.—El sordo-mudo.—Segunda multiplicacion de los panes.

Podria decirse que el Evangelio es la historia de la educacion de San Pedro y de los Apóstoles. Jesus, porque es el hombre perfecto, es tambien el adorador y el sacerdote perfecto, y su mision fue la de formar adoradores y sacerdotes perfectos..

Desde el punto en que nos encontramos de la vida de Jesus, Jesus pone en esa educacion un cuidado, no mas constante, pero sí mas directo. Las instrucciones prevalecen sobre los milagros, é instruye bajo la forma de parábolas ó controversias con los fariseos, con los escribas y con los doctores de la Ley.

Aquellos hombres, que dominaban en Jerusalem, eran tambien numerosos en todas partes, y mezclados con el pueblo seguian paso á paso á Jesus, dispuestos siempre á dirigirle preguntas capciosas, con el fin de encontrar en sus respuestas motivo para acusarle. Si poseyéramos las relaciones que ellos enviaron al Sinedrio, tendríamos la

sustancia y la quinta esencia de todos los expedientes y calumnias que la policía de los gobiernos impíos ha formado siempre contra la Iglesia.

Un día, habiendo observado que algunos de los discípulos de Jesús comían sin haberse lavado las manos, los fariseos señalaron como una trasgresión de la ley aquel olvido de las costumbres. Léese, en efecto, en los Profetas: *Lavaos y sed puros.—Purificaos vosotros los que lleváis los vasos del Señor*; y otras palabras semejantes que los fariseos interpretaban en el sentido material, de modo que con abluciones continuas creían poder prescindir de las lágrimas, de las limosnas y de las obras de justicia. Interrogaron, pues, á Jesús, diciéndole: «¿Por qué tus discípulos infringen la tradición, pues no se lavan las manos cuando comen pan?»

Jesús se dignó responderles, y esta es una de esas circunstancias que sirven á muchos hombres de poco talento para exagerar, queriendo rebajarla, la sencillez del Evangelio, y para burlarse al ver al Hijo de Dios disputando sobre el punto de saber si debe ó no hacerse una ablución antes de la comida. Felizmente para el género humano, el Hijo de Dios no ha mostrado igual desprecio hacia esas cosas pequeñas. Quiso aquel debate, como quiso apaciguar la tempestad, como querrá resucitar á Lázaro, como querrá morir sobre la cruz. La ridícula pregunta de los fariseos le sirvió para señalar el carácter de la verdadera purificación, contra el mezquino y peligroso formularismo en que el espíritu farisaico hacía consistir la piedad.

Reprendió á aquellos censores que mostraban tanto respeto hacia las minuciosidades de una tradición puramente humana y que no temían infringir los preceptos

mas esenciales, limpiando escrupulosamente los bordes del vaso y dejando la inmundicia en su fondo, filtrando el agua para evitar el que pasara en ella un mosquito, y tragándose un camello; y echoles en cara el uso que hacian de una tradicion, ó mas bien de un sofisma, por medio del cual dispensaban al hijo que socorriera á su padre necesitado, con tal que no dejara de hacer ciertas ofrendas al templo. «Hipócritas, les dijo: os creéis muy santos, y haceis vano el mandamiento de Dios con vuestra tradicion;» y dirigiéndose despues al pueblo, que no habia oido aquella reprension, dijo en voz alta: «No ensucia al hombre lo que entra en la boca, mas lo que sale de la boca, eso ensucia al hombre.»

Los discípulos, alarmados por la cólera de los fariseos, y acaso escandalizados ellos mismos, le pidieron la esplicacion de una sentencia tan nueva para ellos, y que parecia acabar con la prohibicion tan respetada de comer animales inmundos, prohibicion judaica que en efecto desapareció, aunque mas tarde.

Pedro, segun la costumbre ya establecida entre ellos, habia hablado por todos, y el Maestro le respondió: «¿No comprendéis que toda cosa que entra en el hombre no puede mancharlo, porque no entra en el corazon; pero que lo que sale de la boca sale del corazon, y esto ensucia al hombre, porque del corazon del hombre salen los pensamientos malos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias y toda clase de crímenes? Estas cosas son las que manchan al hombre, mas no el comer sin lavarse las manos.» Estas son palabras fecundas y luminosas que han dado al hombre nuevos sentidos y el conocimiento de sí mismo. «El corazon del hombre, dice Orígenes, es grande cuando es puro, porque su pequeñez corporal no

le impide recibir al Señor, que es espíritu. Cuando el corazón del hombre posee la pureza, abraza la verdad.»

Jesús salió de allí, y se dirigió á los confines de Tiro y de Sidon: después de haber condenado las prácticas supersticiosas de los judíos que no habían querido oírle, se dirigió hacia los paganos, dándonos con ello una enseñanza análoga á la que puede sacarse de la misión de Sitchar, en Samaria. El Maestro paciente se plega á la debilidad de sus discípulos é insiste en la misma lección, pero añadiendo cada vez alguna cosa nueva que la grabe mejor en su inteligencia ya preparada para ello. Ocultose aquella vez, porque aun no había llegado el tiempo de la predicación á los gentiles: sin embargo, entre la multitud que debía aun ignorar su presencia había un alma fiel á la que quería recompensar, y que supo llegar hasta Él.

Una mujer cananea, á quien San Marcos llama sirio-fenicia, acudió á Jesús, y clamaba diciéndole: «Señor, Hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.» Cuando el Espíritu Santo inspira la oración, todo se dice en pocas palabras. Al llamarle *Señor*, la Cananea confiesa la divinidad; al llamarle *Hijo de David*, confiesa la humanidad, y al decir *Ten piedad de mí* (y no de su hija, porque el sufrimiento de la hija es propiamente el dolor de la madre), *mi hija se halla cruelmente atormentada del demonio*, espone al médico el mal en toda su fuerza y en toda su gravedad. La acción y la oración de la Cananea son igualmente prudentes: no pide nada á los hombres, y, apoyada sobre la fe, se encamina directamente á Dios.

Jesús, sin embargo, pareció que no la oía, y no la respondió; y cuando los discípulos, ó conmovidos por el dolor, ó importunados por la queja de aquella mujer, le

suplicaron que la despidiera concediéndola lo que solicitaba, Jesus les dijo que habia sido enviado para las ovejas perdidas de la casa de Israel, y siguió su camino. Mas ella no por eso le dejaba: siguióle con tanta fe como amor materno, y, penetrando en la casa en que habia entrado, se arrojó á sus plantas, clamando siempre: «¡Señor, valledme; curad á mi hija!» Entonces Jesus, con una severidad poco comun en Él, y para que aquella pagana comprendiera el poder de la fe, la dijo: «Deja que primeramente se sacien los hijos, porque no es conveniente tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros.» Pero tampoco aquella dureza del lenguaje, que de seguro iba suavizada por el acento, pudo rechazar á la suplicante. «Así es, Señor, repuso; pero los perrillos comen las migajas de sus señores.» Ante aquel rasgo de humildad despues de tan firme perseverancia, Jesus, como vencido, añadió: «¡Oh mujer! grande es tu fe: hágase contigo como quieres.» Y desde aquella hora quedó sana su hija.

La hija de la Cananea, como el siervo del centurion, quedaron sanos sin que el Señor hubiera entrado en su casa, y así se salvarán por su palabra y por la oracion de su Iglesia las naciones que Jesucristo no ha visitado. Aquella madre, cuyo amor y cuya fe no se cansan nunca, es la Iglesia, que siempre está diciendo: «¡Señor, tened piedad de mí; sanad á mi hija!» Como la Hemorroisa y la Samaritana, que salieron de su ciudad, la Cananea, que ha dejado su pais natal, es una figura tiernísima del gentilismo; y semejante á Ruth, la Moabita nombrada entre los antepasados de Nuestro Señor, la Cananea es admitida en la casa de Dios por el poder de su amor y de su fe.

Jesus dejó en seguida aquel pais; y aunque en él no

hiciera mas milagros que el que hemos relatado y por el cual se ve tan vivamente la eficacia de la oracion, ese milagro encierra tambien otra enseñanza: nos enseña que el bien de una sola alma bastaba para que aceptara el trabajo de una mision.

Volvió Jesus junto al mar de Galilea, donde, apenas llegó á divulgarse su vuelta, le presentaron un sordo-mudo. Llevole aparte, le tocó los oidos y la lengua, y dió un gran suspiro; en seguida dijo: *Ephpheta* (*ábrete*), y el sordo-mudo oyó y habló.

El afejamiento de la multitud, la mirada dirigida al cielo, el suspiro, son señales que sirven para enseñar á los Apóstoles que huyan de la vanagloria, que se acuerden que del cielo deben esperarse todos los beneficios, que todo se obtiene de Dios por los suspiros de la oracion, y que la humildad vale mas que la facultad de hacer milagros. Aquellos suspiros, que son en Jesus efecto de la compasion, deben ser en nosotros la condenacion y la expiacion del mal, y así es cómo podemos pedir eficazmente que nos libre de las consecuencias del pecado.

Jesus toca al enfermo para mostrar que su cuerpo, unido á la Divinidad, se ha enriquecido con la Divinidad y obra divinamente, lo cual servirá de argumento contra las herejías futuras. Al tomar nuestra carne, la muestra restablecida en toda su perfeccion y revestida de toda la gloria que ha de serla dada. Sirvese de su mano para abrir el oido cerrado y de su saliva para desatar la lengua muda, y, en fin, pronuncia esta palabra: *Ephpheta*, para mostrar que las dos naturalezas se distinguen sin separarse. Jesus ora, gime, trabaja como un hombre, y cura al sordo con una sola de sus palabras de Dios: *ábrete*.

Á este milagro siguió gran número de milagros: los

mudos hablaban, los cojos andaban, los ciegos veían, y un clamor general se levantaba del alma del pueblo, alabando al Dios de Israel.

Como la multitud era considerable y el lugar desierto, Jesús renovó allí el milagro de la multiplicación de los panes. Los discípulos habían olvidado el primer milagro, y se ocupaban con celo del medio de comprar pan bastante para alimentar á los cuatro mil hombres que se habían reunido allí, sin contar, las mujeres y los niños. Halláronse siete panes y algunos peces pequeños; Jesús los bendijo con aquella bendición con la cual en el principio el Verbo dió á las criaturas la virtud de crecer y de multiplicarse, y aquellos panes se multiplicaron en sus manos como el grano se multiplica en la tierra. Todos comieron y quedaron hartos, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete canastos.

Además de diversos sentidos particulares, todos bellísimos y abundantes en frutos de salvación, los dos milagros de la multiplicación del pan tienen un sentido general que les es común y con el que vienen á completarse el uno por el otro. Pero antes de examinarlo atendamos á la solución que la enseñanza que resulta de esos milagros podría dar á una de las mayores dificultades con que se encuentran las sociedades modernas. Trátase de la multiplicación y de la repartición de las riquezas.

El problema consiste en alimentar á todo un pueblo: cinco mil hombres la primera vez, cuatro mil la segunda, con más las mujeres y los niños, lo cual, en uno y otro caso, duplica por lo menos el número de bocas. Para hacer frente á esta necesidad, no hay nada, nada se encuentra en el desierto, y los Apóstoles, que representan el poder, se inquietan por la situación y proponen á Jesús

lo único que la prudencia humana puede proponer: «Despedid á esta multitud, á fin de que cada uno se provea como pueda;» pero Jesus responde: «Dadles vosotros mismos de comer.»

Los Apóstoles entonces piensan en comprar pan, y quieren emplear en ello todo cuanto poseen; pero una triste y súbita reflexion los desalienta: «Aunque empleáramos doscientos denarios de plata (probablemente muchas mas de lo que contenia la bolsa comun), no habria bastante para que cada uno de estos hombres recibiera un bocado.» ¡Y eso, sin embargo, es lo único que se puede hacer! O dejarles proveerse como ellos puedan, sin acordarse de los pequeños, de los débiles, de los indigentes, sacrificando, en fin, al pobre, ó arrojar al abismo el acervo comun sacrificando al rico, sin que ni uno ni otro sacrificio alcancen á resolver el problema.

Se sugiere tambien otro tercer medio, pero con cierta vergüenza, porque parece ineficaz. Entre aquella multitud hambrienta se ha descubierto á un rico, á un niño que posee cinco panes de cebada y dos peces. Para él esto es mas de lo que necesita, y se puede despojar á aquel rico, que tiene demasiado, en provecho de los que nada tienen, poniendo en comun su abundancia, sus cinco panes de cebada y sus dos peces.

Abandonar al pobre, alimentarle un instante á costa del Estado y arruinando al Estado, ó despojar al rico sin ningun provecho para nadie, y sin sacar al Estado del peligro; tales son las alternativas entre las cuales los gobiernos van hoy marchando fatalmente hácia el abismo comunista, sin que ninguna ciencia política pueda hallar salvacion para las sociedades.

En la historia evangélica interviene Jesus, y bajo el

punto de vista en que nos hemos colocado, y que nos parece exacto, Jesus se halla comprometido con aquel pueblo que le ha seguido al desierto para escuchar su palabra, y que, por consecuencia, ha cumplido con el precepto «de buscar primeramente el reino de Dios.»

Jesus ordena desde luego á los Apóstoles que pongan en orden aquella multitud, que la distribuyan por bandas de ciento y de cincuenta, y que se sienten sobre la verde yerba (figura de los apetitos que se deben despreciar). Despues, cuando se han colocado así; cuando cada rebaño y cada individuo tienen un pastor, Jesus hace que le traigan las pobres provisiones que se han encontrado, y las bendice. Se las llevan á Él, porque á Él es á quien pertenecen, como Creador de todo bien y Señor de toda criatura: las bendice levantando los ojos al cielo, porque á Dios debe pedirse toda bendicion y toda multiplicacion; las distribuye por las manos de sus Apóstoles, porque Él tiene derecho á disponer de ellas; bastan, porque su bendicion las ha multiplicado; y queda sobrante de ellas, despues que todos han comido y están hartos, porque Dios da todo con abundancia, y porque ha puesto la ley de que la limosna no arruine al que la hace, antes bien le enriquezca.

Esta es toda la economía social del Evangelio: inspirar primero á los pueblos el gusto hácia las cosas de Dios; establecer entre ellos el orden, y darles pastores; enseñarles á despreciar los apetitos que les hacen insaciables, y pedir á Dios que bendiga y multiplique las riquezas materiales que son necesarias para la existencia. Toda esta economía evangélica solo obtiene hoy desprecios; pero el infierno del pauperismo se halla abierto, y contra él no se propone mas remedio eficaz que los falansterios,¹

¹ Falansterios. En el sistema de Fourier, el número enq. debe habitar la familia; y el cual ha de reunir las virtudes de economía, utilidad y magnificencia. Comunismo.

que son otros tantos infiernos, pudiendo ya preverse que las instituciones comunistas se ocuparán, mas que en dar pan, en abrir circos para los gladiadores y las fieras.

El sentido místico de estas dos multiplicaciones del pan es, como en otros varios milagros, el cumplimiento de la Ley por el establecimiento de la Eucaristía y el misterio de la Iglesia.

«Tengo compasion de estas gentes,» dijo Jesus antes del segundo milagro; «porque há ya tres dias que permanecen conmigo, y no tienen qué comer, y si les despi-do en ayunas les faltarán las fuerzas en el camino, porque muchos han venido de lejos.» Tambien dijo «que vagaban como rebaño sin pastor.» Pues bien: Jesucristo ha venido á este mundo para alimentarles y para darles los Pastores que Él haya elegido, y Él será al mismo tiempo el alimento supremo y eterno, y el supremo y eterno Pastor.

El primer milagro alimenta á cinco mil hombres, todos del pais, y este es el número de los que se convertirán por la primera predicacion de San Pedro, y que habian de ser todos judíos. En el segundo milagro hay cuatro mil hombres «venidos de lejos,» segun la observacion del Señor, y, por ese número, el milagro es ya figurativo de la conversion de los gentiles, los cuales debian venir de todos los puntos de la tierra, ó, como dice la Escritura, «de los cuatro vientos.»

Los Apóstoles son los que la primera vez piensan en la necesidad del pueblo; pero solo piensan en ello para despedirle y para que cada uno se provea como pueda. Este es el carácter del sacerdocio judáico, que nada tenia que dar á los extranjeros, y muy poco á los demas. Sin embargo, aquel mismo cuidado de despedirlos indica que

tomaban algun interes por ellos, como se lo habian tomado los Patriarcas y los Profetas que oraban á Dios por el pueblo de Israel. La segunda vez, aunque la multitud se halla allí hace largo tiempo, y aunque el desierto es mas árido, nadie se acuerda de que puede tener hambre; solo Jesucristo piensa en ello, solo Él se compadece de la multitud de las naciones, y dirigiéndolas una mirada de amor, dice: «No quiero que vayan sin alimento; desfallecerian en el camino.»

En el primer milagro hay cinco panes de cebada, y en el segundo siete panes de trigo. Los Evangelistas, dice San Cirilo, podian haberse contentado con referir que el Salvador hartó á una multitud de gente con los pocos alimentos que llevaba un niño; mas si señalan el número de los panes, es porque en esa circunstancia se encierra un misterio.

En efecto; los cinco panes del primer milagro indican los ritos de la antigua Ley, contenida en los cinco libros de Moisés de los que el pueblo judío sacaba su alimento espiritual; y los siete panes del segundo milagro figuran admirablemente la Ley evangélica, en la cual la gracia *septiforme* del Espíritu Santo se halla distribuida á todos los fieles por la predicacion y por los sacramentos. Estos siete panes representan, pues, los siete sacramentos instituidos por Jesucristo para alimentar á los cristianos durante su viaje hácia la eternidad.

Los cinco panes del primer milagro eran de cebada, y la cebada es el alimento de las bestias de carga y de los esclavos, como el espíritu de la Ley antigua era un espíritu de temor y de servidumbre. La parte nutritiva de la cebada se halla cubierta de tegumentos muy duros, así como el elemento vital del alma se hallaba circunda-

do en la ley mosaica de tupidos velos. Un niño, que no hace aprecio de ellos, es quien posee los panes de cebada, como los cinco libros mosaicos se hallaban colocados y estaban puestos en manos de un sacerdocio y de un pueblo que solo los entendian en un sentido pueril, y que los observaban sin sacar de ellos provecho alguno.

El trigo de que están formados los siete panes del segundo milagro es el alimento de los hombres, el alimento profetizado: «*Et cibavit eos ex adipe frumenti*: los ha alimentado con el trigo mas puro. *A fructu frumenti... multiplicati sunt*: porque el fruto del trigo se ha multiplicado.» Así cantó David el festin del Mesías, y de ningun modo podia espresarse mejor la nueva Ley, la dulzura, la gracia, el amor de Jesucristo.

El mismo Jesucristo se halla figurado en el festin. *Piscis assus est, Christus passus*, dice San Agustin: el pez que pasa por el fuego, es Jesucristo desde su Pasion, símbolo que es tan antiguo como la Iglesia. El P. Ventura cree que los dos peces indican los dos caractéres: el de sacerdote y el de víctima que Jesucristo reunió en la Cruz. Por el mérito infinito de su sacrificio, los cinco panes de cebada y los siete panes de trigo, los ritos de la ley mosaica y los sacramentos de la ley evangélica, obtienen toda su eficacia para la salvacion de las almas.

Jesus no quiso crear de la nada, como hubiera podido hacerlo, aquellos panes con que alimentó á la multitud, ni quiso ordenar que descendieran del cielo, como el maná, en cantidad suficiente. Por una parte, ya el pan habia descendido tal cual Él queria darle: era Él; y se contenta con multiplicarle, haciendo un milagro tan grande como la creacion, para indicar que Él da su propia sustancia. Por otra parte, al recibir realmente los peces y

los panes de manos de sus discípulos, añade nuevas enseñanzas: asocia al mismo tiempo al hombre á su obra, como ya lo ha hecho en muchas ocasiones por otros actos, y, sobre todo, por la institucion de los Apóstoles; afianza el ministerio de la Iglesia; confirma, en fin, el símbolo que ha querido dar, haciendo mas sensible la verdad de que queria instruirnos. En los sacramentos la Iglesia no crea: recibe la materia de que los sacramentos se forman.

Los panes no tenían sabor, eran inútiles en manos de los Discípulos; pero en manos de Jesus, y por su bendicion, se multiplican, adquieren una variedad maravillosa, bastan para todos. Del mismo modo el agua, el vino, el aceite, materia de los sacramentos, son incapaces por sí mismos de producir ningun efecto moral; pero por la bendicion de Jesucristo, esa materia recibe la virtud de conferir y de aumentar la gracia que deja satisfecha al alma y la llena de fuerza espiritual.

Los peces, como el pan, son llevados por los Apóstoles.

Los peces son el botin de los pescadores; ellos los cogieron en las aguas profundas, allí donde se les dijo que echaran la red. Así la posesion mas íntima de Jesucristo es el patrimonio de aquellos que se han dado mas á Él; de aquellos que han escuchado mejor su palabra; de aquellos á quienes Él ha elegido para asistirles, y ellos la distribuyen por la predicacion, sobre todo por la predicacion de sus martirios, que lleva á los hombres hácia los sacramentos y les comunica su suavidad. Yo solo predico á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, decia San Pablo. Los peces están con el pan, porque la predicacion de los misterios de Jesucristo ilumina la inteligencia, en tanto

:

que el pan de los sacramentos alimenta el corazón, y una y otra cosa son el alimento del pueblo de Dios.

Los Santos Padres hacen otra observación. Así como los panes, dicen, solo fueron suficientes porque Jesús los bendijo sin que se viera su interior hasta que Él los partió, así nosotros no conoceríamos las profecías de la antigua Ley y los misterios de la Ley nueva, que seguían ocultos, sin la luz de su palabra. Ni los ritos antiguos, ni los nuevos sacramentos, hubieran tenido virtud bastante para sostener al pueblo judío y para alimentar al pueblo cristiano, si Jesús no los hubiera fecundado, primero en figura y luego en realidad, por su bendición omnipotente. Aquella bendición pronunciada en el principio del mundo sobre todas las criaturas, les da la vida por la facultad de reproducirse y de multiplicarse, y esa misma bendición pronunciada sobre las instituciones espirituales de la Ley y del Evangelio asegura á cada una de ellas, según su medida, la eficacia y la duración.

Así, pues, el primer milagro figura la antigua alianza, el segundo figura la nueva; y en uno y en otro, como Jesús obró solo, se nos indica que el Mediador celestial, nacido según la carne y en el tiempo, es también el *Verbo de Dios* anterior al tiempo; es el Dios de la Ley y el Dios del Evangelio que ha dado á los Profetas la inteligencia de los misterios futuros y á los Apóstoles la inteligencia de los misterios realizados; es el mismo que ha alimentado al pueblo judío con el grano de los sacramentos figurativos; es el mismo que alimenta al pueblo cristiano con el trigo de los sacramentos reales.

Pero Jesús no quiere acabar con la libertad bajo el peso de los milagros: lo que Jesús está haciendo con tanto trabajo, el enemigo quiere destruirlo, y Satanás suscitará

herejes que tratarán de emponzoñar con su veneno el pan que da Jesus. Pues bien: su providencia provee á este peligro, y, sin quitar á los hombres el mérito del combate, les da de antemano el medio de evitarlo. Con ese poder y esa sabiduría soberana que solo necesitan una palabra para iluminar cuatro mil años de misterios, y un acto de la voluntad para dilatar un pedazo de pan de manera que alimente á todo un pueblo, Jesus concentra tambien, en algunas palabras y en algunas circunstancias de poca apariencia, las instrucciones que han de resistir á todas las sutilezas de la herejía, haciendo que sean impotentes hasta el fin del mundo.

La herejía llegará á negar la necesidad del ministerio eclesiástico para la dispensacion de la doctrina y de la gracia de Jesucristo, diciendo que todo fiel obtiene la luz y la inspiracion de Dios sin intermediario alguno, solo por la fe, y que por lo tanto no hay necesidad de Obispos ni de intervencion sacerdotal.

Seguramente Jesus pudo hacer que así fuera; podia disponerlo y cumplirlo todo sin recurrir á sus discípulos; pero es seguro que empleó á sus discípulos, y que no lo hizo sin designio, y ese designio lo conoció el Apóstol por el mismo Salvador: «Que todos nos consideren, dijo, como siendo ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios.» Todas las circunstancias de los dos milagros encierran y revelan esta doctrina.

Jesus empieza por decir: «No es necesario despedir á estas gentes; dadles vosotros de comer,» y por este misterioso lenguaje, profecía de lo que iba á suceder, Jesus, dice Orígenes, da exclusivamente á los Apóstoles y á sus sucesores el poder de alimentar al pueblo fiel. Fija desde entonces, añade San Ambrosio, la economía de la

predicacion evangélica para la alimentacion de las almas. « Dadles vosotros mismos de comer, » es lo mismo que se les dijo mas tarde: « Id á instruir á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Quien crea y haya recibido el bautismo, se salvará. »

Los Apóstoles trasmiten tambien al pueblo la órden de sentarse, y ellos le dan de comer colocándole por bandadas, casi podria decirse por iglesias, por parroquias. Así, pues, es la voluntad de Dios que no pertenezca á los fieles el derecho de reunirse en asambleas religiosas, ni el de gobernarse por sí mismos: solo á los Obispos, como lo enseña el Apóstol, toca el cuidado de establecer iglesias y de gobernarlas.

Jesus no distribuyó por sí mismo el pan milagroso, como lo hace ver la misma insistencia con que señalan este hecho los Evangelistas, sino que se le dió á estos, á fin de que el pueblo le recibiera de sus manos y de que ellos dieran á cada uno su parte. Así, pues, la sabiduría misma de Jesucristo fue la que estableció el medio por el cual quiso que su Iglesia distribuyera la vida á los pueblos.

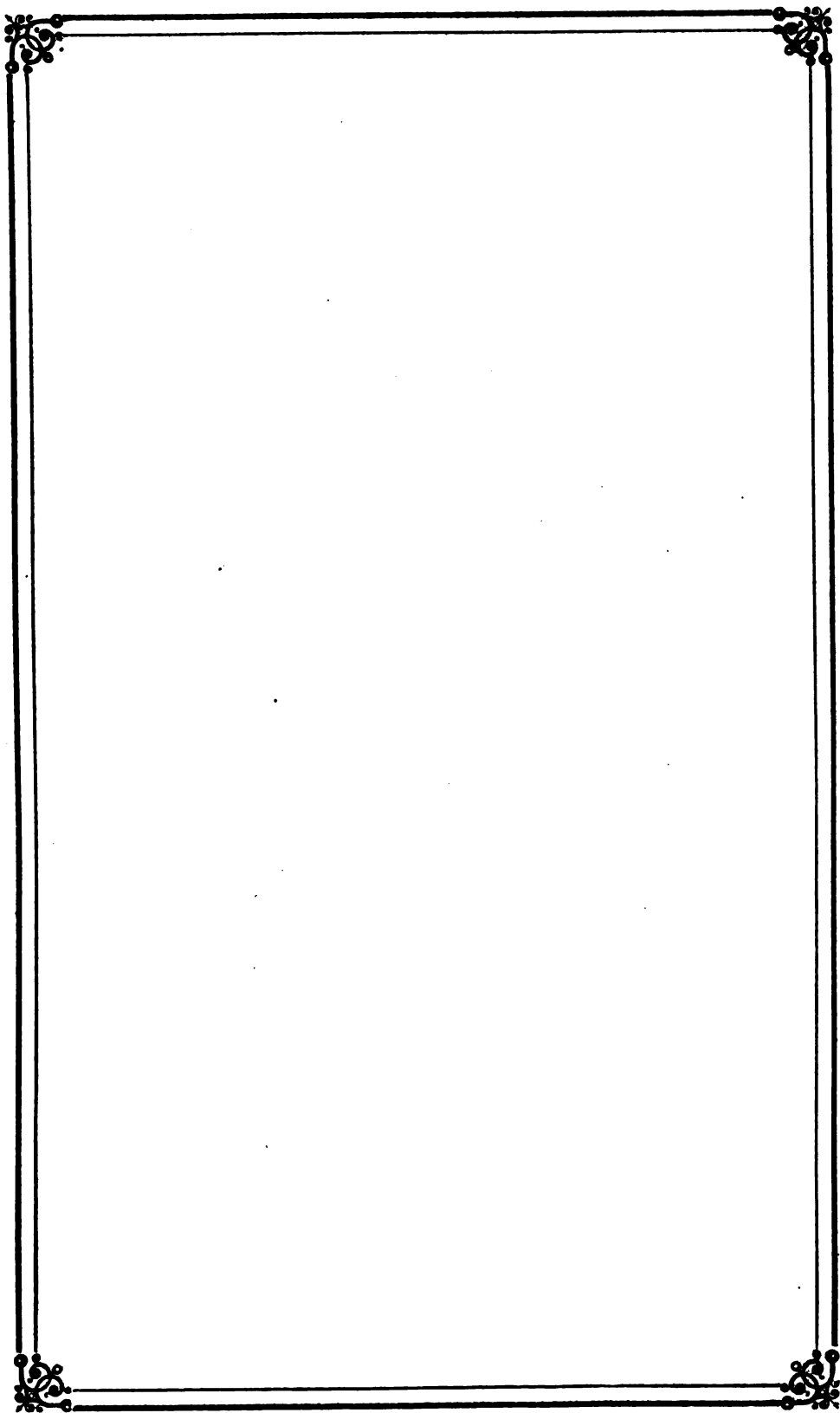
Tampoco da á los Apóstoles los panes enteros, sino partidos, y los parte, porque antes de darles la órden suprema de distribuir el Evangelio, debe descubrirles los misterios de las Escrituras. ¿Cómo dejar de comprender por esto, dice San Agustin, que Jesus solo á los Obispos y á los sacerdotes ha confiado el sentido verdadero de sus misterios y la distribucion del alimento sagrado?

Por último, cuando el pueblo estuvo harto, Jesus ordenó á los Apóstoles que recogieran los restos de la comida, y la primera vez llenaron con aquellas sobras doce

canastos que representan á los doce Apóstoles en quienes para en adelante, y ya amplificada y fecundada, se encierra la doctrina de los cinco libros mosáicos, doctrina insuficiente y casi estéril hasta entonces: los Apóstoles aparecen aun á los ojos del mundo como hombres de poco valor; empero aquellos canastos, frágiles y en apariencia despreciables, se hallan enriquecidos interiormente por el tesoro de Dios.

En el segundo milagro se recogen siete canastos con las sobras de los siete panes, y en cuanto á mí, dice San Juan Crisóstomo, no admiró menos el milagro de esa parte superflua, que el milagro que suministró lo necesario. Los siete canastos son los siete sacramentos preparados siempre para el pueblo fiel, sacramentos que nunca perecen, inmortales como el Dios que los instituyó. ¿Y qué pasa con los siete canastos? Los siete canastos quedan á disposicion de los Apóstoles, á fin de que nosotros comprendamos que los siete canastos del pan vivo y espiritual, los siete sacramentos, fueron dejados por Jesucristo en las manos de los ministros de la Iglesia, que los han conservado hasta este dia, y que los conservarán hasta el fin del mundo.

Y estos hechos pasaron por la tarde, á la hora en que el sol declina, á la hora de la Cruz.



CAPITULO XIV.

El ciego de Betsaida.—Confesion de Pedro.—El Thábor.

Entre tanto los fariseos y los saduceos, enemigos irreconciliables unos de otros, pero muy acordes contra Jesus, segun el uso constante de los sectarios y de los incrédulos, continuaban maquinando con el fin de que Jesus perdiera la confianza del pueblo para quitarle en seguida mas fácilmente la libertad y la vida.

Fueron, pues, juntos á encontrarle con el designio de sorprenderle, pidiéndole nuevamente que hiciera un milagro en el cielo; pero Jesus les respondió que aun cuando por el estado del cielo conocian ellos el buen tiempo ó la tempestad, su hipocresía era causa de que no aprendieran á conocer el tiempo en que vivian y á discernir lo justo de lo injusto. Esto era decirles que no querian ver que habia llegado la época del Mesías; y á seguida, dando un suspiro, declaró nuevamente que aquella generacion perversa no veria mas prodigio que el de Jonás, separándose de ellos dicho esto.

Fue á Betsaida, donde curó á un ciego, con la circunstancia especialísima de que la curacion, en vez de ser repentina, fue gradual. Jesus cogió al enfermo por la mano, le sacó fuera de la aldea, le mojó los ojos con saliva, le impuso las manos, y como á la pregunta que le dirigió sobre si veia algo le contestara el ciego que veia andar á hombres que le parecian árboles, Jesus le impuso de nuevo las manos, y el ciego siguió viendo mas y mas, hasta que curó por completo, enviándole luego á su casa. Todas

estas circunstancias son otras tantas lecciones para los predicadores y ministros del Evangelio: el Salvador coge por la mano al ciego, á fin de hacerle capaz de la práctica de las buenas obras: le conduce fuera de la ciudad, porque el hombre separado del mundo medita mejor sobre las enseñanzas divinas, y porque, quien desea que le ilumine la luz eterna, debe seguir á Jesus á la soledad: si no cura al ciego con una sola palabra, es para mostrar la profundidad de nuestra obcecacion, y para que sus sacerdotes aprendan á no desesperar, sino antes bien á redoblar sus esfuerzos, sus oraciones y su paciencia, cuando el ignorante y el pecador solo lleguen por grados casi imperceptibles á la vision de la verdad: añade á la saliva la imposicion de las manos, porque enseña á los hombres de dos maneras: por los dones invisibles del Espíritu Santo, y por el misterio visible de su Encarnacion: por último, manda al ciego ya curado que vuelva á su casa, para advertir al pecador que se examine á sí mismo y medite sobre los beneficios de Dios.

Poco despues, Jesus quiso poner á prueba la fe de sus Apóstoles, preguntándoles de pronto: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» Á lo cual contestaron: «Los unos dicen que Juan Bautista, los otros que Elías, los otros que Jeremías, ó uno de los Profetas.» Pero Jesus añadió: «Y vosotros, ¿quién decís que soy Yo?» Entonces respondió Simon Pedro: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.»

Jesus le dijo: «Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos.»

La cualidad de hijo de Juan dada al Apóstol recibe una importancia especialísima por la ocasion en que se

dió. Hijo de Juan quiere decir *hijo de la paloma*, y no se trata de Juan, padre de Simon Pedro segun la carne y la sangre, sino de la gracia que recibió Pedro, y por la cual el Espíritu de verdad, la Paloma que apareció sobre el Jordan, creó en él la palabra de verdad.

Jesus añadió: «Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado tambien en el cielo.»

Despues de esta declaracion y de esta promesa, Jesus prohibió terminantemente á los Apóstoles que dijeran á nadie que Él era Cristo; y en el momento, sin dejarles lugar para que concibieran una idea halagüeña de la gloria que les esperaba, rasgó el velo del porvenir; les mostró el Calvario; les declaró que debia ir á Jerusalem, sufrir la Pasion, ser condénado por los ancianos, los príncipes, los sacerdotes y los escribas; que habia de ser muerto y habia de resucitar al tercer dia. Pedro no pudo escuchar esto sin hacer una protesta: «Lejos esto de ti, Señor; no será esto contigo.» Pero Jesus, volviéndose hácia Pedro, le respondió: «Quítateme de delante, Satanás, porque no entiendes las cosas que son de Dios.» Sin embargo, Pedro, que sabia que Dios estaba viendo el amor de su corazon, no replicó ni se justificó, y los otros, como él, guardaron silencio. En seguida Jesus, haciendo que se aproximara la multitud, pronunció estas palabras inauditas, que esceden por su majestad divina á todo lo que pueden decir los Reyes y los señores de la tierra.

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera

salvar su alma la perderá, mas el que perdiere su alma por mí la hallará. ¿Y qué aprovecha al hombre si ganase todo el mundo y perdiere su alma?»

Hé aquí lo que se dijo aquel día sobre el polvo del camino que va de Betsaida, ciudad que ya no existe, á Cesárea de Filipo, ciudad que tambien ha desaparecido. Así es cómo Jesus traia á la tierra un fuego nuevo y educaba á Pedro, á los discípulos y al mundo, ó, mas bien, creaba una nueva humanidad.

Jesus terminó aquel discurso anunciando que algunos de sus discípulos verian un simulacro del reino de Dios antes que les llegara la muerte. Ocho dias despues se cumplió aquella promesa, porque Jesus, tomando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, les llevó á una alta montaña, en la cual se puso á hacer oracion, y mientras oraba apareció transfigurado. Su faz quedó refulgente como el sol; de su traje se desprendia una luz viva y blanca como la nieve, y dos hombres llenos de majestad, que eran Moisés y Elías, se hallaban cerca de Él, hablándole de la muerte que debia sufrir en Jerusalem. Pedro, fuera de sí, dijo á Jesus: «Señor, bueno es que permanezcamos aquí; si quieres, levantemos aquí tres tiendas, una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Los Apóstoles se hallaban turbados, como fuera de sí mismos, zozobrando entre el júbilo y el terror; y mientras Pedro hablaba sin saber qué palabras salian de sus labios, una nube luminosa cubrió á Moisés y á Elías, y una voz resonó entre la nube, diciendo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien yo tengo mis complacencias: escuchadle.» Los discípulos, al oir esta voz, dieron con el rostro en tierra; pero cuando al oir la de Jesus se levantaron, viéronle ya solo: se habia oscurecido aquel resplandor celestial que tendia

incesantemente á invadir su Humanidad, y que era el estado propio y natural del Hijo único de Dios; pero, por su omnipotencia, Jesus le encerraba dentro de sí mismo, para que el Hijo del hombre, la víctima, no desapareciese. El milagro no consistia en que la Divinidad desprendiera sus resplandores, sino en que la Humanidad pudiera ocultarlos y en cierto modo apagarlos.

Los tres Apóstoles que tuvieron aquella vision del Thábor, Pedro, Santiago y Juan, fueron los mismos que Jesus llevó á su lado para que fueran testigos de la resurreccion de la hija de Jairo, y nuevamente ha de vérselos separados de los demas en el monte Olivete y en la hora de la agonía. Pedro era el jefe de la nueva alianza; Santiago debia ser el primer mártir; Juan representaba las vírgenes, y los tres, al formar el número sagrado, ofrecian el tipo perfecto del sacerdocio definitivo que iba á nacer al pie de la Cruz.

La gloria del Hombre-Dios solo debia manifestarse despues de su Pasion, y Jesus mandó á los testigos del Thábor que solo despues de que el Hijo del hombre hubiera resucitado, hablaran de lo que habian visto. Los discípulos obedecieron; pero como no se les habia prohibido que hablaran uno con otro, se preguntaban lo que querian decir aquellas palabras « cuando resucite de entre los muertos, » porque lo que es tan claro para nosotros, no lo era entonces para ellos. No teniendo ninguna idea del segundo advenimiento, creian que la muerte de su Maestro seria el término de todo lo que Jesus debia hacer, admirándose de que Elías, que debia preceder al Salvador, no hubiera aun aparecido en la tierra. Nuestro Señor les dijo que en efecto Elías vendria á restablecer todas las cosas, siendo tratado lo mismo que el hijo del

Hombre, es decir, con desprecio, y añadió: «Pero yo os digo que Elías ha venido ya, y que no le han conocido, y le han hecho sufrir, y que del mismo modo tratarán al Hijo del hombre.» Por esto entendieron los discípulos que aquel Elías era Juan Bautista, cuya muerte violenta era la profecía cada vez mas inteligible de la Pasion del Mesías.

Al descender por las vertientes del Thábor anunciaba Jesus su fin con toda claridad, y por aquel discurso los discípulos, igualmente fascinados por la luz y la oscuridad, recibian una instruccion que mas tarde debian comprender por completo. Ya tenian entre ellos á Cristo con sus ignominias y su gloria, con los atributos de la Divinidad y las degradaciones de la humanidad, y muy luego debian ver al Cristo de los Profetas, al Dios fuerte que está sentado en lo mas alto de los cielos, al Dios hecho hombre, clavado en una cruz como el mas miserable de los hombres. ¡Formidables contrastes, aun incomprensibles, pero encerrados, sin embargo, en el solo nombre de Jesus: *Salvador!*

Jesus no podia ser Salvador sino salvando á los hombres de las consecuencias de sus pecados, satisfaciendo por ellos, tomando para sí el rigor del castigo: debia humillarse, debia sufrir, debia ser Dios, y para sufrir no podia ser solo Dios.

Si solo hubiera sido Dios (¡extraña frase!), no se habrian llenado las condiciones de humillacion y sufrimiento; pero si solo hubiera sido una simple criatura, nada mas que un hombre, habria habido tambien completa impotencia para ello.

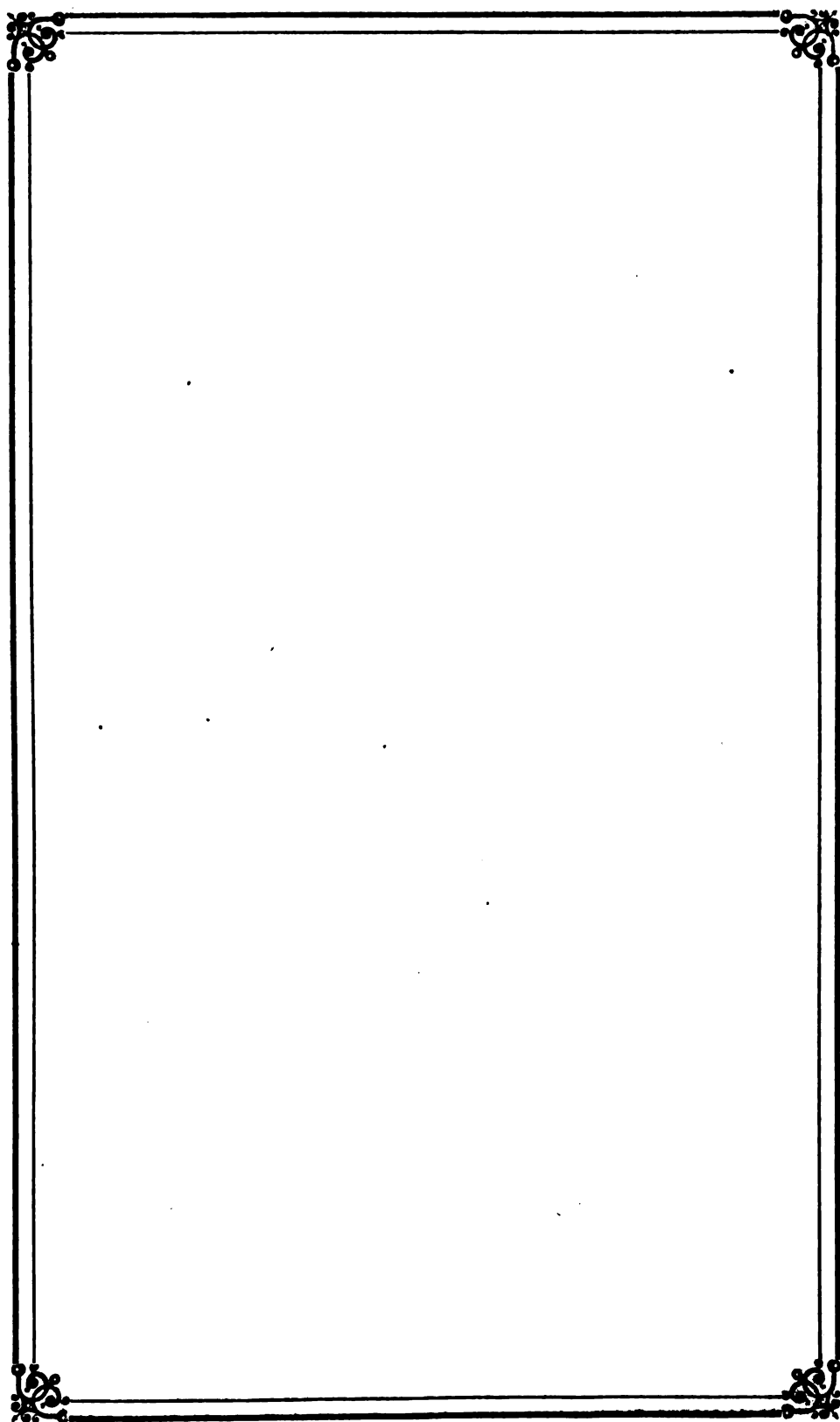
¿Qué proporcion hubieran podido tener los sufrimientos de una simple criatura con los derechos de la justicia infinita? ¿Qué amor y qué agradecimiento hubiera conser-

vado por ello el género humano? ¿Quién querría creer hoy que tan extraño holocausto hubiera sido aceptado y hubiera satisfecho verdaderamente?

Por último, ¿qué derecho habría para dar semejante satisfaccion?

Sea cualquiera el valor de un hombre justo, el género humano, creado por Dios, nada es delante de Dios; pero respecto de todo lo demás, el género humano no es tan poca cosa que una simple criatura pudiera rescatarle por completo y para siempre desde el primer hombre que vivió y pecó, hasta el último hombre que viva y peque: ó Dios en su desden debía contentarse con la sangre de las reses y aun con la ofrenda de los frutos de la tierra, ó en su justicia debía exigir la oblacion de la sangre de un Dios: en otros términos; ó no hay Redencion, ó Jesucristo es Dios, y ese Dios es hombre al mismo tiempo que es Dios.

Hoy los niños saben ya todas estas cosas divinas, de las que los Apóstoles solo poseían fórmulas confusas, que permanecieron así en su memoria hasta que la luz del Espíritu Santo vino á darlas vida. También, al reservarse la cooperacion del Espíritu de luz, Jesus da una gran leccion, advirtiéndole que la enseñanza exterior solo aprovecha en tanto en cuanto á ella se une la luz interior. No fue, pues, hecha, sin razon ni sin fruto, dice un comentarista, la revelacion de las verdades que Jesus anunció á sus discípulos, dejándoles ignorar su enlace íntimo y grabando en ellos misteriosos caracteres, cuya clave debía darles el Espíritu Santo. Así lo aprendieron todo de Jesus; así lo comprendieron todo por el Espíritu Santo, y así el Espíritu Santo «les enseñó todas las cosas.»



CAPÍTULO XV.

El niño libertado del demonio.—El didracma.—Precepto del perdon.

Al descender Jesus de la montaña, le salió al encuentro una gran multitud de pueblo, y el Evangelista San Márcos dice que, al verle, «aquella multitud quedó sobrecogida de terror y de admiracion.» Y era, sin duda, que se conservaba algo en Él de aquellos resplandores que habian hecho perder el sentido á los tres Apóstoles. Un hombre se arrojó entonces á sus plantas, suplicándole que libertara á su hijo, poseido por un demonio, al que sus discípulos no habian podido arrojar; y por orden de Jesus le presentaron al enfermo, que era un jóven á quien el demonio atormentaba desde la infancia, precipitándole con frecuencia en el agua ó en el fuego para que pereciera. En aquel momento el poseso sufría horribles convulsiones, echaba espumarajos por la boca, y el padre dijo dirigiéndose á Jesus: «Si algo puedes, ten piedad de nosotros y socórrenos.»

Al oír aquella súplica de una fe incompleta, Jesus respondió: «Si puedes creer, todo es posible á aquel que cree.» El padre entonces, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo: «Yo creo, Señor; acaba con mi incredulidad.» Jesus, al oír esto, mandó al demonio que saliera del jóven, y que no volviera á entrar en él. El espíritu inmundo dió grandes alaridos, y despues el jóven, violentamente impresionado, permaneció en el suelo sin movimiento, de suerte que la multitud le creyó muerto; pero

cogiéndole Jesus por la mano, le levantó, y desde entonces quedó curado.

Por los pormenores que sobre este milagro dan los Evangelistas se ve que en él, como en todos los demas, Jesus quiere que nazca la fe. La respuesta que da al padre afligido responde á la petition de este, petition señalada por la duda: en lugar de concederle la curacion en seguida, como al leproso que se la pidió con tanta confianza, le obliga á describir aquella terrible enfermedad que los discípulos no habian podido vencer, y permite que el enfermo sea atormentado en su presencia. Por otra parte, el mal es profundo, y nos presenta á un alma obstinada por completo en el pecado y para cuya curacion se necesita el poder de Dios; pero por eso está Dios entre nosotros, por eso viene siempre que se le llama, por eso descendiend siempre del cielo.

De la edad del enfermo, atormentado desde la infancia, saca San Agustin una prueba del pecado original contra el pelagianismo de Juliano, quien decia que todos los hombres vienen al mundo sin mancha ninguna de pecado y de todo punto inocentes, como Adan en la creacion. ¿Cómo aquel poseso se hubiera visto atormentado desde la infancia si no hubiera tenido en sí ningun reflejo del pecado original? ¿Qué pecado hubiera podido cometer por sí mismo? Á su vez otro venerable doctor observa que Jesus curó al tocar con la mano á aquel á quien el enemigo habia dejado como muerto, y que así, por aquel verdadero contacto, queda refutada de antemano la locura de Manes, que habia de negar que el Salvador hubiera vestido la misma carne que nosotros. Pero no solo en ese punto, sino en todos los puntos, el Evangelio refuta y refutará anticipadamente todas las herejías.

En tanto, los Apóstoles preguntaron al Señor por qué les habia resistido aquel demonio, y habiéndoles respondido Jesus que á causa de su poca fe, ellos le dijeron: «Señor, aumentanos la fe.» «Si vuestra fe, dijo entonces Jesus, igualara á un grano de mostaza, diríais á este árbol: despréndete de tus raices y traspórtate al mar, y os obedecería; y si dijéseis á este monte: pasa de aquí allí, tambien pasaria, sin que nada fuera imposible para vosotros.» Despues, para instruirles mas especialmente, Jesus añadió «que solo con la oracion y el ayuno se arroja-ba al demonio que les habia resistido;» palabras sobre las cuales ha hecho un magnífico comentario San Juan Crisóstomo. «Nada, dice, es mas poderoso que el hombre que ora como se debe orar: aquel que ora y aquel que ayuna necesitan pocos auxilios, porque tienen dos alas mas rápidas que el viento y son superiores á la naturaleza terrestre.»

Yo creo, Señor; auxiliadme para que concluya mi incredulidad. Señor, aumentanos la fe. Hé aquí unas oraciones profundas, unas palabras victoriosas. Todo aquel que sondee las primeras, conocerá la verdadera llaga y las verdaderas necesidades del alma; todo aquel que haya sido satisfecho al pronunciar la segunda, reinará en la tierra.

La fe de los discípulos aumentaba como ellos lo habian pedido, salvo, sin embargo, en lo que concernia á la parte dolorosa del misterio de Jesus: no dudaban de su poder, del que tan repetidas pruebas estaban recibiendo todos los dias; empero aquellos mismos milagros les impedían creer ó comprender que Jesus pasara por los sufrimientos.

Jesus les llevaba hácia Cafarnaum, pueblo que queria visitar por última vez, y aquel viaje era una marcha triun-

fal, porque las gentes aclamaban al Enviado de Dios que curaba todos los enfermos y que tenia pleno poder sobre los demonios; pero Nuestro Señor dijo á los discípulos: «Grabad vosotros en vuestros corazones lo que os anuncio: el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia.»

Se aproximaba el tiempo de los oprobios, y era preciso que se prepararan para ellos aquellos corazones embriagados naturalmente por tantas maravillas; era necesario tambien darles á conocer, por esas enseñanzas repetidas, que la Pasion y la muerte del Hijo de Dios habian de ser plenamente voluntarias, puesto que, quien podia preverlas, podia fácilmente evitarlas. Pero los discípulos no comprendian aun eso, y el lenguaje de su Maestro les entristecia, hiriéndoles en su ambicion y en el amor que hacía Él experimentaban; de modo que, indecisos entre la esperanza y el temor, no se atrevian á interrogarle.

Los Evangelios solo cuentan uno de los milagros que Jesus hizo en Cafarnaum durante su última estancia; pero en ese milagro brillan á un tiempo mismo el poder del Hijo de Dios y la humildad del Hijo de María.

Los recaudadores de los didracmas que se pagaban al Emperador quisieron saber de Pedro si su Maestro los pagaba; y como Pedro fuera á advertírselo á Jesus, Jesus se le anticipó preguntándole «de quién, si de sus hijos ó de los estraños, cobraban los Reyes de la tierra el tributo.» «De los estraños,» respondió Pedro. «Luego los hijos, repuso Jesus, están exentos de pagar.» Añadió, sin embargo: «Mas porque no les escandalicemos, ve al mar, echa el anzuelo, toma el primer pez que cojas, y al abrirle la boca hallarás una moneda de cuatro drac-

mas, con la que has de pagar el tributo por ti y por mí.»

Jesus, dice Orígenes, no llevaba la imagen del César, y por eso sacó del seno del mar y no de lo que él poseía la moneda con que pagó el tributo. No quería negarse á pagarlo, pero tampoco lo pagó de una manera ordinaria: lo pagó, despues de haber hecho notar que no estaba sometido á él, á fin de que los recaudadores no se escandalizaran; pero, al pagarlo, se mostró libre para que no se escandalizaran sus discípulos.

Aquellas nuevas pruebas y testimonios de la Divinidad hacian olvidar á los Apóstoles los temores que habian concebido sobre la muerte de Jesus. Suscitose un dia entre ellos una disputa sobre cuál era el mas grande, y como Jesus, que conocia sus pensamientos, les preguntara algunos momentos despues lo que habian hablado sin que ellos se atrevieran á contestarle, seguros como estaban de que condenaria su ambicion, Jesus les dijo: «El que quiera ser el primero será el último.» Y cogiendo á un niño, que puso en medio de ellos, añadió, glorificando el candor y la sencillez de la infancia: «Cualquiera que se humillare como este niño, será el mayor en el reino de los cielos.»

Despues de aquella leccion de humildad habloles de la caridad, proponiéndoles la dulce parábola del pastor que deja todo el rebaño en el monte y va en busca de la oveja descarriada, é imponiéndoles el adorable precepto de conceder siempre el perdon. En aquellas íntimas conversaciones con sus Apóstoles y sus discípulos, Jesus, como un buen Padre, dejaba que le interrumpieran y le interrogaran. Pedro le dijo en una ocasion: «¿Cuántas veces perdonaré á mi hermano, que me haya ofendido hasta siete veces?» Jesus respondió: «No solo te digo que per-

dones siete veces, sino que perdones setenta veces siete; es decir, siempre. Con profunda intencion se dirigió á Pedro esta respuesta, que hace del Jefe de la Iglesia el dispensador inagotable del perdon para los pecadores.

CAPÍTULO XVI.

Enseñanza en el templo.—La mujer adúltera.

Por aquel tiempo, Jesus fue á la fiesta de los Tabernáculos, una de las tres fiestas que los judíos debían celebrar en Jerusalem, y fue guardando una especie de incógnito, porque no había aun llegado la hora de que dejara libre curso á los designios de aquellos que querían hacerle morir.

Mientras seguía el camino, diez leprosos, que estaban alejados para obedecer la ley, le reconocieron y se dirigieron hácia Él clamando: «Jesus, nuestro Maestro, ten piedad de nosotros.» «Id, les dijo Jesus; presentaos á los sacerdotes;» porque el leproso curado debía recibir la purificación del sacerdote, presentando despues una ofrenda. Partieron en efecto los leprosos, y encontráronse luego curados; pero solo uno de ellos volvió á postrarse ante su bienhechor, dándole gracias con el rostro hundido en el polvo. Aquel hombre era un samaritano, y los otros nueve, que eran judíos, se mostraron ingratos, acaso por instigación de los escribas que rondaban incesantemente en torno de Jesus. Nuestro Señor dijo al samaritano: «¿No han curado los diez? ¿Dónde están los otros nueve, cuando solo este extranjero ha vuelto á glorificar á Dios?» Despues añadió: «Levántate y vete: tu fe te ha salvado.» Hablaba de aquella fe superior que obtiene, no ya la curación del cuerpo, sino la salvación del alma.

Al llegar á Jerusalem, Jesus subió al templo y se puso

á enseñar, dando causa á que se manifestaran grandes divisiones entre el pueblo á propósito de su persona. Como el anciano Simeon lo habia predicho, Jesus era un signo de contradiccion, aunque la sabiduría de sus palabras y su divina elocuencia admiraban y encantaban á todo el mundo. Jesus les dijo: «Mi doctrina no es mia, sino de Aquel que me ha enviado: aquellos que cumplan la voluntad de Aquel que me ha enviado, conocerán si esa doctrina es de Dios, ó si hablo por mí mismo. Aquel que habla por sí, piensa en su propia gloria; pero todo aquel que solo piensa en la gloria de Aquel que le ha enviado, dice siempre la verdad.»

Sabiendo cuántas acusaciones dirigian contra Él los escribas y los fariseos con motivo de la fiesta del sábado, y desde la curacion del paralítico, les dió nuevas pruebas de que la Ley no habia sido violada por aquel acto de misericordia, y de que, al contrario, ellos la violaban dejando de juzgar con equidad. Preguntoles por qué trataban de hacerle daño, y ellos, al ver que habia descubierto sus designios, dijeron: «¿Quién trata de hacerte daño? Estás poseido por el demonio.» Algunos otros se inclinaban á creer que era Cristo, pero añadiendo en su ignorancia: «Sin embargo, sabemos de dónde es este hombre, y, cuando Cristo venga, nadie sabrá de dónde es.» Su error procedia probablemente de una interpretacion exagerada de este testo de Isaías: *¿Quién contará su generacion?* que el Profeta referia á la generacion eterna.

Jesus dijo en alta voz: «Vosotros sabeis quién soy yo y de dónde he venido: no he venido por mí mismo, sino porque Aquel que me ha enviado es verdadero, y no le conoceis. En cuanto á mí, le conozco porque soy de Él.»

Los judíos, sus enemigos, comprendieron esto perfec-

tamente: comprendieron que Jesus, justificando sus acusaciones, decia que Dios era su padre, y se hacia igual á Dios, y trataron ya de prenderle. Sin embargo, nadie puso la mano sobre Él, porque su hora no habia llegado, y muchos decian: «Cuando venga Cristo, ¿hará mas milagros que este?»

Aunque los partidarios de Jesus empezaran ya á temer á sus poderosos enemigos, y no manifestaban públicamente su fe, los fariseos y los príncipes de los sacerdotes descubrieron esos sentimientos que dominaban en su favor, y, queriendo contenerlos, enviaron unos soldados para que se apoderaran de Jesus. Pero Jesus no se cuidó de aquellas medidas prematuras é impotentes, y dijo á los que le rodeaban, y acaso á los mismos que estaban encargados de prenderle: «Todavía estoy con vosotros, aunque por poco tiempo, y vuelvo á Aquel que me ha enviado: *donde yo estoy*, vosotros no podeis venir.»

DONDE YO ESTOY: *Ubi ego sum*: estas son palabras de Dios. Jesucristo, al hablar sobre la tierra, estaba ya donde debia ir: en el cielo, donde se halla siempre presente.

La fiesta de los Tabernáculos duraba ocho dias. El último se iba á sacar agua de la piscina de Siloe, y se deramaba aquel agua sobre el altar, pidiendo á Dios la abundancia de los frutos de la tierra. Jesus, segun su costumbre, se aprovechó de las circunstancias que se presentaban, y dijo en alta voz: «Si alguno tiene sed, que venga á Mí y que beba, porque del corazon de aquel que crea en Mí correrán rios de aguas vivas.» Hablaba del Espíritu Santo que habian de recibir todos los que creyeran en Él; y en el auditorio se manifestaba la misma division de opiniones ya señalada, dejándose sentir la misma impresion de respeto. Habia allí agentes que estaban

encargados de prenderle, pero que no se atrevieron á hacerlo entonces, como no se habian atrevido á hacerlo antes; y que mas tarde contestaron de este modo á las reconven- ciones de los fariseos y de los príncipes de los sacerdo- tes: «Jamás hombre ha hablado como habla este.» Al oír esto los fariseos, furiosos les preguntaron si se habian dejado seducir como el populacho, y si no veían que na- die, entre los jefes y las personas ricas, estimaba á aquel galileo.

El senador Nicodemus se atrevió, sin embargo, á pre- sentarles una objecion invocando la legalidad, y diciendo que no se podia juzgar á nadie, ni aun á un galileo, sin saber lo que habia hecho. Ahora bien, añadió: «¿Qué crí- men se puede imputar á Jesus?» Con esto los fariseos se encolerizaron mas y mas. «¿Eres tú tambien galileo? de- cían á Nicodemus. Estudia las Escrituras, y verás que no pueden venir Profetas de Galilea.» Estas eran sus razo- nes, razones que aun duran, por la dificultad de encontrar otras mejores. «Solo le escuchan los ignorantes y el po- pulacho.—Es galileo.—Ningun Profeta puede venir de Galilea.» Eso se dijo por largo tiempo, y se sigue dicen- do siempre. El miserable Emperador Juliano creia ar- ruinar el cristianismo con esta injuria, y los descendien- tes de aquellos que la inventaron llaman aun á Jesus *el Galileo*.

Jesus, dejando á los fariseos entregados á sus maqui- naciones, atravesó el torrente de Cedron y se retiró al monte Olivete, donde acostumbraba á pasar las noches cuando moraba en Jerusalem. El monte Olivete es el mon- te de los perfumes, el monte del óleo, y allí debe habitar Cristo, *el ungido con el óleo santo* y el que nos ha ungido con su fuerza para combatir, con su gracia para reparar nues-

tras derrotas, con su amor para obtener el perdón de ellas. El monte Olivete representa la sublime bondad de Jesús. «El fruto del olivo, dice Alcuino, responde á este misterio: se le prensa, y da el aceite que es el signo de la misericordia, porque el aceite sobrenada por encima de todos los líquidos, así como está escrito que la misericordia del Señor se halla por encima de todas sus obras.» Solo dos puntos que puedan llamarse moradas se hallan en la vida errante de Jesús: el monte Olivete, monte de las misericordias, y la casa de Simón Pedro, á quien ordenó que perdonara setenta veces siete veces.

Habiendo pasado, pues, la noche en el monte, el día siguiente, desde el alba, volvió al templo, y la multitud se congregó para escucharle, porque, como impulsado por un instinto de salvación, el pueblo acudía hácia Aquel que había dicho por la voz del Profeta: «Les atraeré por los lazos del amor.» Se hallaba sentado, y estaba instruyendo á ese pueblo, cuando los fariseos se presentaron, llevando consigo á una mujer que fue puesta en medio de la Asamblea.

«Doctor, le dijeron los fariseos á Jesús: esta mujer es adúltera, y Moisés ordena que se apedree á estos culpables: ¿qué dices de esto?»

Se preparaban, según lo que Jesús dijera, á acusarle, ó de desprecio hácia la ley mosaica, ó de dureza hácia los pecadores. Jesús, guardando silencio, se bajó y trazó en el suelo algunos caracteres con el dedo. Según una tradición, escribió allí los pecados secretos de los acusadores de la adúltera; según otros comentadores, se contentó con trazar alguna corta sentencia de la Escritura aplicable á su maldad, como, por ejemplo, aquel versículo de Jeremías: *Tierra, tierra, escribe que estos hombres son réprobos.*

En tanto los fariseos continuaban interrogándole, y querían obligarle á que les respondiera. Entonces Jesus levantó la cabeza, y les dijo: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, que arroje la primera piedra.» Y sin mirarles, probablemente para no aumentar su confusión, y para darles tiempo de que huyeran, inclinó de nuevo la cabeza, y volvió á escribir. Sea que las palabras que Jesus dijo hubieran bastado para despertar las malas conciencias de los fariseos, sea que á eso se añadiera el temor de verse desenmascarados con mayor claridad, todos los acusadores se marcharon unos despues de otros y los de mas edad los primeros, y en el círculo que se habia formado, dice San Agustin, solo permanecieron dos personajes: el pecado y la misericordia. Jesus dijo á aquella mujer: «¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? —Ninguno, Señor, contestó ella.—Ni yo tampoco te condenaré, repuso el Salvador. Vete, y en adelante no peques.»

Avanzad, habia dicho David; *estableced vuestro reinado por la verdad, por la dulzura y por la justicia*. Con una sola palabra, el hijo de David habia hecho triunfar á la misericordia sin faltar á la ley; habia desenmascarado la hipocresía, confundido á la malicia, libertado á la pecadora, y, segun lo que puede creerse, convertido su corazon, observando siempre la justicia y respetando siempre la verdad. Al mismo tiempo, y por medio de sus palabras *No peques mas*, Jesus condena mostrando su misericordia. Jesus es el protector, no del pecado, sino del que le comete y se arrepiente. Si hubiera querido absolver la falta, hubiese dicho á la culpable: «Ve, y vive como quieras, segura de que Yo te libentaré del infierno;» en vez de decirle: «No peques mas.» Fíjense en esto aquellos que solo

quieren ver la dulzura de Jesus y que se asustan de la verdad: «el Señor es dulce, pero es recto,» segun el comentario de San Agustin sobre este pasaje del Evangelio.

Despues de aquel hecho, Jesus siguió enseñando; pero por sus palabras, que versaron acerca de su mision y de su divinidad, se observa que hablaba, mas acaso que para que lo comprendieran los fariseos, para que lo meditaran los fieles en la serie de los tiempos. Sin embargo, está escrito que muchos creyeron en Él, á pesar de las denegaciones é interrupciones injuriosas de los fariseos, que no cesaban de preguntarle quién era. Jesus les dijo: «Cuando hayais quitado la vida al Hijo del hombre, sabreis quién soy Yo, y que por lo mismo no hago nada por Mí, sino que digo las cosas como el Padre me las ha enseñado. Aquel que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que le complace.» Esto era repetir lo que habia dicho á Nicodemus desde sus primeros tiempos, lo que habia anunciado á los Apóstoles y aun á los judíos, declarándoles que solo verian el milagro de Jonás. En efecto, le conocieron despues de clavarle en la cruz; pero ya cuando Jesus dijo: «Aquel que me ha enviado está conmigo,» proclamó la unidad de la naturaleza que hace al Padre inseparable del Hijo, descubriéndonos ademas la grande y consoladora verdad del cristianismo: que Dios está al lado de aquellos que obran segun su voluntad, y que nunca los deja solos.

Habia muchos entre la multitud que creian en Él, y Jesus les dijo para fortalecerles: «Si permanecéis unidos á mi palabra, sereis verdaderamente discípulos mios, conocereis la verdad, y la verdad os libertará.» Al oir esto los fariseos, fingieron no entenderle, y se alabaron de ser

hijos de Abraham y de no haber sido nunca esclavos de nadie. Pero Jesus les respondió que el que peca se hace esclavo del pecado; que, aunque hijos de Abraham por la carne, se hacian hijos de otros padres por sus obras, enemigas de la verdad y de la justicia. «Tenemos otro padre, le dijeron; ese padre es Dios.—Si Dios fuera vuestro padre, repuso Jesus, me amaríais, porque yo procedo de Dios y de Él he venido. Sois hijos del demonio, y lo que vuestro padre desea es lo que vosotros haceis. Desde el principio fue homicida; no se mantuvo en la verdad, y por esto es por lo que la verdad está contra él. Cuando miente, lo hace por sí mismo, porque es mentiroso y padre de la mentira. En cuanto á Mí, que os digo la verdad, no me creéis, y ¿quién de vosotros me acusará de pecado?» Al oír esto los fariseos se callaron, y Jesus añadió: «¿Por qué, cuando yo digo la verdad, no me creéis?» Y se respondió Él mismo: «Aquel que es de Dios, escucha las palabras de Dios, y vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios.» Los fariseos entonces vomitaron contra Jesus toda clase de injurias, gritando que era un endemoniado y un samaritano.

Aquellas injurias no podian cansar su paciencia. «En verdad, les dijo (diciéndoselo tambien al género humano por toda la duracion de los siglos), en verdad os lo digo: todo aquel que guarde mi palabra, no verá la muerte eterna.» Los fariseos volvieron á increparle: «Ahora vemos, le decian, que el demonio está contigo. ¡Cómo! ¿Conque Abraham ha muerto, los profetas han muerto, y tú dices que el que guarde tu palabra no morirá? ¿Eres tú mas grande que nuestro padre Abraham y que los profetas que han muerto? ¿Pues quién eres tú?»

Jesus respondió: «Si Yo me glorifico, mi gloria no es

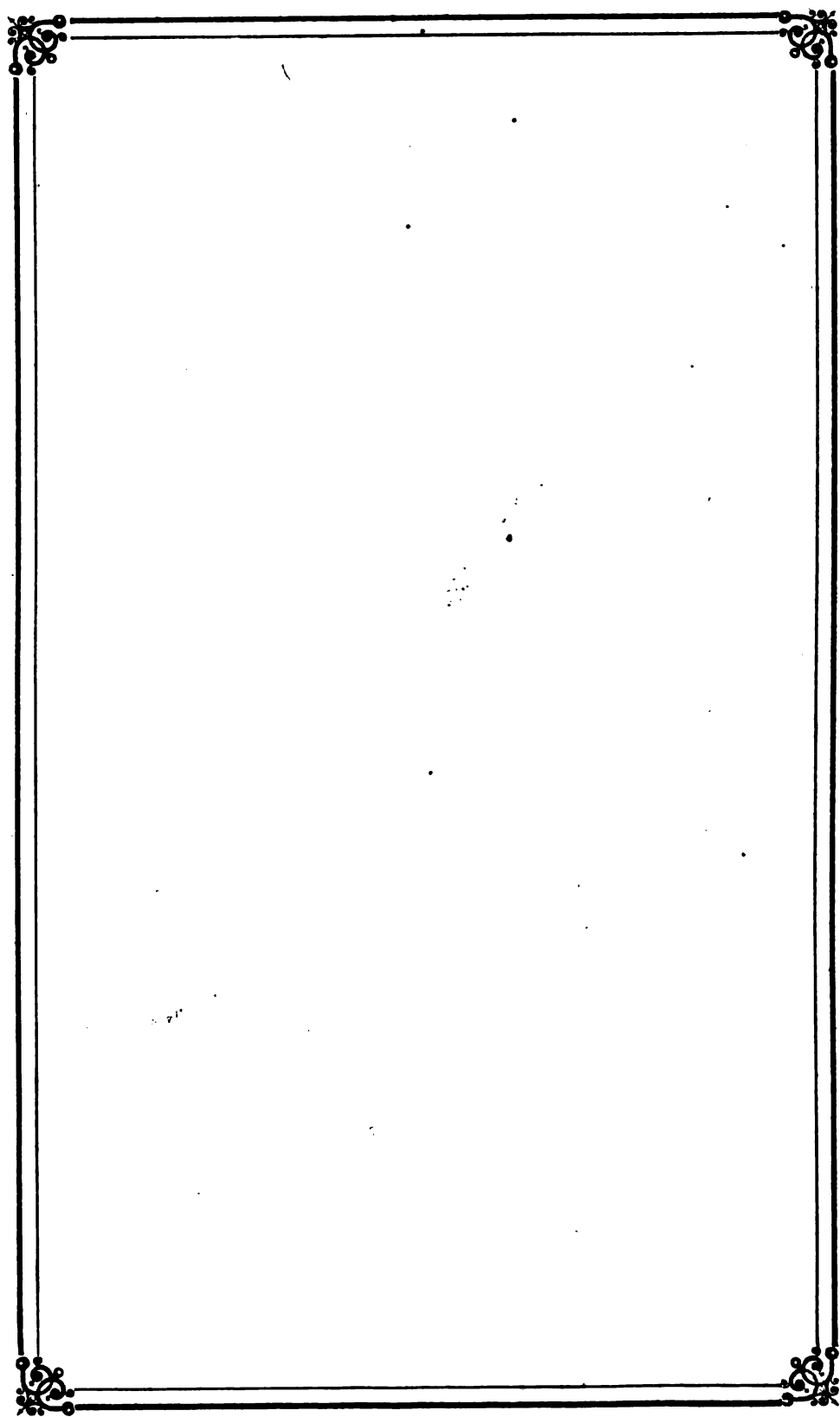
nada: el que me glorifica es mi Padre, que decís es vuestro Dios. Y vosotros no le habeis conocido; pero Yo le conozco, y si dijera que no le conocia, seria un mentiroso, como lo sois vosotros. Yo le conozco, y obedezco su palabra. »

Volviendo despues á hablar de Abraham, á quien tanto habian citado los fariseos, Jesus añadió estas palabras fulgurantes y llenas de majestad: « Abraham, vuestro padre, deseó con ardor alcanzar mis tiempos; los ha visto, y su júbilo se ha consumado. » Los judíos volvieron á increparle: « ¿No tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? » Jesus repuso: « En verdad, en verdad, os lo digo, Yo soy desde antes que Abraham fuera concebido. »

Jesus, para definirse, crea un lenguaje que no es el de los hombres: en esas palabras espresa su divinidad. El pasado se espresa con las palabras *antes*; el presente se espresa con las palabras *yo soy*. En la Divinidad no hay ni pasado ni futuro; siempre existe el SER. « ANTES DE ABRAHAM, YO SOY; » palabras idénticas á las que ya conocian los judíos: *Yo soy quien soy*.

Los fariseos, con la luz de aquella palabra, entrevieron la igualdad de Jesus con Dios, y cogieron piedras para apedrear al Hombre que hablaba de aquel modo; pero Jesus se hizo invisible, y salió del templo.

Al ocultarse á su furor, Jesus no huía de ellos, no les maldecia, no les abandonaba. Un gran milagro vino á mostrarles á la vez su poder, su misericordia, y tambien su perseverancia en la doctrina á que le acusaban haber faltado, es decir, en cuanto á la observancia de la fiesta del sábado.



CAPITULO XVII.

El ciego de nacimiento.

Jesus vió á un hombre que era ciego de nacimiento, y sus discípulos le dijeron: «Maestro, ¿acaso ha pecado este hombre, ó han pecado sus parientes, para que esté ciego?» Jesus respondió: «No es que hayan pecado ni él, ni su padre, ni su madre, sino que está ciego á fin de que se manifiesten en él las obras de Dios. Es preciso, mientras que aun es de día, que Yo haga las obras de Aquel que me ha enviado: llegará la noche, en que nadie puede hacer nada. En tanto que Yo estoy en el mundo, Yo soy la luz del mundo.»

Habiendo dicho estas palabras, mojó con un poco de saliva la tierra, y ungió con aquel barro los ojos del ciego, diciéndole: «Vete, y lávate en la Piscina de Siloe (que significa *enviado*).» El ciego obedeció, y volvió con vista.

Con esto sus vecinos, y aquellos que antes le habian visto mendigar, decian: «¿No es este aquel que estaba sentado y que pedia limosna?» Y unos contestaban: «Es el mismo;» mientras otros clamaban: «No es él; pero se le parece.» Entre tanto el ciego curado decia: «Yo soy.» Preguntáronle entonces: «¿Cómo se han abierto tus ojos?» Y él respondió: «El hombre que se llama *Jesus* formó barro, me untó los ojos, y me dijo: «Ve á la Piscina de Siloe, y lávate.» Fui, me lavé, y veo.» Siguieron preguntándole: «¿Dónde está ese hombre?» Y como no contestara, le llevaron ante los fariseos.

Los fariseos le hicieron las mismas preguntas, y les contó lo mismo; pero como Jesus habia obrado aquel milagro el dia del sábado, los fariseos decian que Jesus no era de Dios porque no respetaba el sábado, si bien algunos de entre ellos se preguntaban cómo un hombre pecador podia obrar tales milagros, dividiéndose de ese modo entre sí. Por fin preguntaron al ciego: «¿Qué dices tú del hombre que te ha abierto los ojos?» El ciego respondió: «Que es un Profeta.»

Pero aquellos judíos no querian creer que habia sido ciego, ni que hubiese recibido la vista, hasta que hubieron hecho venir á su padre y á su madre, á quienes interrogaron de este modo: «¿Era tu hijo ciego? ¿Pues cómo ve ahora?» El padre y la madre respondieron: «Nosotros sabemos que es nuestro hijo, y que nació ciego. Ahora, nosotros no sabemos cómo ve y cómo ha abierto los ojos; interrogadle á él, que tiene ya edad para contestaros.» Aquellas pobres gentes tenian miedo á los fariseos, porque ya estos habian convenido entre sí que arrojarían de la Sinagoga á todo aquel que reconociera á Jesus por el Mesías: por esto contestaron evasivamente.

Habiendo, pues, llamado los fariseos al ciego, le dijeron: «Glorifica á Dios, porque nosotros sabemos que ese hombre (hablaban de Jesus) es un pecador.» «Yo no sé si es un pecador, contestó: solo sé que yo era ciego, y que ahora veo...» Volvieron á decirle: «¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?» Y él les replicó: «Ya os lo he dicho, y lo habeis oido. ¿Por qué quereis oirlo segunda vez? ¿Quereis haceros discípulos suyos?» Entonces ellos le respondieron maldiciéndole: «Sé tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés; nosotros sabemos que Dios habló á Moisés, pero no sabemos nada de este.—Hé

ahí una cosa admirable, repuso el ciego: sabemos que Dios no complace á los pecadores; pero que si alguno honra á Dios y hace su voluntad, Dios le complace. Desde que el mundo existe, nadie ha abierto los ojos á un ciego de nacimiento; y si ese hombre no viniera de Dios, no hubiera podido hacerlo:»

Entonces los fariseos, echándole á empujones, le dijeron: «¿Cómo tú, nacido en el pecado, te atreves á darnos lecciones?» Marchose, pues; pero Jesus le encontró, y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» Y él le respondió: «¿Quién es, á fin de que yo crea en Él?» Entonces Jesus repuso: «Le has visto; es el que te está hablando.» Á lo que el ciego contestó: «Creo, Señor;» y, postrándose, le adoró.

Al leer esta narracion, cuyo candor es incomparable, se ve que Jesucristo satisfizo de antemano á aquellos que debian exigir mas adelante que se atestiguaran los milagros de Nuestro Señor por juicio contradictorio. Aquí tenemos ese juicio con todas sus formas: tenemos la denuncia, los testigos, el informe, la sentencia; nada falta, y todo tiene el colorido y el acento de lo que es verdad.

Pero la grandeza resplandeciente y la evidencia palmaria de la narracion evangélica encubren todavía mas verdades que las que se distinguen al primer aspecto. Cuando se las considera con la mirada de la inteligencia, las circunstancias del milagro, ya tan espresivas y tan elocuentes para las miradas de la carne, se convierten en otras tantas imágenes de la grandeza de Dios. No podemos seguir á los Padres en toda la larga y hermosísima esposicion que han hecho de ellas, pero bastará señalar algunos de sus rasgos.

Solo, pobre, triste, cubierto de harapos, sin esperan-

za y sin amigos, echado sobre la via pública, fuera del templo en el que no entra, y envuelto entre las tinieblas de la noche, aquel mendigo de nacimiento es el género humano. De vez en cuando se le arroja un óbolo mezquino; toda su vida se reduce á no morir; no ve la luz del día, y guarda silencio: hé aquí al hombre abismado en lo mas profundo de la ruina. Pero Jesus, á quien los judíos acaban de arrojar del templo, se dirige hácia él, le mira, y reconoce en él una alhaja suya.

Los Apóstoles, acordándose de que el Maestro dijo al paralítico que no volviera á pecar, preguntan si el ciego ha pecado, ó si se halla en aquella situacion por el pecado de sus padres; y Jesus les responde que ni el ciego ni sus padres han pecado, no porque hubieran nacido sin la culpa original, sino porque ni él ni sus padres habian cometido pecado á causa del cual aquel hombre hubiera debido nacer sin vista. Está ciego para que la gloria de Dios se manifieste, y para que aquel enfermo reciba, con la vista, un sentido mas precioso que la vista, una luz infinitamente superior á la del día, que ademas tambien le será dada. Y Jesus añade: «Mientras yo estoy en este mundo, yo soy la luz del mundo.» *Mientras*, es decir, hoy y mañana, y en tanto que dure el mundo; porque tambien dijo Jesus á los Apóstoles: «Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Y cuando esa luz se apague, el mundo dejará de existir.

Con un poco de saliva y un poco de tierra, Jesus ungió los ojos del ciego. Se ha preguntado por qué hizo eso cuando en otras ocasiones le bastó una palabra ó el simple contacto, y cuando ni el contacto ni la palabra le eran necesarios, llegándose hasta el punto de que por esa causa, en tiempo de San Ambrosio, los arrianos negaran el

milagro, y dijeran que aquello encerraba algun secreto médico para volver la vista á los ciegos de nacimiento. Los racionalistas modernos han vuelto á usar el argumento de los arrianos ; pero San Ambrosio responde á unos y otros: «Jesus daba la salud, no ejercia la medicina; hacia milagros, pero no componia medicamentos.» «Al devolver la vista al ciego, añade San Agustin, Jesucristo empleó aquella especie de barro, porque es el mismo Dios que con barro formó al hombre entero, reparándole del mismo modo que le habia creado. Y como habia sido creado á su imagen, lo reparó á su imagen, porque apenas aquel hombre llega á ver, cuando confiesa la verdad.» Además, San Agustin ve en aquel milagro una figura de la Encarnacion: la saliva que Jesucristo mezcla con la tierra es el emblema del Verbo de la Sabiduría salido de la boca del Altísimo; la tierra es la humanidad, el hombre formado del limo de la tierra. Los ojos de nuestra alma han sido iluminados por esa saliva y esa tierra, por Cristo Dios y hombre, y el bálsamo que nos devuelve la luz es la Encarnacion.

Jesus ordena al ciego que vaya á lavarse en la Piscina de Siloe, nombre que, segun dice el Evangelista levantando todo velo, significa *enviado*, es decir, Mesías. Era preciso que los judíos incrédulos vieran al ciego con los ojos aun cubiertos de barro; era necesario que el mismo ciego diera prueba de obediencia y de fe, y recibiera alguna luz del nombre de aquella fuente en la que iba á recobrar la vista y á recibir una especie de bautismo. Aquella fuente inagotable, la fuente del Enviado, es una hermosa imagen de Jesucristo, manantial eterno de todas las gracias, y ella figura de un modo especial su bautismo, que acaba de iluminar el alma despues de re-

cibida la enseñanza evangélica, siendo por esto por lo que los griegos llaman al bautismo *iluminacion*.

El ciego, con una fe súbita y dócil, sin oponer una réplica, marcha, se lava y recobra la vista, como si siempre la hubiera tenido. Jesus le da los ojos de su edad, ojos espertos que saben ver, que suplen por su potencia á la falta de uso, de modo que no es solo un milagro, sino un conjunto de milagros el que Jesus realiza.

El ciego no es ingrato: ha oído hablar de Jesus, no puede ignorar que Jesus tiene enemigos; pero no por eso niega que le debe la vista: «Yo soy el que fue ciego; ese hombre á quien se llama *Salvador* formó una especie de barro, ungió con él mis ojos, y me ordenó que fuera á lavarlos á la Piscina de Siloe. Fui, me lavé, y veo.» En todo lo que dice se ve que tenia un alma firme y sincera: no habla de la saliva, no dice lo que no sabe, y no sabe cómo Jesus formó aquel barro; además, si pudiera tratarse aquí de elocuencia y de belleza literaria, debería notarse la rapidez de ese lenguaje, que tan bien espresa la rapidez del milagro: *Abii, lavi, et video*: fui, me lavé, y veo.

No menos firme y tranquilo se presenta el ciego delante de los fariseos: es un confesor, es el primer confesor. ¡Y cómo se nos presentan en este hecho los fariseos, esos incrédulos que están pidiendo milagros! El milagro está allí patente, evidente, atestiguado por la multitud; pero ellos le rechazan, mientras su corazón se desgarrá por las angustias y los furores del odio. Tal es y tal será siempre la ceguera de los impíos. «No tienen en el corazón, dice admirablemente San Agustín, los ojos que brillan en el rostro del ciego de nacimiento, y no los han recibido porque rechazan la Redención.» Porque así como la luz natural que ilumina los cuerpos es en cierto

modo reflejo de la faz de Dios Creador, así la luz sobrenatural que ilumina nuestras inteligencias es, según la palabra del Apóstol, reflejo de la Faz Santísima de Dios Redentor.

Lo que ocupa á los judíos es el deseo de convertir aquel milagro, realizado en un día de sábado, en un crimen digno de muerte. Nada les importa el pobre curado y consolado, el ciego que ve, el mendigo que puede trabajar: de lo que tratan es de saber si, mediante un artículo de la ley, se podrá apedrear al bienhechor del pobre. Y para facilitar esa acción de la ley, ellos se encargan de formar el crimen: no dicen que Jesucristo curó el día del sábado, porque aquello no estaba prohibido, pero sí le acusan de *violar* la fiesta del sábado.

Al mismo tiempo quisieran poder acusarle de impostura. Nadie, cuando Jesús les desafió á que le convencieran de haber pecado, se levantó para confundirle; pero pensaron después en si podrían probarle que aquel ciego que se decía curado por Él no estaba ciego. Todos sus esfuerzos, sin embargo, solo conducen á dejar establecida mas sólidamente la verdad, con la que querían concluir; y derrotados y divididos, solo saben arrojar de su Sinagoga al hombre honrado que no quiere mentir ni ser ingrato por permanecer entre ellos. ¿Podía profetizarse mejor el carácter y el éxito de todas las negaciones que en la serie de los tiempos debían proponerse contra el Evangelio?

El Salvador quiso formular por sí mismo la conclusión de aquel milagro, diciendo al ciego curado: «He venido á este mundo para un juicio: para que aquellos que no ven, vean, y para que aquellos que ven (y que se hacen indignos de la luz), vengan á quedarse ciegos.»

Estas palabras se aplicaban al milagro que Jesus acababa de hacer y á la fe del ciego de nacimiento, y al mismo tiempo, y en el sentido espiritual, á la ceguedad voluntaria de los fariseos. Pareció que algunos de estos le comprendian, porque le dijeron: « ¿Somos nosotros ciegos? » Á lo cual Jesus respondió: « Si fuérais ciegos no tendríais pecados; mas ahora, porque decís *veamos*, por eso permanece vuestro pecado. » Decía esto porque, como ellos tenian conocimiento de las Escrituras que debía darles el del Mesías, si no le veían, era solo porque no querían verle.

Hasta en estas palabras severas se siente la misericordia de su alma; pero aun quiso manifestarla mas, y presentó á los judíos aquellas tiernas figuras de las puertas del redil y del buen pastor, en las que resumió todas las instrucciones que acababa de dar contra los fariseos, pero en beneficio de los mismos fariseos, si ellos lo hubieran querido, y de todas las ovejas perdidas de la casa de Israel.

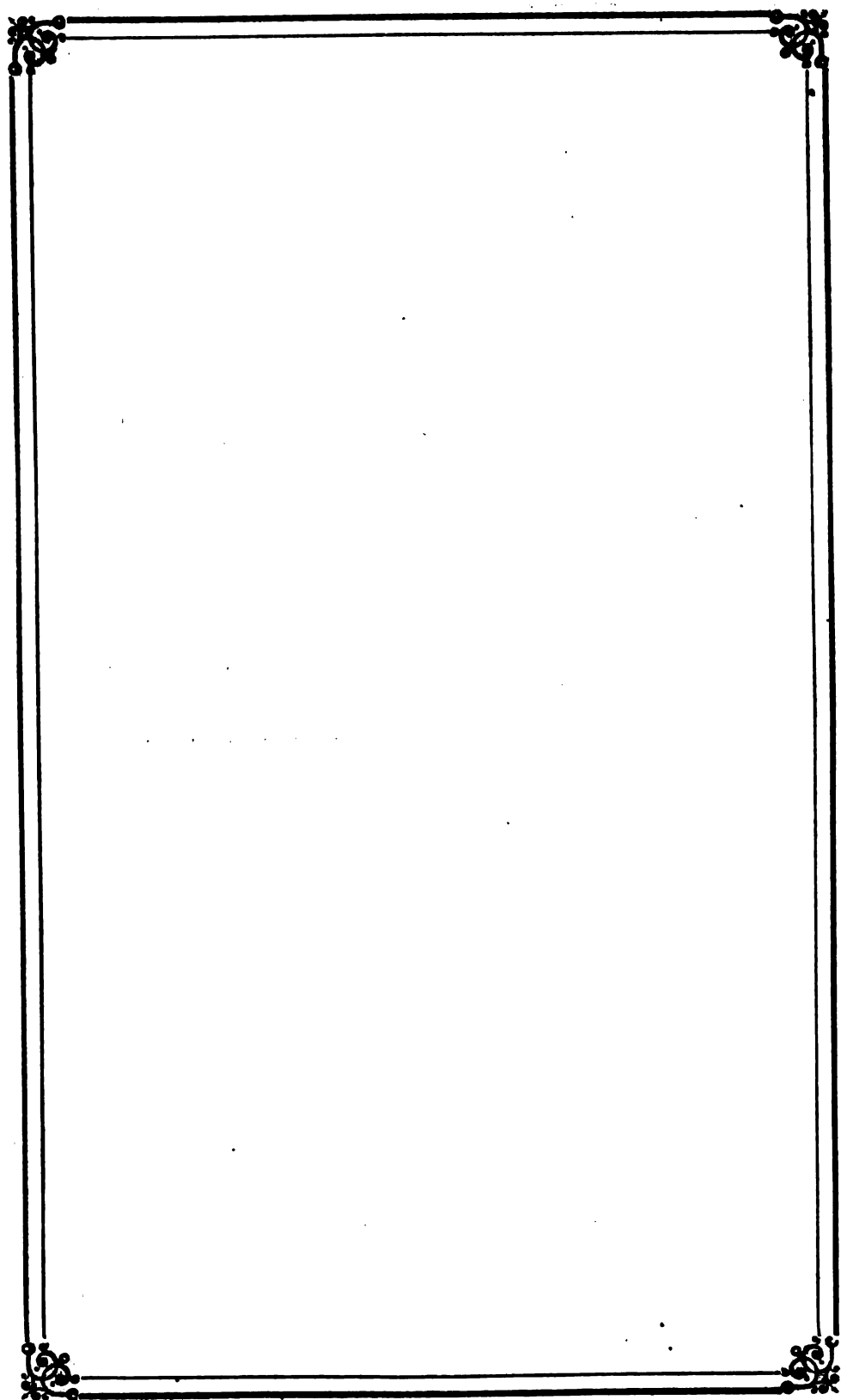
« Yo soy la puerta del aprisco. Quien por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir: yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en mas abundancia.

« Yo soy el buen pastor: el buen pastor da su vida por sus ovejas; mas el mercenario, que no es el pastor, y á quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, las deja y huye, y el lobo las arrebató y las dispersa. El mercenario huye, porque está asalariado, y porque no tiene parte en las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y doy mi alma por mis ovejas.

«Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las atraiga , y oirán mi voz, y no habrá sino un solo aprisco y un pastor.»

Pero era necesario que aquel sacrificio que con tanta frecuencia habia anunciado, y que aun seguia anunciando, no pudiera considerarse un dia, ni como un acto de heróica locura, ni como un sacrificio forzoso é involuntario; y por eso, al terminar aquellas enseñanzas, declaró dos cosas: la primera, que moria para cumplir la voluntad de su Padre; la segunda , que era árbitro de dejar ó no dejar la vida, y de recobrarla despues de haberla dejado: «Por eso me ama el Padre: porque yo dejo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno, sino que yo la doy por mí mismo : poder tengo para dejarla , y poder tengo para recobrarla. Este mandamiento recibí de mi Padre.»

¡ Oh divinos fulgores del misterio de la Redencion, que nos harian comprenderlo todo, si el empedernido corazon del hombre pudiera comprender el amor de Dios!



LIBRO V.

CONVERSACIONES Y PARÁBOLAS.

CAPÍTULO XVIII.

Mision de los Discípulos.—El samaritano, Marta y María.

Jesús se retiró á los confines de Judea; ó á Galilea, ó á la comarca conocida bajo el nombre de Perea, que estaba bajo el imperio de Herodes Antipas, pero lejos del punto en que él vivía, y donde, por lo tanto, los poderosos de Jerusalem no tenían autoridad. Créese generalmente que entonces eligió Jesús á los setenta y dos discípulos para que fueran á predicar, anticipándose á Él, y dos á dos, en los pueblos que Él iba á visitar. El número de setenta y dos significa la universalidad de las naciones; y así como la luz recorre el universo y lo ilumina en veinticuatro horas, así, dice San Agustín, el cuidado de iluminar al universo por el Evangelio de la Trinidad se confía á setenta y dos discípulos, porque veinticuatro multiplicado por tres forman setenta y dos. Jesús los envió dos á dos, porque hay dos preceptos de caridad: el amor de Dios y el amor del prójimo. Aquel que no tiene caridad con el prójimo, no debe ser encargado del ministerio de la predicación. Por otra parte, es antiquísima esa asociación de dos personas para el servicio de

:

Dios. Dios libertó á Israel por la asociacion de Moisés y de Aaron, y está ademas escrito: *Un hermano á quien sostiene otro hermano es como un pueblo fortificado.*

Jesús dió á los nuevos misioneros instrucciones semejantes á las que habian recibido los Apóstoles, con la facultad de curar á los enfermos y de arrojar á los demonios. Este es el complemento de la fundacion del apostolado.

«Hé aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos... En cualquiera casa que entréis, primeramente decid: La paz sea en esta casa... Y permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que en ella se os diere, porque el trabajador digno es de su salario... Y curad á los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios. Mas si en la ciudad en que entréis no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros... Os digo que en aquel dia habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad... Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia. Y el que á Mí me desprecia, desprecia á Aquel que me envió.»

Volvieron los setenta y dos muy gozosos, diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre;» pero Jesucristo les respondió con una severidad dulce, y de modo que se mantuviera en ellos la humildad: «Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo: y nada os dañará. Mas no os glorieis porque los espíritus os están sujetos: antes gloriaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.» Al mismo tiempo, y ante la idea de la dicha de aquellos á quienes amaba, se regocijó en el Es-

píritu Santo, y dijo: «Te glorifico, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeñuelos.» Por último, para señalar que dispone de todo como el Padre, añadió: «Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni sabe quién es el Padre sino el Hijo y aquel á quien lo quisiere revelar el Hijo.»

Dijo también á los discípulos: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos Profetas y Reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.»

Y, por fin, dirigiéndose á la multitud, á los que han existido en la serie de los tiempos, á nosotros que existimos ahora, á los que existan hasta el fin de los siglos, exclamó: «Venid á Mí todos los que sucumbís bajo el peso del trabajo y del dolor: Yo os aliviaré. Tomad mi Cruz, y aprended de Mí, porque Yo soy manso y humilde de corazón, y en mí encontrareis el descanso de vuestras almas, porque mi yugo es dulce y mi carga ligera.»

San Agustín hace que resalte la profundidad de estas palabras: los que toman el yugo de Jesús, dice, tienen que soportar tales angustias, que se figuran haber pasado, no del trabajo á la tranquilidad, sino, al contrario, de la tranquilidad al trabajo; pero con ellos se halla el Espíritu Santo, que renueva sin cesar al hombre interior en medio de las ruinas del hombre exterior, y que con la abundancia de las delicias de Dios fortalece al hombre abatido: los que aman no sufren.

Así se nos aparece Jesús, siempre dulce, humilde, compasivo, divino, prodigando los llamamientos de su amor inmenso y las protestas de su dependencia, á medi-

da que multiplica las pruebas de su soberanía universal.

Aquel mismo día, un doctor de la Ley, que sería probablemente uno de aquellos charlatanes mal intencionados que estaban recorriendo la Judea para desacreditar á Jesus, le dijo con intencion de tentarle: «Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?» Esperaba que Jesus dijese alguna palabra que pareciera contraria á las de Moisés; pero Jesus le respondió: «¿Qué hay escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» De este modo Jesus le obligaba á darle una respuesta evangélica, probándole por su parte que al citar el testo de la Ley desconocia su sentido. El doctor repuso: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á ti mismo.» Al oír esto Jesus, dijo: «Bien has respondido; haz eso, y vivirás.»

Pero el doctor, al querer vanagloriarse por su justificación, mostró que no habia comprendido lo que acababa de decir, preguntando á Jesus: «¿Y quién es mi prójimo?» Con esto descubrió á un mismo tiempo que su primera pregunta era capciosa y que no tenia ningun amor hácia el prójimo, puesto que no creia que nadie fuera su prójimo. Aquel doctor conoce perfectamente lo que debe hacer para alcanzar la vida eterna, pero no conoce el sentido de ninguna de las palabras que pronuncia: solo se ama á sí propio; en su corazon hay completo vacío del amor de Dios, porque si no ama á su hermano á quien ve, no puede amar á Dios á quien no ve. «Aquel doctor, dice San Cirilo, desconoce á su prójimo porque no cree en Jesucristo, y quien no conoce á Jesucristo desconoce la Ley y desconoce la verdad, porque no puede conocer la Ley que anuncia la verdad.»

Jesus, contestando al doctor, añadió: «Un hombre

bajaba de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron: y despues de haberle herido, le dejaron como muerto y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote: y cuando le vió, pasó de largo. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él: y cuando le vió, se movió á compasion. Y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una hospedería y tuvo cuidado de él. Y al otro dia sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: «Cuidamele: y cuando to gastares de mas, yo te lo daré cuando vuelva.» ¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en poder de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia.—Pues ve, le dijo Jesus, y haz tú lo mismo.»

Aquel hombre que salia de Jerusalem, *la vision de la paz*, dirigiéndose hácia Jericó, *la ciudad del mal*, representa á Adan, al género humano que ha dejado la patria por el destierro, que descende de las alturas luminosas y se dirige hácia la region de las tinieblas, encontrando en ellas á los hijos del crimen que le despojan, le maltratan y le hieren. Se halla moribundo, no tiene fuerzas para levantarse del polvo, y con su libre albedrío degradado, no puede volver á encontrar la vida eterna que ha perdido. Héle ahí, pues, rendido, humillado, cubierto de llagas: el sacerdote Aaron le ve, no puede hacer nada por él, y sigue adelante; el levita Moisés le ve, no puede hacer nada por él, y tambien sigue adelante. Ni la Ley ni los Profetas pueden curar al género humano, porque si la Ley da á conocer el pecado, no logra abolirlo. Por eso, aun cuan-

do el sacerdote y el levita sientan un impulso compasivo, la dureza de su corazón lo ahoga en el instante, y pasan llevándose consigo la Ley que no cumplen, y que en vano les dice que amen á su prójimo como á sí mismos: no aman á su prójimo porque no aman á Dios, y á causa de esa dureza, y sin conocerlo, son enemigos de sí mismos.

Por fin llega un samaritano, si extraño por la raza, prójimo por la compasión. Samaritano quiere decir *guardador*, y el mismo Jesús es samaritano, y de Jesús se ha escrito: « Aquel que guarda á Israel no dormirá ni se adormecerá nunca. » Cuando á Jesús se le llamó samaritano y poseído del demonio, negó que fuera poseído, pero no protestó contra el nombre de samaritano, que le daba uno de sus títulos, el de *guardador de los enfermos*. El samaritano de la parábola iba de viaje, y Jesús fue realmente un viajero que descendió por nosotros á la tierra sin desviarse de su camino, siendo el objeto de su viaje el de curar al género humano humillado, herido, moribundo. Hízose nuestro prójimo al tomar nuestra naturaleza, se aproximó á nosotros por su misericordia, y aunque la distancia que tenía que atravesar era inmensa, porque no puede haber cosas mas separadas que Dios y los hombres, la Sabiduría divina, para aproximarse al hombre, creó el milagro de Jesús. Poseyendo en Sí la justicia y la inmortalidad, viendo en nosotros el pecado y la muerte, Jesús no tomó nuestros dos males, que le habrían hecho semejante á nosotros y le hubieran puesto en el caso de ser libertado como nosotros; pero, á fin de hallarse cerca de nosotros y de no ser lo que nosotros somos, se hizo mortal sin hacerse pecador, y, cargando con el castigo sin cargar con la culpa, abolió la culpa y el castigo.

El samaritano, como se ha visto, veda las heridas

despues de haber vertido en ellas el óleo y el vino; el óleo de la misericordia, que suaviza las llagas; el vino de la justicia, que acaba con el principio corruptor: el óleo, que es el consuelo de la esperanza; el vino, que escita el fervor: el óleo, que representa la naturaleza humana del médico, y el vino, que representa su naturaleza divina. Porque Jesucristo obró unas veces divinamente, otras humanamente; derramó el óleo y el vino, salvándonos por su Humanidad y por su Divinidad; enseñándonos tambien á unir la severidad á la dulzura, de modo que no seamos ni heridos por un exceso de rigor, ni escitados á la negligencia por un exceso de blandura. Y despues de curar nuestras heridas, Jesus las vendó, imponiéndonos así el freno de una ley mas severa, sin la cual no podemos volver á encontrar nuestra salud.

El samaritano pone al enfermo en su caballo, como el buen Pastor lleva sobre sus hombros á la oveja descarriada. Jesucristo destruye la enfermedad de nuestra carne al tomar Él nuestra carne, y bajo la figura del samaritano abre aquellos brazos en los cuales seremos llevados al seno de la Iglesia, donde se acabará nuestra curacion.

La Ley no recibia á todos los hombres: estaba escrito que el moabita y el amonita no entrarian en la Iglesia de Dios; pero desde el tiempo de Jesus la Iglesia es la hospedería abierta á todo aquel que quiere creer. Venid, hombres de cualquier nacion que seais; venid, hombres cargados de todas las miserias: venid al bautismo de Dios, al festin de Dios, á la amistad de Dios, porque el samaritano no se contenta con dejar al herido en la hospedería, sino que permanece con él y le cuida: *Duxit in stabulum, et curam ejus egit.*

Sin embargo, el samaritano no podia quedarse allí, y al dia siguiente da al hostalero dos denarios de plata, y le dice: «Ten cuidado de este hombre, y lo que tú suplas por él yo te lo daré á mi vuelta.» Aquellos dos denarios son los dos Testamentos que representan la imágen del Rey Eterno y en los cuales encuentra la Iglesia el premio infinito de su infinita caridad; son tambien los dos mandamientos del amor de Dios y del amor del prójimo que recibieron los Apóstoles para evangelizar al mundo; son la promesa de la vida presente y de la vida futura: *Hoc fac et vives*. Aquellos dos denarios representan tambien, dice Orígenes, el conocimiento del misterio por el cual el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre; y la Iglesia recibe esa inteligencia en recompensa de los cuidados que da al hombre que le ha sido confiado, y de quien el mismo Salvador cuidó durante algun tiempo.

«Y lo que tú suplas, yo te lo devolveré á mi vuelta.» Esto se dice porque aquel hostalero, aquel nuevo sacerdote, no es el mercenario que da los servicios cuyo precio se le paga, ni el instrumento casi maquinal que no hace mas que lo que se le ha señalado que haga. Los Apóstoles, llenos del espíritu de Dios, añadieron al precepto el consejo, y pusieron sobre el deber la corona de la perfeccion: aunque les fue permitido vivir con el Evangelio, vivieron con el trabajo de sus manos, y buscaron la cruz, de la que podian haber huido; pero el hombre nunca puede ser mas generoso que Jesus: «Á mi vuelta te lo daré,» dijo Jesus. Y aquella vuelta será el dia del juicio, en el que Jesus pagará sin medida á los que sin medida le hayan servido.

Despues de aquella narracion, Jesus interroga al doctor, preguntándole: «¿Quién ha sido el prójimo?» y el

doctor, con todo el orgullo de su conocimiento de la Ley, tiene que convenir en que ni el sacerdote ni el levita que vivian bajo la Ley supieron hacer lo que ordenaba la Ley, siendo el samaritano el único que cumplió sus prescripciones. Todo desgraciado es nuestro prójimo, y nada valen la dignidad del sacerdocio ni la ciencia de la Ley si faltan las buenas obras: quien practica la misericordia, ese, ese es el que cumple con la Ley.

Otras circunstancias movieron al Salvador á repetir sus instrucciones sobre la oracion, de cuya fuerza nos ha dado ya elocuente ejemplo la Cananea. Todo le servia de ocasion para instruir, y se apresuraba á hacerlo pronunciando esas palabras creadoras que han revelado á los hombres la vida espiritual é instituido la caridad. Al mismo tiempo lanzaba terribles anatemas contra la hipocresía, el orgullo, la dureza de corazon de los fariseos y de los doctores, y por caridad hácia aquellos que se extrañaban, y por compasion hácia aquellos mismos fariseos, tratábales como ellos acostumbraban á tratar á los pecadores: insistia sobre todo en pintarles tales cuales eran para dar una leccion á su Iglesia, á fin de que nunca se corrompiera en ella la verdad. En efecto, así la ha puesto al abrigo de ese peligro: hánse visto y pueden verse fariseos en el cristianismo, porque en la especie humana caben todos los vicios; pero nada es mas extraño y mas contrario que el farisaismo á las costumbres y á las doctrinas de la Iglesia.

En aquellos momentos pronunció Jesus una palabra que debe señalarse entre las mas profundas que hayan salido de los labios del Hombre-Dios.

Pasando por Betania, Jesus entró en casa de una mujer llamada Marta, hermana de aquella María Magdalena

perdonada, segun se ha visto, en el banquete del fariseo Simon. Marta, solícita, se ocupó al momento de la comida que queria ofrecer al Huésped y á los discípulos, y mientras iba y venia de uno á otro lado, María, sentada á los pies del Maestro, le estaba escuchando, porque Jesucristo, como ejemplo para los Apóstoles, no habia entrado solo para tomar descanso, sino tambien para instruir. Marta se presentó á Jesus, diciendo: «¿Señor, no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude.» Pero Jesus la respondió afectuosamente: «Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y por muchas cosas te fatigas. En verdad, una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada.»

De todas las palabras que pronunció Jesus en aquella casa, el Espíritu Santo solo nos ha conservado esas que espresan la única cosa necesaria para la dicha presente y eterna del alma: única cosa sin la cual todo lo demas no es sino vano tormento ó alegría pasajera. Jesus no censura el celo de Marta que quiere servirle; pero la advierte que todo lo que se haga por Dios debe hacerse con humildad, que nada es mas oportuno y prudente que escuchar á Jesucristo. Con solo esas palabras eleva la vida contemplativa á mayor altura que la vida activa, por digna de alabanza que esta sea: la vida contemplativa es la verdaderamente fecunda para el cielo, y la que, aun en la tierra, produce las grandes obras. La contemplacion de Dios hace conocer la hermosura, la hermosura enciende el amor, y el amor da esa ardiente llama, ese fuego vivo que produce el sacrificio. Todos los Santos han contemplado á Dios, y por esto han querido vivir y morir por Él. Marta sirvió al Señor, pero María le contempló, y María ha de hallarse al pie de la Cruz.

CAPÍTULO XIX.

**La mujer encorvada.—Los banquetes.—El hidrópico.—
Leccion á los fariseos.**

Nada mas opuesto á la contemplacion que el amor á las riquezas y los vulgares cuidados que ese amor engendra. Llegose un hombre á pedir á Jesus que dividiera una herencia entre él y su hermano; pero Jesus no quiso hacerlo, diciéndole: «Guárdate de la avaricia; no es la abundancia de los bienes lo que hace que vivan los hombres.» Y con este motivo propuso la parábola del rico avariento, á quien Dios pide su alma, y que solo piensa en agrandar sus graneros.

Insistia mucho sobre la limosna, sobre la confianza en Dios, sobre la humildad, sobre la penitencia; y todas aquellas breves y dulces palabras de Jesus han llegado á ser otras tantas nuevas leyes de la sociedad cristiana. Jesus mezclaba tambien con ellas profecías concernientes á la Iglesia, al segundo advenimiento, á la reprobacion y á la vuelta á la fe de los judíos.

De este modo enseñaba constantemente, incesantemente; pero ponía empeño particular en hacerlo el día del sábado en la Sinagoga, donde el pueblo acudia para oírle, siendo este un motivo perpetuo de cólera para los fariseos.

Un día, hallándose en la Sinagoga, vió en el auditorio á una mujer á quien cierto espíritu de enfermedad, como dice el Evangelio, tenía encorvada hacia diez y ocho años, sin que pudiera mirar hácia arriba. Llamola Jesus, y la

dijo: «Mujer, libre estás de tu enfermedad;» y, en efecto, su cuerpo se enderezó, y ella glorificó á Dios. El jefe de la Sinagoga montó en cólera al ver aquello; pero no atreviéndose á atacar á Jesus, cuyas respuestas temia, descargó su cólera en la enferma curada y en el pueblo que manifestaba su alegría, diciéndole: «Seis dias hay en que se puede trabajar; venid, pues, en estos, y que os cure, pero no en sábado.»

Á pesar de su habilidad, el fariseo no se libró de la reprimenda: «Hipócritas, dijo el Salvador: ¿quién de vosotros no desata el sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á abreviar? Y esta hija de Abraham á quien tuvo ligada Satanás diez y ocho años, ¿no convendría desatarla en dia de sábado?»

Sea á causa de la trasgresion de Adán, que ha introducido en el mundo las enfermedades y la muerte, sea á causa de sus propios crímenes, aquella mujer sufría por la malicia del demonio; y el demonio tiene este poder, á fin de que los hombres procuren ser mejores. El demonio es malo, quiere hacer malos á los hombres, quiere quitarles la posesion del cielo, á fin de que sufran y no esperen, y les inclina hácia la tierra como los brutos. La cabeza del hombre ha sido formada para mirar al cielo, y á aquella mujer, que no podia mirarlo, Jesus la llama, la toca, y la dice: «Estás libre.» Ahora, hija de Abraham, mira al cielo; el demonio ya no tiene imperio sobre ti; tus ligaduras se han roto. Y ella se levanta y glorifica á Dios.

Semejante á aquellos que se enfurecieron contra el ciego de nacimiento, el jefe de la Sinagoga, testigo del milagro, solo pensó en la gloria que de él iba á resultar para Jesus. Hubiera preferido que aquella mujer permaneciera otros diez y ocho años encorvada bajo su enfer-

medad, con tal que Jesus no fuera glorificado; y en él se ve á todos los jefes de todas las Sinagogas, á todos los maestros y á todos los discípulos de todas las escuelas del error. Esos hombres prefieren, al bien que la Iglesia puede hacer á los pueblos, el que la Iglesia no sea glorificada, y sobre todo no quieren que la Iglesia corrija á los hombres y les haga dirigir sus miradas al cielo. Unos niegan esto á pretesto del mismo servicio de Dios; otros dicen que el hombre vive mejor encorvado hácia el suelo, y todos emplean siempre los sofismas, y, cuando puedan hacerlo, emplean la fuerza para impedir que los pueblos se dirijan á Jesucristo ni el día del sábado ni ningun otro día: temen, sobre todo, que el hombre oiga estas palabras: *Sursum corda!* Y al mismo tiempo que pretenden apagar la luz del Evangelio, quieren acabar con su yugo: desatarán al buey y al asno, es decir, al instinto brutal, y les llevarán al abrevadero que han preparado, á las aguas turbias que apagan la razón y obligan á odiar la luz del día; y cuando hayan comunicado al hombre el gusto del fango y el amor á las tinieblas, le dirán: ¡Ahora es cuando ves! ¡Nosotros te hemos hecho libre! ¡Trabaja para nosotros!

Jesucristo enseña á la Iglesia á que no tema. Hagan y digan sus enemigos lo que quieran, la Iglesia hablará, obrará, perfeccionará la obra de la caridad; á despecho de las amenazas y de los hechos de los impíos, la Iglesia derramará la verdad y la luz del día, y ya sabe, aunque llegue á subir al cadalso, que Jesus la dijo: «Ve á sufrir, ve á triunfar.»

Pocos días después Jesus provocó de nuevo á sus adversarios. Entró en día de sábado para comer pan en la casa de uno de los jefes de los fariseos; todos los que en

ella habia le observaban en silencio, y entre ellos se hallaba un hidrópico. De pronto Jesus, dirigiéndose á los doctores, les dijo: «¿Es permitido curar el sábado?» Los interrogados se callaron, y entonces Jesus cogió por la mano al hidrópico, le curó y le despidió, diciendo á los fariseos, cuyos pensamientos conocia: «¿Quién de vosotros, si su buey ó su asno se cae en un foso el día del sábado, se retira sin sacarle de allí?» Los fariseos nada respondieron.

Este es el cuarto banquete en que vemos á Jesus, y en él, como en los otros tres, dispensó grandes misericordias y dejó grandes enseñanzas: iba á las fiestas, porque tambien en ellas se necesitaba su presencia, y porque los que á ellas asistian no iban á buscarle. Quería salvar á los mismos fariseos, y llevaba el beneficio de su presencia á sus criados y siervos, á quienes ellos no permitian que fueran á su encuentro. San Agustin dice que aparecia corporalmente en medio de los festines y de las alegrías del mundo, como ahora se presenta á nuestra mente, para recordarnos dónde están el verdadero festin y la verdadera alegría.

Los fariseos recibian de buen grado al Señor á causa de su fama, y aun solian invitarle; pero, en vez de escuchar sus palabras, las fiscalizaban. Jesus lo sabia; Jesus vió su satisfaccion cuando el hidrópico avanzó y fue á colocarse delante de Él, siendo un modelo de la fe en su muda y perseverante oracion; Jesus conoció que los fariseos se decian: «¿Qué hará? Si cura á este enfermo, le acusaremos de haber violado el sábado; y si no le cura, claro es que no puede tenersele por tan poderoso y misericordioso como se lo figura el pueblo imbécil.»

Jesus, sin embargo, con una sola palabra, y como ya

lo habia hecho otra vez, desbarata todos los cálculos de su astucia: «¿Es permitido curar el sábado?»

Los fariseos no se atreven á decir nada, porque esa cuestion, que ellos resolvian unánimemente contra Jesus, era entre ellos objeto de controversia, asegurando algunos que, á no ser por peligro de muerte, no deben darse remedios el sábado, mientras otros eran menos intransigentes; Jesus muestra á todos que no necesita de su permiso y que no teme su odio: enseña que se santifican bien las fiestas consagrándolas á la caridad, y que no hay que cuidarse del escándalo de los insensatos y de las murmuraciones de los malvados cuando se trata de las obras de Dios. Recompensa tambien la fe de aquel hombre que espera humildemente, y que solo suplicaba mostrando su enfermedad; y por fin, Jesus, cogiendo por la mano al enfermo, le cura. Hé aquí el crimen que los fariseos esperaban; pero Jesus oye lo que los fariseos no se atrevian á articular, y les dice: «Si se tratara de vuestro buey ó de vuestro asno, no os acordaríais del sábado.»

Nómbrese aquí al buey y al asno para renovar en el espíritu de los fariseos la profecía de Isaías, dándola su interpretacion: «El buey ha conocido á aquel á quien pertenece; el asno ha conocido el establo de su amo: Israel no me ha conocido.» El buey atado al yugo es el pueblo judío, cuya cabeza se habia inclinado bajo el yugo de la Ley; el asno es el símbolo del gentilismo sujeto á todos los errores. Aquel que viene á sacarles del hoyo en que han caído, es quien cura toda enfermedad, liberta de todo cautiverio, disipa todas las tinieblas. Lo que los fariseos hacen por avaricia, Jesus lo hace por caridad.

La avaricia era el gran vicio de los fariseos, y la hidropesía es la enfermedad que la representa. El hidrópi-

co se halla abrasado por una sed inestinguible; una parte de su cuerpo se hincha horriblemente, la otra se seca, y de aquel cuerpo, en que todo es impureza, sale un aliento fétido. Ese es el avaro, siempre sediento, nunca satisfecho, pobre en el seno de la abundancia, que solo aspira á beber ese brebaje de oro que le hincha y que le seca. San Pablo dice que la avaricia es una idolatría; y ¿quién podrá curar ese mal? Jesucristo puede curarlo; pero es preciso pedirselo como se lo pidió el hidrópico: manteniéndose con humildad en frente de Él. *Erat ante illum*, dice el Evangelio, indicando con una brevedad divina la constancia en la oracion y la firmeza de la esperanza en aquel hombre que queria ser curado. Fue allí sin que se le invitara; se mantuvo allí desafiando las miradas burlonas y esperando la mirada que debia libertarle, y así enseñó al mundo á pedir y á obtener milagros. Por eso Jesus le cogió por la mano, le curó y le despidió.

La asquerosa enfermedad que aquel hombre llevaba en su cuerpo era la que los fariseos tenian en su alma, y á fin de curarles y de aplicarles el remedio, Jesus les dió la hermosa leccion de no colocarse por sí mismos en los primeros puestos, como lo hacian siempre; «porque todo el que se ensalce será humillado, y todo el que se humille será ensalzado.» Recomendoles tambien que dieran festines á los pobres mas bien que á los ricos, porque si los ricos remuneran lo que se les da, Dios es quien remunera lo que se da á los pobres.

Al oir esto, uno de los convidados exclamó: «Bienaventurado aquel que se halle en el festin del reino de Dios:» y Jesus respondió por la parábola de los que se niegan á ir al festin del Padre de familias. Aquellos á quienes el Padre invita primeramente, alegan varios pretes-

tos y no van ; y así es cómo el cuidado de las cosas temporales separa á los hombres de las cosas de Dios, por lo cual ha de decir el Apóstol que todo en este mundo es concupiscencia de la carne , concupiscencia de los ojos, orgullo de la vida. El Padre de familias manda reunir entonces á todos los pobres, á todos los ciegos y hasta á los vagabundos que rondan por los caminos, y quiere que se les haga entrar para que la casa se llene. Esta es la profecía de la vocacion de los gentiles y de la multitud de los pecadores que han de participar del festin de Dios, porque lo que los soberbios rechazan, lo obtienen los humildes. «Salid, dijo el Padre de familias, á las plazas y á las calles de la ciudad , y traedme acá cuantos pobres y ciegos halláreis.» Hé aquí el famoso *compelle intrare* que tanto ha sublevado á los herejes y que tanto ha escandalizado á la falsa sabiduría de gran número de ortodoxos. Los gentiles han venido de las plazas y de las calles, dice San Agustin, pero los herejes se encuentran en otros puntos, y no quieren que se les obligue á entrar , negando que el *compelle intrare* proceda de Dios. De Dios, de su misericordia, dice San Gregorio, procede esa dulce violencia, y por la violencia entran en la Iglesia aquellos que, desgarrados por las adversidades del mundo, se acogen al amor de Dios libertándose de la sentencia fulminada por Jesus: «Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.»

Dirigíase Jesus á Jerusalem con motivo de la fiesta de la Dedicacion , cuando algunos fariseos salieron á su encuentro, aconsejándole que huyese, porque Herodes queria matarle ; pero Nuestro Señor, conociendo sin duda que Herodes mismo era quien le enviaba aquella gente officiosa, díjola: «Id, y decid á aquella raposa que yo lanzo

demonios y hago perfectas curaciones hoy y mañana, y al tercero día consumaré el sacrificio con mi muerte. Pero es necesario que yo ande hoy y mañana y otro día, porque no cabe que un Profeta muera fuera de Jerusalem.»

Al espresar aquel pensamiento, mas conmovido por el castigo que esperaba á la Jerusalem culpable que por su propio suplicio, dejó libre curso á todo su amor y á todo su dolor: «¡Jerusalem, Jerusalem, que matas á los Profetas y apedreas á los que son enviados á ti! ¡cuántas veces quise juntar tus hijos, como el ave sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste?»

Los fariseos de Jerusalem, resueltos á acabar con Él, se le acercaron en el templo, haciéndole una de aquellas preguntas capciosas que meditaban para perderle: «¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso el alma? Si tú eres Cristo, dínoslo abiertamente.»

Ellos sabian perfectamente lo que preguntaban, y hacia largo tiempo que Jesus les habia satisfecho en ese punto; pero solo trataban de comprometerle. Todo el mundo esperaba un reinado temporal de Cristo; de modo que si Jesus contestaba: *Yo lo soy*, por aquella sola palabra se constituia en estado de rebelion contra el poder de los romanos; y si se callaba, la incredulidad encontraba un arma fuerte en su silencio.

La pregunta de los fariseos era, pues, muy propia para poner en compromiso la prudencia del hombre; pero los fariseos no habian contado con la Sabiduría divina, y ella fue la que les confundió. Nuestro Señor, que no queria triunfar como un conquistador vulgar ni perecer como un sedicioso, no quiso tampoco dejarles un pretexto para su mala fe, y les dijo: «Os lo digo, y no me creéis: las obras que Yo hago en nombre de mi Padre,

estas dan testimonio de mí: y Yo y el Padre somos una misma cosa.» Al oír aquellas palabras los judíos, se prepararon para apedrearle porque le habian comprendido; pero necesitaban una confesion palmaria, necesitaban que la palabra que se habian propuesto arrancarle saliera de sus propios labios. Jesus prosiguió diciendo: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre: ¿por cuál obra de ellas me apedreais?» Á lo cual contestaron los judíos: «No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo.»

Así, pues, ellos son los que pronuncian esa palabra, descubriendo á la vez el objeto con que le interrogaban á Jesus. Y Jesus quiso confirmar lo que ellos habian comprendido, diciéndoles: «¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije *Dioses sois*? Pues si llamó Dioses á aquellos á quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar, ¿cómo á Mí, que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís que blasfemo, porque he dicho *soy Hijo de Dios*? Si no hago las obras de mi Padre, no me creais; mas si las hago, aunque á Mí no me queráis creer, creed á las obras, para que conozcais y creais que el Padre está en Mí, y Yo en el Padre.»

Los judíos no quisieron discutir, y solo trataron de apoderarse de Jesus; pero Jesus se escapó de entre sus manos como ya lo habia hecho antes, bien dejándoles inmóviles, bien haciéndose invisible, y salió fuera de Jerusalem.

CAPÍTULO XX.

La oveja.—La dracma.—El hijo pródigo.

Jesús fue mas allá del Jordán, al paraje en que Juan empezó á bautizar, y su bondad, que era siempre la misma, atrajo á su alrededor á la multitud de publicanos y de pecadores: á nadie rechazaba, y á todos instruía. Los fariseos, los doctores y los escribas, que tambien seguian siendo los mismos, continuaban echándole en cara su condescendencia con aquellas gentes humildes y de mala nota: «Ese hombre, decian, recibe á los pecadores y come con ellos.»

Jesús respondió á esto con la parábola del pastor que deja su rebaño de cien ovejas para encontrar una de ellas que se ha extraviado, y por la de la mujer que se regocija porque encuentra su dracma perdida. Jesús dijo tambien á los fariseos que los ángeles de Dios en el cielo se regocijan mas por la conversion de un solo pecador que por la entrada de noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia; y á fin de que adquirieran una idea mas justa aun de las munificencias de la misericordia divina, les propuso la parábola del hijo pródigo, parábola en la que el corazón del padre de familias se manifiesta por medio de rasgos tan conmovedores. Y, sin embargo, nosotros sabemos que aun escede á eso el amor de Dios y el amor del Salvador, porque el padre de la parábola espera á su hijo; pero Dios, el verdadero Padre, llama al pecador en medio de sus desórdenes, le insta para que vuelva,

le asegura su perdón, y va á buscarle Él mismo. Esto es lo que Jesucristo ha hecho, y ¡por cuántos caminos ha pasado para alcanzar al ingrato!

Estas tres parábolas tienen entre sí muchas analogías, é importa conocer su sentido.

Las cien ovejas de la primera parábola representan el dominio universal de Dios. El número ciento es el número perfecto que representa la totalidad de las criaturas, y la oveja perdida es el género humano. El Hijo de Dios, el buen Pastor, deja en el cielo el rebaño fiel, desciende á la tierra, y, habiendo encontrado á su oveja, no la castiga ni la vuelve al rebaño por medio del látigo del mercenario ó el diente de los perros, sino que la carga sobre sus espaldas. Jesucristo ha cargado así con el género humano, ha encontrado lo que habia perdido, y así como el pastor llama á sus amigos y á sus vecinos, Jesus llama á sus Santos y á sus Angeles, y les dice: «Regocijaos conmigo.» No les dice regocijaos con la oveja descarriada, sino regocijaos conmigo, porque, segun lo observa San Ambrosio, nuestra vida y nuestra vuelta al cielo forman su alegría.

La parábola de la oveja nos enseña que somos las criaturas de Dios, y que le pertenecemos; y la parábola de la dracma nos enseña ademas que hemos sido formados á su imagen y semejanza, porque la dracma, moneda real, lleva la figura del Rey. La mujer que busca la dracma que ha perdido, lleva en su mano una lámpara encendida; y Jesus es la Divinidad en una carne mortal, como la mujer es la Iglesia que tiene en su mano la luz de Jesucristo, la doctrina de verdad: con la claridad de aquella lámpara inmortal, y por el vigor de su fe en el misterio de la Encarnacion, la Iglesia triunfa de las ti-

nieblas de la noche, la Iglesia busca sin cesar, y para purificarla, al alma extraviada, y, si la encuentra, su alegría es grande, regocijándose con ella todos sus hijos. En aquella mujer que *barre* se reconoce á aquel de quien San Juan Bautista dijo: «Cogerá su espiga y la limpiará, llevando el grano á su granero, y arrojando la paja al fuego inestinguible.»

El mismo sentido vuelve á aparecer, pero aun con mas estension, en la parábola del hijo pródigo. En ella se ve mejor la falta del pecador, y por tanto se siente mejor la misericordia de que es objeto. Hasta entonces, Dios parecia no buscar mas que lo que es suyo; pero aquí vemos su amor, que es mas fuerte que la ingratitud del hombre. Esa parábola encierra tambien otra gran leccion respecto de los judíos: su dureza y su envidia se pintan vivamente, y su vuelta á la fe se predice de nuevo.

Los dos hijos representan á los dos pueblos: el primogénito se queda en la casa paterna, el otro reclama su patrimonio, lo recibe y se marcha, como el pueblo judáico guarda el culto del Dios único mientras el gentilico se entrega á los ídolos. Este último ha recibido su herencia, es decir, la razon, el libre albedrío, las riquezas de la tierra y de la naturaleza, y hasta cierto punto los mismos tesoros de la gracia, es decir, los recuerdos de la revelacion primitiva y la promesa del Redentor; y se aleja de su Padre, no por la distancia, puesto que Dios está en todas partes, sino por el corazon. Se aleja, disipa el patrimonio que ha recibido, la orgía lo consume todo, y á aquella distancia de Dios en que se halla, en aquel mar del mundo, en aquellas madrigueras de las sirenas, abandona su espíritu al error y su corazon á las pasiones, perdiendo la rectitud del juicio, la pureza del alma, la

sensibilidad de la conciencia, el justo discernimiento del bien y del mal. La incredulidad le circunda, debilita su voluntad, anonada su razon, le conduce á la idolatría, y, habiendo empezado por alejarse de su Padre, acaba por olvidarle. Este es el colmo de la ruina, y cuando ya todo está agotado, sobreviene el hambre: ya no conoce la verdad, ya no siente el amor: no siente esa hambre del espíritu, esa hambre del corazon.

Entonces se pone al servicio de uno de los habitantes de aquel pais, es decir, del principe de las tinieblas, y este le envia fuera, á los campos, en los que debe guardar puercos; de modo que por el cargo que al Pródigo se le ha dado, se conoce al amo que llegó á tomar. Aquel amo no le alimenta, ó el alimento que le da no le satisface; bebe el agua que no apaga la sed, y come el pan engañador que escita mas el hambre. «Y deseaba llenar su estómago con el pasto que comen los cerdos, pero nadie se lo daba.» Estos pastos con que el amo del Pródigo alimenta á sus cerdos, esos frutos tiernos por fuera y vacíos por dentro que pesan al cuerpo sin sustentarle, son los frutos que San Agustin recordaba haber comido. Son, dice, las máximas del siglo, todas esas voces sonoras que brillan en los poemas y en los discursos consagrados á los ídolos; són tambien los goces brutales del sensualismo; son, en fin, las obras de la voluptuosidad que enervan y destruyen las facultades del alma. Pero el Pródigo ni aun eso tenia. ¡Oh hijo de Rey que has llegado á guardar el rebaño de Satanás! Satanás no te dará siquiera el pasto de sus cerdos. Condúcelos, cébalos: ellos podrán escitar tu envidia; pero tú ni aun participarás de sus inmundos placeres.

Y este es el último recurso del pecador, la última gracia que Dios le envia: la del infortunio. En el esceso de

su miseria, el Pródigo se acuerda, se reconcentra en sí mismo, y se resuelve á volver á casa de su padre: siente en el fondo de su alma que su padre no le despedirá, que antes bien tendrá compasion de él; y ya de los bienes que antes llevara nada le queda sino ese instinto que solo puede perder con la vida. En el momento en que llega á pensar en su padre, sabe que su padre le perdonará; porque, para que no disipemos tambien esta parte de nuestra herencia, el Padre no la ha puesto en nuestras manos, que la dejarían caer, sino que la ha grabado en lo mas íntimo de nuestro corazon y de nuestra alma, de donde no puedè borrarse y donde esos caracteres sagrados resisten á todo. Cuando se ha dicho al mundo que Dios es bueno, el mundo ha reconocido á Dios; y á pesar de la degradacion en que estaba, el Pródigo conoció en el momento lo que tenia que hacer: «Yo me levantaré, iré á mi Padre, y le diré: Padre mio, he pecado; no soy digno de que me llameis vuestro hijo; tratadme como á uno de vuestros criados.» Este lenguaje es la esencia misma de la naturaleza humana; esos son sus sentimientos; así se ha formado: necesita purificarse por la confesion de sus faltas; necesita declararse indigna y tal como ella se reconoce; indigna, no por su origen, puesto que llama á Dios su Padre, sino por su caida y por sus malas obras; necesita proclamar que por sí misma no puede recuperar el honor que ha perdido.

El Pródigo se levanta, pues, y marcha á buscar á su padre; «y cuando aun estaba muy lejos, su padre le percibe.» No le espera, no espera á que hable y á que se humille, sino que acude á él, se arroja á su cuello y le abraza. Así Dios es revelado por Aquel que *se nos ha aparecido*, dice San Pablo, *como el amor y la bondad de Dios.*

Acude Él, dice San Juan Crisóstomo, porque el peso de nuestras faltas nos impedía llegar; pero Él podía descender, y descendió; y antes que dijéramos una palabra, besó nuestros labios por donde iba á salir la confesion que sube de un corazon penitente; y antes de que nosotros hubiéramos articulado esa confesion, Él la habia ya recibido. Conoce nuestros secretos pensamientos, dice San Ambrosio, y, cuando aun estamos lejos, acude para impedir que el enemigo nos detenga; acude por su presciencia, nos abraza por su clemencia, y por un impulso de amor paterno se apresura á levantar lo que estaba caido, á dirigir hácia el cielo lo que estaba inclinado hácia la tierra. Pero ¿cuál es aquel brazo del Padre que enlaza tan estrechamente al pecador? El Padre, dice San Agustin, nos ha dejado á su Hijo único, con quien va á buscar á la oveja descarriada, *porque Dios estaba en Jesucristo, reconciliando al mundo*. Se arroja al cuello del pecador y le abraza, es decir, que inclina hácia nosotros su brazo, que es Nuestro Señor Jesucristo. Así como el hombre obra por el brazo, Dios obra por Jesucristo, y por esto Jesucristo es llamado *la fuerza de Dios*.

Entonces el Pródigo se confiesa, y dice: «¡Padre mio!» Añade que ha pecado y que ya no es digno de amor, pero no añade, como pensó: «Tratadme como á uno de vuestros criados,» porque eso no puede decirlo cuando ha pronunciado el nombre de Padre en frente de su padre, y cuando su padre le ha abrazado. Siente entonces que se le ha devuelto su dignidad de hijo, y el Padre no le censura, no le recuerda nada de aquel pasado de crímenes, de vergüenza y de dolores. Todo se borró, y hasta las huellas materiales del pasado deben desaparecer: desaparezcan aquellos harapos; désele su primera vestidura, la túnica

de la inocencia; póngasele en el dedo el anillo, el signo de las bodas, la prenda de la union, el símbolo de la fe que ha de brillar en sus obras; tráigase un ternero cebado y regocijémonos, porque mi hijo era muerto y ha revivido. El ternero cebado era la víctima que el sacerdote ofrecia por los pecados, y esa víctima figura la Eucaristía que debe alimentar al género humano reparado en aquel hijo que habia muerto. Y el Padre se sentó á la mesa y empezó el festin: ahora, dice un Santo Doctor, la fiesta se celebra en todo el universo.

Estas tres parábolas debian irritar á aquellos que echaban en cara á Jesus el acoger á los pecadores; pero el episodio del hijo primogénito responde á sus murmuraciones. Aquel hijo primogénito que no quiere entrar en la casa porque se festeja en ella el regreso de su hermano, y que resiste á las súplicas del padre de familias, es el pueblo judío. Se dice que aquel hijo volvía de los campos, y por eso se ve que, si no habia partido para países lejanos, al menos no estaba en la casa: se hallaba en los campos ocupado sin amor de un trabajo terrenal; servía á su padre, pero no le amaba; mientras el hermano, el pródigo, pensando en su padre, habia reconocido su afecto, y habia vuelto á su casa. El primero duda de la justicia de su padre, ó mas bien la niega; y á causa de una envidia degradante se niega á entrar en la casa, rechazando á su padre que así se lo suplica. Así vemos hoy al pueblo judío; pero el Padre no habrá salido en vano de la casa, y por medio de una dulce violencia, en el momento oportuno, cuando la plenitud de las naciones haya entrado en la casa, hará entrar en ella al hijo desobediente.

Como aquellos que murmuran por el jornal pagado á los obreros de la última hora, el hijo primogénito repre-

senta tambien á esas almas fieles, ó mas bien exactas en el cumplimiento de sus obligaciones, pero envidiosas, que, viviendo sin entusiasmo dentro de las grandezas del Cristianismo, se atreven á disputar, por decirlo así, con Dios por la gracia de la conversion que dispensa á los pecadores. Porque les parece que son justos, exigen que no se reciba á los que han pecado públicamente; pero Dios abomina ese farisaismo, y se regocija por la conversion de los pecadores. ¡Y tiemblen tales hombres, no sea que su desprecio hácia el pecador y su despecho contra la misericordia que recibe á ese pecador despreciado, les impida á ellos entrar en la casa paterna! El hombre que clama: «Padre;» el hombre que se dice: «Yo me levantaré; yo iré á mi Padre, y le diré: «Padre, he pecado;» ese hombre hace una gran confesion, da á Dios su verdadero nombre, hace lo que Dios quiere que haga. «Y, ¿quién sois vosotros, dice San Ambrosio, para oponeros al Señor é impedirle que perdone, en tanto que vosotros perdonais á quien os acomoda?» Aplaudamos la remision de los pecados por la penitencia para que así se nos perdonen los nuestros; no rechazemos á los que vienen de lejos, porque tambien nosotros hemos estado en regiones apartadas, y de ellas hemos vuelto.

El mismo Doctor nos muestra el lazo que une y la conformidad que se nota en las tres parábolas. Ve en ellas tres grandes consuelos ofrecidos á nuestras miserias; tres justos motivos de esperanza en el abismo de los pecados; una triple cadena que nos alarga, para que nos agarremos á ella, la misericordia divina. El padre es Dios, el pastor es Jesucristo, la mujer es la Iglesia llena del Espíritu Santo, y siempre se encuentra á Jesus, al Salvador que viene en busca de nuestra alma, que nos vuelve al redil

como un pastor vigilante, que nos acoge como un padre. Nosotros somos tus ovejas: ¡oh Pastor! condúcenos á los pastos eternos. Nosotros somos la dracma, nosotros llevamos grabadas en nuestra alma tu imagen y tu nombre: ¡oh Rey! sácanos del polvo; devuélvenos á nuestro primitivo estado. Nosotros somos el hijo Pródigo: ¡oh Padre! ven á nosotros, acude presto, libértanos del yugo pesadísimo del demonio, imponnos el yugo del amor.

El divino Maestro, empleando siempre el dulce lenguaje de la parábola, nos dejó nuevas enseñanzas sobre el desprecio de las riquezas, y quiso también enseñar por siempre á los hombres á purificar las riquezas injustamente adquiridas. «Alimentad con ellas á los pobres, decia, y conquistaos amigos en el cielo por la limosna.»

Los ricos fariseos, que eran á la vez soberbios y avaros, creían que sus bienes eran una justa recompensa de las virtudes que á sí propios se atribuían, y se burlaban por lo tanto de aquellos discursos. Jesus respondió á sus burlas por la parábola de Lázaro, el pobre y del rico avaro. El pobre cubierto de úlceras pide al rico las migajas que caían de su mesa, no las obtiene, y muere; pero los Ángeles le llevan al seno de Abraham. El rico muere á su vez, el infierno es su tumba, y de en medio de las llamas clama al seno de Abraham: «¡Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro que moje en el agua la estremidad de su dedo para refrescar mi lengua!» Pero Abraham responde al condenado que, entre Lázaro y él, la Justicia divina ha abierto un abismo que ninguno de los dos puede atravesar.

Los fariseos no se convertían, pero los discípulos se instruían, y todas aquellas lecciones quedaban grabadas en su memoria para ser transmitidas al género humano.

CAPITULO XXI.

El juez inicuo.—La oracion.—El matrimonio.

Jesus les habló tambien de la perseverancia en la oracion. Ya les habia presentado antes el ejemplo de un hombre que se levanta en medio de la noche, y que da lo que no queria dar, únicamente para librarse de la importunidad de aquel que no se cansaba de pedir y de golpear su puerta, añadiendo: «Si un hombre obró así, ¿qué no hará vuestro Padre, que es justo y bueno?»

Nuevamente volvió á repetirles esta leccion bajo otra imágen: «Es preciso orar siempre, y no desfallecer. Habia un juez en cierta ciudad que no temia á Dios ni respetaba á hombre alguno. Y habia en la misma ciudad una viuda que venia á él y le decia: «Hazme justicia de mi contrario.» Y él por mucho tiempo no quiso; pero despues se dijo á sí propio: «Aunque ni temo á Dios ni á hombre tengo respeto, todavía, porque me es importuna esta viuda, la haré justicia, por que no venga tantas veces que al fin me haga alguna afrenta.» Y añadió el Señor: «Oid lo que dice el injusto juez. ¿Pues Dios no vengará á sus escogidos que claman á Él dia y noche y tendrá paciencia con ellos? Os digo que pronto los vengará.»

La venganza de los justos, la que se les ordena pedir, es su libertad: no piden el ser vengados como el mundo entiende la venganza y como les está prohibido á ellos vengarse, sino que piden verse libres de la iniquidad del juez inicuo; piden verse libres de las tentaciones del ene-

migo interior; piden, sobre todo, verse libres del mundo, y Dios escucha esta oracion y los libra muy luego. La vida es corta para los oprimidos como para los opresores; las cosas de la vida son aun mas cortas, y Dios las dispone de tal modo, que siempre conducen al triunfo de la justicia; y, en fin, los justos se hallan vengados cuando, bajo el yugo mismo de la iniquidad, Dios les da la paciencia y la fuerza que humillan á la iniquidad hasta en su triunfo momentáneo. El cautivo que en su calabozo tiene á la justicia de su parte, se halla ya vengado del juez; el mártir que se sonríe en medio de los tormentos, se halla ya vengado del verdugo. Á todo el que acepta la opresion antes de abandonar la verdad, Dios le venga en el instante, llenando su corazon con los dones de la verdad, mientras atenaza con las garras de acero del despecho, de la vergüenza y del estéril remordimiento el corazon de aquellos que se alaban de no temer á Dios y de no cuidarse de los hombres. El mundo ha visto siempre ejemplos solemnes de esta justicia, y ahora tampoco le faltan. Todos pueden ver dónde está hoy la iniquidad triunfante, pero envilecida, y dónde está la justicia oprimida, pero llena de gloria y ya vengada, que, á pesar de su opresion, goza de una paz profunda.

Todo lo que hace el Salvador se refiere directa ó indirectamente á su Iglesia; así es que la figura de la Iglesia se vuelve á ver en aquella viuda que se ve obligada á solicitar con tanto afan en favor de su causa entregada á un juez inicuo. Hasta la venida de Aquel que ahora la protege misteriosamente, la Iglesia está viuda, y su historia nos ofrece el continuo espectáculo de la justicia que por largo tiempo se niega, que se concede con dificultad, pero que se ve prontamente vengada. La bochornosa in-

quietud que perturba al juez inicuo y que por fin le obliga á cumplir con la justicia, á pesar de toda su perversion, no mancha los pensamientos de la Iglesia que teme á Dios, pero que no teme las afrentas : suplica á su juez terrenal, y aun le amenaza; suplica á su Juez celestial, y sabe que Él juzgará. La Iglesia espera rechazada, encadenada, condenada á muerte, pero coronada por la Justicia, inmortal como la justicia, tranquila como la justicia y la inmortalidad. ¡Oh hermosura de Dios sobre la tierra! Y la Iglesia se verá libre y vengada.

Pero pregunta San Agustin : ¿por qué dice la viuda: «vengadme?» Y ¿por qué lo dicen tambien los mártires en el Apocalipsis de San Juan, si se nos ha ordenado espresamente que roguemos por nuestros enemigos y nuestros perseguidores? Porque por esta venganza de los justos debe entenderse que piden á Dios la destruccion del reinado de los malos, sea por su vuelta á la justicia, sea por el castigo que destruya su poder. San Cirilo añade que si la ofensa nos es personal, nuestra gloria consiste en olvidarla; pero que si la injuria se dirige al mismo Dios, entonces invocamos á Dios contra los enemigos de su gloria y de la verdad.

Jesus terminó su instruccion con estas formidables palabras: «Cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensais que hallará fe en la tierra?» Cuando el Creador omnipotente aparezca bajo la figura del Hijo del hombre, dice el venerable Beda, serán tan raros los escogidos, que se precipitará la ruina del mundo, menos á causa de sus súplicas que de la indiferencia de los demas. El Señor nos advierte para todos los tiempos, porque ignoramos la hora; mostrándonos tambien que la oracion cesa y pierde su poder tan pronto como se apaga la fe. «Creamos, pues,

dice San Agustin; á fin de orar, y oremos á fin de creer, porque la fe produce la oracion, y la oracion fortalece la fe.» Esta es la enseñanza de Jesucristo, fuera de la cual toda ciencia es vana: sin la fe nada somos; sin la oracion nada podemos, y todo el que no quiere oir esta verdad, no quiere que Jesucristo haya venido para él á este mundo, y su frente soberbia, que huye de la claridad de Dios, se hundirá en el fango y entre las tinieblas.

Pero la oracion puede llegar á ser una obra estéril, y por eso completó Jesus aquellas grandes lecciones con una parábola sobre la humildad con que se debe orar.

«Dos hombres subieron al templo á orar: el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera:—¡Oh Dios! Gracias te doy porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros; así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo.—Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo; sino que heria su pecho diciendo:—¡Oh Dios! Muéstrate propicio á un pecador.—Os digo, añadió Jesus, que este, y no aquel, descendió justificado á su casa.»

La soberbia es la pasion que mas atormenta el corazon del hombre, y por eso Jesus insiste tanto en hablar sobre ella. El fariseo de la parábola ofrece una imágen viva de lo que es la soberbia: ora, pero su oracion da la medida de su soberbia, que es el desprecio hácia Dios. El fariseo desprecia y niega á Dios atribuyéndose á sí propio las virtudes que no abriga, y esa soberbia ilusion causa la pérdida de su alma. Ora en *pie*, soberbio hasta en su actitud; ora para sí mismo, porque su oracion se dirige á sí mismo; emplea la fórmula: *Dios mio, os doy gracias*; pero solo á sí propio da gracias por los méritos que

en sí reconoce, y ni desea ni pide nada. Atiéndase también á su oracion; dice: *Yo no soy como los demas hombres*; y ni siquiera dice como gran número de hombres, porque se cree único en su especie. Dice ademas: *Yo soy justo, y todos los demas son pecadores. No soy como ese publicano: ese es como los demas: ladron, injusto, adúltero*. El fariseo desprecia, pues, á todo el género humano; desprecia á sus hermanos, aun cuando les ve humillados ante Dios, con lo cual, y añadiendo el sumario de sus buenas obras, termina su oracion. Alábase, dice San Gregorio, sin notar que por la soberbia abre la ciudadela de su corazon á los enemigos que la asedian: en vano trata de cerrarla por el ayuno y la oracion; ha dejado una brecha abierta, y el enemigo entrará por ella.

Nadie puede admirarse, dice San Agustin, de que Dios perdone al publicano, que se juzga á sí propio, que se aproxima á Dios por la contricion, y á cuyo lado acude Dios y á quien el Señor atiende; porque «el Altísimo se baja hácia los humildes.» No levanta los ojos, no mira para merecer que le miren; pero si su conciencia le obliga á inclinar la cabeza, la esperanza le impele á levantarla. Se da golpes de pecho como para castigar á su corazon por sus malos pensamientos y para despertarle de su sueño, y por esto el Señor le perdona los pecados de que se confiesa. Se ha oido al acusador soberbio y al humilde culpable; escúchese ahora al Juez: «Os digo que este y no aquel descendió justificado á su casa, porque todo el que se ensalce será humillado, y todo el que se humille será ensalzado.»

San Juan Crisóstomo, instruyendo á su pueblo, desarrolló esta hermosa leccion con una imágen oriental.

«Ved, dice, dos automedontes y dos carros en la are-

automedonte: la persona que se trata de su propia gloria y su propia gloria

na: el uno lleva la justicia unida al orgullo, y el otro el pecado unido con la humildad. El carro del pecado es dejado atras por el de la justicia, no por sus propias fuerzas, sino por la virtud de la humildad que le acompaña; el otro es vencido, no por culpa de la justicia, sino por el peso del orgullo. La escelencia de la humildad triunfa del peso del pecado, se lanza á la carrera y alcanza á Dios, mientras que el peso del orgullo dificulta el vuelo de la justicia. Aunque hubiérais hecho una multitud de obras virtuosas, si os ensoberbeceis por ellas, perdeis todo su fruto, y, aunque estuviérais cargados con el peso de mil faltas, si os creéis culpables, tened confianza, porque Dios no rechaza al corazon contrito y humillado. Ahora bien: puesto que la humildad unida al pecado es tan ágil que deja atras á la justicia unida á la soberbia, ¿qué será la humildad si va unida á la justicia? Por otra parte, si la soberbia puede envilecer y cortar las alas á la misma justicia, ¿á qué abismo no ha de arrastrarnos cuando va unida al pecado? No digo esto para que descuideis el ser justos, sino para que eviteis el haceros soberbios. »

Cuando se lee el Evangelio con deseos de conocer la verdad, conviene dirigir una mirada sobre el mundo y sobre uno mismo, porque de ese modo se apercibe en un instante cuánta vida han dado al género humano esas palabras tan sencillas, y qué alimento son para las almas; haciendo que nos remontemos tambien al manantial del rio de la vida. ¿Quién ha podido descubrir tan perfectamente á Dios y al hombre, encontrando en la miseria del hombre los medios de aproximarle á la grandeza de Dios? Al considerar que la caida ha motivado la Redencion, y que la Redencion no podia realizarse sino por la Encarnacion, un Padre ha llegado á esclamar: *Felix culpa!*; y

al considerar hasta qué punto el orgullo nos aleja de Dios, el cristiano está á punto de exclamar: «¡Felizmente existe en el mundo el pecado!» San Pablo habla de su debilidad, y reconoce que la tentacion que le aguijoneaba como un ángel de Satanás, le era necesaria para huir de la soberbia; porque no era posible, dice un comentario atribuido á San Ambrosio, que el corazon de un hombre que habia visto tan grandes cosas se elevara tanto, si no hubiera sido humillado por la miseria humana. Así el pecado sirve al menos para cerrarnos la senda de la soberbia, y huimos del abismo por las caidas que damos en el camino del abismo. Esta ciencia profunda de la miseria del hombre y de la clemencia de Dios brilla constantemente en las parábolas, al mismo tiempo que las parábolas por su sencillez son accesibles á todos los entendimientos. «Son leche para los niños y pan para los hombres fuertes: se ve en ellas á Jesus lleno de los secretos de Dios; pero se ve que Jesus no se admira por ello como los demas hombres á quienes Dios los comunica, sino que habla naturalmente, como nacido con aquel secreto y con aquella gloria.»

Entre las diversas instrucciones del Salvador, se halla una en respuesta á los fariseos sobre la indisolubilidad del lazo conyugal.

Mientras curaba á los enfermos y enseñaba en aquella parte de la Judea que se estiende mas allá del Jordan, los fariseos acudieron para tentarle, diciéndole: «¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquiera causa?» Habian concertado hacerle esta pregunta, como las que anteriormente le habian dirigido, para que no pudiera contestarla sin que suministrara contra sí algun motivo de acusacion ó sin que descontentara á mucha gente.

En este caso, si respondia que la mujer puede ser arrojada del techo conyugal por cualquier causa, Él mismo juzgaba de la severidad de su doctrina, ya conocida; y si ponia otras condiciones para el divorcio, se le acusaba de condenar la ley de Moisés.

Jesus les respondió interrogándoles: «¿No habeis leído que el que hizo al hombre desde el principio, creó un hombre y una hembra, y dijo: «Por esto dejará el hombre padre y madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne, así que ya no son dos, sino una carne?» Por tanto, lo que Dios juntó, el hombre no lo separe.»

Al oir esto los fariseos, repusieron: «¿Pues por qué mandó Moisés dar carta de divorcio y repudiarla?»

Pero Jesus respondió: «Porque Moisés, por la dureza de vuestros corazones, os permitió repudiar á vuestras mujeres: mas en el principio no fue así. Y dígoos que todo aquel que repudiare á su mujer, á no ser por la fornicacion, y tomare otra, comete adulterio; y el que se casare con la que otro repudió, comete adulterio.»

Hé aquí la abolicion de la poligamia franca y la condenacion del divorcio que es la poligamia disfrazada; hé aquí la fundacion del matrimonio cristiano. Esta es la mayor revolucion, ó, mejor dicho, la mayor contrarevolucion social que se haya hecho en el mundo. El otro diálogo que precede nos presenta, no solamente la ley, sino lo que podria llamarse la esposicion de sus motivos, y la polémica histórica y legal de ese gran acto de legislacion universal.

Los judíos solo soñaban en tender un lazo á Jesus, sin ocuparse en su generalidad de saber si era ó no permitido arrojar á la mujer del techo conyugal por cualquier causa, es decir, sin causa ninguna; ellos lo hacian

así convencidos de que Moisés lo habia ordenado, y toda otra decision debia ser impopularísima, sobre todo si procedia de Jesus, contra quien se unian en un instante los hombres que, por lo demas, vivian en el mayor desacuerdo. Pero Jesus empieza por ponerles en presencia de Moisés, á quien injuriaban y á quien Él quiere justificar: les pregunta cuál es la ley de Moisés, y al contestarle que Moisés ha ordenado dar carta de divorcio, Jesus repone: «Lo permitió, pero á causa de la dureza de vuestros corazones.»

En efecto, la carta de divorcio habia sido puesta como un obstáculo á la separacion que, á consecuencia de la decadencia de las costumbres, se realizaba sin formalidad ninguna. Solo los escribas podian dar la carta de divorcio, y por este cargo se encontraban revestidos de un derecho de consejo muy propio para procurar la reconciliacion de los esposos. Cuando el odio recíproco resistia á su intervencion, entonces podia conceptuarse oportuno conceder el divorcio, porque de otro modo la indisolubilidad podia desaparecer por el asesinato. Para que existiera el matrimonio, era necesario el cristianismo: la dureza de los corazones habia dado causa á la ley de Moisés, pero esa causa solo á Moisés justificaba.

Habiendo dejado establecido este punto, Jesus se remonta á la Ley primitiva, y no se desdén de hablar con arte. No dice: *no es permitido*, como una decision que diera por sí mismo, sino que les hace ver que esa es la voluntad de Dios: «¿No habeis leído que el que hizo al hombre al principio los hizo hombre y mujer? Un hombre y una mujer, no un hombre y muchas mujeres, para que hubiera un solo matrimonio y para que no hubiera muchos; y la primera mujer fue sacada del cuerpo del pri-

mer hombre, á fin de que, sometida á cierta dependencia, no sea, sin embargo, despreciada, ni considerada por el hombre como un ser de una especie inferior y diferente de la suya. El hombre y la mujer han sido hechos de una misma cosa para que fueran *uno*, y no han sido tomados del mismo seno para que conociesen que son libres de casarse ó de conservar la virginidad; pero cuando están unidos nunca deben separarse, porque se ha dicho: «El hombre dejará á su padre y á su madre para ir con su mujer, y serán los dos una sola carne.» Se dice á *su* mujer, no á sus mujeres; se dice *dos* en una sola carne, y no tres ó cuatro, y para que sean dos en una sola carne, el hombre dejará á su padre y á su madre. Parece á primera vista que debia haber mayor union entre los hermanos y las hermanas que salen de los mismos padres, que entre los esposos que salen de familias distintas; pero la fuerza mas grande del matrimonio procede de la Ley de Dios, que es mas poderosa que la ley de la naturaleza; porque los mandamientos de Dios no están sometidos á la naturaleza, en tanto que la naturaleza obedece los mandamientos de Dios. Los hermanos proceden de una misma fuente y van por caminos distintos; el hombre y la mujer nacen de padres diversos y forman el mismo destino. «Observad, dice San Juan Crisóstomo, que el amor sube al hombre como la savia sube al árbol. La savia parte de las raices y se cambia en fruto en la cima. Los padres aman á sus hijos, pero no son igualmente amados por estos; el hombre no da el ardor de su afecto á sus padres, sino á los hijos á quienes engendra. «El hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su esposa, y serán dos en una sola carne.» Nada puede espresar con mas fuerza la indivisibilidad, y este es, dice San Remi-

gio, el misterio que se ve en Jesucristo y en su Iglesia. En efecto, Nuestro Señor abandonó en cierto modo á su Padre cuando descendió á la tierra; abandonó á su madre, es decir, á la Sinagoga, á causa de su infidelidad, y se adhirió á su esposa, es decir, á la Santa Iglesia, formando con ella una sola carne, porque Jesucristo y la Iglesia forman un solo cuerpo.

Despues de haber recordado el testo y el espíritu de la antigua Ley, dice San Juan Crisóstomo, Jesus mismo dió su interpretacion, y por eso dijo: «No son dos, sino una sola carne.» Así como se dice de aquellos que se aman espiritualmente que solo tienen un alma y un corazon, así del hombre y de la mujer unidos se dice que solo tienen una sola carne; y es tan horrible repudiar á una mujer como desgarrar un cuerpo. Hay en esto una mancha y una crueldad abominables ademas de la prohibicion de Dios para «que el hombre no separe lo que Dios ha unido.» Aquel, pues, que arroja á su mujer, violenta la naturaleza y falta á la ley: violenta la naturaleza, porque divide una carne; falta á la ley, porque rompe una union que Dios ha formado y que Él ha prohibido que se rompa. «En el principio no sucedia así:» Moisés toleró el divorcio, no lo ordenó; lo permitió, y lo que permitimos nos es arrancado por una mala voluntad que no podemos contener. Moisés prefirió el divorcio á los homicidios, á causa de la dureza de los corazones; pero fue Moisés, no Dios, y los judíos tenían la ley de un hombre, no la de Dios; porque Dios no puede ser contrario á sí mismo hasta el punto de establecer una cosa y destruirla por un nuevo mandamiento.

Á consecuencia de aquella discusion histórica y dogmática, Jesus espresa con autoridad la ley entera y defi-

nitiva: «Y dígoos que todo aquel que repudiare á su mujer, si no es por causa de adulterio, y tomare otra, comete adulterio; y el que se casare con la que otro repudió, comete adulterio.»

Jesús no abre la puerta al divorcio por aquella cláusula de adulterio. En la ley de Moisés el adulterio no era un caso de divorcio, sino de muerte, y estaba prohibido el guardar á la mujer adúltera; solo el Evangelio le ha impuesto la penitencia que resucita, dándole el perdón. Después de la purificación de un adúltero, dice San Agustín, la reconciliación de los esposos no puede presentar obstáculos, y no puede tampoco ser considerada como vergonzosa donde se cree en la remisión de los pecados por el poder de las llaves del reino de los cielos. No se llame ya adúltera á aquella que se ha reconciliado, que se ha vuelto á unir con Jesucristo.

El adulterio es un caso de separación, no de divorcio y de rompimiento. El matrimonio, constituido por la voluntad, no puede ser destruido por la separación de los cuerpos, sino por la separación de la voluntad; y los esposos legítimamente separados siguen, sin embargo, siendo esposos. Por eso el Señor no dice: «El que repudiare á su mujer es adúltero,» sino que dice «que es adúltero el que se casare con otra mujer,» porque ese separa la voluntad. En resumen: solo una razón carnal puede legitimar la separación de los esposos: el adulterio; y no hay sino una espiritual que lo autorice: el consentimiento mutuo para el servicio de Dios. Empero no hay ninguna razón que permita contraer un segundo casamiento, en tanto que la muerte no haya roto el primero.

Por esta ley, Jesús restablecía el matrimonio en la pureza de su institución primitiva y por el modelo que Dios

habia propuesto, libertando á la mujer de su larga ignominia, dando á los esposos la gloria de la castidad conyugal, á los hijos la tranquila seguridad del hogar doméstico, y á todo el género humano un origen mas puro y el honor y la paz de una vida mejor. Al hablar de estas cosas augustas, es preciso separar los ojos de esa turba disoluta, de esa vil multitud de hombres carnales y de mujeres adúlteras que claman por la disolucion del matrimonio. ¡Desgraciados de los pueblos que escuchan á esas mujeres adúlteras y á esos padres que no educan á sus hijos! Solo la vergüenza y la ruina puede encontrar toda sociedad bastante loca para recibir sus reglas de esas manos que ansían rasgar las leyes de Dios. Cuando se quiere juzgar sanamente de las instituciones de un pueblo, no conviene interrogar sobre ellas á los que ellas han condenado y desterrado, sino que debe mirarse al seno mismo de aquel pueblo para ver los frutos que han dado esas instituciones aceptadas y obedecidas. El hombre, por el matrimonio cristiano, ha sido hijo, ha sido esposo, ha sido padre, tres cosas de que antes solo tuvo el nombre; la mujer ha sido vírgen, esposa, madre, tres dignidades que antes la eran desconocidas. El matrimonio cristiano ha creado la familia, y la familia ha puesto al género humano en una situacion general de dicha y de honor, que el paganismo no pudo soñar ni aun comprender nunca.

Pero la corrupcion y el error del mundo eran tan profundos en tiempo de Jesus, que los mismos discípulos se asustaron por aquella noble Ley, espresando sencillamente su pensamiento al encontrarse solos con Jesus. «Si así es, le dijeron, la condicion del hombre con su mujer, no conviene casarse.» Jesus les respondió: «No todos son

:

capaces de esto, sino aquellos á quienes es dado;» es decir, aquellos que por la gracia de Dios piden y obtienen la de guardar continencia para ganar el cielo. Esta palabra ha creado las legiones angélicas que han preferido la virginidad y la castidad al matrimonio.

Aquel mismo día los discípulos quisieron separar de Jesús á unos niños que se le llevaban para que les bendijera, temiendo que aquella multitud le importunase; pero Jesús les dijo: «Dejad á los niños, y no les estorbeis venir á Mí, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Cuando la imaginación se fija en estas narraciones, en esos niños á quienes Dios estrechaba contra su seno, el alma se anonada. ¡Así nos ha amado Dios! ¡Tanto es lo que nosotros valemos! ¡Eso vale la inocencia, y esa inocencia nosotros podemos recobrarla con solo pronunciar una sola palabra, con un solo suspiro! El abismo que nos separa de Dios, esta lepra del pecado que nos cubre, nada valen; un suspiro nuestro llevado por los Ángeles, á cuya guarda estamos encomendados, llega á las plantas de Jesús, y nuestra lepra desaparece, y somos niños sin mancha, y nada, en la tierra ni en el cielo, ni la fuerza de la justicia, ni el recuerdo de nuestras iniquidades, prevalecerá contra las palabras de humildad y arrepentimiento que hayamos pronunciado.

¡¡Así ha amado Dios al mundo!!!

CAPÍTULO XXII.

La pobreza voluntaria.—Los niños.

Una circunstancia especial preparada por Dios hizo comprender á los discípulos la felicidad y el mérito de la pobreza voluntaria.

Presentósele un jóven de las primeras familias del pais, y, doblando la rodilla, le preguntó qué era lo que debia hacer para que obtuviese la vida eterna. Jesus le dijo: «Guarda los mandamientos.» «¿Qué mandamientos?» preguntó el jóven. Jesus repuso: «No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, honrarás á tu padre y á tu madre, y amarás á tu prójimo como á ti mismo.» El jóven dijo, oido aquello: «Yo he guardado todo eso desde mi juventud; ¿qué me falta aun?» Jesus respondió entonces: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Y ven, sígueme.»

Con esto el jóven se marchó entristecido, porque poseia grandes bienes; y Jesus, mirando á su alrededor, dijo á los discípulos: «En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos.» Y como los discípulos se admiraran al oir esas palabras, Jesus añadió: «Mas fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos.» «¿Quién, pues, podrá salvarse?» dijeron los discípulos. Y Jesus respondió: «Eso es imposible para los hombres; pero todas las cosas son posibles para Dios.»

Pedro preguntó al Señor cuál sería la recompensa de los Apóstoles que lo habían dejado todo por seguirle, y Jesús le respondió: «En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, cuando en el día de la regeneración se sienta el Hijo del hombre en el trono de su majestad, os sentareis también vosotros sobre doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.»

Pero para mantener en ellos ese temor saludable, en tanto que les anunciaba el orden nuevo que su justicia establecería en el día de las recompensas, les dijo que aquel día muchos de los primeros serían los postreros, y muchos de los postreros primeros. Y á fin de que conocieran también la independencia de Dios en la distribución de las gracias, les propuso la parábola de los obreros de la viña, en la que los que llegaron á última hora recibieron la misma recompensa que los que habían estado trabajando desde por la mañana.

Todo eso les hablaba, y de todo eso les instruía al dirigirse lentamente hácia Jerusalén, donde no quería llegar hasta la fiesta de la Pascua. En el camino curaba á los enfermos con aquella dulzura y aquel imperio que caracterizaban sus palabras y sus obras: era siempre el más humilde de los mortales, y siempre en Él fulguraba la Divinidad. Nadie había hablado como Él, y Él hablaba como nadie tiene el derecho de hablar. En una ocasión, dirigiéndose á la multitud, pronunció estas palabras que nunca el espíritu del hombre ha podido dictar ni comprender:

«Si alguno viene á Mí y no deja á su padre, á su ma-

dre, á su mujer, á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, su propia vida, y no coge su cruz y no me sigue, ese no puede ser discípulo mio. »

¡Cómo se comprende en estas palabras que Jesus tenia en su mano el cielo, la tierra y el corazon del género humano!

Le hemos oido hace un momento llamarles á los discípulos hijos suyos, y hemos visto lo que dijo de los niños.

No era aquello decir que una edad sea preferible á las demas, porque en tal caso seria triste avanzar por el camino de la vida: era decir que la inocencia es preferible á todo. El reino de Dios es para los que se parecen á los niños, para los que conservan ó reconquistan la inocencia. El niño desconoce el odio, la lujuria, no aspira á las riquezas y á los honores del mundo, vuelve á su madre que le ha corregido, es dócil con sus maestros, no contradice, no disputa, no es desconfiado, y así debe ser el hombre que quiera entrar en el reino de los cielos. Jesus enseña al mismo tiempo á los Apóstoles á no despreciar á los humildes, á no repeler á la ignorancia, á instruirla con paciencia y dulzura, á hacerse, en fin, niños para ganar el afecto de los niños. Por último, el amor que manifiesta á la infancia enseña á todos el respeto y el amor que se la debe tener. Por aquel tiempo, en el mundo civilizado, en Roma, se hacia que los niños aprendiesen de memoria los diálogos de Platon que luego recitaban en los banquetes para distraccion de los convidados, y aquella era la menor de las degradaciones que se imponian á la infancia. Los derechos de la infancia datan de Jesucristo.

Y Jesus abrazó á los niños, les impuso las manos y los bendijo, mostrando de ese modo, dice San Remigio,

que los humildes de espíritu son dignos de su gracia; y al imponer las manos, dice San Juan Crisóstomo, esfuerza la operacion de la virtud divina: bendice segun una costumbre humana, porque se ha hecho hombre sin dejar de ser Dios, y les abraza para que entre en su seno la criatura degradada.

¿No podria decirse que si algo se encuentra en el Evangelio que es difícil de creer, no son los milagros que mandan á la naturaleza, ni las grandes palabras que deben cambiar la faz del mundo, ni lo que podria llamarse el gran atrevimiento de la misericordia que prepara la justificacion del publicano por la única virtud de la oracion, ni el Calvario, ni la Eucaristía, ni nada, en fin, de lo que es incomprensible, y que es por eso mismo visiblemente divino, pues que todo eso es de Dios, y puesto que si Dios quiso hacerlo era natural que lo hiciera; sino que lo que confunde es esa bondad de la Majestad divina que interviene en las conversaciones de los hombres, que habla en su lengua, que les coge por la mano, abraza á los niños, trata al hombre pecador con mas afecto que el que le demostró cuando, revestido de su inocencia, habitaba en el Paraiso?

Pero un milagro mas grande y obrado en una circunstancia mas solemne (si es que pueden señalarse grados de grandeza en los milagros, y circunstancias mas solemnes unas que otras en una vida divina) van á acabar de presentarnos á Jesus. Vamos á verle de un modo completo, como hombre y como Dios: hombre, como el mas tierno de los amigos; Dios, tal como podemos comprender á Dios, Señor de los acontecimientos, Señor de la vida y de la muerte, Señor del pasado y del porvenir, pero, sobre todo, Dios que ama y que quiere ser amado.

LIBRO VI.

LAS RESURRECCIONES.

CAPÍTULO XXIII.

Lázaro.

María Magdalena y Marta tenían un hermano llamado Lázaro, y los tres vivían en Betania, aldea situada á poca distancia de Jerusalem. Jesus amaba á aquella familia, y como Lázaro se hallara enfermo, sus hermanas se lo previnieron á Jesus, diciéndole por un mensajero: «Señor, hé aquí que el que amas está enfermo.» Esta es una oración perfecta como la de la Cananea, porque la oración perfecta consiste en una sencilla esposición de la necesidad, acompañada de una firme confianza en Dios que lo puede todo.

Jesus, que sabía lo que iba á suceder, respondió que aquella enfermedad no sería de muerte, sino que era para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios fuera glorificado por ella. Dejó despues que trascurrieran dos dias, al cabo de los cuales dijo á sus discípulos: «Vamos otra vez á Judea;» pero los discípulos, asustados, le respondieron: «Maestro, los judíos querían apedrearte, ¿y vas allá otra vez?» Jesus entonces les dió á entender que debía cumplir con su ministerio, y hablando en nombre de la San-

tísima Trinidad, y anunciando una obra de Dios, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, duerme; mas voy á despertarle del sueño.»

Los discípulos creyeron que Jesus hablaba del sueño ordinario, y Jesus tuvo necesidad de decirles: «Lázaro ha muerto, y me huelgo por vosotros de no haber estado allí para que creais. Mas vamos á él.»

Entonces Tomás dijo á los otros discípulos: «Vamos tambien nosotros, y muramos con Él.» Tomás, como mas tarde Pedro, se creia mas fuerte de lo que era en realidad.

Cuando Jesus llegó á Betania, hacia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado; porque, segun la costumbre establecida entre los judíos despues de la vuelta de Babilonia, tan pronto como moria un hombre se le vendaba y se le llevaba al sepulcro, y todos los dias, y dos veces durante el dia, los parientes y los amigos iban á llorar cerca del muerto, hasta que en su rostro, que quedaba descubierto, se empezaban á notar señales de putrefaccion. Así se hicieron los funerales de Lázaro en medio de gran concurso de amigos, porque Betania solo estaba á una hora de camino de Jerusalem. Aquellos amigos que aun acompañaban á María y Marta habian estado viendo el cadáver y habian reconocido su putrefaccion, poniéndole el sudario y retirándose del sepulcro despues de cubrirle con una losa.

Marta, cuando supo que llegaba Jesus, salió á recibirle; pero María se quedó en la casa, ya porque ignorara la presencia del Maestro, ya porque quisiera cumplir en ella con los deberes de la hospitalidad para con sus parientes. «Señor, dijo Marta á Jesus: si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto; mas tambien sé

ahora que todo lo que pidas á Dios, Dios te lo otorgará. » Se diría, por estas palabras, que la hermana de Lázaro no puede comprender que la muerte ni el dolor alcancen á los amigos de Jesus.

Jesus la dijo: «Tu hermano resucitará.»

Y Marta repuso: «Bien sé que resucitará en la resurreccion, en el último dia.»

Jesus entonces, queriendo aumentar y fortalecer la fe de Marta enseñándola que ni siquiera se necesita pedir, la dijo estas palabras soberanas: «Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en Mí, aunque hubiera muerto, vivirá, y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá. ¿Crees esto?»

Ya en otras ocasiones se ha visto al Salvador exigir la fe de otros en nombre de aquellos en cuyo favor se le suplica, porque todos los miembros se hallan unidos en un mismo cuerpo y deben obrar los unos por los otros, lo cual constituye la comunión de los Santos. Marta le respondió por un acto perfecto de fe teológica: «Sí, Señor; yo creo que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.» Dichas estas palabras, Marta fue á buscar á su hermana, la dijo que el Maestro preguntaba por ella, y en el instante María fue á encontrar al Señor, siguiéndola los huéspedes, por creer que se dirigía al sepulcro. Apenas María vió á Jesus, cayó á sus plantas, y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habria muerto.» Entonces Jesus gimió en su ánimo y se turbó á sí mismo, es decir, por su propia voluntad: como Señor absoluto de todas las sensaciones que su humanidad podia experimentar, dejó que la invadiera libremente el dolor de aquellos á quienes amaba.

Preguntó despues: «¿En dónde le pusisteis?—Ven,

:

Señor, y le verás, » le respondieron. Jesus lloró entonces, y algunos de los judíos, al contemplar sus lágrimas, decían: «Ved cómo le amaba,» mientras otros murmuraban: «Pues este que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que ese no muriese?»

El Evangelista, dice San Cirilo, cuenta con una especie de estupor lo de las lágrimas de Jesus. Aquellas lágrimas, dicen otros intérpretes, corren como las de los hombres que le rodean, pero no por la misma causa: Lázaro, en la oscuridad de la tumba, representa para Jesus al género humano, muerto, estenuado, y, por decirlo así, putrefacto; llora, pues, por aquel estado de la criatura destinada á una doble inmortalidad y que ha llegado á ser esclava de una doble muerte; llora tambien por aquellos que ya no deben resucitar.

Jesus, pues, gimiendo nuevamente, se llegó al sepulcro, que era una gruta, sobre la cual habian puesto una losa, y dijo: «Quitad la losa.» «Señor, contestó Marta: ya hiede, porque es muerto de cuatro dias.» Pero Jesus respondió: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Quitaron la losa, y Jesus, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabia que siempre me oyes; mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.»

Dicho esto, gritó en alta voz: «Lázaro, ven fuera.» Y en el instante salió el que habia estado muerto, atados los pies y las manos con las vendas y con el sudario sobre el rostro. Jesus añadió: «Desatadle, y dejadle ir.»

¡Qué palabras y qué obra! ¡Cuánta caridad en aquel viaje! ¡Cuánta humanidad en aquellas lágrimas! ¡Cuánta

humildad en aquella oracion! Y ¡qué divinidad en aquella voz imperativa! ¿Cómo se puede dejar de amar al Hombre, y cómo se puede desconocer al Dios?

San Juan Crisóstomo observa el arte misericordioso con que Jesus oculta su Divinidad al mismo tiempo que la divinidad se manifiesta de un modo tan visible. Ruega á su Padre, y le da gracias: «Yo bien sabia que siempre me oyes, pero lo dije por este pueblo;» dando á entender que si Él no necesita orar, tiene en cuenta la debilidad de sus oyentes. El Hijo de Dios solo atiende á nuestra salvacion; así es que en sus palabras abundan las cosas humildes, en tanto que vela las cosas divinas, que sin embargo son divinas, y á las que el cielo y la tierra se apresuran á obedecer. «Lázaro, ven fuera.» Aquí se reconoce al Verbo, á la voz eterna que habla á la nada y que hace surgir la vida del vacío. «Nunca, dice Bossuet, se habia tratado á la muerte de un modo tan imperioso.» «Jesus nombra á Lázaro, dice San Agustin, por que no resucitaran todos los muertos.»

La razon del hombre se contrista ante los esfuerzos incesantes que hace la incredulidad contra este milagro, cuya realidad histórica es tan evidente como su carácter divino: en nuestra época, ciertos *sabios* se fundan en las lágrimas de Jesus para descubrir que Lázaro no fue resucitado, ó que no habia muerto. Ya los Padres habian notado los gemidos de Jesus, que gimió, dicen, por el espectáculo que daban aquellos judíos, cuya incredulidad se afianzaba en un milagro, y que decian: «Pues este que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que ese no muriese?» Tambien debió gemir, y hasta en las fibras mas delicadas de su Humanidad, al ver en el porvenir á tantas almas regeneradas por su bautismo, rechazar

la evidencia para irse con los réprobos. En vano nos dice la experiencia que el hombre está sujeto á toda clase de locuras: la locura de injuriar á Jesus no se concibe. ¿No basta negarle? ¿Por qué insultar á tanta bondad, á tanta justicia, á tanto amor? Es preciso discurrir mucho, antes de dar con la causa de semejante delirio, y esa causa es una horrible necesidad: la necesidad de que no haya Dios, necesidad que prueba que Dios existe y que Jesus es Dios.

Para resistir á las negaciones y á las injurias, Jesucristo ha dado á sus obras un poder contra el cual Satanás puede luchar, pero al que nunca vencerá: las ha dado la vida. Lo mismo que todos sus demas milagros, la resurreccion de Lázaro es un milagro, por decirlo así, viviente, y que simboliza hasta en sus menores detalles las maravillas que la Iglesia obra todos los dias.

Adan recibió al mismo tiempo dos vidas, porque al dar un alma á aquel cuerpo que acababa de formar, Dios se unió á aquella alma por su gracia; y por eso la Escritura nos dice que Adan salió *alma viviente* de las manos de Dios. Por la union del alma al cuerpo, tenia la vida física; y por la union, incomparablemente mas elevada, de su alma con Dios, tenia la vida espiritual. El alma animó al cuerpo, Dios vivificó al alma, y todo era de Dios, y todo gozaba de inmortalidad. El hombre, al separarse de Dios por la desobediencia, lo perdió todo á la vez, porque separada de Dios el alma muere como muere el cuerpo separado del alma, y porque, aun cuando subsiste una especie de vida, la separacion completa é irremediable de la condicion para la cual el hombre ha sido creado, es la muerte. Así, pues, á la doble vida que le habia sido dada, reemplazó para el hombre, y por culpa del hombre, una

doble muerte ; pero Dios se apiadó de la obra de sus manos, y Jesucristo, mas poderoso que la muerte, vino á reparar aquel desastre. Así lo declaró el mismo Jesus: «En verdad, en verdad os lo digo, llega la hora, ya ha llegado, en que los muertos han de oír la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la oigan vivirán.» Santo Tomás y los otros Santos Padres y Doctores de la Iglesia dicen que los muertos de que habla son los muertos por el pecado; y es claro que aquellos que le *oigan* serán los que crean y los que quieran salvarse.

Las tres resurrecciones mencionadas son una prenda de la verdad de la promesa de Jesus, y las tres enseñan al hombre cómo puede obtener el fruto de aquella promesa. Sin duda la hija de Jairo, el hijo de la viuda y Lázaro no han sido los únicos que han salido de la tumba: los Evangelistas no han contado todas las obras de Jesus, y San Agustín tiene por cosa segura que muchos otros muertos fueron llamados á la vida; pero, añade, solo se señalan tres resurrecciones, porque las circunstancias de cada una de ellas indican suficientemente las tres categorías en que pueden dividirse los hombres pecadores y los medios que se les ofrecen para resucitar á la vida espiritual.

La hija de Jairo, muerta, pero aun en la casa paterna, es el pecador oculto de quien nadie sospecha que esté muerto; el hijo de la viuda, ya sacado de la ciudad, y á quien se lleva al sepulcro, es el pecador público que ha resuelto arrostrar la publicidad de sus pecados; Lázaro, en el sepulcro há cuatro días, y ya putrefacto, es el pecador endurecido y desesperado bajo la losa, es decir, bajo la fuerza del hábito del pecado. Hé aquí á todos los pecadores, porque todo pecador pertenece necesariamen-

te á una de esas tres categorías; de modo que cada una de las resurrecciones nos enseña cómo pueden renacer los pecadores.

La jóven que acaba de espirar en la casa de su padre, es resucitada en un instante. Jesus la dice: «Hija mia, levántate;» y resucita antes, puede decirse, de que su padre y su madre la hayan creído perdida. Los Apóstoles que se hallan allí representan la Fe, la Esperanza y la Caridad, y figuran tambien la gracia. Bien que el pecado sea siempre lo mismo que la muerte, una cosa, dice San Agustín, es pecar una vez, y otra cosa es pecar siempre; y si la hija de Jairo vuelve tan prontamente á la vida, es para hacernos comprender que el pecador que se corrige en el instante, resucita tambien en el instante. El que no está dominado por el hábito del pecado, no está aun en el sepulcro: arrojad, pues, dice San Gregorio, de vuestro corazon la multitud de afectos desordenados, tañedores de flauta, aduladores de oído, que en realidad solo cantan vuestra muerte; porque entonces, no encontrando en vosotros ningun obstáculo, Jesus os cogerá por la mano, y resucitareis como un hombre que duerme y despierta en brazos de un amigo. Levantaos, pues, y andad, porque se ha dicho que la jóven anduvo; y para probar que estais convertidos, andad con mas vigor que antes por la buena via. Comed tambien, porque Jesus, despues de resucitar á la jóven, ordenó que se la diera de comer, lo que muestra la feliz condicion del pecador simbolizado por la hija de Jairo, puesto que puede, en el momento que se reconcilia, ser admitido en la mesa eucarística, y lo que nos enseña al mismo tiempo que la carne de Jesucristo es el alimento necesario para evitar la muerte.

Pero pocos pecadores se aprovechan de esa gracia

ofrecida á todos, luchando contra la seducción, rechazando los sofismas del mal, y sustrayéndose á la costumbre del pecado y al cinismo de esa costumbre: por el contrario, la mayor parte se hacen atrevidos contra Dios, y muy luego, como los de Sodoma, se glorían de su pecado. Entonces el pecador es el muerto sacado ya de la ciudad, y á quien su madre la Iglesia sigue llorando. Para muchos, la pompa del cadáver echado sobre sus vicios no es causa de espanto, sino mas bien motivo de envidia; y la Iglesia tiene muchos hijos que se complacen en hacer llorar á su madre. Tal es el pecador público que así se muestra en sus ejemplos y que por sus ejemplos destruye á su alrededor el pudor y el temor de Dios. «Mis plantas han vacilado, dice David, porque he visto la paz del pecador.» ¿Quién resucitará á ese pecador? El mismo Dios que resucitó al otro, que ve las lágrimas, que no quiere que la muerte lleve siempre su presa, y que se hace obediente para aquellos que le temen, hasta el punto de conceder la salvación á aquellos que le niegan. Con la misma bondad y el mismo poder con que resucitó á la hija de Jairo, Jesus reanimará aquel cadáver, pero nos hará conocer que se necesitan mayores esfuerzos para la conversión de los pecadores públicos: el Salvador mostrará ciertas vacilaciones en la resurrección del hijo de la viuda de Naim. Conmovido por las lágrimas de aquella madre, se aproxima al ataúd, detiene á los que le llevan (porque la intervención de Jesus quita su poder á los vicios), y por fin manda: «Levántate.» Al oír aquella voz, el joven se levanta, habla, pero queda sentado en el ataúd, siendo preciso que Jesus le ayude á salir de él. «Y Jesus le devolvió á su madre,» porque le resucitó para volverle á la Iglesia. «Ve ahora, y habla; consuela á tu madre;

publica que estabas muerto, y di quién te ha resucitado.»

Hay otra muerte mas profunda, otra esperanza mas perdida: no solo la vida se ha apagado, sino que la forma misma del cuerpo se ha disuelto en la tumba ya cerrada. Aquel muerto de cuatro dias, sacado de la casa, sacado del pueblo, enterrado, putrefacto, es el pecador tan abismado en sus costumbres criminales, que parece no puede ya ni aun sentir el deseo de volver á ver la luz; y si le llega ese deseo, es tan débil como el rayo que puede penetrar á través de la tierra que le cubre, y que no le deja hacer un movimiento: desespera de todo, y todo ha concluido para él. San Bernardo, como gran moralista, cualidad de todos los Santos, marca los grados de esa caída: la familiaridad con el pecado se convierte en hábito, el hábito en necesidad, y la necesidad en imposibilidad de corregirse; imposibilidad que engendra á su vez la desesperacion, y desesperacion que acarrea la sentencia. Porque debe notarse que la paz, al menos durante largo tiempo, solo es superficial en los pecadores: no se llega á la descomposicion de la conciencia en un alma vencida sin horribles tormentos; y mas de uno que se alaba mucho con los labios experimenta un inmenso terror y quisiera salir de su letargo. ¡Ah! nosotros conocemos muy bien á esos hombres. Ante el mundo se muestran muy arrogantes; pero en el fondo, muy en el fondo de su corazon, la fe vive todavía bajo la forma del temor. Se les apremia para que se salven, y ellos se burlan primero, titubean despues, y por último dicen: «No puedo.» Y, en efecto, no pueden, y por sí mismos no abririan su tumba. Pero lo que ellos no pueden, Jesucristo lo puede y lo quiere. Los fieles le han llamado por sus oraciones, y viene; los

fieles lloran, y se conmueve con sus lágrimas; los fieles creen, y da un milagro á su fe. ¡Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto! ¡Señor, tú eres la resurreccion! Estas oraciones de los Santos y las buenas obras que las acompañan son otras tantas manos fuertes que «quitan la losa;» la caridad de los fieles, las grandes y fecundas virtudes de la Iglesia, separan la pesada losa, hacen penetrar el aire puro y la luz en la lóbrega tumba, y el cautivo del pecado, el muerto, concibe un deseo mas vivo de verse salvo. Aquel es el instante de Jesus; Jesus está allí; mira, y levanta su voz soberana que crea la vida: «Lázaro, ven.»

Lázaro sale vivo, pero no desatado. Las vendas ligan sus pies y sus manos, y su rostro se halla cubierto con el sudario. Cuando despreciais, dice San Agustin, yaceis en la tumba; cuando confesais, salís de ella, y Dios os saca levantando su voz, es decir, llamándoos á Sí por una gracia infinita. Pero el muerto que se levanta se halla aun atado; el penitente es aun culpable, y por eso Jesus dice á los discípulos: «Desatadle, y dejad que se marche;» es decir, libertadle de sus pecados. Jesucristo resucita, porque Él es quien vivifica en el interior; sus discípulos desatan, porque por el ministerio de sus sacerdotes serán absueltos aquellos á quienes Él haya vivificado. En las pinturas de la Edad Media se nos presenta á San Pedro desatando á Lázaro.

Este gran milagro de la resurreccion de Lázaro encierra tambien otra enseñanza: Jesucristo, que nos probó por Él y de una manera tan resplandeciente su Divinidad, nos prueba tambien la resurreccion futura de todos los muertos, la resurreccion universal.

CAPITULO XXIV.

La resurreccion universal.

Job, devorado por las úlceras, pero ya glorificado en su humillacion, exclamaba: «Mi Redentor está vivo, y yo resucitaré en mi carne, y veré á mi Dios; yo le veré y le contemplaré con mis propios ojos.» Tres mil años despues de Job, Jesus dice: «Ha llegado el tiempo en que todos aquellos que se hallan en las tumbas oigan la voz del Hijo de Dios, y aquellos que hayan obrado bien resucitarán para poseer la vida, y los que hayan obrado mal resucitarán para su condenacion.»

Este dogma de la resurreccion de los cuerpos, tan claro para la razon como lleno de divino misterio, se halla establecido en la resurreccion de Lázaro por una prueba visible y natural, siéndonos muy fácil comprender que Dios podrá hacer por todos lo que ha hecho por uno solo. Quien resucitó á Lázaro muerto y ya putrefacto, puede resucitar lo mismo á Adan y á todos aquellos que mueran desde Adan hasta el fin del mundo. Jesus, al llorar sobre la tumba de Lázaro, no lloraba por Lázaro que iba á resucitar, sino por el género humano reducido por el pecado á sufrir los horrores de la muerte. Aquellas lágrimas, aquella turbacion, aquellos gemidos, todos aquellos movimientos insólitos de su alma santísima y de su cuerpo obediente, nos advierten que se trata de un acto mas solemne aun que los otros: se trata, en efecto, de

una victoria definitiva. Hé aquí la imagen de la consumacion de todo, la destruccion del imperio del mal, la destruccion de la muerte, la resurreccion para la vida, la resurreccion para el juicio.

La voz de Jesus se levanta como si debiera resonar en todo el universo, semejante al sonido de la trompeta del dia final, al cual obedecerán todos los muertos. Habla en su nombre, habla con plena autoridad; dice: «Ven,» y el muerto aparece vivo. Ni las vendas ni la corrupcion le sirven de obstáculo: el muerto se levanta, las carnes descompuestas se juntan, la sangre recobra su calor y su circulacion, los ojos ven, los oidos oyen, y así como la flecha parte del arco, la muerte parte de la tumba. Así se realizará tambien la resurreccion universal. De todas las tumbas, de todos los abismos, de entre el polvo universal, los átomos dispersos y ya confundidos que hayan sido nuestros cuerpos, se reunirán á las almas inmortales que antes les animaron. «En un instante, dice San Pablo, con el último sonido de la trompeta, los muertos resucitarán para ser inmortales.» ¡Ven, Lázaro; polvo del género humano, recobra la vida! En el momento, *in momento, in ictu oculi*, aquel polvo vivirá.

Jesus dijo: «Yo soy la resurreccion y la vida.» ¿Por qué añadió *y la vida*? Porque no hay sino una verdadera vida, que es la vida bienaventurada; porque resucitar para sufrir es una vida peor que la muerte. Jesucristo es el principio de la resurreccion para todos; pero solo para sus elegidos es el principio de la vida. «El que vive en Jesus por una fe pura, participa de aquella resurreccion y de aquella vida;» y cuando su carne haya muerto por un tiempo, á causa de la ley de la carne, vivirá su alma; y cuando su carne resucite asociada á aquella vida divi-

na, resucitará para el cielo; de modo que todo el hombre triunfará para siempre de la muerte. Jesus distingue claramente la resurreccion y la vida cuando dice: «Todos los que obren bien irán á la *resurreccion de la vida*, y los que obren mal sufrirán la *resurreccion del juicio*.» Así, pues, habrá dos especies de resurreccion: la resurreccion de la recompensa y la resurreccion del castigo.

¡Y hé aquí lo que explica por qué tantos hombres no quieren creer en la resurreccion y niegan á Jesucristo principio de la resurreccion!

El dogma de la Resurreccion se desprende del dogma de la Encarnacion y se halla tan estrechamente ligado con todos los misterios cristianos, que no se puede negarle sin negar todo el cristianismo. ¿Cómo admitir que Dios se haya unido á la naturaleza humana, aceptando la debilidad y la muerte, sin dejarla el gérmen de su fuerza y de su inmortalidad? La muerte es una de las principales consecuencias del pecado de Adan, y si toda la posteridad del primer Adan no debiera resucitar, no hubiera sido rehabilitada por el segundo Adan, no hubiera sido rescatada sino á medias por Jesucristo. Pero en ese caso Adan hubiera sido mas poderoso para perder que Dios para reparar, y la gran obra, la Redencion, seria defectuosa y aun inútil.

En efecto, Jesucristo, dice San Pablo, tenía la misma humanidad que nosotros; y si nuestra humanidad no resucita, la suya no resucitó tampoco; y si Él no puede resucitarnos un dia, no ha podido tampoco resucitar Él despues de muerto. Ahora bien; si Jesucristo no ha resucitado, sus Apóstoles son unos testigos falsos que iban por el mundo anunciando sacrilegamente un milagro que Dios no habia hecho; si Jesucristo no ha resucitado, no ha po-

dido triunfar de la muerte, y si no ha podido triunfar de la muerte, no ha podido tampoco triunfar del pecado que la dió causa: por lo tanto nuestro pecado subsiste con todas sus consecuencias; no hemos sido rescatados; nos hallamos aun bajo el peso del antiguo anatema, producto del pecado. Y ¿qué resulta de esto? Que si Jesucristo no nos ha rescatado, no era Dios, solo era un hombre, y que toda la predicacion evangélica es una impostura, toda la fe cristiana un delirio, todo el cristianismo un absurdo. Así, segun San Pablo, negar la resurreccion es negar la Encarnacion, la Redencion, la Divinidad de Jesus; negacion que conduce á la negacion de la existencia de Dios, á la del alma, á la de todo, sin que la lógica humana pueda detenerse en el camino de las negaciones.

Al contrario, el dogma de la resurreccion universal afirma todo el cristianismo, diciéndonos que así como sentimos desde ahora los efectos de la muerte del Redentor que nos libertó del pecado, así recibiremos en el día final el fruto de su resurreccion que nos libertará de la muerte. Ahora debemos pasar por el sufrimiento y la muerte, puesto que Nuestro Jefe y Señor los ha sufrido; pero como ese Jefe que habia muerto por nosotros ha resucitado tambien por nosotros, su resurreccion es prenda de que la virtud de Dios, por la cual ha sido resucitado Él, el Hijo consustancial, nos resucitará á nosotros, á nosotros los hijos adoptivos. Del mismo modo que Jesucristo murió como unido á la humanidad, del mismo modo todo el género humano resucitará como unido á Él en la divinidad.

Segun la definicion del Concilio ecuménico de Viena, «el alma inteligente es la forma sustancial del cuerpo humano;» y Dios que crea todo con armonía, al crear el

cuerpo humano para que fuera la morada del alma, lo creó en armonía con el alma de tal suerte, que así como el alma es perpetua, el cuerpo hubiera de vivir tambien perpetuamente.

Pero como el hombre por su pecado perturbó el orden natural que existia entre el alma y Dios, se perturbó tambien el orden primitivo entre el alma y el cuerpo: el alma fue despojada de la gracia santificante, infusa divinamente, que le elevaba hasta Dios; el cuerpo perdió la incorruptibilidad, divinamente concedida, que le asemejaba á la dignidad del alma, y de aquí procedió la muerte. Los Libros Santos dicen que la muerte no es obra de Dios: luego no es la condicion natural del hombre; luego no es sino un accidente que sobrevino á causa del pecado; y ese accidente, que cambió la condicion del hombre, ha desaparecido por Jesucristo. Por el mérito de su muerte, Jesucristo ha destruido la muerte para el hombre, en cuanto su virtud divina ha devuelto al cuerpo el privilegio primitivo de la incorruptibilidad: privilegio por el cual el hombre alcanzará un dia una vida ya por siempre superior á la muerte.

Así la resurreccion de los muertos será el mas grande acaso de los prodigios despues de la Eucaristía; pero solo será un prodigio con relacion al principio activo que ha de operarle, es decir, al poder divino, único que puede operarle. En cuanto á *su fin*, la resurreccion no será un milagro, un hecho extraño ó superior á las leyes naturales, sino que será la cosa mas natural y mas conforme á las primitivas leyes dadas por Dios á la naturaleza. Es natural que la materia se una á la forma, el alma al cuerpo, y no se tratará de renovar, sino de reparar la condicion de nuestro cuerpo; no se tratará de

establecer un orden nuevo, sino de restaurar el orden antiguo, de volver la naturaleza á su estado primitivo.

El alma es inmortal, y por eso sobrevive al cuerpo; pero como, segun su esencia, el alma es la forma sustancial del cuerpo, si el cuerpo no resucitase, el alma seria una forma separada para siempre de la materia. Y como es contradictorio con las leyes de la naturaleza que una forma siempre subsistente se separe por siempre de la materia, la corrupcion perpetua del cuerpo es contraria á la naturaleza; y lo que es contrario á la naturaleza no puede durar siempre, y, por lo tanto, el alma no está separada del cuerpo para siempre. Lejos, pues, de ser la resurreccion universal una cosa estraña é inconcebible, lo inconcebible y estraño seria, al contrario, la muerte perpetua del cuerpo humano, la viudez eterna del alma.

Añadamos que, sin la resurreccion de los cuerpos, el orden natural del universo quedaria incompleto. Toda semilla despues de haber sido disuelta y corrompida germina con mayor fuerza que antes; todos los seres creados se conservan al parecer; todo en la naturaleza vuelve á la vida despues de la muerte; y, ¿cómo seria posible que en medio de ese flujo y reflujo de seres que mueren y renacen, solo el hombre pereciera para siempre?

Pero se dice: ¿cómo es posible que el cuerpo humano renazca de sus cenizas? ¿Cómo? Como ha sido posible que el hombre naciera de la nada. «Mírate, dice Tertuliano al hombre; en ti llevas la prueba de la resurreccion. Hace unos años no existias, nada eras, y hoy existes; y quien te ha sacado una vez de la nada puede sacarte otra vez del polvo. Nada nuevo te sucederá en la resurreccion; solo que el milagro que se ha realizado ya una vez por el todo se realizará otra por una parte. No eras nada, y has sali-

do con alma y cuerpo de la nada; ahora siempre serás alma, y se te volverá á dar el cuerpo de la nada, ó, por mejor decir, de la apariencia de la nada. ¿Quieres saber cómo revivirás? Sabe primero cómo has vivido, y dinos por qué no has de poder volver á ser, cuando has llegado á ser. » En el principio, dice San Cirilo, Dios cogió polvo, y cambió en carne lo que nunca habia sido mas que polvo: ¿por qué en el fin no ha de poder cambiar en carne un polvo que ya ha sido carne? ¿Qué es el cuerpo humano en el seno materno? Un gérmen apenas visible, un átomo de materia informe é inerte en la que Dios, al infundir un alma, forma un hombre. ¿Y cómo Dios no ha de poder hacer nuevamente lo que ya ha hecho?

San Agustin nos dice en qué consiste el milagro de la resurreccion de los cuerpos.

Dios hará entonces, en un instante, para todos, lo que durante la vida realiza sucesivamente en cada uno de nosotros. De un gérmen apenas visible, depositado en el seno materno, se forma, con las sustancias exteriores, por la nutricion, por la respiracion y por el tiempo, nuestro cuerpo actual, cuerpo tan perfecto. Del mismo modo, de un átomo de polvo, resto de nuestro cuerpo, por medio de la accesion de las sustancias exteriores, Dios, en un solo y mismo instante, formará de nuevo en cada uno de nosotros un cuerpo perfecto. Y así como nuestro cuerpo actual, aunque renovado, engrandecido, aumentado por las sustancias exteriores, es numéricamente el mismo que fue en su nacimiento, porque se ha formado sobre la misma base, de la misma materia y por la union de una misma alma; así, por la Omnipotencia divina, nuestro cuerpo resucitado será numéricamente el mismo que hayamos tenido en la primera vida, unido á la misma alma y forma-

do por Dios sobre la base de la misma materia. La única diferencia que existe es que lo que hoy se efectúa lentamente, se obrará con la rapidez de la voluntad de Dios.

Dios hará por nuestros cuerpos, en el fin del mundo, lo que hace hoy por las plantas. Al germen que nace del grano que muere, asimila las sustancias externas, le da desarrollo y lo convierte en árbol: así también, á nuestro cuerpo que solo exista en una partícula de polvo, la virtud de Dios unirá y asimilará las demás sustancias, formando de este modo un cuerpo perfecto. El polvo en que nos convertimos será en las manos de Dios lo que es la semilla en las entrañas de la tierra, á saber: un principio, una base de reproducción.

En cuanto á la dificultad que se presenta respecto á encontrar esa materia primera, ya pulverizada y disuelta de tantos modos, para unirla al alma á que pertenece, esa dificultad es pueril. Dios lleva la cuenta de los átomos de polvo que quedan del género humano, y conoce á cada uno de ellos por su nombre: poco importa, pues, dónde se encuentre esa materia; poco importan las transformaciones por que haya podido pasar.

Toda carne, dice San Pablo, no es la misma carne; pero como la carne del hombre es materia de una forma inmortal, conserva siempre un germen de inmortalidad; y aun destruida por el fuego, y aun aventadas sus cenizas, nunca se transforma de tal modo que nada absolutamente quede de ella. Dios volverá á encontrar esos átomos que Él mismo hizo indestructibles, y los devolverá al alma que los animara anteriormente.

Sobre todo, acordémonos de que tenemos la palabra de Dios. Aun en el orden natural, y con mayor razón en el orden sobrenatural, no hay verdad que bajo cierto as-

pecto no permanezca inaccesible á nuestra limitada inteligencia. Los ojos se turban por fijarse con insistencia sobre un objeto, y no vemos siquiera aquello que queremos ver, cuando ponemos demasiada atencion en verlo. Sírvanos en hora buena la razon para buscar á Dios; pero contémplesele con un órgano superior: con la fe. Por esto es por lo que, despues de ayudar á nuestra razon por la evidencia de los milagros, Dios nos ha dispensado los dones incomparables de la fe y del amor, á fin de que le conozcamos verdaderamente. Dios perdonará mucho á nuestra debilidad; pero ni su misma misericordia puede perdonar nada á nuestro orgullo: nunca nos reconvendrá por no haber comprendido perfectamente *cómo* realiza sus obras de Dios; pero se mostrará justamente terrible para con aquellos que hayan rechazado su palabra, alabándose de haber comprendido que sus obras no eran obras de Dios.

CAPÍTULO XXV.

Zaqueo.

Gran número de los testigos de la resurreccion de Lázaro creyeron en Jesus, mientras otros se dirigian á sus enemigos para contarles lo que acababa de suceder. Al oir aquellas nuevas los príncipes de los sacerdotes se reunieron en consejo, y sin injuriar á Jesus, sin tratarle de blasfemo, ni de seductor del pueblo, ni de rebelde, como lo hacian en público, se preguntaron: «¿Qué decidimos? Hé aquí un nuevo milagro; y si seguimos así, todo el mundo creerá en Jesus.» Que todo el mundo creyera en Él y que ya nadie creyera en ellos; tal era á sus ojos el verdadero crimen del Mesías; pero ni siquiera confiesan eso: hipócritas consigo mismos, buscan un pretesto de utilidad pública: «Los romanos, añadieron, vendrán á destruir nuestra nacion y nuestro pais.»

Eso fue justamente lo que les sucedió por haber quitado la vida á Jesucristo, pues que desde aquel momento y con sus propias manos empezaron á formar aquellas terribles líneas de circunvalacion que acabaron con Jerusalem; van á pedir por favor á Pilato que se libre á Barrabás y no á Jesus, y obtendrán á Barrabás; pero al llamar á Barrabás, llamarán tambien, aunque sin saberlo, á Tito, que por fin ha de llegar.

Entre los príncipes de los sacerdotes se encontraba Caifás, el cual era sumo sacerdote *aquel año*, segun dice

el Evangelio cubriendo de desprecio con esa sola palabra aquel puesto supremo, ya por entonces tan degradado, y ya desde entonces reprobado. Caifás fue quien primero pronunció oficialmente la palabra deicida: «¿No reflexionais, dijo, que es preferible que perezca solo un hombre por el pueblo, á que perezca toda la nacion?» El pontífice prevaricador solo queria dar un oráculo de maldicion; pero el cumplimiento de ese oráculo vino á glorificar á Dios. Satanás, en el Paraíso terrenal, provocó la caída de nuestros primeros padres, diciéndoles: «Comed de esa fruta y sereis como dioses;» y Caifás trabaja por que se plante el árbol de la Cruz cuyo fruto, comido por el hombre, ha de revestirle de esplendor y de inmortalidad.

Despues de las palabras de Caifás, los fariseos solo pensaron en hacer morir á Jesus.

Á fin de que llegara la hora que Él mismo habia fijado, el Señor se retiró á los confines del desierto de Judea, á la ciudad de Efren, antiguo refugio de Elías contra la persecucion de Acab y de Jezabel, mientras los judíos llegaban á Jerusalem para la celebracion de la Pascua buscando á Jesus en el templo y admirándose de que no estuviera allí. Pero no habian de esperar mucho, porque muy luego Jesus se puso en camino para volver á Jerusalem, donde debia morir.

Marchaba delante de sus discípulos, y estos le seguian con cierto sentimiento de asombro y de temor por aquel camino de proscripcion: temian el odio de los judíos, sin prever, sin embargo, hasta dónde habia de llegar.

Jesus creyó oportuno prevenírselo, sea para fortalecerles en el momento de la catástrofe, sea para que se acordaran de que su sacrificio habia sido completamente libre; prediciendo en pocas palabras, pero claras y preci-

sas, todo lo que habia de sucederle en su Pasion: «Ved que subimos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte. Y le entregarán á los gentiles para que le escarnezan, y azoten y crucifiquen; mas al tercero dia resucitará.»

Por tercera vez les hacia Jesus esta prediccion que ellos no entendieron entonces, como no la habian entendido antes: no podian, sin duda, comprender que Aquel á quien creian Hijo de Dios, y cuyos milagros estaban viendo, quisiera dar tal imperio á sus enemigos, convirtiéndose en juguete suyo y dejándoles que le quitaran la vida. Así fue que, aun en aquellos momentos, volvió á suscitarse entre ellos la cuestion de preeminencia.

Jesus les dijo: «Sabeis que los príncipes de las gentes avasallan á sus pueblos, y que los que son mayores ejercen potestad sobre ellos. No será así entre vosotros; mas entre vosotros todo el que quiera ser mayor sea vuestro criado: así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redencion de muchos.» Estas palabras encierran la nocion cristiana del poder, y son la Carta de libertad de los pueblos de Jesucristo. Un pueblo es libre cuando sus intereses legítimos están servidos, pero sobre todo cuando su alma se ve respetada.

Al aproximarse á Jericó, un mendigo ciego, sentado junto al camino, oyendo que Jesus de Nazareth iba á pasar, gritó: «Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí.» La gente que precedia al Señor quiso hacerle callar, pero él alzaba mas la voz. Jesus se detuvo, le llamó, y le dijo: «¿Qué quieres que te haga?—Señor, respondió el ciego; que sean abiertos mis ojos.—Ve, le dijo Jesus, tu fe te

ha salvado. » El ciego vió en el momento, y siguió al Señor, publicando el milagro en medio del pueblo que glorificaba á Dios.

Hé aquí presentada tambien la miseria del género humano y de todo hombre antes de Jesus; hé aquí la desnudez de la verdad que mendiga, la necesidad de la luz por que gime en el seno de las tinieblas, la humanidad de Jesus que pasa, la misericordia divina que se detiene, la fe que ilumina y que salva. El ciego estaba sentado junto al camino, y Jesus es el camino. Jesus se detiene. *¿Qué quieres que te haga?* Jesus sabe perfectamente lo que quiere el ciego; pero por misericordia hácia él le da ocasion para que haga un acto de fe; por misericordia hácia los judíos, le obliga á declarar su enfermedad, y esta misericordia hácia los judíos y hácia el ciego es una doble misericordia hácia el mundo, puesto que le obliga á creer y le instruye sobre el modo con que ha de pedir. El ciego da una admirable leccion, y hace un hermoso acto de fe: no pide lo que podria obtener de los hombres, sino que pide la luz, lo que solo se puede obtener de Dios, y su accion de gracias es perfecta como su oracion: ve y sigue; practica el bien que ya conoce.

Pero por admirable que sea la belleza de este milagro, Jericó debia ver otro milagro aun mas extraordinario. Por de pronto aquel lugar, empezando por su nombre, estaba lleno de símbolos: Jericó significa *luna*, mutabilidad, mortalidad, figura del mundo, y allí se habian levantado las murallas que resistieron á la espada de Josué, pero que cayeron ante el sonido de las trompetas. Este es el mundo idólatra, invencible para la fuerza, pero que la predicacion apostólica pondrá en manos del nuevo Josué, y Jesus va á dar una profecía y á presentar un bosquejo de

aquella victoria. Josué, dueño de la ciudad, la habia destruido con imprecacion: « Maldito sea ante el Señor el hombre que restablezca á Jericó. Que no ponga sus cimientos sino sobre su primogénito, y que no coloque sus puertas sino sobre el último de sus hijos. » Jel fue ese hombre temerario que empezó á reconstruir la ciudad; pero perdió súbitamente á su primogénito, y al colocar las puertas perdió al último de sus hijos: así, desde Juliano el Apóstata, se ha acabado la posteridad de aquellos que han querido reedificar la idolatría, de todos los autores de las herejías y de los cismas, de todos los restauradores de los errores y de los vicios figurados en Jericó. Por lo demas, el anatema no se habia estendido á la ciudad, que en tiempo de Nuestro Señor estaba poblada, y era muy rica y dada á los placeres. En el Nuevo Testamento, aquella es la ciudad á que se dirigia, saliendo de Jerusalem, el hombre que cayó en manos de los ladrones, y allí iba tambien el buen Samaritano. Hé aquí, pues, al buen Samaritano que llega al término de su viaje, y que va á hacer una cosa que se ha declarado es imposible para el hombre y solo posible para Dios. Aquí está ya Jesus que, dulcificando por un milagro el anatema que en todo el curso del Evangelio pesa sobre los ricos, viene á mostrar de qué modo puede pasar el camello por el ojo de una aguja.

Habia en Jericó muchos publicanos, y su jefe era un hombre rico que se llamaba Zaqueo, hombre que no tenia mejor reputacion que la Samaritana, pero que, como ella sin duda, conservaba algun lugar de su alma en que el fango del mundo no dominaba por completo, pues experimentaba vivos deseos de ver á Jesus. Á pesar de su rango entre los publicanos, á pesar de su riqueza y de su

fama, debe creerse que Zaqueo era una de esas almas que solo caen en el mal porque no se les enseña el bien, puesto que tenia aquel vivo deseo de ver á Jesus.

Sabiendo Zaqueo que Jesus iba á pasar por alli, se colocó sobre el camino; pero como era pequeño de estatura, se subió á un sicomoro, especie de higuera silvestre. Todas estas circunstancias inspiran á los Padres grandiosos pensamientos. Zaqueo es el único personaje en el Evangelio del que se habla con tantos pormenores, y en ellos se ve una alabanza de su humildad que no temió esponerse á las burlas; una prueba de su ardor que quiso y supo triunfar de un obstáculo corporal; un símbolo de la pequeñez del pueblo elegido que era tan poca cosa por la fe, y una personificacion del grano de mostaza que se ha de convertir en la gran Iglesia. Para crecer, Zaqueo sube á un sicomoro, el árbol de frutas encarnadas, *ficus fatua*, higuera loca: así el humilde se eleva y el cristiano alcanza su gloriosa estatura subiéndose sobre la cruz, el árbol de la *locura*, con escándalo del mundo. La higuera, como lo veremos mas adelante, hace un gran papel en la Escritura. Al pie de ese árbol se ocultó Adan despues de su desobediencia cuando le llamó el Señor, y con las hojas de la higuera se hizo una especie de cubierta para ocultar su desnudez; pero, prescindiendo de esas consideraciones, es evidente que Zaqueo en tal acto fue impelido por otra cosa mas que la curiosidad. Como el mendigo ciego, y con una fe igual, aquel rico ciego deseaba una bendicion.

La bendicion cayó sobre él plena y abundante. Aquel que sondea los corazones levantó los ojos, y la mirada de Jesus no es estéril; Jesus vió que Zaqueo le amaba, y El ama á aquellos de quienes sabe es amado. Zaqueo solo

queria ver á Jesus, y consiguió mucho mas, porque Jesus le dijo: «Zaqueo, desciende pronto, porque es menester hospedarme hoy en tu casa.»

Zaqueo descendió en efecto presuroso, y, mientras corria á su casa, todo el mundo murmuró contra Jesus, diciendo que habia ido á descansar á casa de un pecador. Pecador era Zaqueo; pero al recibir á su huésped, le dijo: «Señor, la mitad de cuanto tengo doy á los pobres; y si algo he defraudado á alguno, le devuelvo cuatro tantos mas.»

Zaqueo no dijo: yo daré, yo devolveré, sino que dijo: *doy, devuelvo*; es decir: esto está hecho; y lo dijo con tanta humildad como caridad. Segun la ley, el que habia hurtado una oveja, debia devolver cuatro; pero si la cosa hurtada se restituia por propio movimiento del ladron, bastaba añadir la quinta parte de su valor. Zaqueo, pues, se acusa públicamente, se condena y se aplica el mayor rigor de la pena; al restituir con el cuádruplo los bienes mal adquiridos, se despoja de sus bienes legítimos. Y para hacer aquello no ha sido necesario ninguna enseñanza, ninguna palabra: con una mirada lo ha aprendido todo. Como el sol que con solo tocar al cristal alumbra todo el interior de la casa, Jesus, por su sola presencia, ha iluminado aquella alma que queria verle, infundiéndole la humildad, la penitencia, la caridad. Ya se recordará al jóven rico, exacto observador de los mandamientos, á quien se dijo: «solo una cosa te falta;» y que se marchó y dejó á Dios por conservar sus grandes bienes. Pues bien: por su propia voluntad, con santa alegría, el publicano lo pone todo, el patrimonio y el fruto de las usuras, en el dintel por el que Jesus va á pasar, y, al despojarse, se humilla: Zaqueo es verdaderamente el primer pobre vo-

luntario; es el huésped de Jesus que le sirvió el verdadero festin que él deseaba. La Iglesia canta el Evangelio de Zaqueo en la fiesta de la Dedicacion, porque la conversion de Zaqueo figura verdaderamente la entrada de Jesus en sus templos.

Jesus, al entrar en casa del publicano, dijo: «Hoy ha venido la salud á esta casa, porque él tambien es hijo de Abraham; pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que habia perecido.»

Jesus dice *esta casa*, porque no quiere convertir solamente al amo de ella: Dios no será menos generoso que el publicano, y todo lo que el publicano deja, Jesus lo recoge. Le llama hijo de Abraham, aunque pagano y aunque aquella palabra debia sublevar á los judíos, porque si no tenia la sangre de Abraham, habia tenido sus deseos, su fe, su piedad. Como Abraham, Zaqueo deseó ver, vió, y quedó lleno de gozo; como Abraham, Zaqueo dió al Señor la hospitalidad que el Señor prefiere, y como Abraham ofreció á su hijo único, Zaqueo sacrificó lo que poseia. «Y Zaqueo abre á los gentiles, dice San Fulgencio, la senda que les estaba cerrada, participando en adelante de las bendiciones que recibió Abraham.»

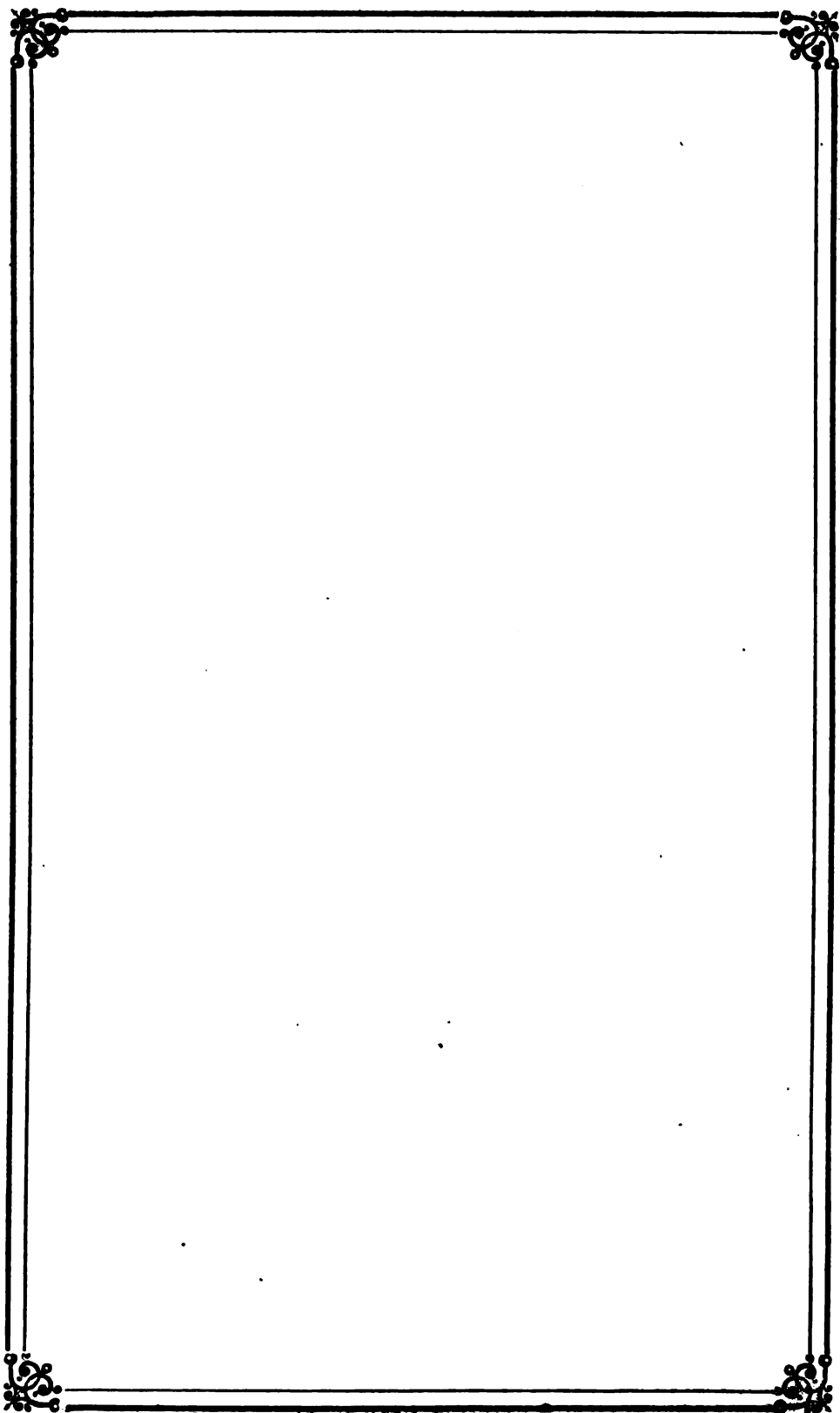
Jesus dejó á Jericó aquel mismo dia, y en las puertas de la ciudad curó á otros dos ciegos, que tambien clamaban: «Hijo de David, ten piedad de nosotros; Señor, haz que nuestros ojos queden abiertos.»

En Betania, donde llegó seis dias antes de la Pascua, sus amigos le ofrecieron una cena en casa de Simon el Leproso, y Marta le servia y Lázaro estaba con Él en la mesa. Maria Magdalena tomó una libra de licor de nardo puro de gran precio, ungió con él los pies de Jesus, los enjugó con sus cabellos, y se llenó la casa del olor precioso.

Pero Judas Iscariote, uno de los Doce, hizo notar que hubiera podido venderse lo que acababa de ser derramado, sacando de ello trescientos denarios para los pobres. ¡Judas defendiendo los intereses de los pobres contra Magdalena! El Evangelio añade que Judas solo se cuidaba de los pobres porque era ladron y porque guardaba para sí lo que se echaba en sus bolsillos. Entonces dijo Jesus: «Bien ha hecho María, porque á los pobres siempre les teneis con vosotros, mas á Mí no siempre me teneis, y donde quiera que penetre el Evangelio, su accion será alabada.»

En tanto, como muchos judíos acudieran de Jerusalem á Betania para ver á Jesus y á Lázaro resucitado, los príncipes de los sacerdotes, sabiendo que muchos creian en Jesus á causa de aquella resurreccion, trataron de quitar tambien la vida á Lázaro.

Se tenia que pensar ya, no solo en acabar con Jesus, sino tambien con la Iglesia.



LIBRO VII.

LA EUCARISTIA.

CAPÍTULO XXVI.

Entrada en Jerusalem.—Maldicion de la higuera.

Como habia llegado á Betania la víspera del sábado, Jesus pasó allí el santo dia por respeto á la Ley, y el dia siguiente, seguido de los suyos, se puso en camino para Jerusalem.

Al llegar á la falda del monte Olivete ordenó á dos de sus discípulos que se adelantaran á una aldea que estaba próxima, donde verian una asna con su pollino, sobre el cual aun no se habia sentado hombre alguno; que cogieran aquellos animales y se los llevaran; y que si alguno les preguntaba por qué obraban así, respondiesen que el Señor necesitaba de ellos. En efecto, los discípulos hicieron todo aquello, desataron á la asna y al pollino, y se los llevaron á Jesus.

Cuando se supo su llegada, salió á su encuentro una gran multitud de Jerusalem, llevando palmas y clamando: «¡*Hosanna!* ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» Estendian tambien sus vestidos sobre el camino; y al bajar del monte Olivete, sus discípulos, divididos en

grupos, llenos de gozo, alababan á Dios publicando los milagros que habian visto, y diciendo tambien: «¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria en lo mas alto de los cielos!

Obligado por la condicion humana á señalar su soberanía por un triunfo celebrado con las formas humanas, Jesus solo quiso ese triunfo, opuesto á las pompas de que se rodean los grandes y victoriosos de la tierra, y escogió el dia en que habia de celebrarlo de modo que significara tambien su sacrificio. Aquel era, en efecto, el dia en que se introducian en Jerusalem, adornados de lazos y de flores, los corderos que debian ser inmolados cuatro dias despues, en la Pascua. Juan Bautista habia dicho á sus discípulos, señalándoles á Jesus: «Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;» y Jesus cumplió aquella palabra, la primera que se dijo de Él cuando vivió en la carne, y al mismo tiempo inundó de luz la profecía hecha cinco siglos antes por Zacarías, cuando la voz de los Profetas iba á callarse en Israel: «Alégrate, hija de Sion; hé aquí que tu Rey, el Justo y el Salvador, llega á ti. Es pobre, y viene montado sobre una asna y sobre el pollino de la asna.»

Una de las gracias supremas que Dios ha hecho al hombre por Jesucristo, es el éstasis constante y profundo de su inteligencia cuando considera el tierno cuidado con que Jesus quiere darse á conocer como el tipo de todas las figuras, á fin de despertar y de fortalecer su fe, y cuando considera con la misma mirada de la inteligencia la majestad que incesantemente se manifiesta en Jesus en el momento en que hace todas aquellas cosas humildes. Ciertamente; la entrada en Jerusalem responde poco, á primera vista, á las ideas que nosotros nos formamos

de un Rey y á la que podemos formarnos de Dios: sin embargo, Aquel que envió delante de sí á dos heraldos como Zacarías y Juan Bautista, sin contar á los demas Profetas, no podia hacer nada que le equiparara á Herodes ó César.

Aquel Pobre que recorre la Judea á pie, que vive de limosna, obra y habla, sin embargo, en todas partes como Señor soberano de los hombres y como poseedor soberano de las cosas. Llama á quien le parece, entra donde le acomoda, toma á quien los posee los panes y los peces que luego multiplica, y saca del mar la moneda de plata con que paga el tributo. Dice á Zaqueo: «Hoy me hospedo en tu casa,» y deja vacías las manos del publicano como llena las redes de los pescadores. En el momento de llegar á Jerusalem, Jesus da tambien otro ejemplo de ese dominio que en Él reside sobre todas las cosas de la tierra. Envía dos discípulos á que desaten la asna y su pollino, y espresa su derecho por una palabra que debe vencer toda resistencia: «Direis: El Señor lo há menester.» No se llama Jesus ni aun el Hijo de David: no toma mas designacion que la de Señor.

Los fariseos se hallaban presentes á la entrada de Jesus, y ante aquel espectáculo que les mostraba, como nosotros lo vemos hoy, lo que Jesus hubiera hecho del pueblo de Jerusalem y del pueblo judío si hubiera querido, solo vieron lo que no hacia, y se ratificaron en la idea de que no llegaria á resistirles. Se decian unos á otros, aludiendo á la inutilidad de sus calumnias y de sus amenazas: «Nada hemos ganado, todo el mundo corre á Él;» pero aunque resueltos á sacrificarle y seguros de su mansedumbre, no podian pensar en aquel momento en prenderle, contentándose con decirle: «Maestro, reprende á

tus discípulos;» á lo que Jesus respondió: «Os digo que si estos callaren, las piedras darán voces.»

Sin embargo, Jesus no ignoraba á qué se reducía la firmeza de sentimientos de aquella multitud, ni cómo terminaría todo aquel júbilo, porque entre la multitud y entre los mismos que pedían larga vida para el Hijo de David se encontraban los que cinco días más tarde debían gritar: «Crucifícale.» Al ver á Jerusalem lloró, porque muy pronto Jerusalem, tan criminalmente ingrata, debía convertirse en un sepulcro más cerrado que el de Lázaro. Jamás el duelo por la patria ha lanzado un gemido más tierno que el de Jesus: «¡Ah si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán por tierra y á tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu salvación.»

Jesus subió al templo, y después de haberlo considerado todo como el señor que inspecciona su casa, volvió á Betania, donde pasó la noche.

El día siguiente quedó señalado por otro acto en apariencia extraño y poco importante, pero de gran significación.

Al volver Jesus de Betania á Jerusalem tuvo hambre, y se aproximó á una higuera que había en el camino por ver si tenía fruto; pero no encontró sino hojas, porque aun no había llegado el tiempo de los higos. Entonces Jesus dijo á la higuera: «Nunca más coma nadie fruto de ti para siempre.» Al momento la higuera se secó hasta en sus raíces. Los discípulos no lo notaron entonces; pero

al día siguiente, al pasar por aquel árbol, quedaron sobrecogidos de admiración, y Pedro, que se acordó de lo que había sucedido la víspera, dijo á Jesus: « Maestro, mira ahí la higuera que maldijiste, cómo se ha secado. »

Aquello había pasado por la mañana, antes de la hora de la comida, y el hambre que Jesus queria sentir como señal de su humanidad, no era natural. Aquello pasaba tambien antes de la estación de las frutas; ¿por qué, pues, buscaba Jesus fruta, cuando sabia que no había de encontrarla, y por qué maldijo un árbol que no había dado frutos en una época en que no podía darlos? Con esto puede explicarse la admiración de los discípulos; y Pedro, á quien tocaba el observar, el inquirir y el recordar, hace una observación que solicita explicaciones, aunque Jesus, sin explicar el misterio, se contentó con enseñar á los Apóstoles que había hecho aquel milagro para procurarles la fe. Queria ponerles al abrigo del terror que pudieran inspirarles las amenazas de la Sinagoga, de la que era imagen la higuera, haciéndoles comprender, por aquella nueva prueba de su poder, siempre soberano, que todo lo que iba á suceder, solo sucedería con su consentimiento.

Era preciso tambien que Jesus manifestara el poder formidable de su justicia, y precisamente en ello vemos, dice San Hilario, cuánta era su bondad. Hasta entonces, al mostrarse Dios por sus misericordias, las ha señalado en los cuerpos humanos, curando los males de esta vida para anunciar la salvación de las almas; y entonces, cuando tiene que dar un ejemplo de su severidad á los rebeldes, no hiere á un hombre: seca una planta, y escoge una higuera, para que el milagro fuera mas evidente á

causa de la savia abundantísima de este árbol, seco por una sola palabra.

Por lo demas, el sentido del milagro se hallaba ya explicado de antemano por la parábola de la higuera estéril. El dueño de la higuera plantada en la viña, que no encuentra fruto en ella, dice á su siervo: «Hé aquí *tres años* que vengo á buscar fruto en esta higuera sin encontrarle nunca: córtala, puesto que ocupa un sitio inútil;» pero el siervo intercede, diciendo: «Déjala, señor, un año mas; yo la estercolaré, y así dará fruto; y si no, será cortada.»

Aquellos tres años son los de la predicacion de Nuestro Señor: la higuera, regada inútilmente por la sangre divina y la sangre de los mártires que perecieron durante la primera persecucion, fue cortada al tenor de la sentencia del dueño, pero despues del plazo obtenido por el cultivador. La higuera maldita no se secó de pronto ante los ojos de sus discípulos; entre la maldicion y su efecto total trascurió un dia; y un dia y algun tiempo tambien trascurrirá entre la ruina de Jerusalem y el crimen cuya sentencia ella misma ha pronunciado.

Muchos pasajes de los Profetas hacen ver que era comun el representar á la nacion judáica bajo esa imagen de la higuera; y hé aquí una profecía del mismo milagro de la maldicion: «Desgraciado de mí, porque no he encontrado ninguno de esos higos madurados primeramente que mi alma ha deseado.» No se encuentran Santos sobre la tierra; nadie hay que tenga el corazon recto, y esto es lo que decia Jesus cuando iba á buscar los higos: sabia que los judíos no creerian en Él sino despues de haber sido engañados por el Antecristo; que la higuera no daría frutos sino en los tiempos finales, y, sin embar-

go, va á ellos porque les ama y porque quisiera evitarles el castigo.

La maldicion de la higuera ofrece tambien una gran enseñanza moral. Ese árbol que tiene hojas, pero no frutos, es el hipócrita que solo tiene palabras, apariencias de santidad, en tanto que los Santos producen la hoja de las palabras, la flor de las virtudes y la fruta de las obras. El hipócrita se halla tambien fuera del verdadero camino donde la semilla no germina, entre las piedras donde el gérmen no se arraiga, entre las espinas donde el fruto no madura. Jesus maldice aquel árbol porque abomina á los hipócritas, y su maldicion seca la higuera hasta en la raiz, para mostrarnos que las palabras sin las obras no tienen valor y son completamente estériles. En este sentido, la maldicion de la higuera es la confirmacion y el resumen de la moral del Evangelio. Es una parábola en accion: Jesus obra del mismo modo que habla, y ni el judío ni nadie se salvará por palabras de justicia si no las acompañan las obras.

Aquel mismo dia, Jesus arrojó por segunda vez á los vendedores del templo. Los principes de los sacerdotes y los escribas, que autorizaban el comercio, con frecuencia fraudulento, de aquellos traficantes, y que se aprovechaban de él, sintieron que su cólera aumentaba; pero no se atrevieron á emprender nada contra Jesus, á causa de la admiracion que el pueblo sentia hácia su doctrina, y del gran número de enfermos que habian acudido á Él y habian sanado. Los mismos niños, repitiendo lo que oian decir en todas partes, clamaban en el templo: «*Hosanna* al Hijo de David!» Y los fariseos dijeron á Jesus: «¿Oyes lo que dicen estos?» pero Jesus les respondió: «Sí. ¿Nunca leisteis que de la boca de los niños sale perfecta alabanza?»

CAPÍTULO XXVII.

Últimas enseñanzas en el templo.

El día siguiente, Jesús, enseñando en el templo, dijo á los discípulos: «Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre.» Esa hora era la de su muerte, y Jesús lo indicó, añadiendo: «En verdad os lo digo: que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, él solo queda; mas si muere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la perderá, y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda.»

Sin embargo, al aproximarse la muerte, permitió que la naturaleza humana le invadiera, haciéndole sentir su debilidad y anticipándole la agonía. «Ahora, dijo, mi alma está turbada; y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora; mas por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre.» Entonces se oyó una voz del cielo que decía: «Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré.» Las gentes que allí estaban creyeron que un Ángel había hablado; pero Jesús repuso: «No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros: ahora será lanzado el Príncipe de este mundo, y si Yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á Mí mismo.»

Una voz del pueblo llegó entonces hasta Jesús: «Nosotros hemos oído de la Ley, que el Cristo permanece para siempre: ¿pues cómo dices tú conviene que sea alzado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?»

Tenian en su presencia al Cristo eterno, le habian en-

trevisto algunas horas antes; pero querian su reinado, y no su cruz; querian su gloria predicha por los Profetas, y no sus sufrimientos, que igualmente estaban predichos. Jesus, que con tanta frecuencia les habia instruido sobre aquella materia, solo les respondió algunas palabras, dándoles la última leccion, pero la leccion mas propia para sostener la fe y concluir con la incredulidad. Díjoles, pues: «Aun hay en vosotros un poco de luz. Andad mientras que teneis luz, por que no os sorprendan las tinieblas, y el que anda en tinieblas no sabe á dónde va. Mientras que teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz.»

Á pesar de tantos milagros que no se negaban, los judíos no creian, y aquí se ve la ceguedad predicha por Isaías. Ademas, aquellos mismos que creian no se atrevian á declararlo por miedo de ser arrojados de la Sinagoga, prefiriendo, dice el Evangelio, la gloria que procede de los hombres á la que procede de Dios. ¡Rasgo eterno de la degradacion y de la locura del hombre! ¡Cuántos y cuántos que creen en el fondo del alma se hacen hipócritas de incredulidad, por temor ó amor á la opinion de los hombres!

Jesus, en tanto, seguia abriéndoles la senda y prodigándoles la luz; y aquella luz era tan viva, que les obligaba, para no verla, á cubrirse los ojos. Decia á los tímidos: «Quien crea en Mí, no cree en Mí, sino en Aquel que me ha enviado; quien me ve, ve á Aquel que me ha enviado.» Decia á los incrédulos: «Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que Yo he hablado, ella le juzgará en el dia postrimero. Porque Yo no he hablado de Mí mismo; mas el Padre que me envió me dió manda-

miento de lo que tengo de decir y de lo que tengo de hablar.»

Fingiendo no entenderle, los príncipes de los sacerdotes y los escribas le interpellaron en presencia del pueblo: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dió esta potestad?» Ya antes le habian dirigido una pregunta análoga, tratando de apedrearle por toda réplica á su contestacion; sin embargo, Jesus prometió satisfacerles cuando ellos á su vez le hubieran dicho si creian que el bautismo de Juan era del cielo ó de la tierra. Los escribas se vieron confundidos; temian la argumentacion de Jesus si reconocian la mision de Juan, y temian la cólera del pueblo si la negaban: se resignaron, pues, á responderle que no sabian de quién era aquel bautismo. Entonces les dijo Jesus: «Pues Yo no os digo con qué potestad hago estas cosas.» Pero no queriendo dejar sin castigo á aquellos intrigantes que afectaban amar la justicia y que la despreciaban y abominaban en el fondo del alma, añadió: «En verdad os digo que los publicanos y las ramera os irán delante al reino de Dios. Porque vino Juan á vosotros en camino de justicia, y no le creísteis. Y los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, viéndolo, ni aun hicísteis penitencia despues, para creerle.»

No se contentó con eso. Á fin de mostrarles con mayor claridad las consecuencias de que rechazaran la verdad, y para que confesasen la igualdad del castigo que iba á caer sobre ellos, les propuso la amenazadora parábola de los labradores: «Habia un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la dió á renta á unos labradores, y se partió lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que per-

cibiesen los frutos de ella. Mas los labradores, echando mano de los criados, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro le apedrearon. De nuevo envió otros criados en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo. Por último les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto á mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: «Este es el heredero, venid; matémosle, y tendremos su herencia.» Y trabando de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron.» «Ahora bien, añadió Jesus dirigiéndose á los judíos: cuando viniere el Señor de la viña, ¿qué hará con los labradores?» Los judíos respondieron: «A los malos destruirá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su tiempo.—Sí, repuso Jesus; vendrá, destruirá á esos labradores, y pondrá su viña en otras manos.»

La majestad de que se revistió al pronunciar estas palabras les hizo sin duda comprender la sentencia que acababa de fulminar contra aquellos que, despues de haber arrojado y muerto á los Profetas, se preparaban á quitar la vida al Hijo Unigénito. Sobrecogidos de espanto, exclamaron: «¡Nunca tal sea!» Pero Jesus, mirándoles, les preguntó si ignoraban lo que estaba escrito, y les citó este versículo de la Escritura: «La piedra que desecharon los que estaban edificando, vino á ser la piedra angular.» Jesucristo es llamado en otras partes la piedra fundamental: en ese pasaje se le llama la piedra angular, porque los dos muros antes divididos, es decir, los dos pueblos, el judaico y el galileo, se habian unido formando una sola casa. Jesus añadió: «Todo aquel que cayere sobre esa piedra, quebrantado será, y sobre quien ella cayere se desmenuzará.»

Los fariseos comprendieron perfectamente que habla-

ba de ellos; pero el temor al pueblo les obligó á contener su furor.

No pudiendo separar de Jesus aquel pueblo al que nunca adulaba, trataron de comprometerle segunda vez por medio de una cuestion política. Llegáronse, pues, á Él alabando altamente su valerosa serenidad, y le preguntaron si era ó no permitido pagar el tributo al César. Por la importancia que esta cuestion ha tenido siempre á los ojos de los súbditos y á los de los príncipes, se puede juzgar fácilmente de su gravedad, bajo ese doble título, en un pueblo conquistado y que soportaba con impaciencia la conquista. Segun lo que Jesus dijera, los fariseos se preparaban á mostrarse ó patriotas ó sumisos al César, para murmurar de Él con el pueblo, ó para denunciarle al representante del Emperador. «Hipócritas, les dijo Jesus: ¿por qué me tentais?»

Sin embargo, Jesus les respondió, menos sin duda para confundirlos que para instruir á su Iglesia. Habiendo hecho que le presentaran la moneda del tributo, y habiéndoles obligado á que le dijeran que la moneda llevaba grabada la imágen del César, les dijo: «Dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.»

Millares de doctores poco doctos han pretendido probar por esas palabras que la Iglesia debe dar al César lo que es de Dios; pero ¿qué importa todo eso? La Iglesia ha oído la voz del Maestro.

En cuanto á los fariseos que esperaban que Jesucristo se pusiese de parte de la rebelion, á la que ellos pertenecian en secreto, á fin de denunciarle al príncipe, ó que se declarase de parte del poder con objeto de denunciarle al pueblo, hubieron de conocer una vez mas que no podian sorprender ni á su justicia ni á su prudencia, y que la

muerte era el único argumento que podían emplear contra Él.

Las maquinaciones de los fariseos no alteraban la serenidad de Jesús, que seguía instruyendo á sus discípulos, al pueblo y á aquellos mismos malvados. Jesús afirmó entonces el dogma de la Resurrección contra los saduceos; renovó sus instrucciones sobre el conocimiento y el amor de Dios, sobre el culto, sobre la oración; insistió en sus instrucciones sobre la caridad. Así formó Jesús su testamento; y hace diez y nueve siglos que la inteligencia humana, al sondear las palabras que pronunció en aquellos últimos días, encuentra en ellas un alimento inagotable.

Un fariseo le preguntó cuál era el gran mandamiento, y Jesús respondió: «Dios vuestro Señor es el único Dios, y amareis á Dios vuestro Señor con todo vuestro corazón, vuestra alma y vuestras fuerzas.» Este es el mayor mandamiento y el primero; pero hay otro semejante á este: «Amarás á tu prójimo como á ti mismo;» y no hay otro mandamiento mas grande que este, y toda la ley y todos los Profetas se reducen á estos dos preceptos. El fariseo alabó aquella respuesta, añadiendo que en efecto amar al prójimo es una cosa mas grande que todos los holocaustos y todos los sacrificios, y Jesús le dijo entonces: «No estás lejos del reino de Dios.»

Esta fue la última vez que los fariseos, vencidos siempre por su ciencia y por su prudencia, se atrevieron á interrogarle; pero Jesús les interrogó á su vez de este modo: «¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David, si el mismo David dice en el libro de los Salmos: «Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies?» Luego David le llama Se-

ñor; pues ¿cómo es su hijo?» A esto no supieron qué responder. Odiando á Jesus como le odiaban, no podian ignorar ningun detalle público de su vida y de su origen; sabian, pues, que era hijo de David, y no lo negaban; pero no queriendo reconocerle por el Mesías, no querian tampoco comprender y mucho menos confesar que, como Dios, era Señor del mismo David, de quien procedia por su generacion natural. Así su incredulidad y su odionacian la una del otro, y se aumentaban recíprocamente.

Jesus dejó se desbordara su indignacion contra aquellos hipócritas arrogantes que engañaban al pueblo, que creian engañar á Dios, y que querian engañarse á sí propios. Dirigioles, pues, los formidables anatemas bajo los cuales ha quedado anonadado su nombre: «Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entraís, ni á los que entrarian dejais entrar! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmais la yerbabuena, y el eneldo, y el comino, y habeis dejado las cosas que son mas importantes de la Ley: la justicia, y la misericordia, y la fe! Esto era menester hacer, y no dejar lo otro.»

No olvidó ningun rasgo de su orgullo, de su dureza, de su avaricia; ninguno de los crímenes de sus padres, asesinos de los Profetas, ni los crímenes de que ellos mismos debian hacerse culpables en el porvenir como perseguidores de la Iglesia: «Llenad vosotros la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis del juicio de una eterna condenacion? Por esto, hé aquí Yo envio Profetas, y sabios, y doctores, y de ellos matareis y crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras Sinagogas, y los perseguireis de ciudad en ciudad, para

que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra.»

Pero comoda misma vehemencia de aquel discurso solo era producida por un impulso de su afecto, no pudo terminarlo sin espresar la conmiseracion que le inspiraba Jerusalem, la miserable Jerusalem, cómplice de aquellos malvados: «Jerusalem, Jerusalem, que matas los Profetas y apedreas á aquellos que á ti son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me vereis hasta que digais: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

Despues de haber hablado así, se sentó Jesus frente del lugar en que se arrojaban las ofrendas; los ricos daban mucho; pero llegó una pobre viuda que dió dos monedas del valor mas ínfimo, y aquel espectáculo consoló á Jesus, que llamó á sus discípulos y les dijo: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado mas que todos los otros. Porque todos estos han echado para las ofrendas de Dios, de lo que les sobra; mas esta, de su pobreza, ha echado todo el sustento que tenia.»

Comentario divino de la maldicion precedente contra aquellos que pagan el diezmo de las cosas mas ínfimas, no por pagarlo, sino por vanagloria y olvidando la caridad.

Aquella fue la última predicacion de Jesus, y la última vez que se mostró en el templo, saliendo de él para no volver á pisar sus umbrales. Cuando estuvo fuera, sus discípulos quisieron hacerle admirar la belleza del edificio, esperando acaso que revocara la sentencia que habia pronunciado contra él, sentencia encerrada en estas pala-

bras: «Hé aquí que vuestra casa va á quedar desierta;» y para eso los Apóstoles hablaban de las magnificencias de que el templo estaba lleno y de la solidez de su estructura. Pero Jesus dijo: «De estas cosas que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida.» La sentencia era definitiva: cuarenta años despues los romanos arrasaron el templo; cuatro siglos despues los obreros que Juliano Apóstata llevó allí para que lo reconstruyeran, arrancaron sus cimientos mas hondos.

Al llegar al monte Olivete, Jesus se sentó en frente del templo, y describió á los Apóstoles, que se lo habian suplicado, los signos precursores de la ruina de Jerusalem y del fin del mundo. Los Apóstoles creian que las dos catástrofes anunciadas en aquel discurso ocurririan en la misma época, y Jesus no señaló la época fija, limitándose á decir lo preciso para que se instruyera y fortificara la Iglesia, de tal suerte que permaneciese inquebrantable en las persecuciones y vigilante en la paz. Convenia que su dignidad predijera y que su misericordia advirtiera é indicara ciertos signos, pero su sabiduría debia dejar que se ignorara la hora y la proximidad de la hora, á fin de que los hombres, esperándola siempre, estuvieran siempre preparados para ella. Esta vigilancia, necesaria en todo tiempo, necesaria á cada hombre en particular (puesto que la muerte es el fin del mundo para cada uno de ellos), se halla recomendada en los Evangelios por dos parábolas: la de los siervos que aguardan á su señor, y la de las vírgenes que esperan al esposo.

Otra tercera parábola enseñó á los discípulos; que la labor evangélica, es decir, el acrecentamiento del bien en nosotros mismos y el celo para procurarlo en los demas, deben ser consecuencia de la vigilancia y de la oracion.

El Señor no solo ha de pedir lo que ha dado, sino los frutos de lo que ha dado, y el siervo inútil será arrojado á las tinieblas.

Jesus reasumió y terminó aquella enseñanza presentando á los discípulos la descripción del juicio final. La importancia decisiva que atribuye á las obras de misericordia hijas de la fe, en los considerandos, por decirlo así, de la sentencia que fijará para siempre la suerte de cada hombre, da testimonio de su afecto hácia la multitud de los humildes y desgraciados, víctimas hasta entonces de una tiranía sin entrañas. Las palabras que van á oírse han sido la firmísima palanca que removió el mundo pagano. Dijo Jesus:

«Cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los Ángeles con Él, se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán todas las gentes ayuntadas ante Él, y apartará los unos de los otros como el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era huésped, y me hospedásteis: desnudo, y me cubristeis: enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me vinisteis á ver. Entonces le responderán los justos, y dirán:—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, ó sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped, y te hospedamos, ó desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver? Y respondiendo el Rey, les dirá:—En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñi-

tos, á mí lo hicisteis. Entonces dirá tambien á los que estarán á la izquierda:—Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: era huésped, y no me hospedásteis: desnudo, y no me cubristeis: enfermo, y en la cárcel, y no me visitásteis. Entonces ellos tambien le responderán, diciendo:—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá, diciendo:—En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí lo hicisteis. É irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna. »

Ya en el dintel de la muerte, pronunció Jesus estas palabras, como un legado soberano que hacia para toda la duracion de los siglos á la multitud de los pobres, de los indigentes, de los enfermos, de los cautivos y de los abandonados. Moisés, al tocar la roca con su vara, hizo brotar de ella agua viva; las palabras de Jesus, al herir la dura corteza del corazon humano, abrieron en él el manantial inagotable de la limosna, doble gracia que ha socorrido á innumerables afligidos y que ha salvado á mayor número aun de pecadores.

Jesus dijo en seguida á sus discípulos: «Sabeis que de aquí á dos dias será la Pascua, y que el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.»

Todo esto pasaba el mártres por la tarde. El dia siguiente, Jesus permaneció en la montaña como en una especie de retiro, y como para prepararse á morir. Aquel mismo dia los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo tuvieron consejo para ver cómo se desha-

rian de Él; pero los sentimientos del pueblo les daban en qué pensar, figurándose que el arresto de Jesus provocaría un motin, y que por lo tanto era mas prudente apoderarse de Él despues de las fiestas, cuando los estrangeros hubieran salido de la ciudad. Un auxilio con el que tal vez no contaban, les hizo anticipar la época de la realizacion de su proyecto. Judas Iscariote, uno de los Doce, se le presentó para tratar con ellos de la prision y de la muerte de su Maestro. Judas les dijo: «¿Qué me quereis dar y yo os lo entregaré?» Y ellos le señalaron treinta monedas ó treinta siclos de plata, que corresponden próximamente, teniendo en cuenta la diferencia de liga, á unos diez y ocho duros de nuestra moneda. Este era el tipo de la multa judáica por la muerte de un esclavo; este era el precio de un esclavo ordinario, y por eso Zacarías habia dicho: *Fue estimado en el valor de un esclavo, y su precio se fijó en treinta monedas.*

CAPITULO XXVIII.

La Pascua.

La Pascua era la gran solemnidad religiosa de los judíos, y Dios mismo habia instituido aquella fiesta como un recuerdo de las gracias que habia hecho á Israel al libertarle del cautiverio de Egipto, y como una imagen de la que queria hacer á todo el género humano, libertándole del pecado por el sacrificio de su Hijo único, Jesucristo. Todas sus ceremonias eran al mismo tiempo simbólicas y conmemorativas, y constituian una profecía de esa segunda libertad que el mundo entero estaba esperando. El punto capital de las ceremonias era la inmolacion y la comida del cordero. Aquel cordero inmolado en el templo, segun un rito que se observaba escrupulosamente, era un recuerdo del que los judíos habian comido de pie con el cinturon puesto y el báculo de viaje en la mano, en el momento de su partida de Egipto, es decir, del paso de la tierra de esclavitud á la tierra de libertad, y de ahí procede el nombre de la fiesta, porque *pascua* significa *paso*, *pasaje*. La sangre de aquel cordero visible en las puertas de los hebreos fue tambien la señal de salvacion para los primogénitos de Israel, cuando Dios envió el Ángel exterminador á herir á los primogénitos de los egipcios. Al mismo tiempo el cordero pascual figuraba el Cordero de Dios que debia quitar los pecados del mundo, la victima incomparable cuya sangre debia preservar de la

muerte eterna á todos aquellos en quienes fuera visible. De manera que la inmolacion del cordero pascual, punto céntrico del antiguo culto, es tambien el punto céntrico del nuevo, y forma el de la union de las dos alianzas.

Algunos intérpretes de la Ley, favorecidos por el Espíritu Santo, habian entrevisto aquel gran misterio, y el nombre mismo de *Eucaristia* dado á la carne del cordero y conservado por la Iglesia profetizaba un sacrificio mas perfecto. Despues de haber comido el cordero, Israel, ya libre, pero no todavía en posesion de la tierra prometida, habia sido alimentado milagrosamente por el maná caido del cielo; y los doctos de la antigua Ley esperaban la realidad del maná perfecto, del que el otro, aunque real, solo és una figura que anunciaba un pan mas maravilloso que habia de darse en los dias del Mesías. Dios quiso que se atendiera con particular atencion al siguiente versículo del salmo LXX, que todos aplicaban al reinado del Mesías: «El trigo crecerá sobre la tierra y hasta en la cima de los montes;» ó, segun la version caldea: «habrá un sacrificio de trigo en el pais, en las cimas de las montañas.»

Todos veian íntima relacion entre aquel trigo y el maná; y Coton en su *Institucion Católica*, y Sepp en su *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, citan algunas interpretaciones, tanto en este pasaje como en algunos otros, referentes á la misma materia y conservados todos por los rabinos. El rabino Eliezer dice, á propósito del maná del Mesías: «Los justos están destinados á comer de ese maná en la época en que llegue; y si preguntas si será de la misma manera que el maná del desierto, te diré que no; que será de una manera mas elevada, y tal, que nunca habrá nada que se le compare.» El rabino Kimchi llega á mayor altura:

«Algunos entienden por estas palabras, *vivirán de trigo*, que en el porvenir, cuando el Salvador aparezca, habrá un cambio, una transustanciación en la naturaleza del trigo.» El rabino Mosés dice: «El maná es engendrado por la *luz divina*, que ha tomado un cuerpo según la voluntad de su Creador.» El rabino Mosés Hardasan añade: «El pan que da á todos es su carne, y en tanto que se come, el pan se cambia en carne.» Por fin, el rabino Salomon comenta las palabras *el trigo estará sobre la tierra y sobre la cima de los montes*, diciendo: «Nuestros maestros han interpretado esto de los panes que ha de haber en el tiempo del Mesías, diciendo que estos panes serán como la palma de la mano, y que todos podrán tomar de ellos para alimento.» El mismo sentido se encuentra en los dos altares del templo, según lo observa el judío Filon: «El altar exterior, inundado sin cesar con la sangre de las víctimas; el altar interior, del que no subía hacia el cielo sino el perfume del mas puro incienso,» símbolo del sacrificio incruento que debía reemplazar á todas las víctimas. Era, por otra parte, común creencia entre los israelitas que, al advenimiento del Mesías, todo sacrificio cesaría, porque el sacrificio del pan y del vino había de durar eternamente.

El Mesías ha venido, toda verdad va á salir de la sombra, y todas las esperanzas, siempre vivas en aquellos que meditaban la Palabra, van á realizarse. El jueves por la mañana, primer día de la fiesta, los Apóstoles preguntaron á Jesús dónde irían á hacer los preparativos para celebrarla. Jesús les instruyó de ello de una manera que señalaba su poder; les dijo que fueran á la ciudad, que siguieran á un hombre á quien encontrarían con un cántaro de agua, y que entraran en la casa donde se detuvie-

ra, porque allí celebrarían la Pascua. Todo sucedió como lo había dicho, y, acompañado de los Doce, fue Jesús al lugar que había escogido. Según la tradición, el Cenáculo se levantaba en el lugar en que en la época de David y de Salomón había permanecido el arca cuarenta años. Jesús esperó la hora, y cuando se mostraron las estrellas se sentó con los Doce. En aquel momento, según la manera que los judíos tenían de contar el día, había empezado ya el día del viernes.

La cena pascual era una verdadera ceremonia religiosa, y Nuestro Señor la observó puntualmente comiendo del cordero, como lo prescribía la ley de Moisés. Aquella era propiamente la Cena, y á ella seguía otra especie de comida.

Durante esta segunda comida, la realidad reemplazó á las figuras, y se instituyó la verdadera Eucaristía: «Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, se levantó de la cena, y se quitó sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó. Echó después agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.»

Cuando llegó la vez á Simon Pedro, este exclamó: «Señor, ¿tú me lavas á mí los pies?» Jesús le respondió entonces: «Lo que Yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después.» Pedro, sin embargo, insiste: «No me lavarás los pies jamás;» pero cuando Jesús le dice, aludiendo á la purificación espiritual necesaria para recibir dignamente los santos dones representados por el lavatorio de pies: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo,» Pedro, sin comprenderlo, comprendió el mérito de la

obediencia, y con el ardor de su carácter exclamó: «Señor, no solamente mis pies, mas las manos y la cabeza!» ¡Oh Pedro, así serás lavado, pero mas tarde; tu propia sangre lavará tu cabeza! Jesus dijo entonces: «El que está lavado no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estais, mas no todos.»

Judas estaba presente, y Jesus le lavó los pies.

Terminado esto, volviéndose á sentar á la mesa, Jesus les dijo: «¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor: y, bien decís: porque lo soy. Pues si Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros tambien debeis lavar los pies los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su Señor: ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si esto sabeis, bienaventurados sereis si lo hiciéreis.»

Dijoles tambien: «Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca. Porque os digo que no comeré mas de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios.»

Al concluir la comida cogió el cáliz, y se le presentó despues de haber dado gracias, diciendo: «Tomad, y distribuidlo entre vosotros. Porque os digo que no beberé mas fruto de vid hasta que venga el reino de Dios.»

En seguida cogió el pan, dió tambien gracias, lo bendijo, lo partió y lo distribuyó á sus discípulos, diciéndoles: «Este es mi Cuerpo, que es dado por vosotros: esto haced en memoria de Mí.»

Por fin, despues que hubo cenado, volviendo á tomar el cáliz, y habiendo dado gracias, se lo pasó tambien á los discípulos, diciéndoles: «Esta es mi Sangre del

Nuevo Testamento, que por muchos será derramada.»

Después de esta cena augusta, una palabra de Jesús consternó de pronto á los Apóstoles; díjoles con una emoción que no quería encubrir: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará.» Los discípulos se miraron unos á otros sin saber de quién hablaba. Por fin Pedro, colocado á un lado de Nuestro Señor, hizo una señal á Juan, colocado al otro lado, y le dijo: «¿Quién es de quien habla?» Pedro en esta circunstancia se informa el primero del nombre del hereje, cumpliendo ya con su cargo de Jefe de la Iglesia. Juan, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: «Señor, ¿quién es?» y Jesús respondió en el mismo tono: «Aquel á quien Yo diere pan mojado.» Los demás, que no oyeron esto, grandemente contristados, preguntaron á Jesús: «¿Soy yo, Señor?» con lo cual manifestaban á la vez su humilde desconfianza hacia ellos mismos y su caridad para con sus hermanos. Pero Jesús, queriendo dejar aun en libertad á Judas, dijo: «El que mete contigo la mano en el plato, ese es el que me entregará. El Hijo del Hombre va ciertamente, como está escrito de Él; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! Mas le valiera á aquel hombre no haber nacido.»

Judas, sin embargo, quiso hablar como los demás, y á su vez se atrevió á preguntar: «Señor, ¿soy yo?—Tú lo has dicho,» respondió el Señor; pero de modo que solo el traidor pudo oírle. Y habiendo mojado el pan, se volvió á Judas Iscariote, hijo de Simón. Era aquella una nueva prueba de afecto que el miserable recibía de su Maestro; pero no se conmovió, y, al contrario, se fortificó en la resolución de cometer su crimen, por lo cual se dice en el Evangelio que tras del bocado que le dió Jesús entró Sa-



tanás en Judas. Jesus le dijo entonces : «Lo que haces, hazlo presto;» y Judas se salió sin que ninguno de los demás comprendiera por su rapidez aquella escena. El mismo Juan, que conocia al traidor, no sabia que se hallaba á punto de ejecutar su designio.

El escomulgado fue á concertarse con los jefes de la guardia del templo que debian apoderarse de Nuestro Señor, y por eso la salida del Cenáculo es el primer episodio de la Pasion. Una palabra de júbilo salió del corazon de Jesus, como si hubiera querido saludar su entrada en la carrera de la Cruz: «Ahora, dijo, es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en Él.» Inmediatamente empezó el discurso de la *Cena*, formado de la sustancia de sus enseñanzas, y que quiso dejarnos para que el mundo entero pudiera verle tal como apareció en el Thábor, resplandeciente de luz divina y al mismo tiempo lleno de bondad. Renovó á los Apóstoles la promesa de sus recompensas, llamoles sus *hijuelos*, eco divino de las palabras «dejad que vengan á Mí los niños,» y glorificacion eterna de su candor. Les recomendó que se amaran como Él les habia amado; y para mostrarles hasta qué punto la fuerza de aquel amor evangélico debia esceder á todo lo que se habia oído hasta entonces, les dijo que aquel era «un mandamiento nuevo.» Al prevenirles que se separaba de ellos, les aseguró que no les dejaria huérfanos: dirigió á Pedro especialmente estas palabras, que son la constitucion de la Iglesia: «Cuando estés convertido confirma á tus hermanos,» añadiendo que le habia de seguir mas tarde donde Él iba entonces. Advirtioles que le abandonarían muy luego, y como Pedro protestara de su invencible fidelidad, le dijo que aquella misma noche, antes de que el gallo cantara, le negaría tres veces.

Para evitar que quedaran anonadados bajo su propia debilidad, Jesus añadió: «No se turbe vuestro corazon: creéis en Dios, creed tambien en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y voy á aparejaros el lugar.» Suministroles una fuerza nueva contra el próximo escándalo de sus sufrimientos y de su suplicio por una afirmacion mas clara de su divinidad, diciendo á Tomás: «Yo soy el camino, la verdad y la vida, y nadie viene al Padre sino por Mí;» y diciendo á Felipe: «El que me ve á Mí, ve á mi Padre.» Revistioles del poder de hacer milagros: «El que en Mí crea, tambien hará las obras que Yo hago, y las hará mayores porque Yo voy al Padre, y todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, Yo lo haré para que sea el Padre glorificado en el Hijo.»

Como si todas aquellas seguridades no le bastaran, y como si quisiera fortalecerse Él mismo contra el dolor que ellos experimentarían por no verle, aunque en realidad no debiera alejarse de ellos, les prometió repetidas veces enviarles al Espíritu consolador: «Si me amais, guardad mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que more siempre con vosotros el Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce: mas vosotros lo conocereis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros... Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que Yo os hubiere dicho.»

Su bondad no se cansaba de insistir sobre estas seguridades, y no puede, si es lícito hablar así, saciarse de decirles cuánto les ama, fortaleciéndoles contra la prueba que les espera. No quiere que duden de ello, no quieré que dudemos nosotros, nosotros que vendremos mas tarde y que

hemos de ver se renueva su pasion á pesar de los triunfos y de los milagros: «La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy Yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se acobarde. Ya habeis oido que os he dicho: Voy, y vengo á vosotros. Si me amáseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre. Y ahora os lo he dicho antes que sea: para que lo creais cuando fuere hecho. Ya

• no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el Príncipe de este mundo y no tiene nada en Mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago. Levantaos, y vamos de aquí.» No se sabe si Nuestro Señor pronunció estas palabras antes de dejar el Cenáculo, ó en algun punto del camino; pero, sea de esto lo que quiera, esas palabras señalan su plena y tranquila voluntad de cumplir el sacrificio, «siendo obediente hasta la muerte.» Dirigióse, pues, al monte Olivete, donde Judas no ignoraba que debia pasar la noche, y en el camino continuó su discurso.

Segun su costumbre de sacar de los objetos familiares las imágenes que debian grabar y aclarar sus enseñanzas en todas las inteligencias, se sirvió de la vid para hacer comprender á los discípulos el misterio de la union y de la incorporacion de todos los fieles al Hombre-Dios, profetizando al mismo tiempo el destino de las herejías: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el Labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en Mí, lo quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé mas fruto. Vosotros ya estais limpios por la palabra que os he hablado. Estad en Mí, y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviera en la vid, así ni vosotros si no estuviérais en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que esté en Mí y Yo en él,

este lleva mucho fruto, porque sin Mí no podeis hacer nada. El que no estuviere en Mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego y arderá. Si estuviérais en Mí, y mis palabras estuvieran en vosotros, pedireis cuanto quisiéreis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que lleveis mucho fruto y en que seais mis discípulos. »

Para que nada quedara oscuro en su ánimo, y mas tarde en el nuestro, sobre una materia tan importante, les exhortó de nuevo á aquel amor que con tanta frecuencia les habia recomendado, y que es el verdadero fruto de la vid mística. El amor de Dios es el fundamento del amor del prójimo, y, como lo habia dicho en el templo, esa es toda la ley, ley la mas dulce y la mas gloriosa que el mismo Dios ha podido dar á los hombres; pero tambien la mas contraria á las inclinaciones de la naturaleza degradada. Jesus hizo comprender á sus discípulos cómo debian amarse, diciéndoles cómo Él les habia amado:

« Como el Padre me amó, así tambien Yo os he amado: perseverad en mi amor. Si guardáreis mis mandamientos, perseverareis en mi amor. Este es mi mandamiento, que os ameis los unos á los otros como Yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que este que espone su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hiciéreis las cosas que Yo os mando. No os llamaré ya *siervos*, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas á vosotros os he llamado *amigos*, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oido de mi Padre. No me elegisteis vosotros á Mí; mas Yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que vayais y lleveis fruto, y permanezca vuestro fruto. Por esto os mando que os ameis los unos á los otros. »

Habiéndoles dado así de antemano aquella fuerza del

amor y la concordia que ha de manifestarse en ellos de un modo tan maravilloso, quiso precaverles para los combates que tendrian que sostener: «Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á Mí antes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, y antes Yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra que Yo os he dicho: el siervo no es mas grande que su señor. Si á Mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen á Aquel que me ha enviado. Si no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrian pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece, tambien aborrece á mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, no tendrian pecado; mas ahora, y las han visto, me aborrecen á Mí y á mi Padre. Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley: que me aborrecieron de grado.»

Advirtioles de nuevo que se acordaran de estas cosas que no les habia dicho desde el principio, porque estaba con ellos, y como les viera silenciosos y tristes, añadió tiernamente: «Conviene que Yo me vaya, porque si no me fuere no vendrá á vosotros el Consolador; mas si me fuere os lo enviaré.» Jesus en seguida, aplazando lo que los discípulos no podian aun comprender, les dijo: «Cuando viniere aquel Espíritu de verdad os enseñará toda la verdad, porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyese, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará, porque de lo mio tomará y os lo anunciará á vosotros. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mias son: por eso os dije que de lo mio tomará y os lo

anunciará á vosotros.» Este es el altísimo misterio de las Personas divinas, y si se meditan estas palabras y el lugar y el instante en que se pronunciaron, la evidencia de la Divinidad abrumará la mente y el corazón.

Jesús dijo también: «Un poco, y ya no me vereis: y otro poco, y me vereis: porque voy al Padre.»

Este era el anuncio de su muerte y sepultura, de su resurrección, de sus apariciones y de su ascensión al cielo, donde recibiría á las almas victoriosas para conservarlas eternamente á su lado. Pero los discípulos no podían aun comprenderle, y se decían: «¿Qué es esto que nos dice, *un poco*? no sabemos lo que dice.»

Jesús repuso: «En verdad, en verdad os digo: Que vosotros llorareis y gemireis, mas el mundo se gozará: y vosotros estareis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando pare está triste porque viene su hora; mas cuando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro: por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente teneis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón: y ninguno os quitará vuestro gozo. Estas cosas os he hablado en parábola; pero viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas, mas os anunciaré claramente al Padre. Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre.»

Los discípulos le dijeron: «Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.—Ahora creeis, repuso Jesús; hé aquí viene, ya es venida la hora en que seais esparcidos cada uno por su parte, y que me dejéis solo, mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Esto os he dicho para que tengais paz en Mí.

En el mundo tendreis apretura, mas tened confianza, que Yo he vencido al mundo. »

Tal fue aquella conversacion suprema, en la que todo es del hombre y todo es de Dios, en la que Dios alienta á sus fieles á soportar con paciencia el odio del mundo, diciéndoles: «Sabad que me aborreció á Mí antes que á vosotros; » en la que el hombre dice: «Yo soy LA VIDA... YO HE VENCIDO AL MUNDO.» Estas son las últimas palabras de Jesucristo á los hombres, y ya no les instruirá sino por su silencio en los trabajos del dolor. Pero antes de hacerlo así debe orar: ora por sí, y despues, mas larga y mas afectuosamente, por aquellos á quienes ama. Jamás los oídos humanos oyeron ni oirán semejantes acentos: «Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á Ti. Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que diste á Él les dé á ellos vida eterna. Y esta es la vida eterna: que te conozcan á Ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviaste. Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra que me diste á hacer. Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú en Ti mismo con aquella gloria que tuve en Ti, antes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre á los hombres que me diste del mundo: Tuyos eran, y me los diste á mí, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste de Ti son. Porque les he dado las palabras que me diste: y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que Yo salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste. Yo ruego por ellos: No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son: Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías, y en ellas he sido clarificado. Y ya no estoy en el mundo, mas estos están en el mundo, y Yo voy á Ti: Padre Santo, guarda

por tu nombre á aquellos que me diste para que sean una cosa, como tambien nosotros. Mientras que Yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdition, para que se cumpliese la Escritura. Mas ahora voy á Ti, y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco Yo soy del mundo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal. No son del mundo, así como tampoco Yo soy del mundo. Santificalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Como Tú me enviaste al mundo, tambien Yo los he enviado al mundo. Y por ellos Yo me santifico á Mí mismo: para que ellos sean tambien santificados en verdad. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos: para que sean todos una cosa, así como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, que tambien sean ellos una cosa en nosotros para que el mundo crea que Tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean una cosa, como tambien nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean consumados en una cosa, y que conozca el mundo que Tú me has enviado, y que los has amado, como tambien me amaste á Mí: Padre, quiero que aquellos que Tú me diste, estén conmigo en donde Yo estoy, para que vean mi gloria, que Tú me diste: porque me has amado antes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas Yo te he conocido: y estos han conocido que Tú me enviaste. Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y Yo en ellos. »

CAPÍTULO XXIX.

Los judíos.

El monte Olivete era la morada de Jesus en este mundo, y á él fue para descender á Jerusalem, es decir, á la muerte. Detúvose en un lugar llamado Gethsemaní, *valle fértil*, donde habia reunido con frecuencia á sus discípulos. Todos los Apóstoles estaban presentes; Jesus llevó consigo á tres: Pedro, Juan y Santiago, los testigos del Thábor, y despues de haber recomendado á los demas que velaran y oraran, á fin de que no cayesen en tentacion, se alejó.

Desde aquel momento empezó á sufrir interiormente como si el temor y la angustia se apoderaran de su alma; y dijo á los que le acompañaban: « Mi alma está triste hasta la muerte. » Díjoles despues que velaran; se separó á corta distancia de ellos, y se puso de rodillas, postura en que se le veia por primera vez, diciendo: « Padre, si quieres, traspasa de Mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. » Siguió orando con el rostro en tierra; habia tomado la naturaleza humana; estaba pasando por sus desfallecimientos, y al dar el ejemplo de la oracion y de la sumision, experimenta hácia la muerte el espanto que la muerte inspira á toda carne. Un sudor como de gotas de sangre corria de su cuerpo, y sufrió así el horror de la agonía, horror de que casi siempre ha libertado á sus Santos y á sus Mártires.

En aquella especie de desamparo de la Divinidad que

hacia doblegarse á la naturaleza humana, le apareció un Ángel del cielo para confortarle. Levantose despues, y fue donde estaban sus discípulos, encontrándoles dormidos á causa de su vehemente tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entreis en tentacion.» Entrar en tentacion es abandonarse al torrente que todo lo arrastra, y solo la oracion resiste á la fuerza de ese torrente. Jesus volvió á separarse de nuevo, oró otra vez, y al volver hácia sus discípulos, les volvió á encontrar adormecidos sin que supieran qué decirle.

Por tercera vez se retiró y oró, diciendo tambien: «*Abba*, Padre, traspasa de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad.» Su compasion hácia los judíos se deja descubrir en el modo con que habla de *aquel cáliz* que ellos llenan y le presentan con una dureza que tan cara ha de costarles. Vese tambien en sus palabras una prueba de afecto hácia sus futuros mártires, á fin de que cuando se les presente el cáliz le beban como Él va á beberlo, sin negativas amargas y sin desfallecimientos sin consuelo. Los Padres encuentran tambien relacion entre las tres veces en que Jesus hizo aquella oracion suprema y los tres muertos resucitados por Jesucristo: el primero en su casa, el segundo cuando iban á enterrarle, y el tercero cuando ya se hallaba en la tumba, figuras de los tres estados diferentes del pecador. Puesto que el cáliz era el rescate, era tambien la expiacion de todos los pecados; y ademas aquella triple oracion nos enseña que se debe orar para obtener la remision de los pecados pasados, presentes y futuros.

En la armonía de la Redencion, el jardin de Gethsemani, el *valle fértil*, corresponde al Eden, y el cáliz, aceptado por la obediencia de Jesus, corresponde al fruto cogido por la desobediencia de Adan. Adan creyó apode-

rarse de la vida y de la ciencia, y, arrojado del Eden, solo encontró tinieblas mas y mas densas, y la muerte cada vez mas amenazadora. Jesus acepta la muerte, y va á ser arrastrado de Gethsemaní á la Cruz; pero aquel camino del Calvario es el camino de luz por el cual Adan, ya libre, ha de subir á mayor altura que el Eden y ha de entrar en las moradas de Dios.

Jesus, pues, plenamente conforme con la voluntad de su Padre, y lleno de fuerza y de serenidad, dice á los Apóstoles: «La hora es llegada en que el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de pecadores: levantaos, vamos: hé aquí que el que me ha de entregar está cerca.»

En aquel momento apareció Judas, y con él una tropa numerosa de soldados romanos y de satélites de los judíos, armados de espadas y de palos, y á quienes Judas habia dicho: «Aquel que yo besare, aquel es.» Llegosc, pues, á Nuestro Señor, y, dándole el beso, dijo: «Maestro, Dios te guarde:» saludo que desde entonces ha quedado por fórmula de los traidores. Todos los herejes, segun observa Orígenes, dirigen á Jesus la salutacion de Judas: *Ave, Rabbi*. Jesus recibió el beso del Iscariote, diciéndole: «Amigo, ¿á qué viniste? ¡Oh Judas, entregas al Hijo del Hombre con un beso!» Palabras son estas de una ternura y de una profundidad divinas. Judas, tú entregas al Hijo del Hombre; pero no pondrás en sus manos al Hijo de Dios; no puedes entregar á la Divinidad, y ese Hijo del Hombre á quien entregas ha tomado por ti esa carne que van á desgarrar.

Judas no puso la mano en su Maestro, sino que se replegó silenciosamente hácia su tropa inmóvil. Jesus entonces avanzó algunos pasos, y les dijo: «¿Á quién buscáis?» O aquellos hombres no le veian á pesar de las teas

encendidas que llevaban, ó, á pesar de la señal de Judas, no le reconocían, ó, en fin, no se atrevían á aproximarse á Él. Respondieron, pues: «Á Jesus Nazareno.» Jesus les dijo entonces: «Yo soy.» En aquel momento los soldados vieron sin duda alguna cosa de lo que verán también los que se hallen á la izquierda del Juez en el día final; así es que, apenas Jesus hubo dicho: «Yo soy,» cuando retrocedieron y cayeron de espaldas. Los justos se postran con el rostro en tierra, sabiendo dónde caen y levantando la vista hacia el Invisible que está en la altura; los reprobos caen hacia atrás en el camino de sus crímenes.

Jesus les preguntó de nuevo: «¿Á quién buscáis?» Ellos dijeron de nuevo que á Jesus Nazareno, y entonces respondió Jesus: «Os he dicho que Yo soy; pues si me buscáis á Mí dejad ir á estos.» Esta era una orden que Jesus les daba, y obedecieron, porque puede conjeturarse que tenían orden de prender, por lo menos, á una parte de los que acompañaban á Jesus. Ya antes habían pensado matar á Lázaro, y Caifás interrogó á Nuestro Señor sobre su doctrina y sus discípulos; pero Jesus no quería perder á ninguno de los suyos, porque su fe no era aun bastante fuerte para sostener el combate, y, en efecto, ninguno se perdió, salvo Judas, obstinado en perecer. Habiendo manifestado así por dos veces su poder, ofreciendo de ese modo á Judas y á los judíos una gracia de que podían aprovecharse, Jesus dejó que se le aproximaran.

Entonces los discípulos dijeron: «Señor, ¿herimos con espada?» Y sin esperar la respuesta de Jesus, Pedro, que la llevaba, la sacó y dió á un siervo del pontífice, y le cortó la oreja derecha.

Al mismo tiempo que curaba á aquel hombre, Jesus dijo á sus discípulos: «Dejad hasta aquí;» y dijo á Pedro:

«Vuelve tu espada á su lugar, porque todos los que to-
maren espada, á espada morirán.»

Pedro habia herido como Moisés, cuando este mató al egipcio que maltrataba á un hijo de Abraham, y á Moisés no se le impidió aquello; pero Pedro fue reprendido. Así, pues, la misericordia reina, el ministerio de rigor concluye, y Pedro será el gran ministro de la misericordia; sin embargo, conserva su espada. Se le ha mandado que la meta en la vaina, pero no que la arroje, porque con aquella espada corta lo que no quiere ser desatado, separa lo que no puede permanecer unido, y aquellos á quienes Pedro hiere con la espada, Jesus no los resucita.

Jesus prosiguió instruyendo á Pedro: «¿Por ventura piensas que no puedo rogar á mi Padre, y me dará ahora mismo mas de doce legiones de Ángeles? ¿Pues cómo se cumplirán las Escrituras de que así conviene que se haga?»

Dirigiéndose en seguida á los príncipes de los sacerdotes, á los empleados del templo y á los ancianos que habian acompañado á Judas, Jesus les dijo: «¿Como á ladrón habeis salido con espadas y con palos? Habiendo estado diariamente con vosotros en el templo, no tendisteis las manos contra Mí: mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas.»

Esta es vuestra hora, es decir, la hora que Yo os doy, Yo que tengo en mi mano la eternidad. Al decir estas palabras, se puso real y verdaderamente entre sus manos, como si abdicara la fuerza soberana que les habia detenido hasta entonces. Todos los discípulos huyeron, y se dispersaron por diferentes puntos.

Los sayones, habiendo atado á Jesus, le llevaron en primer lugar á casa de Anás, suegro de Caifás, que era pontífice aquel año. Caifás era un sacerdote incrédulo y

servil, del género de los que la dominación romana buscaba porque le servían para degradar el pontificado, última fuerza de Israel; Anás, político más consumado y más perverso acaso que Caifás, aunque más hipócrita, gobernaba el poderoso partido de los enemigos de Jesús, y aunque saduceo como el sumo sacerdote, obtuvo en aquel asunto la confianza de los fariseos. Ignórase si debía conocer jurídicamente en la causa de Jesús porque presidía un tribunal encargado de las acusaciones contra la pureza de la doctrina ante el gran Consejo, ó si Nuestro Señor fue conducido allí para que Anás tuviera desde luego el placer de verle maniatado: lo cierto es que él le envió, maniatado también, á casa de Caifás, donde el Sanedrín ó Sinedrio se hallaba reunido.

Pedro había huido como los demás discípulos; pero el amor que combatía en él al temor, le atraía hacia su Maestro cautivo, siguiéndole de lejos. ¡Ay! dice un Padre; le seguía de lejos: si le hubiera seguido de cerca, no hubiera podido renegar de Él. Otro discípulo le hizo entrar en el patio de la casa del sumo sacerdote, y allí permanecía entre los siervos y los empleados, calentándose al lado del fuego que habían encendido por el frío. Ya la llama de la caridad había disminuido en él, y se calentaba con el fuego de los perseguidores por amor á la vida presente. Jesús en tanto se hallaba ante el Consejo, ante aquellos á quienes había convencido de ignorancia, de hipocresía y de impiedad. Caifás le interrogó, y Jesús respondió que siempre había enseñado públicamente en las Sinagogas y en el templo, y que no debía preguntarle á Él, sino á aquellos que le habían oído.

Ahora bien: en todo lo que había dicho, nada tenían que corregir; le odiaban gratuitamente, y su respuesta

les desconcertó, cosa que se dejó sentir en el auditorio. Un soldado, Malco ú otro, el hombre que siempre se encuentra en tales ocasiones, le increpó diciendo: «¿Qué respondes al pontífice?» y le dió una bofetada. Jesus le respondió: «Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres?» No se ve que los indignos jueces desaprobaban el acto de su subalterno. Necesitábase, no obstante, y cuando menos, una apariencia de prueba, sin la cual no podían pasarse los fariseos; pero no la encontraban. Hallaron, sí, muchos testigos falsos; pero sus testimonios se contradecían, y solo dos parecieron aceptables. Según ellos, Jesus había dicho, y ellos le habían oído decir: «Yo destruiré este templo hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano.» Ya se sabe en qué sentido había dicho Jesus á los judíos: «Destruid este templo, y Yo le reconstruiré en tres días;» pero aquellos testigos también se contradecían, y, por otra parte, lo que ellos alegaban no podía justificar la sentencia de muerte que los jueces tenían empeño en imponer.

Jesus se callaba, dejando que los falsos testigos y los inicuos jueces se envolvieran recíprocamente en las dificultades de su comun ignominia. «Allí no había sino la forma de la justicia, dice San Juan Crisóstomo; allí solo había hombres inicuos que escarnecían la verdad.» El sumo sacerdote, en pie, dejando descubrir en sus movimientos desordenados la pasión que le animaba, dijo á Jesus: «¿Nada respondes?» Jesus continuó guardando silencio, y el gran sacerdote le interpeló de nuevo: «En nombre de Dios vivo, te conjuro nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito.» Jesus, al oír aquellas palabras, no quiso callarse, y respondió al gran sacerdote: «Tú lo has dicho. Yo soy; y vereis al Hijo del Hom-

bre, sentado á la diestra del poder de Dios, venir con las nubes del cielo. » Entonces el sumo sacerdote, como si estuviera consternado, exclamó: «¿Qué necesitamos ya de testigos? ¿Habeis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?» Los otros respondieron: «Es digno de muerte.»

Caifás, en el ardor de su odio, olvidaba que no era necesaria tanta pasión para arrastrar á sus colegas, y que infringía el precepto dado al sumo sacerdote: «El sumo sacerdote no quitará la tiara de su cabeza, y no rasgará sus vestiduras.» Es verdad que al desgarrar sus vestiduras desgarraba su sacerdocio. Los jueces esperaron que llegara el día para dar con toda regularidad su sentencia, y entre tanto entregaron á Jesus á los hombres que debían custodiarle. Eran aquellos de esas gentes que sirven de buen grado á tales amos y que tales amos saben escoger; gentes que odian, por su propia cuenta, á aquellos á quienes se persigue, y que les atormentan con tanta mayor rabia cuanto les es mas conocida su inocencia.

El Hombre de Dios, el Hombre de la misericordia habia sido entregado á aquellas turbas, y le escupian, le injuriaban, le herian, y cubriéndole el rostro le abofeteaban, diciéndole: «Adivínanos, Cristo: ¿quién es el que te ha herido?» Esa gente ha conservado hasta ahora la costumbre de cubrir el rostro de Jesus. Cuando llega la hora del poder de las tinieblas; cuando le creen juzgado; cuando le ven maniatado, entonces le cubren el rostro como si quisieran fingir que no le conocen, ó como si creyeran que Él no ha de conocerlos. Pero ellos le conocen y Él los ve.

Jesus sufría en silencio sus ultrajes: otra ofensa estaba recibiendo entonces, ofensa que hería su corazón allí donde no podían alcanzar aquellos viles é ignorantes verdugos.

Pedro habia permanecido en el patio, y una criada, despues de mirarle atentamente, le dijo: «Tú tambien estabas con Jesus el galileo;» pero él lo negó en alta voz, se retiró al vestibulo, y en aquel momento cantó el gallo por primera vez. Otra criada que le vió cerca de la puerta le denunció de nuevo, y Pedro se calló y volvió cerca del fuego; pero allí varias personas le dijeron: «Seguramente tú tambien eres uno de ellos;» y su espanto aumentó, negando con juramento que conociera á tal hombre. Sin embargo, se quedó allí, porque, á pesar de todo, su amor le retenia en aquel peligro. Al cabo de algun tiempo, y cuando podia creer que le habian olvidado, otros sayones volvieron á hacerle la misma pregunta, y él volvió á negar haciendo imprecaciones. Cuando estaba repitiendo que no conocia á *Aquel hombre*, el gallo cantó de nuevo, y una mirada de Jesus cayó sobre su corazon. Entonces el Apóstol recordó lo que Jesucristo le habia dicho algunas horas antes: «Esta misma noche, antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces;» y salió y lloró amargamente.

Pedro ha negado tres veces, y aquella triple negativa corresponde á las tres fórmulas de la negacion herética que ataca á Jesucristo, ó en su divinidad, ó en su humanidad, ó en su humanidad y su divinidad al mismo tiempo. Aquellos que hacen caer al Apóstol prefiguran á las tres clases de enemigos que deben encontrar los fieles: la primera criada representa la Sinagoga de los judíos; la segunda las naciones perseguidoras; los hombres cuyos razonamientos y burlas provocan la última negacion, son los doctores y los ministros de las diversas herejías; y todos juntos ofrecen la imágen de la sociedad de los impíos, y, por consecuencia, los peligros que el discípulo de

Cristo debe evitar con el mayor cuidado. Por otra parte, segun observa San Juan Crisóstomo, fue un secreto designio de Dios el que Pedro cayera el primero. El recuerdo de su caída le enseña á suavizar por la misericordia y la paciencia la firmeza necesaria de las sentencias que debe dar contra otros. Pedro, doctor del universo, peca y pide perdon, á fin de dar esa regla de indulgencia á los que deben juzgar. El poder sacerdotal no se ha entregado á los Ángeles, que, como no pecan, podian perseguir sin misericordia al pecado y al pecador : está en un hombre sujeto á las pasiones, y que, constituido en autoridad sobre los otros hombres, encontrando en ellos su propia debilidad, sabe compadecer mejor y perdonar mas fácilmente. Así Jesus, entregado á los ultrajes de los hombres, acababa el gran trabajo de la educacion de los Apóstoles.

Apenas fue de dia, el Sinedrio volvió á encontrarse reunido, y los judíos conjuraron nuevamente á Jesus para que les dijera si era Cristo. Jesus les respondió: «Si os lo digo no me creereis, y si os interrogo á mi vez (sobre las señales que harán reconocer al Cristo) no me responderéis ni me dejareis ir. Pero el Hijo del Hombre estará sentado á la diestra de Dios Omnipotente.» Esto lo comprendieron. «Así, pues, tú eres el Hijo de Dios.» Jesus les dió la misma respuesta que ya habia dado á Caifás: «Vosotros lo habeis dicho;» y ellos exclamaron como Caifás: «¿Qué mas testigo necesitamos? Ya lo hemos oido.»

La sentencia se hallaba ya pronunciada, y se apresuraron á llevarla á ejecucion, conduciendo á Jesus, siempre maniatado, al tribunal de Pilatos.

Otra sentencia iba tambien á cumplirse. Judas, como Pedro, habia seguido los incidentes del proceso. Sentia ya el remordimiento, y viendo que Jesus era condenado, fue

á los príncipes de los sacerdotes y les llevó el dinero, diciéndoles: «He pecado, he entregado al Justo;» pero ellos le respondieron: «Eso va contigo.» El miserable olvidó la bondad de su Maestro, ó no quiso invocarla, consecuencia vengadora de su crimen. El crimen de Judas fue el de no tener fe y el de no creer á Jesus bastante clemente ó bastante poderoso para perdonarle. Arrojó los treinta dineros en el templo, se marchó, y se ahorcó. Los príncipes de los sacerdotes tuvieron algunos escrúpulos sobre el dinero de Judas: era el precio de la sangre, no quisieron ponerle en el tesoro del templo, y compraron con él un campo para enterrar á los extranjeros. Aquella circunstancia habia sido predicha por un Profeta, y Jesus venia para dar la paz á los vivos y á los muertos.

CAPÍTULO XXX.

Pilatos.

La multitud que se hallaba en casa de Caifás, jueces y siervos, se dirigió en tumulto llevando á Jesus maniatado al palacio del gobernador romano Poncio Pilatos. Nuestro Señor, al salir de Efren, habia dicho: «Vamos á Jerusalem, donde el Hijo del Hombre será entregado á los principes de los sacerdotes y á los doctores de la Ley, que le condenarán á muerte y le entregarán á los paganos.» Así la luz refulgente de las profecías, que ilumina todo aquel suplicio horroroso, no deja que ni por un instante se oculte en él la Majestad Divina.

Los judíos gritaban delante del pretorio, pero sin que penetraran en él, por no mancharse con el contacto de la casa de un pagano. ¡Qué perfectamente se reconocè en este rasgo la hipocresía de los fariseos descrita por Nuestro Señor! La Ley no les prohibía entrar en casa de un pagano, pero les prohibía matar al inocente; y ellos, al hacer esto último violentando la Ley, la exageran con su falso respeto en lo que no importa.

Pilatos salió y les preguntó qué acusacion dirigian contra aquel hombre, y ellos gritaron que era un malhechor, y que si no, no se le habrian llevado. Entonces Pilatos les dijo que le juzgaran por sí mismos y segun su ley; pero ellos contestaron: «¿No sabes que no nos es lícito matar á nadie?» Así, pues, el cetro no estaba en la casa de Judá, y habia llegado el tiempo del Mesías.

Por lo demas, aunque ponian el mayor empeño en

que se quitara la vida á Jesus, preferian no ser ellos sus jueces oficiales. Segun la Ley, solo hubieran podido condenarle á ser apedreado, y querian hacerle pasar por la ignominia de la Cruz. El autor del libro de la *Sabiduria* pone estas palabras en boca de los malvados que están fraguando la pérdida del Justo: *Condenémosle á muerte la mas vergonzosa*. Por otra parte, pensaban en ponerse á cubierto contra la indignacion del pueblo, creyendo tambien que si el gobernador tomaba sobre sí la responsabilidad de la sentencia, tendria mayor interes en ponerla pronto en ejecucion. El odio y la política de los judíos se unieron «para que se realizaran las palabras de Jesus sobre el género de muerte que debia sufrir.»

Empezaron, pues, á acusarle ante Pilatos, y le dijeron que pervertia la nacion, prohibia pagar el tributo al César, y se daba los nombres de Cristo y Rey. Ahora bien: ya se recordará que cinco dias antes Jesus les habia dicho: «Dad al César lo que es del César.»

Pilatos no les creyó; pero ante aquella acusacion, su cargo le obligaba á enterarse de ella, y haciendo comparecer á Jesus, le dijo: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Jesus le respondió: «¿Dices tú esto de ti mismo, ó te lo han dicho otros de Mí?—¿Soy acaso yo judío? contestó Pilatos. Tu nacion y los pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho?»

Aquel era un juez regular, y Jesus siguió respondiendo: «Mi reino no es, dijo, de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearian para que Yo no fuera entregado á los judíos: mas ahora mi reino no es de aquí.»

Pilatos repuso entonces: «¿Luego tú eres Rey?» Y Jesus contestó: «Tú dices que Yo soy Rey.»

David habia cantado: *El Señor me ha establecido Rey sobre su santa montaña de Sion* (la Iglesia) *para anunciar sus mandamientos*. Jesus, que continúa respondiendo á Pilatos, describe del mismo modo su soberanía: «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad: todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz.» Pilatos exclamó entonces: «¿Qué cosa es verdad?»

No hay en todo el Evangelio rasgo histórico mas notable que este. No solo pinta para siempre á los grandes y jueces de la tierra, sino que encierra el resumen práctico de toda la filosofía y la última palabra de la sabiduría humana. El romano, al pronunciar aquellas palabras, no espera una contestacion, seguro como se halla de que no hay contestacion para esas palabras.

Pilatos se dirigió á los acusadores de Jesus, y les dijo: «Yo no hallo crimen en Él.» Tal decision, despues de un interrogatorio tan corto, da á conocer que el juez estaba instruido en lo que concernia al acusado, y que no se dejaba engañar por los clamores de los judíos. Estos, sin embargo, continuaron acusándole y calumniándole, mientras Él callaba como lo habia hecho en casa de Caifás. Al juez tocaba pedir pruebas; pero Pilatos, sin saber qué hacerse, dijo á Jesus: «¿No oyes estas cosas de que te acusan?» Pero Jesus á nada respondia, y Pilatos estaba muy admirado: no comprendia que habiéndole dicho Jesus lo que bastaba á ilustrar su conciencia, no le debia ya nada, y que á él, juez, le tocaba defender al hombre á quien encontraba inocente. Pilatos tenia la desgracia de ser de esos hombres que se cuidan poco de saber lo que es la verdad y que dudan que haya una verdad, siendo débiles siempre ante la mentira poderosa. Los judíos comprendieron al momento la ventaja que les daba aque-

lla debilidad, y se pusieron á clamar mas y mas fuerte contra Jesus, diciendo: «Subleva al pueblo por la doctrina que predica en toda la Judea, desde Galilea hasta aquí.»

Al oírles hablar de Galilea, Pilatos creyó haber encontrado una salida: Jesus, como galileo, se hallaba bajo la jurisdicción de Herodes, y le envió ante aquel príncipe, que se hallaba entonces en Jerusalem.

Herodes se alegró de ver á Jesus, figurándose que obraría delante de él algun gran milagro, y se puso á interrogarle con mucha detención; pero Jesus nada le contestó ni á él ni á los acusadores que le habían seguido. El príncipe y sus cortesanos, heridos por aquel silencio, le trataron con irrisión, imitando á los criados de la casa de Caifás: púsosele una túnica blanca semejante á la que solía ponerse á los locos, y se le volvió á enviar al tribunal de Pilatos, dando gracias á este último por su cortesía; de modo que Herodes y Pilatos, que antes eran enemigos, se reconciliaron.

Pilatos, sin embargo, no quería condenar á Jesus, y no atreviéndose á libertarle por un acto de su autoridad, propuso un arreglo á los judíos. «Ya sabeis, les dijo, que no he encontrado crimen en este hombre, y que lo mismo le ha sucedido á Herodes. Así, pues, no merece la muerte: haré, pues, que le castiguen, y lo enviaré á otro lugar.»

Hé aquí la justicia de Pilatos: pero sea que aquel medio no le pareciera seguro, sea que ante sus mismos ojos le pareciese odioso, propúsoles otro.

En la solemnidad de la Pascua, el pueblo tenía el derecho de poner en libertad á un penado, y como hubiera en la cárcel de Jerusalem un famoso malhechor llamado

Barrabás, sedicioso, ladrón y asesino, Pilatos propuso á los judíos que eligieran entre Barrabás y Jesus, porque, aun cuando no hubiera hecho aquel ofrecimiento á los escribas y á los sacerdotes, cuyo odio conocia, contaba con que el pueblo se decidiera por el inocente. Una circunstancia singular llegó á hacer mas vivo el deseo de Pilatos de no condenar á Jesus: envíele su mujer á decir que no se mezclara en la causa de aquel Justo, porque por causa de él habia sufrido mucho en un sueño que habia tenido aquel mismo día.

Pero muy pronto recibió Pilatos el desengaño. Los fariseos habian predispuesto á la multitud, y, por otra parte, Barrabás, ladrón, homicida y sedicioso, no era impopular. Barrabás representa perfectamente á aquella multitud y á las de su mismo género que suelen mostrarse en el mundo: en el exterior solo se ve, es cierto, á algunos sediciosos, á algunos homicidas; pero en su alma, en el interior, lo son muchos. Esa multitud preferirá siempre á Barrabás, porque todo aquel que hace el mal ó quiere hacerlo, pide que se encadene á Jesucristo y que se quiten las cadenas á Barrabás. Algunos intérpretes hacen la observacion de que Barrabás significa *hijo de su amo*, y que el amo de toda aquella gente era, como Jesus se lo habia dicho, Satanás. Así, pues, cuando Pilatos hubo hecho su proposicion, la multitud, con gran sorpresa suya, exclamó: «Danos á Barrabás.» Y repuso Pilatos: «¿Qué quereis que yo haga al Rey de los judíos, á Jesus llamado Cristo?» Los judíos exclamaron: «¡Crucifícale!» Aquel era el suplicio de los esclavos, y los esclavos lo pedian para Aquel que les habia dicho: «La verdad os hará libres.»

Pilatos repuso: «¿Qué mal os ha hecho? Yo no hallo

en él causa por que merezca la muerte.» Pero los judíos redoblaron sus clamores, gritando siempre: «¡Crucifícale! ¡crucifícale! ¡danos á Barrabás!» Pilatos empezó á temer que todo aquello degenerara en sedicion comprometiendo personalmente, y dió al mismo tiempo la orden de soltar á Barrabás y de azotar á Jesus.

Ordinariamente la flagelacion precedia al cumplimiento de la sentencia de muerte: despojábase al paciente, golpeándole cuatro soldados, sin contar los golpes, con unas correas de cuero armadas con unas bolas de plomo, hasta que dejaban al descubierto las venas y los tendones, y aquel suplicio era tan cruel, que con frecuencia sucumbian los pacientes.

Despues que Nuestro Señor lo hubo sufrido, los soldados romanos, ó por sí mismos ó á instigacion de los judíos, quisieron divertirse con Él, como ya lo habian hecho en casa de Caifás y de Herodes. Cubriéronle con un manto haraposo de grana, claváronle en la cabeza una corona de espinas, colocaron en sus manos maniatadas una caña en forma de cetro, y doblando la rodilla, le decian: «Dios te salve, Rey de los judíos.» En seguida, como para vengarse de aquellos falsos homenages, le escupian y le abofeteaban, profecía siniestra de la rabia de los renegados. La sed de ahogar al Hijo de Dios en el oprobio, es el carácter mas señalado y á la vez el mas profético de la pasion. Jesus sufria todo sin quejarse, sin volver la cabeza, mudo como el cordero á quien se degüella, tal cual sus Profetas le habian representado.

Cuando Pilatos juzgó que ya habia hecho lo bastante, y que los judíos debian estar contentos, salió del pretorio y les dijo: «Ved que os le saco fuera para que veais que no hallo en él crimen alguno.» Mostroles, pues, á Jesus

ensangrentado, desgarrado, con la corona de espinas en la cabeza; con las manos atadas y las espaldas cubiertas con la púrpura irrisoria, y dijo: «Ved aquí al hombre.»

El pueblo se calló, pero las gentes del templo y de la Ley con sus satélites clamaron: «¡Crucifícale! ¡crucifícale!» Pilatos, irritado, repuso: «Tomadle allá vosotros, y crucifícadle: porque yo no hallo en él causa.»

Aquella era la cuarta declaracion que Pilatos hacia en favor de Jesus, y aun debia hacer otra. Los judíos respondieron: «Nosotros tenemos Ley, y segun la Ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.» Así, al crimen de Estado que Pilatos no queria admitir, los judíos sustituan un crimen de religion.

Aquellas palabras redoblaron las perplejidades y los terrores secretos de Pilatos. Jesus le habia inspirado respeto, y Pilatos pensaba en si Aquel sabio de quien se contaban tantas y tan grandes maravillas, Aquel héroe de paciencia, Aquel hombre puro, seria hijo de alguna divinidad. Volvió á entrar en el pretorio, y dijo á Jesus: «¿De dónde eres tú?» Mas Jesus no le dió respuesta, y Pilatos repuso: «¿Á mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para dejarte libre?»

Jesus, mostrando su compasion hácia aquel poderoso de la tierra, se dignó entonces decirle estas palabras: «No tendrias poder alguno sobre Mí, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que á ti me ha entregado, mayor pecado tiene.»

Estas son palabras de gracia de que Pilatos podia aprovecharse; desgraciadamente para él seguia buscando un medio para salvar á Jesus sin comprometerse, pero no le encontró, y los judíos en tanto seguian gritando: «Si á

este sueltas, no eres amigo del César, porque todo aquél que se hace Rey, contradice á César.»

Así presentaban una acusacion de lesa majestad, crimen irremisible ante Tiberio, y la débil conciencia de Pilatos cedió ante aquellas palabras. Sentándose en su tribunal, presentó á Jesus á los judíos, diciéndoles: «Hé ahí vuestro Rey;» pero ellos exclamaron: «¡Crucifícale! ¡crucifícale!—¿Crucificaré á vuestro Rey? volvió á decir Pilatos.—No tenemos mas Rey que el César, contestaron los príncipes de los sacerdotes.» Así dan un testimonio mas directo de que habia llegado el tiempo del Mesías á quien niegan; pero pronto conocerán quiénes son sus predilectos Barrabás y César. El tumulto iba en aumento, y Pilatos se decidió; pero quiso dar el último testimonio de la inocencia de Jesus, que debia ser tambien el último testimonio de su propio crimen. Hizo que le trajeran agua, y lavándose las manos ante el pueblo, dijo: «Soy inocente de la sangre de este Justo, y vosotros respondereis de ella.» Los judíos exclamaron entonces: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

Despues de esto, Pilatos les entregó á Jesus para que le tratasen como quisieran.

En Belen se vió brotar nuevas virtudes; aquí surgen crímenes nuevos, tipos asquerosos del odio á la justicia y del desprecio hácia la verdad. ¡Qué descendencia ha de salir de ese Judas, de ese Caifás, de esa multitud! ¡Cuántas veces, por la union de los traidores y de los apóstatas, volverá á aparecer la vil figura de ese Pilatos, cuya inteligencia absuelve á Cristo y cuya cobardía le crucifica!

CAPÍTULO XXXI.

La Cruz.

Segun los testos de San Márcos y San Mateo, los soldados volvieron á empezar las escenas anteriores, y Jesus, condenado, sufrió por segunda vez sus golpes y sus injurias. El hombre se complace en los sufrimientos del hombre, y rara vez, cuando el impío llega á tener poder sobre el justo, se contenta con quitarle la vida. Por fin los soldados y el populacho le sacaron fuera de la ciudad al lugar llamado el Calvario, en hebreo *Gólgatha*. Segun una tradicion antiquísima, Adan, el primer pecador, fue allí sepultado, y el Calvario era el lugar de las ejecuciones capitales. Nada debió faltar á la injuria del suplicio que el Hijo de Dios quiso sufrir para rescatar al mundo, y toda la infamia que se daba al sitio del Calvario no podia compararse á la infamia de los hombres. El Calvario era, pues, el punto de las ejecuciones capitales, y Jesus murió en él; pero San Juan Crisóstomo da sobre eso, y entre otras, una razon que los incrédulos ignoran y que los renegados olvidan: «El Señor, dice, no quiso sufrir en el templo ni en otro lugar, á fin de que no creyéramos que solo habia muerto por el pueblo judío, y sufrió fuera de la ciudad, mas allá de sus muros, á fin de que supiéramos que era un sacrificio para todos, que es la oblacion de todo el mundo y la purificacion del género humano.»

Jesus, al salir del pretorio, llevaba una cruz, realizan-

do la figura de Abel conducido por su hermano al campo donde debia matarle, la figura de Isaac cargado con la leña del sacrificio, la figura de José y de su túnica teñida en sangre. Al mismo tiempo con aquello se cumplia una de las profecías de gloria concernientes al Mesías: *Llevará sobre sus hombros el signo de su poder.*

Dos criminales eran conducidos por la misma escolta para sufrir la misma pena, porque en otra profecía estaba escrito: «Fue puesto entre dos malhechores.»

De aquel modo atravesó Jerusalem.

Pero sucumbia al sufrimiento no teniendo mas que las fuerzas humanas, y, por temor sin duda de que espirara en el camino, los soldados detuvieron en las puertas de la ciudad á un hombre que pasaba, imponiéndole la obligacion de que llevara la cruz. Aquel hombre se llamaba Simon: era de Cirene, y padre de dos discípulos. Simon significa *obediente*, y Cirene *heredero*, y por eso Simon es la figura del pueblo idólatra, antes extraño y ahora heredero por su obediencia. En vez del judío que se habia hecho indigno, Simon toma sobre sí la gloriosa ignominia.

Seguía mucha gente, parte de ella silenciosa y parte gritando y vociferando, y habia tambien algunas mujeres que lloraban. Jesus se volvió á ellas, y las dijo: «Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre Mí: antes llorad sobre vosotros mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán dias en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar.»

Al llegar al Calvario se le dió á beber un vino mezclado con hiel que se daba á los condenados para adormecerles; pero Jesus le probó, y no quiso beberlo. Al pasar por aquella amargura, Jesus expiaba las intemperancias

de los hombres, y cumplía las profecías; al negarse á beber rechazaba el alivio artificial, mostrando que conocía la amargura del pecado, puesto que sufría su pena, aunque sin haber recibido su veneno.

Después los soldados le despojaron. Adán, vencido, buscó una vestidura; Jesús se despoja de ella para vencer, y, revestido del esplendor de su inocencia, sube á la cruz. Así como el primer hombre había habitado en el Paraíso, así debe entrar el segundo en el Paraíso desnudándose en el dintel de los signos de la mortalidad.

«Y le crucificaron allí y á los ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda.» Así habla el Evangelista San Lucas, y el versículo siguiente explica cómo los discípulos de Cristo no tienen el menor acento de cólera contra sus verdugos. Mas Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

Solo una circunstancia nublaba el triunfo del Sinedrio. Pilatos había hecho poner un rótulo sobre la cabeza de Jesús, que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos;» y como todos podían leerlo, porque estaba escrito en hebreo, griego y latín, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: «No escribas *Rey de los judíos*, sino que Él dijo: Rey soy de los judíos.» Pero Pilatos, ya cansado, no les hizo caso, y creyendo que Jesús era hijo de David, es decir, realmente Rey de los judíos, como le había llamado durante el proceso, replicó duramente: «Lo que he escrito he escrito.» Sea, pues, escrita la soberanía de Dios en la lengua hebraica, que es la lengua del pueblo de Dios, y en la lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en la lengua latina, que es la del imperio y la del mundo. Y vosotros, ¡oh griegos inventores de las artes! vosotros, ¡oh judíos herederos de las

promesas! vosotros, ¡oh romanos, señores de la tierra! venid á leer esa inscripcion. Muy pronto vereis á ese hombre abandonado de sus propios discípulos reunir á todos los pueblos bajo la invocacion de su nombre; muy pronto las naciones incrédulas, hácia las cuales estiende sus brazos, vendrán á recibir el ósculo de paz que debe reconciliarles con el verdadero Dios.

Los Evangelistas relatan otra circunstancia en la que podemos reconocer la misericordia con que Jesus quiso multiplicar y cumplir las profecías, hasta en sus mas insignificantes pormenores, para que concluyera nuestra incredulidad. Los soldados, despues de haber crucificado á Jesus, tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes; pero echaron á suerte la túnica, que era inconsútil, para que se cumpliese la profecía que dice: *Repartieron mis vestidos entre sí y echaron suertes sobre mi túnica*. Judíos y paganos, jueces, grandes, doctores, pueblo y populacho y soldados, y todos los que insultaron, golpearon y escupieron á Jesus, todos los que le quitaron la vida, todos encendieron otros tantos faros luminosos para que brillara mejor su divinidad. Cuantos golpes le dirigieron rasgaron el velo que encubria esa divinidad; y encarnizados en desgarrar el cuerpo del Hombre, no notaron que dejaban descubierto á Dios.

Otras profecías, que debian cumplirse mas tarde, germinaban en el Calvario, porque la Pasion de Jesucristo debia ofrecer el tipo de los triunfantes sufrimientos de su Iglesia. Los enemigos de Jesus eran dueños de Él en aquel momento, y al ver á Jesus en la cruz le maldecian, exclamando: «¡Ah! tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.»

Tambien Satanás le habia dicho: « Si eres el Hijo de Dios, arrójate de aquí, » y, como se ve, la voz de los hijos se parece á la del padre. El pueblo se burlaba, y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, mezclados con el pueblo, se burlaban aun con mayor amargura, diciendo lo que desde entonces no se ha dejado de repetir: « Á otros salvó, y á Sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y le creeremos. Confío en Dios: líbrelo ahora, si le ama; pues dijo: Hijo soy de Dios. »

Escitados por aquellos clamores, los soldados le insultaban á su vez, y, por fin, los ladrones, crucificados á su lado, últimos personajes que no podian faltar en aquella escena y que completan los tipos de la incredulidad tales como deben aparecer en todos los tiempos, se unieron á los blasfemos sacrílegos.

Pero Dios, ultrajado, quiso que allí mismo recibiera el mundo el ejemplo de la confesion mas perfecta y de la oracion mas misericordiosamente atendida. Uno de aquellos ladrones, cambiando de lenguaje, dijole al otro: « ¿Ni aun tú temes á Dios estando en el mismo suplicio? Nosotros, en verdad, recibimos lo que merecen nuestras obras, mas este ningun mal ha hecho; » y volviéndose á Jesus, añadió: « Señor, acuérdate de mí cuando volvieres á tu reino. » Hé aquí la humildad edificante, la fe profunda, la esperanza firme, todo lo que Dios pide al pecador, y por eso Aquel que ha venido á buscar á las ovejas extraviadas de la Casa de Israel, Aquel que ha dicho: « Quien no se avergüence de Mí ante los hombres, no me avergonzaré de él ante mi Padre, » Jesus, el Hijo único de Dios, respondió al ladron: « En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso. »

En el centro de aquella turba indiferente, hostil y aun furiosa, al pie de la Cruz, un grupo de cuatro personas daba algun consuelo á los ojos y al corazon del Hombre-Dios. María, su madre, le habia seguido hasta allí; María escuchaba los clamores, los insultos, las injurias; María veia correr la sangre de su Hijo, manteniéndose en pie al lado de la Cruz. Con ella estaba su hermana María, mujer de Cleofás, madre de aquellos á quienes se llamaba los *hermanos del Señor*, y con ella se hallaban tambien María Magdalena, la pecadora, y Juan el discípulo. Pedro no se encontraba allí, y como no se puede creer que el temor le tuviera lejos desde que salió anegado en llanto de la casa de Caifás, ni mucho menos que le faltara el amor, debe creerse, ó que se hallaba entre la multitud, donde tambien habia otras santas mujeres, ó que, obedeciendo al mandamiento de Nuestro Señor: «cuando estés convertido confirma á tus hermanos,» se estaba ocupando ya en reunir á los Apóstoles dispersos para fortalecer su fe. Si en este punto pudiera acusarse á Pedro, es seguro que lo hubiéramos sabido por su discípulo el Evangelista San Márcos, es decir, por el mismo Pedro.

Nuestro Señor, al ver á su Madre y al discípulo á quien amaba, exclamó: «Mujer, ahí tienes á tu hijo;» y en seguida dijo á Juan: «Ahí tienes á tu madre.» Juan representaba los hijos de la Iglesia, y por aquel testamento de la Cruz María fue dada por madre á todos los fieles, y el cristianismo se halló enriquecido con las gracias superabundantes del consuelo y de la misericordia. Ya á Jesus solo le restaba morir. El sol se oscureció: aquellas tinieblas que empezaron poco despues de la crucifixion, y que duraron casi hasta el instante en que Jesus dió el último

suspiro; aquellas tinieblas no eran la noche, como las alegres claridades de la noche de Belen no habian sido el dia: eran una manifestacion de duelo y de estupor de la naturaleza; eran aquel signo en el cielo que los judíos habian estado pidiendo á Jesus, que entonces recibian sin comprenderlo, como iban á recibir, sin comprenderlo tampoco, el signo de Jonás. Llegaba ya la hora nona, es decir, segun nuestro modo de contar, las tres de la tarde. Cuando Adan pecó, oyó la voz de Dios en el jardin á la hora en que se levanta la brisa, pasada la mitad del dia, y en aquella misma hora el nuevo Adan, reparador de todas las cosas, abandonando su silencio, exclamó con voz fuerte: «*Eli, Eli, lamma sabachtani!*» ¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has desamparado? Estas son las primeras palabras del Salmo xxi, Salmo profético de toda la Pasion, cuyas principales circunstancias describe. Jesus declaraba cumplidas aquellas profecías, y al mismo tiempo, como hombre sometido á la pena del abandono interior, descubria el mas oculto y el mas amargo de sus sufrimientos.

Á fin de que la Escritura se cumpliera, Jesus dijo tambien: «*Tengo sed;*» palabra equivalente á la que habia dirigido á la Samaritana. Aquella sed que tanto le atormentaba era la sed de la salvacion de las almas, sed que vuelve á aparecer en el mismo sentido de amor divino, y á la vez como la expresion del sufrimiento fisico. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y uno de aquellos hombres mojó en él una esponja, y atándola al extremo de una caña, la aproximó á los labios del Crucificado, que probó aquel brebaje. El Profeta habia escrito: *En mi sed me han dado á beber vinagre*: nada faltaba ya á los rasgos del sacrificio, y Jesus dijo: «*Todo se ha consumado.*» Despues, levantando de nuevo la voz con fuerza, exclamó: «*¡Padre, Pa-*

dre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» E inclinando la cabeza, ESPIRO.

Así muere el Señor de la muerte. Aquella libertad de inteligencia y de voluntad en la Cruz, aquel testimonio del cumplimiento de todas las circunstancias anunciadas en los Profetas, revelaban la plena libertad de Aquel que habia dicho: «Tengo el poder de dejar mi vida, y el poder de recobrarla.» Otros signos manifestaron en el instante la gloria de Dios hecho hombre: rasgose el velo del templo, huyendo los misterios antiguos; la tierra se estremeció, las tumbas se abrieron, los muertos volvieron á la vida, y el oficial romano que presidia la ejecucion exclamó: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.» Pero en tanto que aquel gentil alababa á Dios en alta voz, los judíos, sobrecogidos de espanto, se daban golpes de pecho, y volvian silenciosamente á sus casas: ninguno confesaba el crimen, y la mayor parte de ellos, si lo lamentaban, era solo porque empezaban á temer que no pereziese el nombre de Jesus.

En tanto, á fin de que los ajusticiados no permaneciesen en la Cruz el dia del sábado, algunos soldados enviados por Pilatos rompieron, por habérselo así pedido los judíos, las piernas de los dos ladrones; pero viendo que Jesus habia cesado de vivir, en vez de hacer lo propio con Él, uno de los soldados le dió una lanzada en el costado, y de aquella herida salió sangre y agua. Segun la opinion comun, el agua, que era natural y elemental, figuraba el bautismo, y la sangre figuraba la Eucaristía; y por esto, dicen los Padres, la Iglesia, cuyos dos principales sacramentos están representados aquí, ha salido del costado de Jesucristo muerto, como Eva salió del costado de Adan dormido. Tambien esa circunstancia cumplia las profe-

cías: No rompereis sus huesos.— Verán á Aquel á quien han atravesado. Nada fue fortuito en aquella escena divina: desde el principio hasta el fin de ella, los hombres, al ejecutar los designios mas meditados de su malicia y al abandonarse á los caprichos mas imprevistos de sus instintos depravados, solo consiguieron hacer que resplandeciera la luz que querian apagar, glorificando mas y mas lo que querian cubrir de ignominia.

La Sabiduría, que desbarataba sus planes en el presente, cuidaba de desbaratarlos tambien para el porvenir.

Jesus, dueño de las circunstancias de su muerte, cumplia las profecías como Profeta: sabiendo lo que la herejía llegaría á inventar para poner en duda la realidad de su sacrificio, arregló todas las circunstancias de manera que pusiera para siempre á cubierto el alimento con el cual debia vivir el mundo. Desde los primeros siglos de la Iglesia, todos los sofismas que hoy vuelven á salir á luz se habian ya inventado, y los Padres habian respondido á ellos con argumentos que aun conservan toda su pureza. El Hijo del Hombre, dicen, no sufrió en su naturaleza divina; pero sufrió como hombre, y era necesario que sufriese. Si Jesus despues de haber vivido en la tierra hubiese desaparecido súbitamente, se le hubiera tomado por un fantasma; y así como se prueba la realidad y la incombustibilidad de un vaso entregándole á la accion del fuego y sacándole de él intacto, así el Verbo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se sirvió en la Redencion del género humano es á la vez real y superior á la muerte, porque al entregarle á la muerte demostró cuál era su naturaleza, y al retirarle de la muerte demostró su divinidad. Hizo aquel milagro para acabar con la locura que deificaba á los hombres mortales; enseñó de

ese modo que el único verdadero Dios es Aquel que en la muerte triunfa de la misma muerte y la lleva vencida entre sus trofeos. No ha muerto para su triunfo personal, sino para destruir la muerte del hombre, y por esto, al dejar su cuerpo por su propia voluntad y por su propio poder, ha sufrido, sin embargo, una muerte violenta y pública. Si su cuerpo hubiera estado enfermo, si se le hubiera visto disolverse, hubiese sido extraño que Aquel que curaba todas las enfermedades sintiera en sí mismo sus ataques y llegara á ser presa suya. Si despues de haber muerto en la soledad sin mal ninguno, se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo se hubiese creído en la narracion de su muerte y de su resurreccion, puesto que es preciso morir para resucitar? ¿Cómo hubiera anunciado públicamente su resurreccion despues de una muerte secreta? No quiso forzar hasta tal punto la fe, dando pretesto á las mentiras que los hombres no hubieran dejado de forjar en justificacion de su incredulidad.

Se dirá que hubiera debido por lo menos buscar una muerte gloriosa y evitar aquellas espantosas y repugnantes ignominias. No, no: Jesus debia, por decirlo así, sus mejillas á los golpes y á la saliva, su frente á las espinas, su espalda á los azotes, sus pies y sus manos á los clavos, su costado á la lanza, y todo su cuerpo á la Cruz. Era preciso que se pudieran ver todas las manos que le han tocado; era preciso que aquellas ignominias fortificaran para siempre á las víctimas de la crueldad y de la injusticia, y que corrieran como un bálsamo de salvacion hasta por las llagas legítimas de los criminales; era necesario que por siempre, á la profundidad de los calabozos y á la misma abyeccion de los presidios, llegara el resplandeciente sol de la Cruz.

¡Se quiere para Él una muerte dulce, ó una muerte gloriosa! ¿Para qué? ¿Sin duda para que hubiéramos visto al imbécil género humano atreverse á sospechar que Dios no tenia poder contra toda especie de muerte? El atleta lucha y vence al enemigo que se le presenta; y Aquel que es la Vida ha vencido á la muerte tal cual se la presentaron, á la muerte mas cruel, mas vergonzosa, mas antigua y mas universalmente maldecida, la que mayor motivo debia dar para que le despreciaran y le humillaran: esa fue la muerte que Jesus quiso vencer, para concluir tambien, á la vez que con ella, con los oprobios y con las maldiciones que sobre ella pesaban. No es decapitado como Juan, ni mutilado como Isaías, ni se le rompen los huesos como á los demas ajusticiados, porque era preciso que su cuerpo permaneciera intacto é indivisible en la muerte, sin que sirviera de pretesto á los que quieren dividir á la Iglesia. Muere con los brazos estendidos sobre la Cruz, á fin de atraer con una mano al antiguo pueblo y con la otra á las naciones llamadas, reuniéndolas en su amantísimo corazon. Muere elevado en alto, para espulsar á los demonios del aire y prepararnos el camino que va á los cielos.

«Y Dios se hallaba en Jesucristo reconciliando al mundo.»

CAPITULO XXXII.

La señal de la Cruz.

La Cruz en la antigüedad tenia un significado siniestro y degradante, como si en ella se encontrara toda la ignominia de los suplicios públicos, y con ese mismo carácter se presenta en los libros santos: «El que es atado á la madera es maldito por Dios.» Á causa de estas palabras, Isaías dice, hablando proféticamente de Jesucristo: «Nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres;» llamando á Jesus en otra parte «el humillado.» La Cruz era, pues, mas que un suplicio, era una maldicion, y por eso tenemos la exclamacion profética del *Libro de la Sabiduria*: «Condenémosle á la muerte mas vergonzosa;» exclamacion que los judíos debian repetir luego con escarnecimiento con esta palabra: *¡Crucifícale!* Es decir, sea muerto y sea maldito, como si quisieran que el oprobio del suplicio hiciera lo que acaso la muerte por sí misma no lograria hacer. Los judíos no conciben que pueda haber sobre la tierra hombres que se presenten como discípulos de un crucificado.

La Cruz era tambien para los romanos la madera infamante, el árbol de ignominia; en una palabra, el suplicio de los esclavos. Tarquino colgó de la cruz los cuerpos de los ciudadanos que se habian dado muerte por no servir de juguete á sus caprichos; Graco pidió la infame cruz para Publio Popilio, y Séneca dice que una muerte

voluntaria debe prevenir la vergüenza de la muerte en la cruz. Ciceron habla de la cruz con mayor energía, y Plutarco cuenta que todavía en su tiempo se paseaba con gran pompa á un perro puesto en cruz como memoria de la empresa del Capitolio, donde los perros se habian dormido.

Pero al mismo tiempo, no solamente los judíos, sino los mismos paganos, presentian el misterio de la Cruz. Unos y otros, largo tiempo antes de Jesucristo, oraban sirviéndose del signo de la Cruz, y, de un modo ó de otro, siempre y en todas partes, el signo de la Cruz representa la actitud de la oracion, es la postura que la caracteriza. Jacob, figura del Mesías, crúzase los brazos cuando pide la bendicion del cielo para los dos hijos de José, colocando la mano derecha sobre el niño que estaba á su izquierda, y la mano izquierda sobre el niño que estaba á su derecha. De ese modo las manos del patriarca formaban la Cruz y anunciaban las bendiciones que debian descender del Crucificado. Moisés sube en silencio á la montaña al empezar la batalla contra los amalecitas, y allí, en pie, con las manos abiertas y los brazos estendidos, ora, y los hebreos quedan vencedores, porque aquel combate prefiguraba los del Verbo Encarnado contra Satanás, enemigo de la Cruz, por la cual es y será vencido.

En el templo se hacia tambien la señal de la Cruz; el sacerdote elevaba primero la hostia del sacrificio, dirigiéndola despues de Oriente á Occidente, y del mismo modo bendecian los sacerdotes al pueblo. Así es que el sacerdocio católico solo tuvo que añadir á esa señal las palabras augustas que, con la señal misma, forman el compendio de todo el Cristianismo. EN NOMBRE DEL PADRE, Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.

Se ve en Ezequiel á un personaje misterioso que recibe la órden de atravesar por Jerusalem, cubierta de abominaciones, para marcar con el signo *T* á los que gimen por la iniquidad, y se dice que los que lleven ese signo serán salvados y los otros muertos. Hé aquí la Cruz y su virtud: así, dicen los Santos Padres, será salvo el hombre en cuya frente brille el signo de salvacion, el que gima por las escenas que ese signo prohíbe.

En la postura de la cruz, con los brazos estendidos, Sanson venga á Israel, David pide auxilios contra su hijo parricida y sus súbditos sublevados, Salomon da gracias por haber concluido el Templo, diciendo: «Mirad, Señor, mi oracion,» y los habitantes de Israel invocan á Dios al verse amenazados por Sennacherib.

Los paganos oraban llevando la mano derecha á la boca y besándosela; pero aquella mano formaba el signo misterioso, porque en ella se cruzaba el índice sobre el pulgar. Los mismos paganos en las ocasiones solemnes oraban como los judíos, con las manos estendidas sobre el pecho. Así vemos á Bruto al saber la muerte de Lucrecia; Anquises invoca así á los dioses, y la estatua que tenia en Roma la *Piedad pública* se halla como Moisés, con los brazos en cruz. Y ¿quién no sabe que en los monumentos de todos los pueblos se han encontrado señales y presentimientos del misterio de la Cruz?

La Cruz se reproduce en el ave que vuela, en el hombre que nada, y ni el ave ni el hombre pueden sostenerse de otro modo; el mismo cielo, en sus cuatro puntos cardinales, nos presenta los brazos de la Cruz. Platon dice que el poder mas próximo á Dios se estendió sobre la tierra en forma de Cruz; San Agustin aplica á la Cruz las palabras de San Pablo que desea comprendan los fieles,

sobre la longitud, la altura y la profundidad del misterio de Jesus.

«Nosotros oramos, dice Tertuliano, con las manos estendidas porque somos inocentes, con la cabeza descubierta porque no tenemos que avergonzarnos. Pedimos larga vida para los Emperadores; pedimos la felicidad para sus pueblos; pedimos la paz del mundo.» ¡Y los Emperadores enviaban al Circo á los hombres que dirigian á Dios esa oracion, á los que morian sin dejar de orar enseñando por su muerte el poder de la Cruz! Un dia, imperando Diocleciano, se llenó el anfiteatro de fieles de Cristo, que, con las manos estendidas y los ojos elevados al cielo, se mantenian inmóviles sin manifestar temor ninguno. Los espectadores temblaban, y los jueces tenian miedo. Soltose á las fieras, que se precipitaron rugiendo; pero todo el pueblo las vió detenerse ante un jóven de veinte años que, en pie, en el centro del Circo, con los brazos en cruz, rogaba á Jesucristo, sin acordarse ni de las fieras, ni del pueblo, ni de la muerte. En otra ocasion, tambien en Roma, la vírgen Inés, de edad de trece años, condenada á morir por el fuego, entró serena en la hoguera con los brazos estendidos bendiciendo á Dios, y las llamas se alejaron de ella amenazando á los que las atizaban. Así, por medio de millones de análogos prodigios, manifestó Dios la virtud del sacrificio de Jesucristo; los multiplicó sin frustrar los santos designios de sus mártires, y por misericordia hácia sus verdugos.

Y así fue cómo, en tres siglos, aprendió el mundo á hacer la señal de la Cruz.

CAPÍTULO XXXIII.

La sepultura.

La virtud de la Cruz, que muchos experimentaban ya, continuaba manifestándose. En tanto que la mayor parte de los discípulos y los mismos Apóstoles, á escepcion de Juan y acaso de Pedro, se hallaban aun ocultos, el Centurion hablaba, y dos discípulos se presentaron intrépidamente.

Un hombre rico llamado José, de la ciudad de Arimatea, miembro del Sinedrio, se atrevió á presentarse ante el gobernador á título de discípulo, pidiéndole el cuerpo de Jesus para enterrarle. Pilatos le dió aquel permiso, y al momento José se dirigió al Calvario acompañado de Nicodemus, su colega en el gran Consejo, y que, como él, habia protestado aquella mañana contra la sentencia dada contra Jesus. José habia comprado una sábana nueva; Nicodemus llevaba cien libras de mirra y de bálsamo, y sin temor á las miradas y al odio de los judíos, ni á la impureza legal en que incurrian los que tocaban á un cadáver, separaron á Jesucristo de la Cruz. Aquello era una cosa estraña en gentes de tan alta condicion, y habia allí algo mas que una prueba del amor que inspiraba Jesus; si se piensa en la circunstancia en que lo hicieron, no se puede menos de ver en ello un primer milagro de aquel espíritu de fuerza y de luz que el Maestro habia anunciado á los que creyeran en Él.

La Virgen habia permanecido al pie de la Cruz con

Juan, María Magdalena y otros fieles. Según la tradición conservada por los mas antiguos intérpretes, Nicodemus separó los clavos, José sostenia el Cuerpo, María Magdalena y Juan lloraban, y la Madre de Jesus, sin lágrimas, ofrecia á Dios lo que habia exigido su justicia, sin que aquel sacrificio escediera á su amor. Ella recibió, á medida que se separaban, los clavos teñidos en la sangre de su Hijo, estrechándole en su seno virginal que le habia concebido. Nuevamente María Magdalena bañó con sus lágrimas aquellas plantas divinas que la habian dado su salvacion; nuevamente Juan colocó su cabeza sobre aquel pecho que ya habia tocado, y del que su inteligencia y su corazon sacaron todo lo que un hombre puede saber de los secretos de Dios.

Después de la lanzada que hizo correr la sangre y el agua, todos aquellos que tocan el Cuerpo del Salvador pertenecen á la Iglesia. Los enemigos se han retirado; solo la Iglesia se halla presente con María á la cabeza, y solo Ella se apropia el Cuerpo de Jesus para reproducirlo por la consagracion eucarística y para conservarlo siempre.

José y Nicodemus procedieron después á sepultar el Cuerpo, según el uso de los judíos: ungiéronle con perfumes, ligáronle estrechamente con las vendas que habían llevado, y cubrieron su rostro con el sudario. Esta solicitud, que manifiesta su piedad, manifiesta tambien que no se acordaban de las promesas de la Resurreccion, ó que no las habian entendido en su sentido natural. Así lo permitió Dios, para que se asentara mas sólidamente, contra las negaciones futuras, la realidad de su muerte y la realidad de su resurreccion. Como aquellos que le han dilacerado, los fieles le palpan con sus propias manos:

ven la frente desgarrada por las espinas, las señales y cicatrices profundas, la ancha herida del corazón; ven sus ojos apagados, la frialdad y la insensibilidad del cadáver, la realidad de la vida y la realidad de la muerte. Y debe añadirse que si Jesús no hubiera sucumbido con los tormentos de la Pasión y de la Cruz, sus mismos discípulos le hubieran matado al sepultarle. Así, pues, cuando atestiguan, á costa de su vida, que Jesús murió y resucitó, son dignos de toda fe, porque le vieron y le tocaron cadáver, y porque, hasta tanto que no le hubieron visto y tocado lleno de vida, no hubo en ellos fe ninguna en cuanto á la Resurrección. Después del *consummatus est* el amor quedó, pero la fe se apagó por completo, y esto es lo que la Iglesia expresa el Viernes Santo cuando apaga sucesivamente todos los cirios, excepto uno, que representa á María. La fe no podía perecer en el corazón de María; pero la augusta confidente guardaba el secreto divino, que era para ella á un tiempo mismo un tesoro de fe y un abismo de dolor.

Terminado el amortajamiento, José, Nicodemus y Juan llevaron el cuerpo á un jardín próximo al Gólgota, donde había un sepulcro abierto en la roca, sepulcro que José había mandado construir hacia poco tiempo, destinándole para sí mismo. Jesús no había tenido cuna, y se le presta un sepulcro; aun en la muerte, el Hijo del hombre no tiene una piedra donde descansa su cabeza; pero todo eso entra también en las disposiciones de su Providencia y forma parte de las enseñanzas de su sabiduría. Nada prueba mejor, por una parte, que todo le pertenece, y, por otra, que ha nacido y que ha muerto para los demás. ¿Por qué había de tener la propiedad de la sepultura Aquel sobre quien la muerte no tenía dominio nin-

guno? ¿Por qué había de tener una tumba en la tierra quien está permanentemente en el cielo? El sepulcro es la habitacion de la muerte, y Jesucristo es la vida; quien vive eternamente, no necesita de la morada de los muertos.

Sin embargo, aquel sepulcro, por el que solo había de pasar, debía tambien, y á pesar de eso, ser abierto en roca y no profundizado en la tierra, á fin de responder á aquellos que quisieran decir que el Cuerpo se había arrebatado furtivamente; y debía ser nuevo, para que figurara en cierto modo la virginidad del seno de María. El sepulcro que recibió el Cuerpo del Señor ha sido siempre virgen como el seno que le concibió. Un seno virginal le engendra, y un sepulcro nuevo le recibe; y José, que le da ese sepulcro, es llamado el *Justo*, como María es llamada la *Virgen*. En el seno de la Virgen el Hijo del hombre no encontró la mancha del pecado, y en el sepulcro del Justo no ha de llegar á Él la mano de la corrupcion. En ninguna parte aquel Cuerpo, pobre materia de sufrimiento, se ha separado de la pureza y de la santidad: como verdadero hombre, Jesus acepta las condiciones mas humillantes de la humanidad; como verdadero Dios, le acompaña siempre la pureza, única compañera digna de su santidad.

Enterrado y amortajado ya Jesus, los hombres cerraron la entrada del sepulcro, colocando con gran trabajo una piedra de grandes dimensiones, y se marcharon cuando ya las primeras estrellas del sábado se mostraban en el cielo.

Por la vez primera, la fiesta del sábado recibia su significacion profética, ya realizada. Lo que se dijo en el *Génesis*, de que Dios, concluida la obra de la creacion en seis

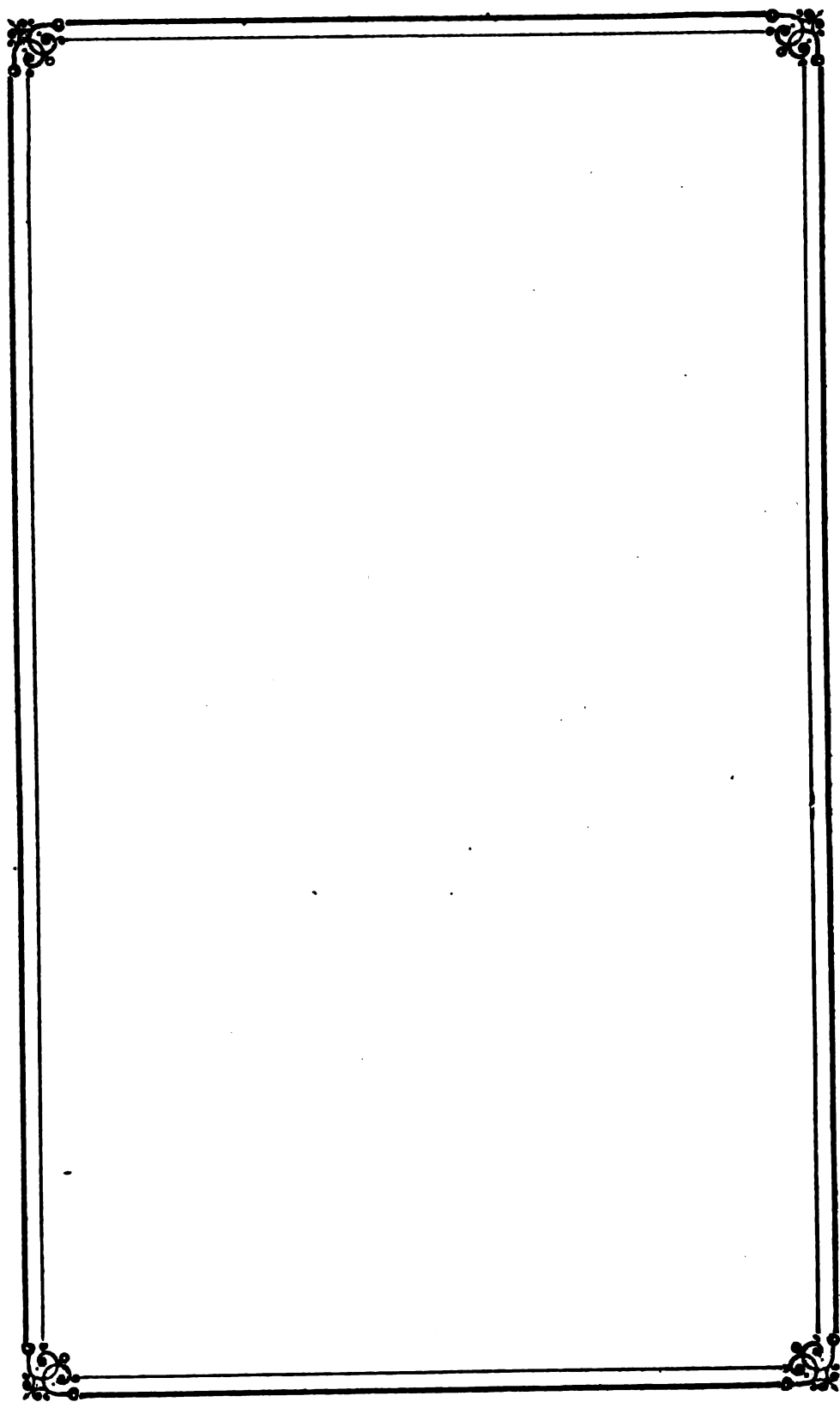
días, descansó el sétimo, es una profecía de la obra de la Redencion; porque Dios no se cansó al crear el mundo, y, por lo tanto, no necesitó de descanso, y no descansó. Pero la Redencion, obra del Hombre-Dios, fue un trabajo prolongado y duro que fatigó realmente al Divino Obreiro: mas costó á Jesucristo disipar las tinieblas de la idolatría, que crear la luz; mas le costó restaurar en el hombre la imagen de Dios, desfigurada por el pecado, que formarla por vez primera.

Al mismo tiempo que cumple las profecías, termina su obra y descansa, el Dios-Hombre no cesa de obrar: amortajado, completa la enseñanza que quiere dar, y añade una gracia á las gracias que ya ha dado. Para parecerse mas al hombre, pasó por la humillacion de la sábana, del sudario y de la tumba; y por misericordia hácia el hombre, al entrar en la tumba, la quitó su horror. Jesus pasó por aquella noche por la que es preciso pasar; ese camino que hay que tomar, es uno de sus caminos, y, como todos sus caminos, conduce á Él, conduce al cielo. Jesus ha formado un pueblo que no teme los sufrimientos, que no teme la Cruz, que no teme la muerte, y que mas bien desea todas esas cosas; y, con los ojos fijos en Jesus, nosotros decimos el *descanso de la tumba*, como podíamos decir el descanso del cielo.

En tanto que los amigos de Jesus, por respeto á la Ley cuya abrogacion no les era aun conocida, imponian la inaccion á su piedad y á su dolor, los fariseos, tan escrupulosos guardadores del sábado, no temieron infringirlo. Poco tranquilizados por los acontecimientos de la víspera, y acordándose perfectamente de lo que los discípulos olvidaban, fueron á ver á Pilatos, y le dijeron: «Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor, cuando todavía esta-

ba en vida: «Despues de tres dias resucitaré.» Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia, no sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: «Resucitó de entre los muertos;» y será el postrer error peor que el primero.»

Los fariseos habian visto con harta claridad' cuán grande era el miedo de los discípulos para que temieran sus tentativas: temian, pues, otra cosa: temian el milagro. Pilatos les respondió: «Guardas teneis; id y guardadlo vosotros.» Fueron entonces al sepulcro, y dejaron en él unos guardas, despues de haber sellado la piedra. ¡No sabian qué testimonio era el que iba á dar aquel sello!



LIBRO IX.

JESUS RESUCITADO.

CAPÍTULO XXXIV.

La Resurreccion.

La resurreccion tuvo lugar al rayar el alba: por su propio poder, sin auxilio ni intervencion de ninguna otra fuerza, sin romper ni separar la losa, penetrándola con la sutileza de su cuerpo glorioso, Jesus salió de la tumba como habia salido del seno virginal de María.

Los guardas nada vieron; no vieron al Hombre-Dios, pero vieron otra cosa. Tembló la tierra; el Ángel del Señor descendió del cielo, arrancó la enorme losa, y se sentó en el sepulcro, fulgurante como el rayo. Ante aquel espectáculo los guardas quedaron como muertos; pero pudieron ver, cuando el Ángel abrió el sepulcro, que Jesucristo no estaba en él, y que solo quedaban la sábana y el sudario, únicos testigos de lo que habia pasado.

Durante aquel tiempo, María Magdalena, María la madre de Santiago y Juan, Juana y otra María, se dirigieron al sepulcro llevando los perfumes y los aromas que habian preparado: las tres salieron de Jerusalem muy temprano; pero María Magdalena se habia adelantado á las otras dos.

Magdalena llegó al sepulcro antes de que fuera dia

claro, y lo halló abierto; no veía á los guardas, y sin detenerse y apresuradamente corrió á advertírselo á Pedro y Juan. «¡Han arrebatado el cuerpo del Señor!» les dijo. En esto los dos Apóstoles corrieron al sepulcro; Juan llegó el primero, miró, vió la sábana y el sudario, pero no entró en él: Pedro entró, sacó la sábana, y entonces empezaron á creer en la resurreccion con fe imperfecta y por lo que veían, no por lo que Jesus les habia dicho. Ni Pedro ni Juan comprendían aun lo que se halla en las Escrituras y lo que habían oído: que Jesus resucitaria de entre los muertos.

María Magdalena, que habia ido con ellos al sepulcro, no se resolvió á salir de aquel sitio, donde permanecía sola y llorosa. De pronto se inclinó para mirar al sepulcro, y vió en él á dos Ángeles sentados, el uno donde habia estado la cabeza, y el otro donde habían estado los pies del Señor. Uno de los Ángeles la dijo: «Mujer, ¿por qué lloras?» Sumida en su dolor, y sin mirar á los Ángeles, María Magdalena exclamó: «Han arrebatado el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» En aquel momento apareció un hombre, á quien ella no reconoció, y que también la dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas?» Magdalena creyó que aquel hombre era, según su vestidura, el jardinero, y siempre con la misma idea en la mente, siempre con la vista fija en el sepulcro, respondió: «Si tú le has arrebatado, dime dónde le has puesto, y yo lo llevaré.» ¿Qué palabras! ¿Qué fuerza de amor! Yo, mujer, yo, yo sola, seré bastante fuerte; yo le cogeré en mis brazos y le llevaré.

Jesus (porque era Él) repuso: «¡María!» Y entonces María, que le reconoció, volviose exclamando: «¡Maestro!» y arrojándose á sus plantas, se abrazó á ellas.

Jesús la dijo entonces que aun volvería á verle, es decir, que permanecería algunos días con los suyos, y añadió: «Ve á encontrar á mis hermanos y diles estas palabras: Yo voy hacia mi Padre y vuestro Padre, hacia mi Dios y vuestro Dios.»

En tanto que María Magdalena iba á encontrar á los Apóstoles para cumplir con su misión, María Salomé, madre de Santiago y de Juan, y la otra María, volvían al sepulcro acompañadas de Juana y otras santas mujeres de Galilea, y á su vez quedaban consternadas al ver vacío el sepulcro. De pronto dos hombres, revestidos de brillantes túnicas, se mostraron ante ellas, sin que ellas se atrevieran á levantar la vista del suelo; pero uno de los Ángeles les dijo: «No os asustéis; sé que buscáis á Jesús Nazareno que ha sido crucificado. ¿Por qué buscáis entre los muertos á quien está vivo? Jesús no está aquí; ha resucitado como lo dijo; acordaos de lo que os habló, estando aun en Galilea: «Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero día;» ved aquí el lugar en donde le pusieron. Mas id, y decid á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis, como os lo dijo.»

Pedro es objeto de una mención especial á causa de su dignidad, y por que ni él ni nadie dude de que se le ha perdonado su triple falta.

Las santas mujeres se acordaron de las palabras de Jesús, y, sobrecogidas de espanto y colmadas de júbilo, corrieron á llevar á los Apóstoles la feliz nueva.

Marchaban de prisa, cuando se les apareció Jesús y les saludó como el Ángel Gabriel había saludado á la Virgen el día de la Anunciación: *Avete*. Aproximáronse ellas,

le adoraron, y Jesus las dijo: «No temais. Id á decir á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán.»

María, Juana y las demas mujeres se apresuraron á contar á los Apóstoles lo que habian visto y oido; aquello confirmaba tambien lo que ya habian sabido por María Magdalena, pero no habian creido á Magdalena, y no creyeron á los nuevos testigos, considerando como un delirio lo que decian.

Los príncipes de los sacerdotes lo creyeron mas fácilmente, y despues de oir la relacion de los guardas colocados en el sepulcro, se reunieron en consejo con los ancianos. Todos, como hombres cautos, comprendieron que el partido mas seguro era evitar que se hablase de ello, y sobre todo que se hicieran pruebas oficiales. No molestaron á los discípulos, y menos á los soldados, que al contrario recibieron una suma de dinero para que dijeran que los discípulos habian arrebatado el cuerpo de Jesus mientras ellos dormian. Así, en efecto, lo dijeron; pero la fábula debió parecer grosera aun á los judíos de Jerusalem que no se convirtieron. En cuanto á la obstinada incredulidad de los Apóstoles, hay seguramente en ella algo de misterioso que escede al límite de la razon, y por eso sin duda San Gregorio dice que su causa se hallaba menos en su enfermedad que en nuestras necesidades. De sus dudas sobre la Resurreccion, que tantas pruebas han exigido, brota una claridad que fortalece nuestra fe: aquellos hombres, por cuya palabra debia creer el universo entero, fueron los mas difíciles en persuadirse, y Jesus resucitado solo venció su resistencia poniéndose á su vista, y, por decirlo así, en sus manos. Pedro fue el primero que, segun las santas mujeres, recibió aquel favor el dia mismo de la resurreccion, lo cual prueba hasta

qué punto fue sincero el arrepentimiento del Apóstol y que el perdón fue digno de Dios.

Hé aquí, pues, aquel milagro de Jonás tan severamente anunciado á los judíos. La Resurreccion es el último rasgo de aquellas figuras por las cuales no solo las palabras, sino la vida misma de los Patriarcas y Profetas, forman en su conjunto una imágen y una historia anticipada de Jesucristo. Jonás, la paloma errante enviada para convertir á Nínive, la paloma viva en la muerte, es el tipo del paso de Jesucristo al través de la tumba con las diferencias que deben existir entre el hombre y Dios. Jonás rechaza primero su mision por miedo de que la salvacion de Nínive convertida fuera la pérdida de Israel, y Jesus quiere la salvacion de Israel y del mundo: Jonás, iluminado por Dios, pide que se le arroje al mar parâ salvar al buque que le lleva, y Jesus se entrega por sí mismo; y si el buque de Jonás se salva por su sacrificio, la humanidad se salva por la Cruz. Jonás, que cae vivo en las entrañas del monstruo marino, no muere, y á los tres dias es arrojado vivo; por un milagro mucho mas extraordinario Jesus sale vivo de las entrañas de la tierra, á las que ha descendido muerto. Vuelto entre los hombres, Jonás va á predicar, no á los judios, sino á Nínive; Jesus enviará sus Apóstoles á predicar la penitencia y el perdón al mundo entero.

CAPÍTULO XXXV.

La Ascension.

El día de la Resurreccion, dos discípulos iban de Jerusalem á la aldea de Emaus, que distaba sesenta estadios (unas tres leguas). Iban hablando de lo que habia pasado, cuando un hombre, al parecer peregrino, se les aproximó, siguió su mismo camino, y les preguntó de qué hablaban y de qué procedia su tristeza. Uno de los discípulos le respondió: «Tú solo eres forastero en Jerusalem, y ¿no sabes las cosas que han pasado estos dias?—¿Qué cosas?» dijo el viajero: y ellos repusieron: «De Jesus Nazareno, que fue un varon Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y delante del pueblo, y cómo le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros principes á condenacion de muerte, y le crucificaron; mas nosotros esperábamos que Él era el que habia de redimir á Israel, y este es el tercer dia que esas cosas han tenido lugar.»

Espresso así su desaliento, los discípulos contaron con el acento de la duda cómo algunas de las mujeres que seguian á Jesus decian que estaba vivo, y lo que tambien se decia de que su cuerpo no estaba en el sepulcro. Entonces el viajero desconocido les dijo: «¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que los Profetas han dicho! Pues qué, ¿no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas para que entrase en su gloria?» En seguida, empezando por Moisés, y siguiendo á todos los

Profetas, esplicoles lo que se ha dicho de Cristo en las Escrituras.

Habian llegado cerca del lugar en que tenian que detenerse, y el viajero pareció que queria ir mas lejos; pero los discípulos insistieron para que se quedara, diciéndole: «Quédate con nosotros; se hace tarde.» Entró, pues, con ellos, y con ellos se sentó á la mesa; pero mientras allí estaban, cogió el pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo presentó. En aquel momento los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron al Señor; pero el Señor desapareció, y se dijeron uno á otro: «¿Por ventura no ardia nuestro corazon dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba y nos esplicaba las Escrituras?»

Ardiendo en el fuego de la caridad de que les habia llenado la presencia de Jesus, se volvieron inmediatamente á Jerusalem, y encontraron á los Apóstoles, que decian: «El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido á Pedro.» Ellos mismos contaron lo que habian visto, pero aun muchos no lo querian creer.

Y como los Apóstoles estuvieran hablando de estas cosas, apareció Jesus en medio de ellos, y les dijo: «La paz sea con vosotros.» ¡La paz! Esta es la promesa de Belen; esta es la palabra que Jesus les dijo al dejarles en el monte Olivete: la paz es el don de Jesus. Pero los discípulos temblaban y creian ver un espíritu, porque Jesus se encontraba delante de ellos estando cerradas todas las puertas, y Jesus les dijo: «Yo soy, no temais; ved mis manos y mis pies; tocadlos: el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Mostroles en seguida sus manos, sus pies, la llaga de su costado; pero ellos, aunque llenos de alegría, no podian aun persuadirse de que fuera verdaderamente el Señor vivo en su carne. Jesus

les preguntó entonces si tenían algo que comer, y le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel, de los que comió en su presencia, diciéndoles en seguida: «Recordad las palabras que os hablé estando aun con vosotros: «Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mí en los Profetas.» Y abriéndoles el espíritu para la inteligencia de las Escrituras, prosiguió: «Era menester que Cristo padeciese y resucitase al tercer día de entre los muertos: vosotros sois testigos de estas cosas, y debe predicarse en mi nombre la penitencia en todas las naciones, empezando por Jerusalem.» Ha revelado la verdad de su cuerpo real, y manifiesta en el momento la unidad de su cuerpo místico, de la Iglesia nacida en Jerusalem, destinada á esparcirse por toda la tierra; de la Iglesia que ha de ser siempre, compuesta de judíos y de gentiles, una sola y misma Iglesia.

Habiendo hablado así, repitíoles por segunda vez: «La paz sea con vosotros; como mi Padre me ha enviado, yo os envío.»

Tomás, uno de los Once, no se hallaba con sus hermanos cuando tuvo lugar aquella aparición, que luego le relataron; pero Tomás respondió: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no pongo mi dedo en su costado, no lo creeré.» Ocho días después, los discípulos se encontraban en la misma casa, y Tomás con ellos, y se les apareció Jesús diciéndoles: «Paz á vosotros.» Después, dirigiéndose á Tomás, añadió: «Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.»

Tomás exclamó entonces: «¡Señor mío, Dios mío!» y Jesús repuso: «Porque me has visto, Tomás, has creído: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

Después de aquellos acontecimientos, los Apóstoles y los discípulos volvieron á Galilea, donde les habia citado el Señor. Pedro, los hijos del Zebedeo, Natanael, Tomás y otros dos, se encontraban pocos días mas tarde á orillas del lago de Genesareth, y Pedro dijo á los otros: «Voy á pescar.» Los otros le siguieron entrando con él en la misma barca; pero aquella noche nada pescaron.

Al rayar el alba, Jesus se mostró en la orilla, los discípulos no le reconocieron, y Él les dijo: «Hijos, ¿no tenéis nada que comer?—No, le respondieron.» Jesus añadió entonces: «Echad la red á la derecha y cogereis.» Hicieronlo así, y tanto se cargó la red, que no podían sacarla. Juan, al ver aquello, dijo á Pedro: «Es el Señor; y Pedro, al oírlo, se puso su túnica, se la ciñó, y se arrojó al mar, mientras los otros sacaron la red á la orilla á fuerza de brazos: habia en ella ciento cincuenta y tres peces grandes, y, á pesar de eso, no se rompió. Aquella pesca, en que la red no se arroja al azar, sino que se arroja á la derecha, figura la Iglesia que llega al puerto eterno llevando á los elegidos. Hay siete pescadores, para que se represente la universalidad del sacerdocio católico, y en el número ciento cincuenta y tres, según la interpretación de San Agustín, se expresa la unidad de Dios, la Trinidad y la humanidad. La red no se rompe, porque entonces ya no habrá que temer ningún cisma, y todo llega á la orilla estable, al descanso, á la paz.

Al llegar á tierra, los discípulos vieron unos carbones encendidos, sobre los cuales habia un pez; Jesus les dijo: «Venid y comed;» sin que ninguno de ellos se atreviera á preguntarle quién era, aunque sabían muy bien que era el Señor.

Despues que hubieron comido , Jesus dice á Pedro: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?» Pedro respondió: «Sí, Señor; ya sabes que te amo.» Jesus le dijo entonces: «Apacienta á mis corderos.» Despues volvió nuevamente á preguntarle: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas?» y Pedro respondió por segunda-vez: «Sí, Señor; ya sabes que te amo.» Y nuevamente le dijo Jesus: «Apacienta á mis corderos.» Por tercera vez Jesus le preguntó: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro, afligido por aquella insistencia, respondió: «Señor, conoces todas las cosas, y sabes si te amo.» Jesus le contestó entonces: «Apacienta á mis ovejas.»

Estas tres afirmaciones de Pedro, repetidas tres veces por las triples preguntas de Jesus, expiaban sus tres negaciones. «Debe mostrar , dice San Agustin , el mismo amor que temor mostrara en la Pasion.»

Despues de las dos primeras respuestas se confirma á Pedro la dignidad de Apóstol; despues de la tercera se ve revestido de la dignidad incomparable de Pastor de los Pastores. Este es el coronamiento de la gran obra de la Iglesia, y las palabras que Jesus añadió aseguraron la firmeza futura á Pedro, anunciándole al mismo tiempo su muerte gloriosa. «En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo te ceñías, é ibas á donde querias; mas cuando ya fueres viejo estenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará á donde tú no quieras.» Jesus le dijo tambien á él solo: «Sígueme;» como para señalar por un rasgo nuevo su dignidad , y la especie de fulgor del carácter singular de su martirio.

En seguida fueron los Once á la montaña en que Jesus les dijo que le verian, y se cree que allí fue donde le vieron á la vez mas de quinientos discipulos adorándole,

segun el testimonio de San Pablo. Aproximándose á los Once, Jesus les dijo :

« Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, enseñad á todas las naciones, y bautizadlas en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á guardar todo lo que Yo os he mandado. Y Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo. »

Tambien les dijo :

« Id por el mundo entero; predicad el Evangelio á todas las criaturas. El que crea y sea bautizado, se salvará; pero el que no crea, será condenado. Lanzarán demonios en mi nombre : hablarán nuevas lenguas. Quitarán serpientes, y si bebiere alguna cosa mortífera no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán. »

El Evangelio menciona nuevas apariciones de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que sigue se refiere á la décima y última, que tuvo lugar en Jerusalem, donde habian vuelto los Apóstoles. Comiendo con ellos, Jesus les ordenó que no se separaran de Jerusalem, sino que esperaran allí el cumplimiento de la promesa del Padre que habian recibido de sus labios, anunciándoles de nuevo el bautismo del Espíritu Santo.

Entonces, preocupados aun por el reinado temporal del Mesías, le dirigieron esta pregunta: « Señor, ¿ serán esos los tiempos en que restablecereis el reinado de Israel? »

El Espíritu Santo debia luego quitarles aquella idea; así que, Jesus se contentó con responder: « No, no toca á vosotros conocer los tiempos y señalar los momentos marcados por la Omnipotencia del Padre. Pero vosotros recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros del cielo, y vosotros sereis mis testigos en Jerusa-

len , en toda la Judea y la Samaria , y en la estremidad de la tierra. » Aquella será la toma de posesion del mundo.

Despues de haberles hablado así, el Señor les condujo fuera de la ciudad hácia la parte de Betania: allí, con sus manos atravesadas por los clavos, les bendijo, y en tanto les bendecia le vieron elevarse y subir á los cielos, hasta que una nube le ocultó á sus ojos.

Y como aun siguieran mirando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, y les dijeron: «¿Por qué mirais así? Jesus, que acaba de subir al cielo de en medio de vosotros, volverá un dia como lo habeis visto subir.»

CAPÍTULO XXXVI.

Los Apóstoles.—Pedro.

Los discípulos, asiduos en la oracion, esperaban con fe el cumplimiento de las promesas de Nuestro Señor.

El décimo día despues de la Ascension, que era el quincuagésimo de la Pascua, los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés, fiesta conmemorativa del advenimiento de la Ley promulgada cincuenta dias despues de la salida de Egipto, y fiesta durante la cual los judíos ofrecian las primicias de sus cosechas. Los Apóstoles y los discípulos que se hallaban reunidos oyeron de pronto un gran estrépito, como el de un viento impetuoso que descendia del cielo, y en el mismo instante se vieron circundados de llamas que se dividieron en lenguas de fuego, y se colocaron sobre sus cabezas y sobre las de las mujeres, llenándoles del Espíritu Santo, y dándoles aquel bautismo de fuego anunciado por San Juan Bautista. Así, en tanto que los judíos que se habian hecho indignos celebran la fiesta de la Ley antigua, la nueva Ley se promulga, y Dios declara á los que le llevan las primicias de sus campos que en adelante quiere otras cosechas.

Los Apóstoles, segun la inspiracion del Espíritu Santo, empezaron á hablar en diversas lenguas, y atraídos por aquella maravilla, acudieron á oirles grandes turbas de judíos de todas las naciones. Todos se maravillaban al escucharles; pero los judíos de la Judea decian: «Están embriagados:» Pedro, que se hallaba en medio de los Once, les dijo entonces, haciéndoles ver que era ya otro

hombre: «Ya os acordais de Jesus Nazareno y de los milagros que hizo entre nosotros. Os fue entregado, le crucificásteis y le quitásteis la vida; pero Dios le ha resucitado, y nosotros somos testigos de su resurreccion. Ha subido al cielo y ha enviado al Espíritu Santo á quien oís. ¡Oh Casa de Israel! sabe que Dios ha hecho Señor y Cristo á Jesus que crucificásteis.»

Así habló Pedro, en medio de Jerusalem, en frente de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos y del pueblo, mes y medio despues de la Pasion y muerte de Jesucristo. Esta es la primera persona del *Credo* que debe resonar por siempre en el mundo entero.

Entre los que le oían, muchos le dijeron: «Hermano, ¿qué debemos hacer?—Haced penitencia; recibid el bautismo en nombre de Jesucristo, para la remision de los pecados, y recibireis el don del Espíritu Santo.» Despues de instruirlos de ese modo, les exhortó á separarse de aquella raza corrompida, y aquel dia bautizó á tres mil personas. Tal fue la primera redada del pescador de hombres.

Los Apóstoles admiraban á Jerusalem con sus numerosos milagros. Un dia que Juan y Pedro iban á orar á la hora de nona, vieron á la puerta del templo á un cojo de nacimiento que pedia limosna. Pedro le dijo: «No tengo oro ni plata, pero doy lo que tengo: en nombre de Jesus Nazareno, levántate y marcha.» Cogióle al mismo tiempo por la mano, y el cojo, marchando alegremente, les acompañó al templo. Reunióse una gran multitud en torno de los Apóstoles, y Pedro dijo: «¿Por qué os maravillais de esto, ó por qué poneis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este? El Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo

Jesus, á quien vosotros entregásteis y negásteis delante de Pilatos, juzgando el que se debia librar. Mas vosotros negásteis al Santo y al Justo, y pedísteis que se os diese un hombre homicida, y matásteis al Autor de la vida, á quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y en la fe de su nombre he confirmado su nombre á este que vosotros habeis visto y conocéis, y la fe, que es en Él, le ha dado esta perfecta salud á vista de todos vosotros. »

Así el Apóstol, imputando á ignorancia su crimen contra Jesus, les apremió á que alcanzasen la fe, puesto que á ellos, en primer lugar, habia enviado Dios á su Hijo.

Mientras hablaba, los sacerdotes y los saduceos, con los guardas del templo, furiosos al ver á Pedro anunciar la Resurreccion, le prendieron juntamente con Juan. Hasta aquel momento los asesinos de Jesus no habian querido perseguir á sus discípulos; se recataban de hacerlo, no porque temieran su fuerza, sino porque deseaban apagar el recuerdo de su Maestro. Pero el milagro de Pentecostés y el de Pedro les hicieron cambiar de opinion.

Pedro y Juan, conducidos á la cárcel, comparecieron el dia siguiente ante el tribunal que habia juzgado al Salvador, y que estaba presidido por Anás y Caifás. Preguntóseles en nombre de quién y con qué potestad habian curado al cojo, y Pedro les respondió: «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis y á quien Dios resucitó de entre los muertos; y no hay salud de ningun otro, porque no hay otro nombre bajo del cielo dado á los hombres en que nos sea necesario ser salvos. »

Al oir esta respuesta, los jueces de Jesucristo se vie-

ron muy desconcertados; no encontraban medio de negar el milagro, y no querían pasar por él. El mejor partido les pareció el silencio: y creyendo que unos hombres de baja clase é ignorantes, como los discípulos, no resistirían á las amenazas, les prohibieron, con penas las mas severas, que enseñaran y hablaran en adelante bajo ningún título de Jesucristo. Pedro y Juan replicaron: «Juzgad vosotros si es justo delante de Dios oír á vosotros antes que á Dios. Pues no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oído.» Palabras son estas que la conciencia humana puede contar en el número de aquellas que le han salvado y que impedirán por siempre su ruina.

Los jueces redoblaron sus amenazas; pero no atreviéndose á castigarlos, pusieronles en libertad. Tal fue el primer proceso por que pasó la Iglesia que celebró su feliz éxito por un cántico en el que se manifiestan la poesía y el entusiasmo de un universo nuevo, y por el cual, los que recuerden qué era lo que se cantaba entonces en el mundo, admirarán la generacion victoriosa que acababa de nacer en el Calvario.

Todos los discípulos, con el mismo espíritu, levantando la voz á Dios, dijeron: «Señor, Tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos: Que en Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los Reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Porque verdaderamente se ligaron á una en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesus, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y

tu consejo decretaron que se hiciese. Y ahora, Señor, pon los ojos en sus amenazas, y concede á tus siervos que con toda libertad hablen tu palabra, estendiendo tu mano á sanar las enfermedades, y á que se hagan maravillas y prodigios en el nombre de tu Santo Hijo Jesus.»

Cuando hubieron orado así, tembló la casa en que se habian reunido, dándoles Dios esa prueba de que estaba con ellos siempre, y de que podia derribar á los judíos y la tierra. Los discípulos, llenos del Espíritu Santo, continuaron predicando como si nada tuvieran que temer, y cinco mil personas fueron bautizadas despues de la segunda predicacion de San Pedro.

Pedro no solo era el jefe espiritual, sino tambien el juez, y en cierto modo el Rey de aquella nacion nueva: innumerables milagros confirmaban su potestad; se colocaba á los enfermos en las calles á su paso, y quedaban curados con solo que la sombra del Apóstol diera en ellos.

Los príncipes de los sacerdotes y su partido, es decir, el partido de los incrédulos, vieron que necesitaban tomar otras medidas para concluir con lo que llamaban la secta de Jesus. Prendieron de nuevo á los Apóstoles y los encarcelaron; pero se les apareció un Ángel, les abrió las puertas de la cárcel, y les dijo: «Id y predicad libremente.»

Al dia siguiente, apenas se abrió el templo, fueron á predicar á la galería de Salomon, donde se les habia prendido despues de que curaron al cojo.

Entre tanto los jueces estaban reunidos y se les fue á decir que todo estaba en órden en la cárcel, las puertas cerradas y los guardas en las puertas, pero que los prisioneros habian desaparecido, aumentándose su admiracion cuando supieron que aquellos á quienes buscaban estaban enseñando libremente en las galerías del templo. Pren-

diéronles de nuevo, pero sin violencia por temor al pueblo, y el sumo sacerdote les preguntó « cómo despues de los preceptos que les habian impuesto se atrevian á pronunciar el nombre de Jesus. » « Habeis, añadió, llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y quereis echar sobre nosotros la sangre de *ese hombre*. »

Pedro y los Apóstoles respondieron: « Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros hicisteis morir poniéndole en un madero. Á este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y por Salvador, para dar arrepentimiento á Israel y remision de pecados. Y nosotros somos testigos de estas palabras, y tambien el Espíritu Santo, que ha dado Dios á todos los que le obedecen. »

Los jueces se consultaban entre sí sobre cómo les darian la muerte; pero un doctor fariseo muy respetado, llamado Gamaliel, que enseñaba la Santa Escritura, y que mas tarde se convirtió, pudo persuadirles de que no les hicieran nada, diciéndoles: « Si esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; pero si viene de Dios, no la podeis deshacer, y es de temer que resistais á Dios. » Para que tales palabras se pronunciaran en el tribunal que habia condenado á Jesus, y para que fueran aceptadas por la mayoría presidida por Caifás y Anás, era preciso que los milagros hubieran hablado con gran elocuencia. Sin embargo, el consejo mandó azotar á los Apóstoles y les intimó nuevamente la orden de que bajo ningun concepto hablaran de Jesus; pero ellos, llenos de júbilo por haber sido juzgados dignos de sufrir oprobio por el nombre de su Maestro, continuaron enseñando públicamente en el templo y en todas partes. Aumentaban tambien las conversiones, y se organizó una persecucion mas violenta.

Después de la Ascension, los Apóstoles habían completado el número de doce llamando al discípulo Matías, designado por la suerte para reemplazar al Iscariote. Mas tarde, á fin de descargarse del cuidado material de la comunidad, habían instituido siete diáconos de entre los discípulos. El primer diácono, llamado Estéban, había estudiado con Gamaliel.

Era Estéban un hombre lleno de fe, de ciencia, de ardor, y que hacia grandes milagros; y como los judíos griegos que habían tenido con él controversias públicas no estuvieran satisfechos del resultado de ellas, le acusaron de blasfemo y le llevaron ante el consejo, presentando también testigos falsos. Cuando Estéban se halló en presencia de los jueces, vieron ellos que su rostro resplandecía como el de un Ángel. El sumo sacerdote le interrogó, y él se defendió con superior elocuencia: mostró cómo los judíos habían perseguido siempre á los Profetas; cómo, fieles al mal espíritu de sus padres, acababan de quitar la vida á Aquel á quien los Profetas venían anunciando, al Mesías prefigurado por Moisés. Aquel discurso hizo comprender á los fariseos que la inteligencia de los libros santos salía de sus escuelas y pasaba á los discípulos de Jesús: se pusieron furiosos; pero mientras rechinaban sus dientes contra Estéban, Estéban, levantando los ojos, exclamó: «Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está á la diestra de Dios.»

Al momento los miembros del consejo, con grandes clamores, se precipitaron sobre él, y le arrastraron fuera de la ciudad para apedrearle. Según la ley, los testigos debían arrojarle las primeras piedras; y á fin de hacer ver que ejecutaban lo dispuesto, pusieron sus vestiduras á los pies de un joven discípulo de Gamaliel, ya doctor, y que

se hallaba allí como delegado de los jueces. Estéban, mientras se le apedreaba, decia: «Señor mio Jesucristo, recibid mi alma;» y, poniéndose de rodillas, dijo tambien: «Señor, no se les impute á crimen este pecado;» y al pronunciar estas palabras espiró, ó, como dice la Escritura, se durmió en el Señor. Estéban fue el primer mártir, el primero que recibió en este mundo el cumplimiento de la primera promesa hecha por Jesus á sus primeros discípulos: «Vereis el cielo abierto.»

Los judíos se consolaban de su nuevo crimen, diciéndose que al menos la *secta* no reemplazaria fácilmente al hombre lleno de ciencia, de elocuencia y de ardor á quien acababan de quitar la vida; però aquel jóven doctor á cuyos pies habian dejado los verdugos de Estéban sus vestiduras se llamaba Saulo; aquel jóven debia luego llamarse Pablo, y ser llamado el Apóstol en todas las lenguas humanas.

El martirio de San Estéban fue la señal de una gran persecucion en la que Saulo no permaneció inactivo, devastando la Iglesia, entrando en las casas y arrastrando por fuerza á las cárceles á los hombres y á las mujeres.

Todos los discípulos se dispersaron; pero los Apóstoles, aunque eran los mas amenazados, no salieron de Jerusalem por obedecer la órden de Jesus: otros fieles fueron bastante valerosos para dar honrada sepultura al cuerpo de Estéban; y, por lo demas, la persecucion y la dispersion tuvieron el efecto que el mundo se ha acostumbrado ya á verlas producir: el Evangelio se esparció rápidamente, y la Samaria se aprovechó de él la primera. El diácono Felipe, á ejemplo del Maestro, atravesó la barrera de la nacionalidad judáica, y cosechó allí donde Jesus habia sembrado. San Pedro y San Juan, tiernamente

unidos por la caridad, fueron de Jerusalem, en nombre del colegio apostólico, para administrar la confirmación á aquellos á quienes Felipe habia bautizado, comunicándoles los dones del Espíritu Santo.

Pero allí tambien se manifestó el primer hereje casi en el instante en que acababa de ser coronado el primer mártir.

Al ver los milagros de Felipe, un samaritano que traficaba con la magia pidió y obtuvo la gracia del bautismo, y cuando fue testigo de las nuevas gracias que seguian á la imposición de manos, ofreció dinero á los Apóstoles por que le diesen á él el poder de comunicar el Espíritu Santo; pero Pedro le dijo: «Tu dinero sea contigo en perdición, porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Haz, pues, penitencia de esta tu malicia: y ruega á Dios, si por ventura te será perdonado este pensamiento de tu corazón.»

El mago, asustado, suplicó á los Apóstoles que intercedieran por él; pero quedó sumido en su crimen, tratando de obtener el don de Dios, y fingiendo que lo habia obtenido para venderlo. Este es siempre el carácter de la herejía.

Los bautizados de la Samaria eran las primicias de una conquista mucho mas grande que el Evangelio iba á emprender en una época próxima. Los Profetas habian anunciado que el reino de Dios se abriria tambien á los paganos; Jesus habia dicho: «Enseñad á todas las naciones:» y humanamente parecia imposible llamar á los paganos sin imponerles al mismo tiempo todo el judaismo, ó sin destruir por aquel golpe á todos los judíos. Hasta entonces el Evangelio solo se habia predicado á los hijos

de Abraham, y solo los mas fervorosos de entre ellos lo habian abrazado, olvidándose de ciertas observancias farisáicas, pero mostrándose mas asiduos en el templo, y sin que les ocurriese siquiera la idea de que la circuncision pudiera ser abolida. Á sus ojos, todo incircunciso era impuro, y no se podia comer, beber, ni tener ninguna intimidad con él. ¿Cómo podia romperse aquella barrera? ¿Cómo podia imponerse á los gentiles la circuncision y la privacion de los alimentos declarados impuros? ¿Cómo se podia admitir en la Iglesia, únicamente compuesta de los judíos fieles, á unos hombres con cuyo contacto se creian manchados? Para esto era preciso una revelacion divina, y Pedro la recibió.

Habia en Cesárea un centurion de la cohorte itálica llamado Cornelio, hombre honrado, hombre de aquellos cuyo deseo llamaba á Dios. Aunque incircunciso, se habia hecho judío, como otros muchos, porque al menos el culto de Israel satisfacía en algo las aspiraciones del corazon. Oraba asiduamente, hacia limosnas, temia á Dios, y toda su familia era como él. Un dia un Ángel se le apareció hácia la hora de nona, la hora de la aparicion á Zacarías, la hora del cojo curado á la puerta del templo, la hora del último suspiro de Jesus.

El Ángel, al aparecerse á aquel hombre, le dijo: «Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios. Envía, pues, ahora hombres á Joppe, y haz venir acá á un hombre llamado Simon, que tiene por sobrenombre Pedro: este habita en casa de Simon el curtidor, que tiene su casa junto al mar: él te dirá lo que te conviene hacer.»

En el momento Cornelio llamó á dos de sus domésticos y á uno de sus soldados que temia á Dios, y les envió

á Joppe. Al dia siguiente, cuando los enviados de Cornelio llegaron á Joppe, Pedro subió á lo alto de la casa á hacer oracion, y sintiéndose con hambre, quiso desayunarse; pero en tanto le aprestaban el desayuno cayó arrebatado en éstasis y vió el cielo abierto, y que descendia un gran lienzo, en forma de vaso, atado por los cuatro cabos, en el que habia de toda clase de cuadrúpedos y reptiles de los declarados impuros por la Ley. Al mismo tiempo el Apóstol oyó una voz que le decia: «Pedro, levántate, mata y come.—No, Señor, repuso Pedro, porque nunca comí nada impuro;» pero la voz siguió diciendo: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú impuro.» La vision se renovó por tres veces, y luego el vaso se volvió al cielo.

Aquellos cuadrúpedos impuros figuraban á los paganos manchados por la impureza y sometidos á todas las pasiones brutales, y parecen descender del cielo, porque la eleccion divina se los daba á Pedro para que les recibiera en la Iglesia. *Mata y come*: haz que muera el hombre antiguo é incorpórale á tu unidad.

Pedro no comprendió en el momento la vision, pero cuando estaba pensando en ella llegaron los enviados de Cornelio, y el Espíritu le dijo: «Baja, y vete sin temor con ellos.» Habiendo, pues, recibido á los mensajeros, Pedro, al dia siguiente, les siguió, mostrándose ya el servidor de los servidores de Dios. Algunos de los hermanos del pueblo de Joppe le acompañaban, porque Pedro no va solo ni obra sin testigos.

Cornelio le esperaba con sus parientes y sus mejores amigos, y apenas le vió se arrojó á sus plantas; pero Pedro le levantó, y dijo: «Vosotros sabeis cómo es cosa abominable para un judío el juntarse ó allegarse á extranjero: mas Dios me ha mostrado que á ningun hombre lla-

mase comun ó inmundo. Y por esto sin dificultad he venido luego que me has llamado. Pregunto, pues: ¿por qué causa me habeis hecho venir?»

Cornelio le contó lo que le habia dicho el Ángel, añadiendo: «Y ahora nosotros todos estamos en tu presencia para escuchar todas las cosas que el Señor te ha mandado.»

Pedro, admirando la gracia que Dios habia hecho á los hombres anunciándoles la paz por Jesucristo, Señor y Salvador de todos, empezó á instruir á aquellos gentiles tan milagrosamente llamados, y mientras les instruia, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre todos los que le escuchaban, de modo que, con gran sorpresa de los fieles circuncisos, empezaron á hablar diferentes lenguas y á glorificar á Dios. Entonces Pedro dijo á sus compañeros: «¿Quién podrá negar el bautismo á aquellos que han recibido el Espíritu Santo?» Y mandó que fueran bautizados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

De vuelta á Jerusalem, el Apóstol tuvo que sufrir algunas reconvenciones de parte de los fieles por haber entrado en casa de los incircuncisos y haber comido con ellos.

Estas palabras y la reconocida autoridad de Pedro, que habia recibido las llaves para cerrar y para abrir, apaciguaron los escrúpulos judáicos, y los que habian murmurado concibieron una santa alegría, exclamando: «¡Gloria á Dios que ha dado la gracia de la penitencia á los extranjeros, á fin de que tengan la vida!»

CAPÍTULO XXXVII.

Los Apóstoles. — Pablo.

El muro de separacion empezaba á derrumbarse. Pedro, escogido para dar el primer golpe, habia abierto una ancha brecha en él, y el atleta que iba á concluir la obra, iba á formarse por las mismas manos de Jesucristo.

Despues de la muerte de Estéban, Saulo continuó persiguiendo con ardor á los fieles: era fariseo de raza, educado en Jerusalem, instruido, elocuente, acaso ambicioso, y habia tomado como objeto de su vida el mostrar el mayor celo por las tradiciones. Nacido en Tarso, pertenecia sin duda á la Sinagoga de los helenistas, cuya cólera por la polémica victoriosa de San Estéban habia encendido la primera persecucion. Saulo consintió en la muerte de Estéban, y participó de ella; pero la oracion del mártir habia subido al cielo por él.

Furioso todavía, y respirando solo venganza y muerte contra los discípulos de Jesucristo; no satisfecho con haber contribuido á arrojarlos de Jerusalem, Saulo pidió al sumo sacerdote cartas para la Sinagoga de Damasco, á fin de prender á los que se hallaban en aquella ciudad.

Seguia aquel camino: se aproximaba ya á Damasco, cuando de pronto le circundó una luz prodigiosa, cayó en tierra, y oyó una voz que le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Él exclamó: «¿Quién eres, Señor?» El Señor repuso: «Yo soy Jesus á quien persigues: dura cosa

es cocear contra el aguijon.» Esto muestra que ya la gracia luchaba en Pablo, quien, admirado y tembloroso, no resistió mas. «Señor, dijo, ¿qué quereis que haga?» El Señor contestó: «Levántate y entra en la ciudad, y allí te se dirá lo que te conviene hacer.»

Los que le acompañaban se habian detenido oyendo la Voz sin que vieran á nadie. Saulo habia visto el rostro luminoso y el Cuerpo glorificado del Salvador; y ante aquellos resplandores sus ojos se habian cerrado, y sus compañeros le cogieron por la mano y le condujeron á Damasco. Durante tres dias no comió ni bebió, y sus ojos seguian privados de luz.

El tercer dia, un discípulo llamado Ananías oyó la voz del Señor, que le dijo: «Levántate y ve al barrio que se llama Derecho, y busca en casa de Judas á uno de Tarso llamado Saulo, que ahora está orando.» Y en aquel mismo momento Saulo veia en espíritu á un hombre que le imponia las manos para que recobrase la vista. Ananías respondió al Señor: «Señor, he oido decir á muchos de este hombre cuántos males hizo á tus Santos en Jerusalem; y este tiene poder de los príncipes de los sacerdotes de prender á cuantos invocan tu nombre.» Pero el Señor le dijo: «Ve, porque este me es un vaso escogido para llevar mi nombre delante de las gentes y de los Reyes y de los hijos de Israel.»

Ananías fue en seguida á casa del perseguidor, le impuso las manos, y le dijo: «Hermano Saulo, el Señor Jesus, que te se apareció en el camino por donde venias, me ha enviado á fin de que recobres la vista y de que recibas el Espíritu Santo.»

Al instante cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas: vió, se levantó, recibió el bautismo, y, despues

de algunos dias pasados con los discípulos de Damasco, entró en las Sinagogas publicando que Jesus era el Hijo de Dios. Hecha esta confesion pública, se retiró al desierto, donde vivió, por decirlo así, á solas con Jesus que le habia convertido y que le instruia, y pasó varios años en una especie de soledad, siendo violentamente aborrecido por los judíos y algun tanto sospechoso para muchos fieles. Solo volvió á Jerusalem al cabo de tres años para ver á Pedro: no se conocia toda su virtud, y menos aun su genio, y nadie, incluso él mismo, preveia su vocacion especial para la conversion de los paganos. Todo eso empezó á descubrirse en Antioquía, donde San Bernabé, antiguo discípulo, como él, de Gamaliel, gobernaba una iglesia formada en su mayor parte de paganos convertidos. Pronto aquella iglesia llegó á un estado tan floreciente como la de Jerusalem, y en Antioquía fue donde los fieles, aceptando un epíteto dado por burla, tomaron el nombre de *cristianos*.

La conversion y la instruccion de San Pablo, debidas á un hecho visible de Jesus, son la última obra que el Salvador realizó, por decirlo así, personalmente. Por aquel milagro, mas admirable que una resurreccion, el Hijo de Dios dió á la Iglesia á un tiempo mismo no solo el mayor de sus Doctores, sino tambien el mas irrecusable de sus testigos. La inteligencia no puede oponer nada al testimonio de San Pablo respecto de la verdad completa de la historia evangélica. Pablo no es un ignorante á quien pudiera engañarse con fingidos milagros; ni un hombre á quien pudiese subyugarse por el prestigio de un momento y que creyera lo que oia contar; ni un filósofo á quien las seducciones de la imaginacion hicieron formarse un mito con cuya ayuda pudiera imponer al mundo sus ideas.

Es un contemporáneo, un sabio, un Doctor de la ley, un fariseo, un enemigo; hombre que resistió á los milagros y á la palabra cordial de Pedro, á la ciencia y á la elocuencia de Estéban, á los impulsos de su propio corazon, tan grande y tan generoso. No le convirtió la sangre de los mártires, no le convirtieron las lágrimas ni las virtudes de los fieles: humanamente nada podia ganar, nada, y todo lo iba á perder haciéndose cristiano; pero cae por tierra al ver la gloria de Jesus, pasa ante sus ojos como un relámpago lo que queria ignorar, se levanta otro de lo que habia caído, y se une con aquellos á quienes habia proscrito.

Se han inventado ciertas palabras para explicar la revolucion interior de que San Pablo nos dió el primer ejemplo, y que todos los siglos y todos los pueblos han visto se repetian; se ha dicho que era efecto de una especie de fiebre, de una *alucinacion*. «Pablo vió cruzar un relámpago, y creyó que veia la faz de Jesus: un trueno le hizo creer que oia su voz; creyó que comprendia de pronto lo que ya sabia.» Y así se explica la conversion del Apóstol, su vida, sus trabajos, su martirio, su doctrina, sin inculpar su sinceridad.

Gracias á Dios, la figura de San Pablo nos es perfectamente conocida, y la razon, ante esa figura, no puede prostituirse hasta el punto de negar lo que está visible. Si Jesucristo no hubiera vivido, si no hubiera muerto, si no hubiera resucitado, no habria sido el Hijo de María, el Hijo de David, el Hijo de Dios; si los doctores de Israel no hubieran podido reconocer en Él todos los rasgos del Mesías anunciado en las Escrituras, y si no hubiera sido el Hombre y el Dios que nos presenta el Evangelio, seguramente para San Pablo hubiese servido de poca cosa

la *alucinacion* del camino de Damasco. Tres años de soledad bajo la doble presion del odio furioso de los judíos y de la larga desconfianza de los cristianos, le dieron tiempo sobrado para volver en sí, y, en todo caso, al primer ensayo de la vida apostólica hubiera vuelto en su acuerdo. La vida apostólica, que jamás ha sido dulce para la naturaleza humana, nunca fue mas ruda que en aquellas épocas primeras, y nadie soportó su rigor y su peso con mas fe que San Pablo.

El Señor dijo á Ananías al enviarle á Pablo: *Yo le mostraré cuánto debe sufrir en mi nombre*; y cuando San Pablo escribió su segunda Epístola á los Corintios, por el año 57, unos diez antes de su muerte, habia sido azotado cinco veces por los judíos y tres por los romanos; los judíos le habian apedreado, dejándole por muerto en Listria; habia naufragado tres veces. «En caminos muchas veces, dice el mismo; en peligros de rios, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nacion, en peligros de los gentiles; peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros de falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigiliass, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y desnudez.» Hé aquí la vida que abrazó el hombre designado para jefe del poderoso partido de los fariseos; vida que Jesucristo le dijo por medio de Ananías que debia ser de sufrimientos por su nombre.

Pero en medio de aquella vida, de aquella cadena de fatigas, de angustias, de tormentos; ante el espectáculo que ofrecia un mundo en el cual vió imperar á Calígula, á Claudio, á Neron, Pablo nadaba en la alegría, y así lo confiesa él en palabras que se siente han salido del corazon. Cuatro veces, desde la aparicion de Damasco, la presencia visible de Jesus le trajo á la tierra el bálsamo de

la Cruz, la paz de los perseguidos, la esperanza de los condenados, la alegría de los abandonados; una vez el éstasis lo llevó á presencia del Hijo del Hombre, Señor del cielo, y oyó lo que ninguna lengua puede espresar; y tan lleno estaba del amor de Dios, que ha podido decir: «Yo no vivo; Jesucristo es quien vive en mí.» La vida de Jesucristo se manifestaba en él por una prudencia en la conducta, una dulzura y una caridad que esceden á la grandeza de sus revelaciones y de su genio. Pablo ha iluminado los secretos de la Gracia de la Predestinacion del Verbo Encarnado, de la vocacion de los gentiles, de las fuentes y de los efectos de los Sacramentos, de la nueva alianza y del nuevo sacerdocio, de la abrogacion de la ley y de nuestra libertad en Jesucristo; Pablo nos ha dado todas esas gracias con mano tan prudente como vigilante, con un corazon siempre humilde y siempre dulce. Todas las voces elocuentes que han enseñado en la Iglesia han alabado á Pablo, y Dios le alabó mas que nadie, queriendo que ese modelo del nuevo Sacerdote y del hombre nuevo fuera conocido particular y personalmente del género humano. Inspiró el libro de los *Actos de los Apóstoles* para afirmar la mision del apostolado, dar testimonio de la primacia de Pedro y dejarnos la historia y el eterno retrato de Pablo, Apóstol de las naciones, elegido, conquistado y formado por Nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo murió en Roma el año 67 de Jesucristo, y esa era su edad: fue decapitado en el camino de Ostia, que era la gran vía por donde el mundo entraba en Roma, en la capital del mundo, convertida por Pedro en capital de la Iglesia católica.

El mismo año, probablemente el mismo dia, Pedro, llevado por los mismos verdugos, fue crucificado. Dios le

sacó de manos de los judíos, á fin de que fuera á Roma para que el árbol de la Cruz profundizara allí sus raíces.

Roma, pues, tuvo un segundo Calvario y una segunda Cruz: la plantaron en el Vaticano, donde se hallaba el jardín de Neron, suelo profundamente regado por la sangre cristiana, donde los hijos de Cristo, cubiertos de resina, habian servido de teas que iluminaban los juegos del Emperador. Neron estaba rodeado de adivinos y de magos judíos que referian á su persona la esperanza del Mesías, y la influencia de aquellos hombres no fue estraña á la persecucion. Pedro fue crucificado de un modo particular; con la cabeza hácia abajo y los pies hácia el cielo. Sobre el Vaticano se levanta hoy la Basílica dedicada al Príncipe de los Apóstoles, y allí reside su sucesor, despues de diez y ocho siglos cumplidos, enlazado con Pedro por doscientos cincuenta y tres antepasados.—Tú eres Pedro, y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ti.

Otros Apóstoles habian sufrido ya el martirio. Santiago, hijo del Zebedeo, y Santiago, hijo de Alfeo, habian muerto en Jerusalem, el primero por orden del poder político, y el segundo por instigacion del sumo sacerdote. Andrés, hermano de Pedro, despues de haber evangelizado á los escitas, debia encontrar la Cruz en Acaya; otros esperaban la misma recompensa en las lejanas misiones á que su celo les habia llevado. Aunque no se conoce positivamente el fin de todos, hay motivo para creer que, á escepcion de San Juan, que murió de muerte natural despues de haber vencido al martirio, todos han dado á Jesucristo el testimonio de su sangre.

Contando á San Matías, designado por la suerte, á San

Bernabé, nombrado por los Apóstoles, y á San Pablo, elegido por una vocacion directa y especial, habia habido catorce Apóstoles, y de ellos, y cuarenta años despues de la muerte del Salvador, solo Juan quedaba vivo, ó por lo menos en evidencia en el círculo de la civilizacion romana, porque Dios conservó por largo tiempo ese apoyo al sucesor de Pedro, único Jefe de la Iglesia.

Juan se habia establecido en Éfeso, capital del Asia menor, centro de gran actividad intelectual. El voluble carácter griego solo veia en el Cristianismo un aguijon que le impelia á la region de las quimeras en las que coordinaba herejías, y de ese modo el paganismo y el judaismo, cubiertos con un barniz cristiano, se unian para negar la realidad divina y humana de Jesucristo y para destruir completamente su moral y su revelacion. Allí, por lo tanto, hacia falta la vigilancia de un Apóstol, y nadie podia atender mejor á aquella necesidad que el Apóstol cuya cabeza habia descansado sobre el pecho del Señor, el Apóstol que habia sido despues el compañero mas íntimo de San Pedro. Algunos rasgos de la vida de San Juan nos pintan su caridad y su firmeza. Cargado de años, imposibilitado para predicar, hacia que le llevaran á las Asambleas de los fieles, y no cesaba de repetir: «Hijos mios, amaos los unos á los otros, porque con esto se dice y se hace todo.» De su vigor apostólico da testimonio la persecucion que los paganos le hicieron sufrir. Metido en aceite hirviendo en Roma, bajo Domiciano, salió ileso, y fue desterrado á la isla de Patmos hasta la muerte del perseguidor. Durante ese cautiverio, ó poco despues, escribió el *Apocalipsis*, libro lleno de misterios y de belleza, siempre luminoso y siempre oscuro, libro del que la doctrina y la profecía surgen como de un manantial inagotable, libro que,

interrogado incesantemente, da al mundo solo por épocas las verdades que en sí encierra.

Al mismo tiempo que una profecía perpetua de los destinos de la Iglesia y un cuadro divino del gobierno y del poder de Jesucristo, el *Apocalipsis* es un cántico de triunfo; es el grito de amor y de victoria de los mártires, que conquistan el mundo para el Hijo de Dios. El Apóstol-Profeta cuenta los combates que ha de dar Satanás, y predice y celebra la caída de su imperio cuando mas seguro lo crea: «Y yo Juan vi la Ciudad Santa, la Jerusalén nueva, que de parte de Dios descendía del cielo, y estaba aderezada como una esposa ataviada para su esposo. Y oí una grande voz del Trono que decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo: y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios. Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya mas, y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron... Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero, para que tengan parte en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad. Fuera los perros, y los hechiceros, y los lascivos, y los homicidas, y los que sirven á ídolos, y todo el que ama y hace mentira. Yo, Jesus, he enviado mi Ángel para daros testimonio de estas cosas en las Iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente y de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que lo oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga: y el que quiere, tome del agua de la vida, de balde. *Amen*. Ven, Señor Jesus.»

Así el Apóstol, prisionero de Domiciano, respondía á aquellos que estaban derramando como querian y hasta

donde querian la sangre de los mártires. Domiciano se daba formalmente el título de Dios, y exigia que todo el mundo se le diera, fuera por escrito, fuera de viva voz; su estatua estaba puesta en el punto mas sagrado de los templos, y á la cabeza de sus cartas escribia estas palabras: «Nuestro Señor y Dios ordena.» El mundo obedecia á Domiciano. Los cristianos morian, lavaban sus vestiduras en la sangre del Cordero, en su propia sangre, para entrar, por la doctrina de los Apóstoles y por la sumision á sus enseñanzas, en la Ciudad Eterna donde no entrarán los idólatras, los impúdicos y los mentirosos. ¡Cuánta sangre habia ya corrido para dar testimonio de esta palabra de Jesus: «Tened confianza en Mí, Yo he vencido al mundo,» desde Estéban hasta este momento de la historia evangélica! Y Juan escribió: «Quien nace de Dios queda victorioso del mundo, y lo que consigue la victoria sobre el mundo es nuestra fe.»

Poco tiempo despues de haber publicado el *Apocalipsis*, y cuando ya eran conocidos los otros tres, el Apóstol publicó su Evangelio: San Mateo fue quien primero escribió lo que habia visto; San Márcos, discípulo y compañero de San Pedro, lo que recogió de los labios de su Maestro; San Lucas, discípulo y fiel compañero de San Pablo, lo que habia aprendido del gran Apóstol y de los imponentes testigos á quienes tantas ocasiones tuvo de interrogar. Por las súplicas de los sacerdotes y de los fieles, en el momento de dejar la vida, Juan escribió á su vez, á fin de mostrar «que Jesucristo es el Hijo de Dios, y que aquellos que creen en Él tienen la vida eterna.» Sin nombrar á los herejes ya espertos en propagar falsas doctrinas respecto á la persona y al carácter divino del Salvador, les refutó y al mismo tiempo dió testimonio, completán-

dolos, de los Evangelios que anteriormente habian aparecido.

Isaías, favorecido por la mas imponente vision que se concediera á los Santos de la antigua Ley, vió «al Señor sentado sobre un trono elevado y sublime que llenaba el recinto del templo, resplandeciente de majestad.» San Juan, recordando las palabras de Isaías, las aplica á Jesus: «Isaías ha visto su gloria y ha hablado de Él.» Esta es, dicen los Padres, la materia del Evangelio de San Juan. Los otros Evangelistas hablan mas de la humanidad de Jesus; Juan es verdaderamente el Evangelista de su divinidad. El leon, el hombre y el toro, símbolo de los otros, marchan sobre la tierra, y lo que esos Evangelistas nos dicen es, sobre todo, lo que Jesus ha hecho en la carne, recogiendo principalmente los preceptos que ha dejado á los que llevan el peso de la carne: Juan es figurado por el águila que toma su vuelo muy por encima de la enfermedad humana, por encima de todas las alturas, por encima de todo lo que ha sido creado para llegar á Aquel que todo lo crea, fijando sus penetrantes miradas en aquel sol de la verdad inmutable. San Juan Crisóstomo no teme decir que hay cosas que los Ángeles han sabido por la revelacion de San Juan.

Fuele dado á conocer el misterio de la Divinidad de Jesus, por la cual el Hijo es en todo igual al Padre, y, como Isaías, vió al Señor sobre un trono elevado y sublime, porque ha visto á Jesucristo en el reinado de su Divinidad. Vió tambien el templo, que es el universo animado y resplandeciente por su majestad, y eso es lo que él espresa cuando dice que todas las cosas han sido hechas por Él, y que nada de lo que ha sido hecho ha sido hecho sin Él, y que su luz ilumina á todo hombre que viene á

este mundo. Vió, por último, los misterios de su Humanidad que llenaban su templo, es decir, su Iglesia, y el Verbo se ha hecho carne, y hemos visto su gloria como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Así la vision de Isaías contiene toda la materia del Evangelio de San Juan. Que este *bárbaro*, poco ilustrado, sigue diciendo San Juan Crisóstomo, hable así y diga lo que nadie ha dicho entre los hombres, es ya un gran milagro; pero aun hay una prueba mas fuerte de la inspiracion divina, y es que todos en todos los siglos comprenden las verdades que revela. ¿De dónde procede esa virtud? De que San Juan da, responde San Agustin, lo que ha tomado. El Espíritu Santo, en su mismo Evangelio, dice de él que durante la cena su cabeza descansó sobre el pecho del Señor, y misteriosamente cogia de aquel manantial lo que despues debia de verter con tanta grandeza.

El milagro del Evangelio de San Juan termina el siglo de Jesucristo, y, como último don de aquella era de gracia, deja al mundo nuevo un eco siempre vivo de la palabra que le ha engendrado, ó mas bien lo que queda es esa palabra misma siempre luminosa y siempre fecunda. Esa palabra pone por siempre al abrigo de todos los ataques el conocimiento de Dios, el amor de Dios hácia los hombres, la obligacion en que se hallan los hombres de servir á Dios y de amarse los unos á los otros; obligacion que solo pueden cumplir por Jesucristo. Entre los esfuerzos que el espíritu de negacion, que es el espíritu de Satanás, ha hecho hace siglos para concluir con el cristianismo, los mas ardientes y los mas inútiles se han dirigido contra el Evangelio de San Juan. Esos ataques han sido vanos, y lo serán siempre; podrán conmover á algunas almas débiles, pero no podrán acabar con la conciencia del gé-

nero humano. El mismo San Juan nos da á conocer la razon de su impotencia: «He escrito, nos dice, á fin de que creais que Jesucristo es Dios, y á fin de que, al creerlo, tengais la vida.»

Jesucristo es el Hijo único del Dios único: es el poder, la sabiduría y el esplendor increado del Increado; es el Dios de la tierra y del cielo, el Rey Eterno, Omnipotente como su Padre y *Uno* con Él en la indivisible Trinidad. Por un misterio que escede á toda comprension, pero que satisface á toda razon, Dios le ha dado á la tierra, y al dársela se le ha dado á Sí mismo. Jesus, dado así, es Hijo del Hombre é Hijo de Dios, es Hombre y Dios á la vez: hombre nacido bajo la Ley, y Dios para consumir y cumplir la Ley; hombre para sufrir, y Dios para libertar; hombre para morir, y Dios para triunfar de la muerte. Y tal es esta maravilla, que los ojos de nuestro espíritu pueden ver la Divinidad al través de la Humanidad: pueden ver el poder que ha creado al mundo y vencido al infierno á través de la debilidad clavada sobre la Cruz por las iniquidades del hombre. Jesucristo es un compuesto divino de dos naturalezas muy diferentes: la una divina, y la otra humana; la una increada, y la otra creada; la una eterna, y la otra temporal. Por esta obra, por este milagro, la divinidad vive en el hombre, el hombre subsiste en Dios, y el hombre y Dios se encuentran sin cesar en Jesucristo. Jesucristo ha nacido, pero ha nacido de una vírgen; no es sino un niño pobre en una cuna prestada; pero una estrella le anuncia, los Ángeles le saludan con un cántico que encierra en dos palabras toda la

sabiduría, los Santos le bendicen, los Reyes de la ciencia vienen á adorarle, los tiranos tiemblan. Jesucristo huye, pero huye custodiado por unos guardas invisibles; vive humildemente, pero vive como Soberano Señor de todo; vive en la enfermedad, pero su palabra cura los enfermos, resucita los muertos, arroja los demonios, contiene la savia de las plantas, manda á los elementos. Jesus paga el tributo, pero haciendo al mar tributario suyo; sufre sobre la Cruz, pero sufre á la hora predicha y sufre cuando ha querido sufrir; espira, pero el Centurion le reconoce en el madero infamante en que muere, como los pastores y los Magos le reconocen en el pesebre en que nace. Está muerto y enterrado, pero Él mismo separa la piedra, y sale vivo de su sepulcro.

¿Es Dios? ¿Es Hombre? ¿Dónde está el Dios en esos sufrimientos, en esas miserias? ¿Dónde está el Hombre en esas maravillas? Ni Dios ni el Hombre se hallan solos en ninguna parte, porque Jesus ha enlazado tan bien su Divinidad con su Humanidad, que el lazo no puede romperse. Si no es Dios, solo es un impostor; si no es Hombre, la obra de Dios no se concibe, y la misma Divinidad desaparece: Dios solo da cuenta del Hombre, el Hombre solo da cuenta de Dios, y en todas partes se encuentra al Hombre-Dios. En el Hombre-Dios todo es lógico y admirable; todo escede á lo que comprende la razon humana, sin que de ningun modo la violente; todo la confunde sin cesar, sin que la asuste nunca.

No hay una oposicion menos aparente entre sus designios y los medios que emplea para realizarlos. Quiere establecer su imperio en la tierra, que es presa de la fuerza; tiene la fuerza en las manos, y rompe esa fuerza. Quiere atraer á Sí al mundo, y enseña todo lo contrario

de lo que busca el mundo: propone la humildad, el sacrificio, la Cruz, y se llama el Crucificado. Lega á doce ignorantes aquella Cruz por toda herencia; les ordena que la presenten al género humano, y lo hacen, y triunfan, y esto se realiza en menos tiempo que el que tiene que emplear el imperio mas poderoso para concluir con una nacionalidad conquistada. Caen los ídolos, se levanta un nuevo género humano, y solo la palabra de Jesus realiza tal milagro. Esa palabra que ha dado á los Apóstoles, que no la comprendieron cuando la pronunciaba; esa palabra que ha sublevado los instintos de los judíos, y que subleva aun el instinto de todo hombre, es, sin embargo, como los Apóstoles la llaman, la *palabra de reconciliacion* que todo lo pone en orden y paz: al hombre con Dios, al hombre con el hombre, al hombre consigo mismo. Esa palabra lo cambia todo en la sociedad, en los ánimos, en los corazones; ilumina todas las tinieblas, fecunda á la misma esterilidad, y por ella el judío asombrado lee claramente las Escrituras cuyas profundidades contristaban su inteligencia, y por ella el pagano sale del laberinto en que el sofisma acababa con su razon.

¡Qué vida, qué luz, qué alegría en los primeros cristianos! El hombre sabe ya dónde va, señor de su camino y seguro del objeto de su camino. La palabra del Creador solo habia hecho del hombre un hombre, pero el Verbo encarnado ha hecho al hombre «participante de la naturaleza divina.» San Pedro es quien dice esta sentencia grandiosa, y el hombre, ¡el mismo hombre que adoraba á los ídolos y á los Emperadores! la cree y la comprende. Y en esa altura á que el hombre sube, se hace dulce y humilde, y la facultad sublime de la adoracion, facultad de que habia abusado tan lamentablemente, se desarrolla,

segun su naturaleza, coronándose la tierra con la radiante floescencia de los Santos.

Dícese que no todos los hombres se han convertido, y se muestra con una alegría homicida todo lo que se separa del árbol de la Cruz. Así es, no hay que dudarlo; pero Dios no hace sino lo que ha querido hacer, y el libre albedrío subsiste. El que te creó sin ti, dice San Agustín, no te salvará sin ti, y si tú no quieres salvarte, si tú no quieres ayudar á Jesucristo, no serás salvo, morirás.

La adoracion puede tener lugar en el cielo ó en el infierno, y al hombre toca la eleccion. Esto es su libre albedrío, del que el orgullo del hombre quiere hacer una dignidad divina, llamándole la libertad,—la libertad que solo Dios posee. El hombre tiene libre albedrío, y esto es ya mucho; pero no puede dejar de ejercerlo. Escoge entre el bien y el mal, entre el cielo y el infierno, y no hay abstencion posible, porque abstenerse es ya haber elegido.

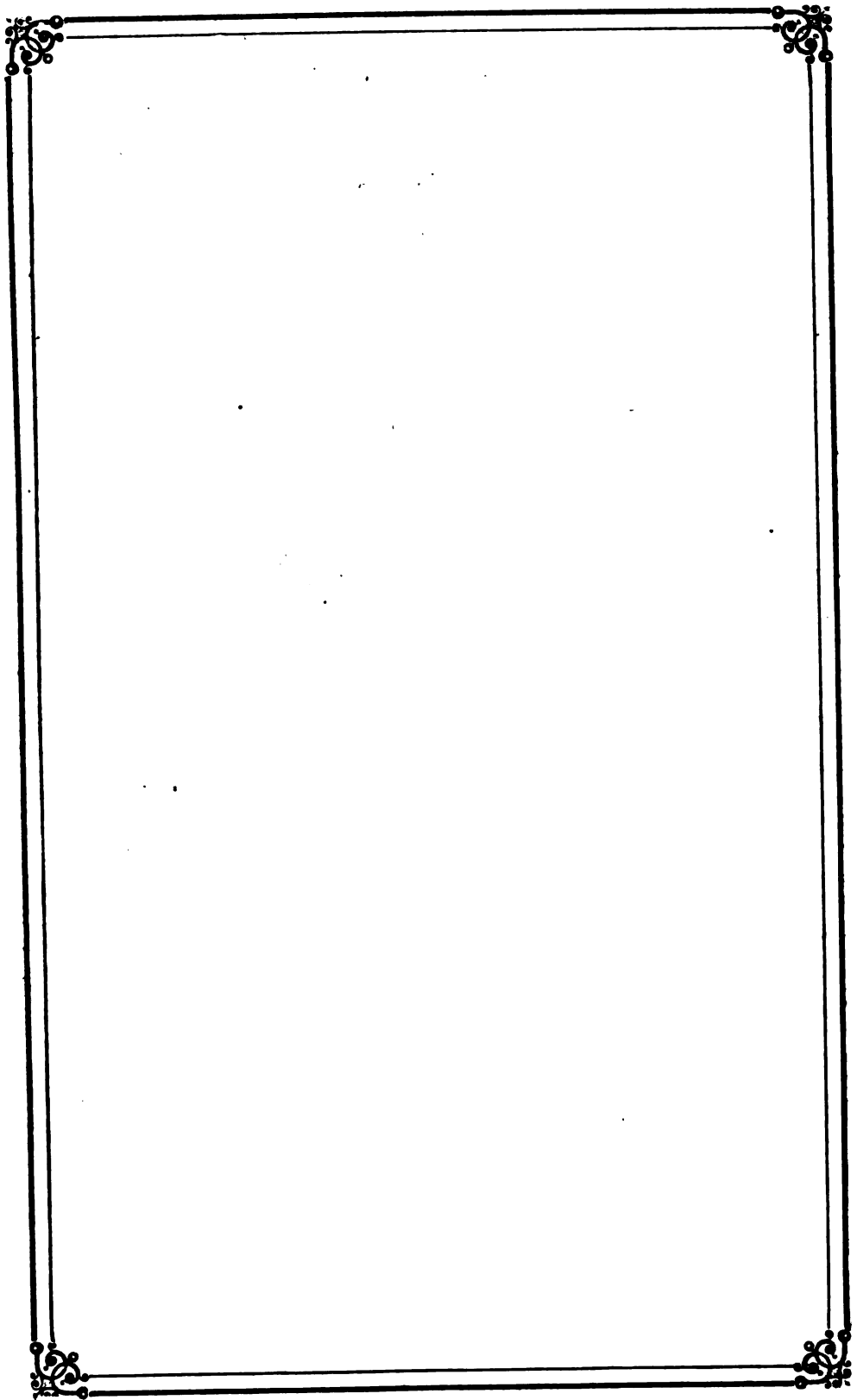
Esa libre eleccion, dejada siempre al individuo, se ha dejado á veces á todo el género humano: un decreto de Dios le obliga á pronunciarse entre Jesus y Barrabás. La civilizacion moderna, fundada sobre la divinidad de Jesucristo, pasa por una de esas crisis formidables: se inclina á Barrabás, y escucha de buen grado á los que piden la crucifixion de Jesus. ¿Qué sucederá si esos hombres consiguen sus deseos?

Quitar á Jesucristo del mundo no es posible, porque la misma tumba le guarda vivo; pero Él puede permitir que le quiten el Trono y que le vuelvan á clavar en la Cruz. Ahora bien; los hombres que meditan ese gran crimen contra Dios y contra el Evangelio, no desean tanto arrebatarse la corona á los Reyes como darles la tiara de

Satanás, que es el atributo de las tres concupiscencias. La época que vuelva á ver á Jesus en el Calvario volverá á ver á Tiberio en Caprea, y, entonces, el dios Tiberio volverá á tener templos.

Pero ese Dios solo vivirá una hora, y hasta entonces la Iglesia está viva, y aun durante aquella misma hora la Iglesia vivirá, manteniéndose el órden general de la Redencion. Los secretos de la misericordia de Dios son tan insondables como los de su poder. Todo lo que debe pertenecer á Jesucristo le pertenecerá, y hasta la última hora del mundo la Redencion aprovechará en cierto modo al género humano. La Redencion es como ese torrente de fuego líquido que parte de las zonas del sol, y que atraviesa las frias aguas del mar en toda su estension inmensa. Sin duda no todo el mar recibe ese fuego; sin duda hay en él regiones glaciales; pero si ese torrente benéfico no existiera, todo estaria helado, todo pereceria. Su calor es el que mantiene la vida en cuantas partes se encuentra la vida. Y allí donde la vida es mas abundante, los hombres forman invenciblemente empresas generosas, realizan incesantemente conquistas sobre la muerte; y no hay regiones muertas á las que no se lancen los habitantes de las regiones vivas, llevando en sus manos la Cruz de Jesus, esa Cruz que da la vida y vence á la muerte. CREO.

FIN.



ÍNDICE.

	Págs.
Dictámen del censor eclesiástico en la primera edicion.....	5
Licencia del Ordinario para la misma.....	6
Carta de Su Santidad Pio IX al autor.....	7
Advertencia del traductor.....	9
Prefacio.....	11

INTRODUCCION.

I.—Dios y el hombre.....	38
II.—Antes de Jesucristo.....	52
III.—Las profecías.....	74

LIBRO PRIMERO.—El prólogo del Evangelio.

CAPÍTULO PRIMERO.—Nazareth.—Belen.—El Jordan.....	95
CAP. II.—Zacarías.—Isabel.—María.—Juan.—José.—Herodes.....	111
CAP. III.—La genealogía de Jesús.—La tentacion en el desierto.— Los primeros discípulos.....	133

LIBRO II.—El año dulce.

CAP. IV.—Las bodas de Caná.—La pesca milagrosa.....	145
CAP. V.—Nicodemus.—La Samaritana.....	159
CAP. VI.—Los enfermos curados.—La tempestad apaciguada.—Los demonios vencidos.....	171
CAP. VII.—La hemorroide.—La hija de Jairo.....	179
CAP. VIII.—El Parálítico de la Piscina.—Magdalena.....	189

LIBRO III.—La lucha.

CAP. IX.—Conjuracion de los judíos.—Milagros durante la fiesta del sábado.—Institucion de los Apóstoles.....	209
CAP. X.—El sermón de la montaña.—El leproso curado.—El hijo de la viuda.—Otros milagros.....	217
CAP. XI.—El sembrador.—La zizafia.—El grano de mostaza.—La red arrojada al mar.....	227
CAP. XII.—Incredulidad de Nazareth.—Primera multiplicacion de los panes.—Segunda tempestad apaciguada.—Anuncio de la Eu- caristía.....	235

LIBRO IV.—Educacion de los Apóstoles.

CAP. XIII.—Falsa purificacion.—La Cananea.—El sordo-mudo.— Segunda multiplicacion de los panes.....	247
CAP. XIV.—El ciego de Betsaida.—Confesion de Pedro.—El Thá- bor.....	265
CAP. XV.—El niño libertado del demonio.—El didracma.—Precep- to del perdón.....	273
CAP. XVI.—Enseñanza en el templo.—La mujer adúltera.....	279
CAP. XVII.—El ciego de nacimiento.....	289

LIBRO V.—Conversaciones y parábolas.

CAP. XVIII.—Mision de los Discípulos.—El samaritano, Marta y María	299
CAP. XIX.—La mujer encorvada.—Los banquetes.—El hidrópico.—Leccion á los fariseos.....	309
CAP. XX.—La oveja.—La dracma.—El hijo pródigo.....	318
CAP. XXI.—El juez inicuo.—La oracion.—El matrimonio.....	327
CAP. XXII.—La pobreza voluntaria.—Los niños.....	341

LIBRO VI.—Las resurrecciones.

CAP. XXIII.—Lázaro.....	345
CAP. XXIV.—La resurreccion universal.....	356
CAP. XXV.—Zaqueo.....	365

LIBRO VII.—La Eucaristia.

CAP. XXVI.—Entrada en Jerusalem.—Maldicion de la higuera.....	375
CAP. XXVII.—Ultimas enseñanzas en el templo.....	382
CAP. XXVIII.—La Pascua.....	394

LIBRO VIII.—La Pasion de Nuestro Señor (1).

CAP. XXIX.—Los judíos.....	408
CAP. XXX.—Pilatos.....	419
CAP. XXXI.—La Cruz.....	427
CAP. XXXII.—La señal de la Cruz.....	438
CAP. XXXIII.—La sepultura.....	442

LIBRO IX.—Jesus resucitado.

CAP. XXXIV.—La Resurreccion.....	449
CAP. XXXV.—La Ascension.....	454
CAP. XXXVI.—Los Apóstoles.—Pedro	461
CAP. XXXVII.—Los Apóstoles.—Pablo.....	473

ADVERTENCIA.

A pesar de haberse anunciado que se publicaria tambien en esta segunda edicion la lista de suscritores, el editor ha creido deber suprimirla, en razon á haber arrojado el nuevo testo 20 páginas mas que el anterior, y para que así no se perjudiquen sus intereses al mismo tiempo que los suscritores, sin el menor aumento de precio, tengan el libro completo y tal cual en la última edicion francesa ha salido de manos del autor.

(1) Despues de impreso el pliego, se notó la omision en el testo del epigrafe de este libro.

Biblioteca Episcopal de Barcelona



13030000006860

BIBLIOTECA EPISCOPAL
DEL
SEMINARIO DE BARCELONA

Reg. 48524
Sig. 232.9
Ven

